



MELANIE

Una novela
de zombis

M. R. CAREY

Lectulandia

Cada mañana, Melanie espera en su celda a que vayan a buscarla para llevarla a clase. Cuando la puerta se abre, el sargento le apunta con su pistola mientras dos de sus hombres la atan a la silla de ruedas. Ella cree que no les gusta. Bromea diciendo que no les morderá, pero ellos no se ríen. Melanie es una niña muy especial...

Lectulandia

M. R. Carey

Melanie

ePub r1.0
Titivillus 01.11.15

Título original: *The Girl With All the Gifts*
M. R. Carey, 2014
Traducción: Manuel Mata
Diseño/Retoque de cubierta: Duncan Spilling

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lin, quien abrió la caja

1

Se llama Melanie. Su nombre viene del griego antiguo y significa «la chica negra», pero en realidad tiene la piel muy clara, así que no es un nombre muy apropiado para ella. A ella le gusta mucho el nombre de «Pandora», pero no te dejan elegir. La señorita Justineau asigna los nombres sacándolos de una gran lista: los nuevos sacan el primer nombre de la lista de los chicos o el primero de la lista de las chicas y «eso —dice la señorita Justineau—, es todo».

Hace mucho que no hay niños nuevos. Melanie no sabe por qué. Antes había muchísimos: todas las semanas, o una vez cada dos semanas, voces en la noche. Órdenes y quejas, alguna que otra maldición, todo entre murmullos. La puerta de una celda que se cerraba con fuerza. Y luego, algún tiempo más tarde, al cabo de un mes o dos, un nuevo rostro en el aula. Un chico o una chica que no ha aprendido a hablar aún. Pero aprenden rápido.

Melanie también fue nueva, una vez, pero le cuesta recordarlo, porque pasó hace mucho. Antes de que hubiera palabras: solo había cosas sin nombres, y las cosas sin nombres no se te quedan en la mente. Se caen y desaparecen.

Ahora tiene diez años y una piel que es como la de la princesa de un cuento de hadas: blanca como la nieve. Así que sabe que cuando crezca será preciosa y los príncipes se pelearán por escalar su torre y salvarla.

Siempre que tenga una torre, claro.

De momento tiene la celda, el pasillo, el aula y las duchas.

La celda es pequeña y cuadrada. Tiene una cama, una silla y una mesa. En las paredes, que están pintadas de gris, hay fotos: una grande de la jungla amazónica, y otra más pequeña de un gatito que bebe de un platito de leche. A veces el sargento y su gente cambian a los niños de celda, así que Melanie sabe que algunas tienen fotos distintas. Antes tenía un caballo en un prado y una montaña con la cima nevada, que le gustaban más.

Es la señorita Justineau quien pone las fotos. Las recorta del montón de revistas viejas que hay en el aula y luego las pega con una materia pegajosa de color azul que les pone en las esquinas. Atesora la materia pegajosa como los avaros de los cuentos. Siempre que quita una foto o pone una nueva, rasca la pared para quitar toda la materia y vuelve a dejarla en la bolita redonda que guarda en su mesa.

«Cuando se acabe se acabó», dice la señorita Justineau.

El pasillo tiene veinte puertas a mano izquierda y dieciocho a mano derecha. Y una más en cada extremo. Una de estas últimas está pintada de rojo y da al aula, así que para Melanie ese extremo es el del pasillo del aula. La puerta del otro lado es de acero, de color gris, sin pintar, y muy muy gruesa. Es más difícil saber a dónde conduce. Una vez, cuando la llevaban de regreso a su celda, se la encontró fuera de sus goznes y había unos hombres trabajando en ella, así que pudo ver que tenía todo el borde cubierto de pestillos y protuberancias, para que cuando se cierra sea

realmente difícil de abrir. Al otro lado había un largo tramo de escaleras de hormigón que subían y subían. Se suponía que no debía ver nada de eso y el sargento dijo «Esta zorrita es demasiado curiosa» mientras metía su silla en la celda y cerraba dando un portazo. Pero el caso es que lo vio y lo recuerda.

También escucha, y gracias a las conversaciones que oye, se ha formado una idea sobre este lugar en relación con otros que nunca ha visto. Este lugar es el bloque. Fuera del bloque se encuentra la base, que es el hotel Echo. Fuera de la base está la región 6, donde se encuentran Londres, cuarenta y cinco kilómetros al sur, y Beacon, setenta más allá. Y luego, después de Beacon, nada salvo el mar. La región 6 está limpia en su mayor parte, pero lo único que la mantiene así son las patrullas de incineración, con sus granadas de fragmentación y sus bolas de fuego. Melanie está convencida de que la base es para eso. Para enviar patrullas de incineración en misiones de limpieza de hambrientos.

Las patrullas de incineración deben tener muchísimo cuidado, porque aún hay montones de hambrientos sueltos. Si captan tu rastro te siguen durante cien kilómetros y cuando te cogen te devoran. Melanie se alegra de vivir en el bloque, detrás de la gran puerta de acero, a salvo.

Beacon es muy distinto a la base. Es una ciudad entera, grande y llena de gente, con edificios que ascienden hacia el cielo. Por un lado tiene el océano y por los otros tres fosos y campos de minas, para que los hambrientos no se acerquen. En Beacon puedes pasarte la vida entera sin ver un solo hambriento. Y es tan grande que probablemente haya cien mil millones de personas en ella, viviendo juntas.

Melanie tiene la esperanza de poder ir a Beacon algún día. Cuando hayan cumplido la misión y (como dijo la doctora Caldwell una vez) «todo esté atado y bien atado». Melanie trata de imaginarse ese día: las puertas de acero se cerrarán como las páginas de un libro y entonces... otra cosa. Otra cosa en el exterior, al que saldrán todos.

Será aterrador. Pero ¡también fabuloso!

Todas las mañanas, por la puerta de acero, entra el sargento, seguido por sus hombres y luego, por último, el profesor. Atraviesan el pasillo, por delante de la puerta de Melanie, acompañados por ese intenso y amargo olor a productos químicos que siempre los envuelve: no es un olor agradable, pero sí emocionante, porque significa el comienzo de otro día de lecciones.

Al oír que se abren los cerrojos y se acercan los pasos, Melanie corre a la puerta de su celda y se pone de puntillas para mirar por la portilla de malla y verlos pasar. Les da los buenos días, pero en teoría no deben responderla y lo normal es que no lo hagan. El sargento y sus hombres no lo hacen nunca, ni la doctora Caldwell o el señor Whitaker. Y la doctora Selkirk pasa muy rápido y nunca mira en su dirección, así que Melanie no puede verle la cara. Pero a veces sí que recibe un saludo de la señorita Justineau o una rápida y furtiva sonrisa de la señorita Mailer.

El que va a ser profesor ese día entra directamente en el aula, mientras los

hombres del sargento comienzan a abrir las puertas de las celdas. Su trabajo consiste en llevar a los niños al aula y una vez que lo realizan se marchan. Hay un procedimiento que deben seguir siempre y es laborioso. Melanie cree que debe de ser el mismo con todos los niños, pero no lo sabe con certeza, porque siempre se realiza dentro de las celdas y la única celda que ve por dentro es la suya.

Para empezar, el sargento aporrea todas las puertas y les grita a los niños que se preparen. Normalmente, lo que les grita es «¡Traslado!», pero a veces también añade más palabras. «¡Traslado, cabroncetes!» o «¡Traslado! ¡Quiero veros!». Su rostro grande y lleno de cicatrices aparece en la portilla y te fulmina con la mirada, para asegurarse de que has salido de la cama y estás preparándote.

Y una vez, recuerda Melanie, dio un discurso. No a los niños sino a sus hombres. «Algunos de vosotros sois nuevos. No sabéis para qué coño habéis firmado y no sabéis dónde coño estáis. Les tenéis miedo a esos pequeños abortos, ¿verdad? Hacéis bien. Aferraos a ese miedo con todas vuestras fuerzas. Cuanto más miedo tengáis, menos probabilidades habrá de que la caguéis». Y entonces gritó «¡Traslado!», lo que fue un alivio, porque a esas alturas Melanie ya no sabía si iba a hacerlo o no.

Después de que el sargento grite «¡Traslado!», Melanie se viste rápidamente con la muda blanca que cuelga de un gancho junto a su puerta, los pantalones que hay en el receptáculo de la pared y los zapatos que descansan bajo la cama. Luego se sienta en la silla de ruedas, al pie de la cama, como le han enseñado a hacer. Pone las manos en los brazos de la silla y los pies en el reposapiés. Cierra los ojos y espera. Cuenta mientras lo hace. Lo más que ha llegado a contar ha sido dos mil quinientos veintiséis. Lo menos, mil novecientos uno.

Cuando oye el giro de la llave en la puerta, deja de contar y abre los ojos. El sargento entra con su arma y le apunta. Luego entran dos de sus hombres y le abrochan con fuerza las correas alrededor de las muñecas y los tobillos. También hay una correa para el cuello: esta es la última que aprietan, cuando ya está sujeta por las manos y los pies, y siempre lo hacen desde atrás. La correa está diseñada para que no tengan que poner nunca las manos frente a la cara de Melanie. Melanie les dice a veces «No muerdo». Lo dice en broma, pero los hombres del sargento nunca se ríen. El sargento lo hizo una vez, la primera vez que lo dijo, pero fue una risa fea. Y entonces respondió: «Tampoco voy a darte la ocasión de hacerlo, bomboncito».

Cuando Melanie está bien atada a la silla y no puede mover las manos, los pies ni la cabeza, se la llevan al aula y la ponen delante de su pupitre. A veces la profesora de turno (o el señor Whitaker, que es el único profesor) está diciendo algo a los demás niños o escribiendo algo en la pizarra, y normalmente para y dice: «Buenos días, Melanie». De ese modo, los niños que se sientan en la parte delantera de la clase saben que ha entrado y pueden saludarla también. Como es natural, la mayoría de ellos no puede verla cuando entra, porque todos están en sus sillas, con las correas del cuello atadas y así es imposible que giren la cabeza.

Este procedimiento —la entrada en la silla de ruedas, los buenos días de la

profesora, seguidos por el coro de saludo de los demás niños— se repite nueve veces más, porque hay nueve niños que entran en el aula después de Melanie. Una de ellos es Anne, que antes era la mejor amiga que tenía Melanie en la clase y puede que aún lo sea, solo que la última vez que cambiaron de sitio a los niños («Barajar el mazo» lo llama el sargento) terminaron muy lejos y es difícil ser amiga de alguien con quien no puedes hablar. Otro es Kenny, que a Melanie no le cae bien porque la llama Cerebro de Melón o M-M-M-Melanie para recordarle que antes, a veces, tartamudeaba en clase.

Cuando todos los niños están ya en el aula comienzan las lecciones. Todos los días dan sumas y ortografía, y hacen pruebas de memoria, pero para el resto de las clases no parece haber un plan establecido. A algunos profesores les gusta leer libros en voz alta y luego hacer preguntas sobre lo que acaban de leer. Otros prefieren que los niños se aprendan datos, fechas, tablas y ecuaciones, algo que a Melanie se le da muy bien. Se sabe los nombres de todos los reyes y reinas de Inglaterra y las fechas de sus reinados, y todas las ciudades del Reino Unido, con sus áreas y sus poblaciones y los ríos que pasan por ellas (si es que tienen ríos) y sus divisas (si es que tienen divisas). También se sabe las capitales de Europa y las poblaciones de los países y los años en los que estuvieron en guerra con Gran Bretaña, cosa que la mayoría de ellos ha hecho en un momento u otro.

No le resulta difícil recordar todas estas cosas: lo hace para no aburrirse, porque aburrirse es lo peor de todo. Si conoce el área y la población total de un sitio, puede calcular mentalmente la densidad de población y luego realizar extrapolaciones para saber la gente que habrá dentro de diez, veinte o treinta años.

Pero hay un problema con eso. Melanie aprendió lo que sabe sobre las ciudades del Reino Unido en la clase del señor Whitaker y no está segura de haberlo entendido bien. Porque un día que el señor Whitaker actuaba raro y tenía la voz pastosa y se le trababan las palabras, dijo algo que la preocupó. Ella le había preguntado si 1.036.900 era la población de la totalidad de Birmingham, suburbios incluidos, o solo de la zona metropolitana del centro y él respondió que qué más daba.

—Eso ya no importa. Lo digo porque todos los libros de texto que utilizamos tienen treinta años.

Melanie insistió, porque sabía que Birmingham es la mayor ciudad de Inglaterra después de Londres y quería estar segura de que sus datos eran exactos.

—Pero los datos del censo... —dijo.

El señor Whitaker la interrumpió.

—Por Dios, Melanie, eso es irrelevante. ¡Es historia antigua! Ahí fuera ya no hay nada. Nada de nada, joder. Birmingham tiene cero habitantes.

Así que es posible, e incluso puede que bastante probable, que algunas de las listas de Melanie estén un poco obsoletas.

Los niños dan clase los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. Los sábados permanecen todo el día encerrados en su cuarto, escuchando la música que suena por

los altavoces. No viene nadie, ni siquiera el sargento, y la música suena demasiado fuerte como para hablar. Hace tiempo, a Melanie se le ocurrió la idea de inventar un lenguaje que usase signos en lugar de palabras para que los niños pudieran comunicarse a través de las portillas, así que se puso manos a la obra y lo inventó, y aunque fue muy divertido, cuando le preguntó a la señorita Justineau si podía enseñárselo a sus compañeros, ella le dijo que no en voz muy alta y tajante. Le hizo prometer que no mencionaría el lenguaje de signos a ninguno de los demás profesores, y menos que a nadie al sargento.

—Ya es suficientemente paranoico —dijo—. Como crea que podéis comunicaros a sus espaldas, terminará de perder la cabeza.

Así que Melanie no llegó nunca a enseñar el lenguaje de signos a los demás niños.

Los sábados son largos, monótonos y difíciles de superar. Melanie repite en voz alta algunas de las historias que les han contado en clase o entona versiones cantadas de demostraciones matemáticas, como la de que los números primos son infinitos, al compás de la música. No pasa nada por hacerlo en voz alta, porque la música se traga su voz. De lo contrario, vendría el sargento y le diría que parase.

Melanie sabe que el sargento está allí los sábados porque un sábado Ronnie empezó a golpear la portilla de la celda con la mano hasta hacerse sangre y entonces apareció el sargento. Vino con dos de sus hombres, los tres embutidos en esos enormes trajes que les ocultan la cara, y a juzgar por lo que se oía, Melanie supuso que estaban tratando de atar a Ronnie a su silla. También dedujo que Ronnie estaba resistiéndose y luchando, porque no hacía más que gritar y repetir:

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz!

Luego hubo un ruido fuerte y prolongado y uno de los hombres del sargento gritó:

—Por Dios, no...

Y luego más gente empezó a gritar y alguien dijo:

—¡Cogedlo del otro brazo! ¡Sujetadlo!

Y entonces se hizo el silencio.

Melanie no sabría decir lo que pasó después. La gente que trabaja para el sargento se acercó y cerró todas las portillas, de manera que los niños no pudieron ver lo que pasaba fuera. Estuvieron el resto del día así. Al lunes siguiente Ronnie no estaba en la clase y nadie parecía saber lo que había sido de ella. A Melanie le gusta pensar que hay otra aula en la base y que se llevaron allí a Ronnie, así que es posible que regrese un día, cuando el sargento vuelva a barajar el mazo. Pero lo que realmente piensa, muy a su pesar, es que el sargento se llevó a Ronnie para castigarla por haber sido mala y que no la dejará volver a ver a los demás niños nunca más.

Los domingos son como los sábados, con la diferencia de la comida y la ducha. Al comenzar la jornada los ponen en sus sillas, como si fuese un día lectivo normal, pero no les atan la mano y el antebrazo derechos. Luego se los llevan a las duchas, que están tras la última puerta de la derecha, justo antes de la de acero.

En la sala de duchas, con sus paredes de azulejos blancos, los niños esperan en sus sillas hasta que están todos. Luego los hombres del sargento traen los cuencos de la comida y las cucharas. Le ponen a cada niño un cuenco en el regazo, con la cuchara ya dentro.

En el cuenco hay como un millón de gusanos que se retuercen y revuelven unos sobre otros.

Los niños comen.

En las historias que les leen, los niños a veces comen otras cosas: pasteles, chocolate, salchichas, puré, cereales, chucherías, espaguetis o albóndigas. Pero ellos solo comen gusanos y solo una vez a la semana, porque —como le explicó la doctora Selkirk una vez, cuando Melanie se lo preguntó— sus cuerpos son espectacularmente eficientes a la hora de metabolizar las proteínas. No necesitan ninguna de esas otras cosas, ni siquiera agua. Los gusanos les proporcionan todo lo que les hace falta.

Cuando han terminado de comer y les han quitado los cuencos, los hombres del sargento salen y sellan las puertas. La oscuridad en la sala de duchas es completa, porque no hay luces allí dentro. Las tuberías que corren detrás de las paredes emiten un ruido como cuando alguien intenta contener la risa, y entonces comienza a caer una lluvia química desde el techo.

Es la misma lluvia que usan los profesores y el sargento y los hombres del sargento, o al menos huele igual, solo que mucho más fuerte. Al principio escuece un poco. Luego mucho. Hace que a Melanie se le hinchen y enrojezcan los ojos y la deja medio ciega. Pero se evapora rápidamente de la piel y la ropa de manera que después de otra media hora en la sala silenciosa y a oscuras, no queda nada de ella más que el olor, y por fin el olor también se desvanece, o al menos se acostumbran a él y dejan de notarlo, así que esperan en silencio a que se abra la puerta y entren los hombres del sargento para llevárselos. Así es como se lavan los niños y por esa razón (como mínimo), seguramente el domingo sea el peor día de la semana.

El mejor es cualquiera en el que les toque la señorita Justineau. No siempre es el mismo y hay semanas en las que no aparece, pero siempre que meten a Melanie en el aula y ve allí a la señorita Justineau, siente un torrente de felicidad pura, como si se le saliese el corazón del pecho y remontase el vuelo hacia el cielo.

El día que les toca la señorita Justineau nadie se aburre. Para Melanie es emocionante hasta mirarla. Le gusta tratar de imaginar lo que llevará puesto y si vendrá con el pelo recogido o suelto. Normalmente se lo deja suelto y, como lo tiene negro y muy rizado, es como una cascada. Pero a veces se lo recoge detrás de la cabeza y eso también está bien porque de ese modo su rostro destaca más, casi como si fuese una de esas estatuas que hay en el costado de los templos, las que sujetan el techo. Una cariátide. Aunque la cara de la señorita Justineau destaca porque es de un color maravilloso. Marrón oscuro, como la madera de los árboles de la foto de la jungla que tiene Melanie, cuyas semillas crecen alimentándose de las cenizas de los incendios, o como el café que la propia señorita Justineau se sirve con una jarrita a la

hora del desayuno. Solo que es más oscuro y más intenso que todas estas cosas, y tiene montones de matices, así que en realidad no se puede comparar con nada. Solo se puede describir diciendo que es tan oscuro como clara es la tez de Melanie.

Y a veces la señorita Justineau lleva un pañuelo o alguna otra cosa sobre la camisa, anudado alrededor del cuello y los hombros. En tales ocasiones, Melanie cree que parece una pirata o una de las mujeres de Hamelín, cuando vino el flautista. Solo que las mujeres de Hamelín, al menos en el dibujo del libro de la señorita Justineau, son casi todas viejas y están encorvadas, al contrario que la señorita Justineau, que es joven y no está encorvada y es muy alta y muy hermosa. Así que más que nada parece una pirata, solo que sin las botas de caña alta y sin el sable.

Cuando es la señorita Justineau quien da la clase, el día se llena de cosas asombrosas. A veces les lee poemas en voz alta, o se trae la flauta y toca, o les enseña a los niños las imágenes de algún libro y luego les cuenta historias sobre la gente que aparece en ellos. Así fue como Melanie conoció a Pandora y Epimeteo, y supo de la caja con todos los males del mundo, porque un día la señorita J les mostró un dibujo de una mujer que abría una caja de la que salían toda clase de cosas aterradoras.

—¿Quién es? —le preguntó Anne.

—Pandora —respondió la señorita Justineau—. Era una mujer increíble. Todos los dioses la habían bendecido con sus dones. Eso es lo que significa su nombre, «La chica con todos los dones». Era lista, valiente, hermosa, divertida y todas las cosas que a todo el mundo le gustaría ser. Solo tenía un defectillo: que era muy, pero que muy, curiosa.

Para entonces todos los niños estaban cautivados por su relato, lo mismo que Melanie, así que al final les contó la historia entera, que comenzaba con la guerra entre los dioses y los titanes y terminaba cuando Pandora abría la caja y dejaba salir todas las cosas terribles que había en su interior.

Melanie dijo que no le parecía justo culpar a Pandora por lo sucedido, porque era una trampa que había tendido Zeus a los mortales y que la había hecho como era a propósito, precisamente para que cayese en la trampa.

—Y que lo digas, hermana —dijo la señorita Justineau—. Los hombres se llevan la diversión y las mujeres la culpa.

Y se echó a reír. ¡Hizo reír a la señorita Justineau! Fue un día realmente bueno, aunque no entendiese qué tenía de gracioso lo que había dicho.

Lo único malo de los días en los que da clase la señorita Justineau es que el tiempo se pasa volando. Melanie atesora de tal manera cada segundo que ni parpadea: permanece allí sentada, con los ojos abiertos de par en par, absorbiendo todo lo que dice la señorita Justineau y memorizándolo para poder repetirlo luego, en su celda. Y siempre que puede, pregunta cosas a la señorita Justineau, porque lo que más le gusta oír, y luego recordar, es la voz de la señorita Justineau diciendo su nombre, Melanie, de un modo que le hace sentirse la persona más importante del mundo.

2

Un día entra el sargento en plena clase de la señorita Justineau. Melanie no sabe que está ahí hasta que habla, porque el sargento se ha quedado al fondo.

—... y esa vez, Pooh y Piglet contaron tres pares de huellas sobre la nieve —está diciendo la señorita Justineau cuando la interrumpe la voz del sargento:

—¿Qué demonios es esto?

La señorita Justineau se detiene y vuelve la mirada hacia él.

—Estoy leyéndoles a los niños un cuento infantil, sargento Parks —dije.

—Eso ya lo veo —dice la voz del sargento—. Creía que la idea era poner a prueba su capacidad, no entretenerlos.

La señorita Justineau se pone tensa. Si uno no la conociese tan bien como Melanie y no la observase con tanto detenimiento como Melanie, seguramente no se daría cuenta. Y la verdad es que solo un instante y cuando vuelve a hablar su voz suena como siempre, sin el menor rastro de enojo.

—Es exactamente lo que estamos haciendo —dice—. Es importante comprobar cómo procesan la información. Pero para que pueda salir algo tiene que entrar algo.

—¿Algo? —repite el sargento—. ¿Datos, quiere decir?

—No. No solo datos. Ideas.

—Ah, sí, *Winnie-the-Pooh* está lleno de ideas brillantes.

El sargento está utilizando el sarcasmo. Melanie sabe cómo funciona el sarcasmo: dices lo contrario de lo que quieres decir realmente.

—En serio, está perdiendo el tiempo. Si quiere contarles historias, hábleles de *Jack el Destripador* y *John Wayne Gacy*.

—Son niños —señala la señorita Justineau.

—No.

—Desde el punto de vista psicológico sí. Son niños.

—Pues entonces que le den por saco a la psicología —dice el sargento con una voz que suena como si estuviese enfadado de verdad—. Por eso precisamente no conviene que les lea *Winnie-the-Pooh*. Si sigue así terminará viéndolos como niños de verdad. Y se descuidará. Y puede que desate a uno de ellos porque necesita un abrazo. No hace falta que le diga lo que pasa después.

Entonces el sargento camina hasta la primera fila de la clase y hace algo realmente horrible. Se remanga la camisa hasta el codo y coloca el antebrazo desnudo delante de la cara de Kenny: justo delante de él, a un par de centímetros y no más. Al principio no ocurre nada, pero entonces el sargento se escupe en la mano y se frota el antebrazo, como si quisiera quitarse algo.

—No lo haga —dice la señorita Justineau—. No le haga eso.

Pero el sargento no responde ni la mira.

Melanie se sienta dos filas detrás de Kenny, a un lado, así que lo presencia todo. De pronto, Kenny se pone muy tieso, y emite un gimoteo, y entonces se le abre la

boca y comienza a lanzar dentelladas contra el brazo del sargento, a pesar de que, lógicamente, no puede alcanzarlo. Y la baba comienza a gotear desde la comisura de su boca, pero no mucha, porque nadie les da nada de beber, así que es densa y medio sólida y se queda allí colgando, al final de la barbilla de Kenny, bamboleándose, mientras Kenny gruñe, e intenta alcanzar el brazo del sargento y emite una especie de gimoteos lastimeros.

Pero aún falta lo peor, porque entonces los niños que hay a ambos lados de Kenny comienzan también a hacerlo, como si este les hubiera contagiado, y los niños que hay detrás de él se retuercen y tiemblan como si alguien estuviera pinchándolos con fuerza en el estómago.

—¿Lo ve? —dice el sargento mientras se vuelve hacia la señorita Justineau para asegurarse de que entiende su argumento.

Entonces parpadea, sorprendido, y da la sensación de que lamenta haberla mirado, porque la señorita Justineau lo está observando con hostilidad, como si quisiera abofetearlo, y el sargento baja el brazo y se encoge de hombros, como si nada de aquello le importase en realidad.

—No todo el que parece humano es humano —dice.

—Cierto —reconoce la señorita Justineau—. En eso estamos de acuerdo.

La cabeza de Kenny se inclina ligeramente hacia un lado, todo cuanto le permite la correa, y de la garganta del niño sale una especie de cloqueo.

—No pasa nada, Kenny —dice la señorita Justineau—. Se te pasará enseguida. Sigamos con el cuento, ¿queréis? ¿Os gustaría saber lo que les pasó a Pooh y a Piglet? Sargento Parks, si nos disculpa... Por favor.

El sargento la mira y sacude la cabeza con fuerza.

—No es bueno que les coja cariño —dice—. Ya sabe para qué están aquí. Joder, no es usted tan tonta...

Pero la señorita Justineau reanuda la lectura, como si no pudiera oírlo, como si ni siquiera estuviese allí, y al final él se marcha. O puede que se quede al fondo del aula, sin decir nada, pero Melanie no lo cree porque al cabo de un rato la señorita Justineau se levanta y cierra la puerta y Melanie piensa que solo lo haría si el sargento estuviese al otro lado.

Aquella noche apenas duerme. No puede dejar de pensar en lo que ha dicho el sargento, eso de que los niños no son niños de verdad, y en la mirada que le ha lanzado la señorita Justineau cuando estaba portándose tan mal con Kenny.

Y entonces se acuerda de Kenny, gruñendo e intentando morder el brazo del sargento como si fuese un perro. Se pregunta por qué lo habrá hecho y piensa que tal vez conozca la respuesta, porque cuando el sargento se frotó el brazo con la saliva y se lo puso a Kenny cerca de la nariz, fue como si por debajo del olor de los productos químicos, de repente apareciese una fragancia totalmente distinta. Y a pesar de que era casi imperceptible desde la posición de Melanie, bastó para que se le fuese la cabeza y los músculos de su mandíbula comenzasen a moverse solos. Ni siquiera

alcanza a comprender la sensación, porque no es algo que le haya pasado antes ni algo que haya oído en un cuento, pero es como si tuviese que hacer alguna cosa, algo tan urgente, tan importante, que su cuerpo intentara tomar el control de su mente para hacerlo por su cuenta.

Pero junto a todas estas ideas tan perturbadoras, hay otra: «El sargento tiene nombre». Como los profesores. Como los niños. Hasta ahora, para Melanie era más bien una especie de titán o de dios. Ahora sabe que, por mucho miedo que dé, es como todos los demás. Ya no es solo el sargento, sino el sargento Parks. Más que ninguna otra cosa, es la gigantesca importancia de este cambio lo que la mantiene en vela hasta que, por la mañana, se abren las puertas y entran los profesores.

En cierto modo, sus sentimientos por la señorita Justineau también cambian después de aquel día. O, más que cambiar, se hacen cien veces más intensos. No puede haber en el mundo nadie más bondadoso, más amable o más encantador que la señorita Justineau. Melanie querría ser un dios, un titán o un guerrero troyano para poder luchar por la señorita Justineau y salvarla de los *heffalumps* y los *woozles*. Sabe que los *heffalumps* y los *woozles* salen en *Winnie-the-Pooh*, no en los mitos griegos, pero le gustan las palabras, y la idea de salvar a la señorita Justineau le agrada tanto que se convierte en su pensamiento preferido. Piensa en ello cuando no está pensando en otra cosa. Gracias a eso, hasta los domingos se vuelven soportables.

Así que un día, cuando la señorita Mailer les desata el brazo derecho desde el codo, les acerca las mesitas auxiliares y les dice que escriban una historia, la que escribe Melanie es esa. Como es natural, a la señorita Mailer solo le interesa el vocabulario y no el contenido de la historia. Esto resulta evidente porque junto con la tarea les proporciona una lista de palabras y les dice que por cada palabra de la lista que utilicen correctamente en la historia se llevarán un punto más.

Melanie ignora las palabras de la lista y deja volar su imaginación.

Luego, cuando la señorita Mailer pregunta quién querría leer su historia en voz alta, es la primera que levanta la mano —todo lo que puede levantarla, teniendo solo el antebrazo suelto— y dice:

—¡Yo, señorita Mailer! ¡Yo!

Así que le piden que lea su historia. Y esta dice así:

«Érase una vez una mujer muy hermosa. La más hermosa, amable, inteligente e increíble del mundo. Era alta y no estaba encorvada y tenía la piel tan oscura como su propia sombra, y tenía un pelo tan largo, negro y rizado que cuando lo mirabas te mareabas. Y vivía en la antigua Grecia, después de la guerra entre los dioses y los titanes, cuando los dioses ya habían ganado.

»Un día, mientras paseaba por el bosque, la atacó un monstruo. Era un maldito aborto y quería matarla y comérsela. La mujer, que era muy valiente, luchó y luchó, pero el monstruo era muy grande y feroz y por muchas veces que lo hiriese no dejaba de atacarla.

»La mujer estaba asustada. Llevaba el miedo prendido de su alma mortal.

»El monstruo le rompió la espada y la lanza y se dispuso a devorarla.

»Pero entonces apareció una niña pequeña. Era una niña muy especial, creada por los dioses, como Pandora. Y también era como Aquiles, porque su madre (la hermosa y maravillosa mujer) la había sumergido en las aguas de la laguna Estigia, así que era invulnerable salvo en un pequeño punto (que no era el talón, porque eso habría sido demasiado evidente, sino un sitio que era secreto para que el monstruo no pudiera encontrarlo).

»La niña pequeña luchó contra el monstruo y lo mató y le cortó la cabeza, los brazos, las piernas y todas las demás partes. Y entonces la hermosa mujer la abrazó como si le fuese la vida en ello y le dijo:

»—Eres mi niña especial. Siempre estarás conmigo y nunca te dejaré marchar.

»Y vivieron juntas para siempre, en paz y prosperidad».

La última frase la ha tomado prestada, palabra por palabra, de un cuento de los hermanos Grimm que la señorita Justineau había leído una vez en clase, y algunas de las otras partes las ha sacado de un libro sobre los mitos griegos que tenía la señorita y que se llamaba *Relatos contados por las musas*, o de cosas que ha oído decir a la gente y le gustan. Pero sigue siendo la historia de Melanie, así que se pone muy contenta cuando los demás niños le dicen lo buena que es. Hasta Kenny, al final, reconoce que le ha gustado la parte en la que la niña hace pedazos al monstruo.

También la señorita Mailer parece contenta. Mientras Melanie leía su historia, no ha dejado de tomar notas en su cuaderno. Y la ha grabado con su pequeña grabadora portátil. Melanie espera que se la enseñe a la señorita Justineau para que también ella pueda oírla.

—Ha sido realmente interesante, Melanie —dice la señorita Mailer.

Coloca la grabadora en la mesita de Melanie, justo delante de ella, y le hace un montón de preguntas sobre la historia. ¿Qué aspecto tenía el monstruo? ¿Qué sentía la niña sobre el monstruo cuando aún estaba vivo? ¿Y una vez muerto? ¿Y qué sentía sobre la mujer? Y montones de cosas así, lo que resulta bastante divertido, porque es casi como si la gente de la historia fuese real.

Como si hubiera salvado a la señorita Justineau de un monstruo y ella la abrazase. Y esto es un millón de veces mejor que los mitos griegos.

3

Un día, la señorita Justineau les habla sobre la muerte. Lo hace más que nada porque la mayoría de los hombres de la Brigada Ligera acaban de morir en un poema que ha leído en clase. Los niños quieren saber lo que significa la muerte y cómo es. La señorita Justineau les dice que es como si se apagasen las luces y se hiciese un gran silencio, igual que de noche... solo que para siempre. Sin amanecer. Sin que vuelvan a encenderse las luces.

—Es horrible —dice Lizzie con una voz que suena como si fuese a echarse a llorar.

A Melanie también se lo parece: es como si estuviese sentada en la sala de duchas el domingo, con el olor a productos químicos en el aire, y luego hasta este olor desapareciera y no quedase nada para toda la eternidad.

La señorita Justineau se da cuenta de su malestar y, para tratar de arreglarlo, sigue hablando sobre ello.

—Puede que no sea así —se apresura a decir—. En realidad nadie lo sabe, porque cuando alguien muere no vuelve para hablar sobre ello. Y además, para vosotros sería distinto que para la mayoría de la gente, porque sois...

Y entonces se detiene, con la siguiente palabra trabada entre los labios.

—¿Somos qué? —pregunta Melanie.

Pasan un momento o dos antes de que la señorita Justineau diga nada. Melanie tiene la sensación de que está pensando en lo que podría decirles para que no se sientan aún peor.

—Sois niños. No podéis ni imaginar cómo es la muerte, porque a los niños siempre les parece que todo dura para siempre.

Melanie está bastante segura de que eso no es lo que iba a decir. Pero es igualmente interesante. Están en silencio mientras piensan sobre ello. «Es verdad», decide Melanie. No recuerda un momento de su vida en el que las cosas hayan sido distintas y no se puede imaginar otra manera de vivir. Pero hay algo que falla en la ecuación, así que no le queda más remedio que preguntarlo.

—¿Quiénes son nuestros padres, señorita Justineau?

En la mayoría de las historias que conoce, los niños tienen un padre y una madre, como Ifigenia tenía a Clitemnestra y Agamenón, o Elena a Leda y Zeus. A veces también tienen profesores, pero no siempre, y sargentos no parece haber nunca. Así que es una pregunta que llega hasta las mismas raíces del mundo y Melanie la formula con turbación.

Una vez más, la señorita Justineau piensa en ello largo rato, hasta que Melanie cree que no va a responder. Pero entonces dice:

—Tu madre está muerta, Melanie. Murió cuando eras muy pequeña. Y probablemente tu padre también lo esté, aunque no hay manera de saberlo. Así que ahora es el ejército quien cuida de ti.

—¿Y eso es solo Melanie —pregunta John— o todos nosotros?

La señorita Justineau asiente con lentitud.

—Todos vosotros.

—Estamos en un orfanato —conjetura Anne.

(La clase oyó la historia de Oliver Twist una vez, también con la señorita Justineau).

—No. Estáis en una base del ejército.

—¿Es eso lo que les pasa a los niños cuando sus padres y sus madres se mueren?

Esta vez es Steven el que pregunta.

—A veces.

Melanie está dándole muchas vueltas a todos estos hechos y tratando de ordenarlos en su cabeza, como si fuesen las piezas de un puzle.

—¿Qué edad tenía yo —pregunta— cuando murió mi madre?

Porque debía de ser muy joven si no recuerda nada de su madre.

—No es fácil de explicar —dice la señorita Justineau y todos ven en su cara que no se siente muy cómoda hablando de estas cosas.

—¿Aún era un bebé? —pregunta Melanie.

—En realidad no. Pero casi. Eras muy joven.

—¿Y mi madre me entregó al ejército?

Otro silencio prolongado.

—No —dice al fin la señorita Justineau—. Podría decirse que el ejército decidió quedarse contigo.

Lo dice en una voz rápida, baja y casi dura. Luego cambia de tema y los niños se alegran de que lo haga, porque a estas alturas a nadie le entusiasma demasiado el tema de la muerte.

Así que estudian la tabla periódica de los elementos, que es sencilla y divertida. Empezando por Miles, en un extremo de la primera fila, todos se turnan para decir un elemento. La primera vez lo hacen hacia delante. Luego en orden inverso. Luego la señorita Justineau les lanza retos, como «¡Debe empezar por la letra “N”!» o «¡Solo actínidos!».

Nadie falla hasta que los retos se vuelven realmente difíciles, como «¡No pueden ser de grupos o periodos consecutivos y deben empezar por cualquier letra que esté en vuestro nombre!».

Zoe se queja de que los que tienen nombres largos tienen más posibilidades, cosa que es cierta, obviamente, pero aun así ella puede elegir entre el zinc, el zirconio, el oxígeno, el osmio, el einstenio, el erbio y el europio, así que no le va mal.

Cuando por fin termina la partida, con la victoria de Xanthi (y el xenón), todos están riéndose a carcajadas y es casi como si se hubieran olvidado del tema de la muerte. Pero no es así, claro. Melanie conoce lo bastante bien a sus compañeros de clase como para saber que están dando vueltas y vueltas en su cabeza a las palabras de la señorita Justineau, igual que ella, sacudiéndolas y escrutándolas para ver qué

conclusiones pueden extraerles. Porque la única cosa que nunca consiguen comprender realmente es a ellos mismos.

Y para entonces a Melanie se le ha ocurrido la excepción que confirma la regla de que todos los niños tienen padres y madres: Pandora, que no los tenía porque Zeus la modeló utilizando viscoso barro. Melanie cree que, en algunos aspectos, eso sería mejor que tener un padre y una madre a los que no vas a conocer nunca. La presencia de los fantasmas de la ausencia de sus padres, flotando a su alrededor, la hace sentir incómoda.

Pero desea saber una cosa más y lo desea con tanta fuerza que se arriesga incluso a entristecer a la señorita Justineau. Al final de la lección, espera a que la señorita Justineau esté cerca de ella y se lo pregunta en voz muy baja.

—Señorita Justineau, ¿qué pasará cuando crezcamos? ¿Querrá quedarse con nosotros el ejército o nos mandará a casa, a Beacon? Y si vamos allí, ¿vendrán todos los profesores con nosotros?

¡Todos los profesores! Ya, claro. Como si a ella le preocupase si va a volver a ver a don «Voz Pastosa» Whitaker. O a la aburridísima doctora Selkirk, que se pasa toda la clase con la vista en el suelo, como si tuviese miedo de mirar a los niños. «Me refiero a usted. A usted, señorita Justineau, a usted, a usted y a usted» le gustaría decir, pero al mismo tiempo le da miedo hacerlo, como si al expresar en voz alta el deseo fuese a impedir que se cumpliera.

Y sabe, también por las historias que ha leído o le han contado, que los niños no permanecen para siempre en el colegio. No se van a una casa con sus profesores y viven allí con ellos cuando terminan la escuela. Y aunque en realidad no entiende lo que significan esas palabras, lo que puede suponer que termine la escuela, asume que algún día saldrá de allí y por tanto alguien ocupará su lugar.

Así que está preparada para que la señorita Justineau le diga que no. Se ha preparado para que no se le note en la cara la pena si esa es la respuesta. Realmente solo quiere los hechos, para así poder prepararse para la tristeza de la separación.

Pero la señorita Justineau no responde. Salvo que el rápido ademán que hace sea una respuesta. Se la pone delante de la cara, como si Melanie le hubiera tirado algo (cosa que no haría nunca en la vida).

Entonces la sirena suena tres veces, como todos los días al cabo de la jornada. Y la señorita Justineau agacha la cabeza y se recompone de ese golpe imaginario. Y es extraño, porque por primera vez Melanie se da cuenta de que siempre lleva algo rojo. La camiseta, una cinta para el pelo, los pantalones o la bufanda. Los demás profesores y el doctor Caldwell y doctora Selkirk visten de blanco, y el sargento y sus hombres de verde y marrón y otros colores intermedios. La señorita Justineau de rojo.

Como la sangre.

Como si algo en ella estuviera herido, y no se curase, y le doliese siempre.

«Es una idea estúpida —piensa Melanie— porque la señorita Justineau siempre sonríe y se está riendo y tiene una voz que es como un canto. Si le doliese algo no

podría sonreír tanto. Pero ahora mismo no está sonriendo. Está mirando el suelo, y tiene el rostro contraído, como si estuviese enfadada, triste o enferma... como si fuese a soltar algo malo, lágrimas, palabras o vómitos, o las tres cosas a la vez».

—Yo me quedaré —balbucea Melanie. Está desesperada por conseguir que la señorita Justineau vuelva a sentirse bien—. Si tiene que estar aquí, me quedaré con usted. Tampoco querría ir a Beacon si no va usted.

La señorita Justineau levanta la cabeza y vuelve a mirar a Melanie. Tiene los ojos brillantes y su boca parece la raya del encefalograma del doctor Caldwell, porque tiembla constantemente.

—Lo siento —se apresura a decir Melanie—. No se entristezca, por favor, señorita Justineau. Puede hacer lo que quiera, por supuesto. Puede irse, o quedarse, o...

No dice una palabra más. De repente se sume en un silencio total, como si se le hubiera quedado paralizada la lengua, porque sucede algo totalmente inesperado y absolutamente maravilloso.

La señorita Justineau estira el brazo y le acaricia el pelo.

Le acaricia el pelo con la mano, como si fuese la cosa más natural y normal del mundo.

Y Melanie ve que unas luces bailan detrás de sus ojos, y se queda sin aliento, y no puede decir, oír ni pensar nada, porque aparte de los hombres del sargento, no más de dos o tres veces y siempre por accidente, nadie la había tocado nunca y es la señorita Justineau quien lo está haciendo y de pronto el universo es tan maravilloso que parece casi excesivo.

En la clase, todos los que pueden verlo están mirando. Todos tienen los ojos y la boca abiertos de par en par. El silencio es tal que se oye el suspiro de la señorita Justineau, coronado por un pequeño temblor al final, como si tiritase de frío.

—¡Oh, Dios! —susurra.

—La clase ha terminado —dice el sargento.

Melanie no puede volver la cabeza hacia él, por culpa de la correa de la silla. Y los demás tampoco parecen haberse dado cuenta de que había entrado en la sala. Están todos tan sorprendidos y asustados como ella. Hasta la señorita Justineau parece asustada, lo que es otra de esas cosas (como el hecho de que el sargento tenga nombre) que cambia la arquitectura del mundo entero.

El sargento entra en el campo de visión de Melanie, justo detrás de la señorita Justineau. Esta ha retirado bruscamente la mano del pelo de Melanie al oír su voz. Vuelve a agachar la cabeza y Melanie deja de verle la cara.

—Nos los llevamos —dice el sargento.

—Bien —responde la señorita Justineau con una vocecilla.

—Y a usted vamos a abrirle un expediente disciplinario.

—Bien.

—Y puede que pierda el trabajo. Porque acaba de quebrantar hasta la última de

las normas.

La señorita Justineau levanta de nuevo la cabeza. Tiene los ojos empapados en lágrimas.

—Que te den, Eddie —dice, con el mismo tono suave y tranquilo que si estuviera dándole los buenos días.

Sale del campo de visión de Melanie a rápidas zancadas. Melanie siente deseos de llamarla, de decirle algo para que se quede: «La quiero, señorita Justineau. Seré un dios o un titán y la salvaré». Pero no puede decir nada y entonces entran los hombres del sargento y comienzan a llevarse las sillas de los niños, una por una.

¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho?

Helen Justineau no tiene una buena respuesta, así que sigue haciéndose la pregunta. Está sola y deprimida en el cuarto que tiene en la lujosa ala de los civiles, casi medio metro más largo que el de los soldados y con su propio lavabo químico. Apoyada en el espejo de la pared, eludiendo su propia mirada acusadora.

Se ha frotado las manos hasta dejárselas en carne viva, pero aun así continúa sintiendo aquella piel fría. Tan fría como si no circulase sangre por ella. Como si estuviese tocando algo que acabaran de sacar del fondo del mar.

¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué ha sucedido en esa imposición de manos?

El de poli bueno es solo un papel que le han asignado: observar y evaluar las respuestas emocionales de los niños para luego poder redactar tortuosos informes sobre su capacidad de sentir afecto normal, dirigidos a Caroline Caldwell.

«Afecto normal». Presumiblemente, eso es lo que siente ahora Justineau.

Es como si hubiera excavado un foso, profundo y de paredes rectas, se hubiera limpiado las manos... y luego se hubiera metido tranquilamente en él.

Solo que en realidad ha sido el sujeto de experimentación número 1 quien lo ha hecho. Melanie. Ha sido su desesperado y obvio enamoramiento, rendido a su heroica figura, el que ha hecho tropezar a Justineau o al menos el que la ha desequilibrado lo suficiente para que el tropezón resultara inevitable. Esos ojos grandes y rebosantes de confianza, en ese rostro blanco como el hueso... La muerte y la doncella, combinadas en un frasco pequeño.

No sofocó su compasión a tiempo. No se recordó a sí misma, como hace todos los días, que cuando el programa concluya, una aeronave de Beacon se la llevará de allí del mismo modo que la trajo. Rápidamente, junto con todas sus cosas, sin dejar ni rastro. Esto no es la vida. Es algo que se desarrolla dentro de una subrutina contenida en sí misma. Puede salir tan inmaculada como entró con solo impedir que la afecte.

Pero puede que ya sea tarde para eso.

Cada cierto tiempo, en el ala hay un día que no empieza bien. Un día en el que los patrones repetidos que Melanie utiliza como varas de medir para su propia existencia no se reproducen uno tras otro y se siente como si estuviera bamboleándose impotente en el aire, como si fuese un globo en forma de Melanie. Una semana después de que la señorita Justineau le contara a la clase que sus madres estaban muertas llega un día de estos.

Es viernes, pero cuando aparecen el sargento y sus hombres no viene un profesor con ellos y no abren la puerta. Melanie ya sabe lo que va a suceder a continuación, pero aun así siente un hormigueo de intranquilidad al oír el repiqueteo de los tacones altos de la doctora Caldwell sobre el suelo de hormigón. Y un momento después comienza el clic del bolígrafo de la doctora Caldwell, a la que le gusta apretar y apretar el botón incluso cuando no piensa escribir nada.

Melanie no se levanta de la cama. Se queda allí sentada y espera. La doctora Caldwell no le cae muy bien. En parte porque siempre que aparece se desbaratan las rutinas diarias, pero sobre todo porque no sabe lo que hace. Los profesores enseñan y los hombres del sargento trasladan a los niños entre el aula y las celdas, y los alimentan y duchan los domingos. La doctora Caldwell simplemente aparece, sin previo aviso (una vez, Melanie intentó calcular si había un patrón, pero no lo encontró), y entonces todo el mundo deja lo que está haciendo, o lo que debería estar haciendo, hasta que vuelve a marcharse.

El repiqueteo de los zapatos y el clic-clic del bolígrafo se acercan más y más hasta detenerse.

—Buenos días, doctora —dice el sargento en el pasillo—. ¿A qué debemos el placer?

—Sargento —responde la doctora Caldwell.

Su voz es casi tan suave y cálida como la de la señorita Justineau, lo que hace sentir a Melanie un poco culpable por la antipatía que siente. Lo más probable es que sea muy simpática si uno llega a conocerla.

—Estoy comenzando una nueva serie de pruebas y necesito un sujeto de cada.

—¿Un sujeto de cada? —repite el sargento—. ¿Un chico y una chica, quiere decir?

—¿Un qué y un qué? —La doctora Caldwell ríe con voz musical—. No, no me refiero a eso. En absoluto. El género es completamente irrelevante. Eso ya lo hemos establecido. Me refiero a uno del extremo superior de la curva de campana y otro del extremo inferior.

—Bueno, dígame cuáles quiere. Los prepararé y se los enviaré.

Hay un crujido de papeles.

—Para el del extremo inferior, la dieciséis irá perfectamente —dice la doctora Caldwell.

Sus tacones repiquetean varias veces sobre el suelo, pero no camina, porque el sonido no se acerca ni se aleja. El clic-clic del bolígrafo continúa.

—¿Quiere a esta? —pregunta el sargento.

Su voz suena muy cerca.

Melanie levanta la mirada. La doctora Caldwell está observándola desde el otro lado de la portilla. Sus ojos se encuentran con los de Melanie y permanecen así mucho rato, sin que ninguna de las dos parpadee.

—¿Nuestra pequeña genio? —dice la doctora Caldwell—. Lávese la boca, sargento. No voy a desperdiciar a nuestra número uno para una simple comparación de estratos. Cuando venga a por Melanie será con ángeles y trompetas.

El sargento murmura algo que Melanie no alcanza a oír y que hace reír a la doctora Caldwell.

—Bueno, seguro que puede usted poner las trompetas, al menos.

Se vuelve y el clic-clac-clic de sus tacones se aleja por el pasillo.

—Los dos patitos —dice—. El veintidós.

Melanie no se sabe los números de las celdas de todos los niños, porque siempre los llevan y traen en un orden muy estricto. Pero de vez en cuando, uno de los profesores llama a un niño por su número en lugar de su nombre, y ella los ha memorizado. Marcia es la número dieciséis y Liam el número veintidós. Se pregunta para qué los querrá la doctora Caldwell y lo que les dirá.

Se acerca a la portilla y observa cómo entran los hombres del sargento en las celdas dieciséis y veintidós. Sacan a Liam y Marcia en sus sillas y se los llevan por el pasillo... pero no hacia el aula, sino en sentido contrario, hacia la gran puerta de acero.

Melanie los sigue con la mirada mientras puede, pero hay un momento en el que salen de su campo de visión. Supone que habrán atravesado la puerta, porque ¿qué otra cosa hay al final del pasillo? ¡Así que están viendo con sus propios ojos lo que hay al otro lado!

Melanie espera que hoy les toque la señorita Justineau, porque siempre deja a los niños hablar de cosas que no tienen que ver con la lección, de manera que cuando Liam y Marcia vuelvan podrán contarles de qué han hablado con la doctora Caldwell, qué han hecho y qué hay al otro lado de la puerta.

Pero también espera que les toque la señorita Justineau por muchas más razones.

Y resulta que les toca. Los niños componen canciones para que la señorita Justineau las toque con su flauta, con complicadas normas sobre la longitud de las palabras y la forma de la rima. Lo pasan muy bien, pero el día transcurre sin que regresen Liam y Marcia. Así que Melanie no puede preguntar lo que quería y aquella noche, al volver a la celda, la curiosidad le pica más que antes, si es posible.

Luego llega el fin de semana, sin clases y sin nadie con quien hablar. Melanie se pasa todo el sábado pendiente, pero la puerta de acero no se abre y no entra ni sale nadie.

El domingo, Liam y Marcia no están en la ducha.

El lunes les toca con la señorita Mailer y el martes con el señor Whitaker, y poco después Melanie comienza a tener miedo de preguntar, porque en su mente ha aparecido una posibilidad, como una grieta en una pared, la posibilidad de que Liam y Marcia no regresen, como pasó con Ronnie aquella vez que se puso a gritar sin parar. Y puede que si lo pregunta cambie lo que pase. Puede que si todos fingen no darse cuenta, un buen día traigan a Liam y Marcia en sus sillas y sea como si no se hubieran ido nunca. Mientras que si alguien pregunta «¿A dónde han ido?», se habrán ido de verdad y no volverá a verlos.

6

—Vale —dice la señorita Justineau—. ¿Alguien sabe qué día es hoy?

Es martes, claro, y lo que es más importante, es un día en el que les toca la señorita Justineau, pero todos intentan adivinar a qué más se refiere.

—¿Su cumpleaños?

—¿El cumpleaños del rey?

—¿Un día en el que pasó algo importante, hace años?

—¿Un día con una fecha capicúa?

—¿El día en el que viene alguien nuevo?

Están todos emocionados, porque saben que tiene que ver con la gran bolsa de tela que ha traído la señorita Justineau y notan que está tan impaciente como ellos por mostrarles lo que contiene. Va a ser un buen día, uno de los mejores, seguramente.

Pero al final es Siobhan quien lo adivina.

—¡Hoy empieza la primavera! —grita desde detrás de Melanie.

—Enhorabuena, Siobhan —dice la señorita Justineau—. Tienes toda la razón. Es 21 de marzo y en la zona del mundo en la que vivimos eso es... ¿El qué? ¿Qué tiene de especial el 21 de marzo?

—El primer día de la primavera —repite Tom, pero Melanie, que está furiosa consigo misma por no haberse dado cuenta antes, sabe que la señorita Justineau quiere algo más.

—¡El equinoccio de primavera! —se apresura a decir para que nadie se le adelante.

—Exacto —asiente la señorita Justineau—. Un aplauso para Melanie. Es el equinoccio de primavera. Ahora bien, ¿qué quiere decir eso?

Todos los niños se mueren por responder. Normalmente nadie se molesta en decirles qué día es y, como es natural, nunca ven el cielo, pero la teoría se la saben. Desde el solsticio, allá por diciembre, las noches se han hecho cada vez más cortas y los días cada vez más largos (y no es que los niños puedan ver la noche o el día, porque las habitaciones del bloque no tienen ventanas). Hoy es el día en el que, por fin, alcanzan el equilibrio. La noche y el día duran exactamente doce horas.

—Por eso, es como un día mágico —dice la señorita Justineau—. En tiempos antiguos significaba que la larga oscuridad del invierno concluía al fin, que las cosas volverían a crecer y el mundo se renovarían. El solsticio era la promesa de que los días no seguirían acortándose más y más hasta desaparecer. El equinoccio era el cumplimiento de esa promesa.

La señorita Justineau recoge la bolsa y la coloca sobre la mesa.

—Y cuando estaba pensando en esto —dice lentamente, consciente de que todos la observan deseando saber lo que hay en la bolsa—, se me ha ocurrido que nadie os ha enseñado nunca lo que significa la primavera. Así que he pasado al otro lado de la valla del perímetro...

Los niños contienen a duras penas sus exclamaciones de asombro. Puede que la región 6 esté casi limpia, pero el otro lado de la valla sigue siendo de los hambrientos. En cuanto sales pueden verte y olerte... y una vez que te han olido no paran de seguirte hasta que te han devorado.

La señorita Justineau se echa a reír al ver sus expresiones de espanto.

—Solo era una broma —dice—. La verdad es que hay una zona del campamento que los soldados no se molestaron en despejar cuando levantaron la base. Ahí crecen montones de flores silvestres e incluso algunos árboles. Así que... —abre la bolsa— he ido allí y he cogido lo que he podido. Antes del Colapso habría sido un acto de vandalismo, pero en estos tiempos a las flores silvestres les va muy bien, así que he pensado que tampoco importaba.

Mete la mano en la bolsa y saca algo. Es como un palo largo y retorcido, del que salen palos más pequeños en todas direcciones. Y los palos más pequeños tienen a su vez otros, así que tiene una forma complicada y un poco absurda. Y está cubierto de puntitos verdes, pero cuando la señorita Justineau le da vueltas en sus manos, Melanie se da cuenta de que no son puntos. Son protuberancias que salen del palo, como si algo las empujase desde su interior. Y algunas de ellas están rotas: parecen partidas en dos y es como si estuvieran pelándose para dejar a la vista unos delicadísimos labios y unas cosas que parecen corchetes de color verde.

—¿Alguien sabe lo que es esto? —pregunta la señorita Justineau.

Nadie responde. Melanie le da vueltas y vueltas en la cabeza, tratando de relacionarlo con algo que ya haya visto o les hayan contado en clase. Lo tiene en la punta de la lengua, porque sabe que el palo grande que se subdivide en otros palos más pequeños, una y otra vez, como cuando se divide un número grande en una larga lista de factores primos, la ha visto en otra parte.

—Es una rama —dice Joanne.

«Tonta, tonta, tonta», se reprende Melanie. La foto de la jungla que tiene en su cuarto está llena de ramas. Pero la de verdad parece distinta, por alguna razón. Su forma es más compleja y rica en detalles, y sus texturas más ásperas.

—Justamente, una rama —asiente la señorita Justineau—. Creo que de aliso. Hace mil años, la gente que vivía por aquí llamaba a esta época del año el mes de los alisos. Usaban la corteza para preparar medicinas, porque es rica en algo llamado salicina, una especie de analgésico natural.

Recorre la clase entera y les suelta a los niños el brazo derecho para que puedan coger la rama y verla de cerca. «Es un poco fea —piensa Melanie— pero absolutamente fascinante». Sobre todo cuando la señorita Justineau les explica que las bolitas verdes son brotes, que se convertirán en hojas y cubrirán el árbol entero de verde, como si estuviera poniéndose un traje de verano.

Pero hay muchas más cosas en la bolsa y cuando la señorita Justineau comienza a sacarlas, la clase la observa fijamente, sobrecogida. Porque están llenas de colores: estrellas, ruedas y espirales de colores, de estructuras tan finas y complejas como la

rama, solo que mucho más simétricas. Flores.

—Borbonesa roja —dice la señorita Justineau mientras les enseña una que no es roja, sino de un color parecido al morado, con pétalos bifurcados que recuerdan a la huella de un animal que Melanie vio una vez en una lista de rastros.

—Romero.

Dedos blancos y verdes, entrelazados como las manos sobre el regazo de una persona cuando está nerviosa y quiere tenerlas quietas.

—Narciso.

Tubos amarillos como las trompetas que tañen los ángeles en las antiguas imágenes de los libros de la señorita Justineau, pero con unos bordes fruncidos tan delicados que se mueven cuando la profesora respira sobre ellos.

—Níspero.

Esferas blancas en densos racimos, formadas por unos pétalos solapados que se curvan sobre sí mismos, y se abren en un extremo para mostrar unas cosas que parecen modelos en miniatura de más flores en su interior.

Los niños están hipnotizados. Es la primavera del aula. Es el equinoccio, con el mundo en equilibrio entre el invierno y el verano, la vida y la muerte, como una peonza dando vueltas sobre la yema del dedo de alguien.

Cuando todos han podido observar y sostener las flores, la señorita Justineau las pone en botellas y jarrones, que coloca luego en todas las estanterías, mesas y superficies libres del aula, hasta hacer un prado de ella.

Lee varios poemas sobre flores, empezando por uno de Walt Whitman sobre las lilas, que dice que la primavera siempre regresa. Pero al poco de empezar, Walt Whitman comienza a hablar de la muerte y de dejar sus lilas como ofrenda en un sepulcro que ha visto, así que la señorita Justineau dice que mejor lo dejan y lee a Thomas Campion en su lugar. Tiene el nombre de una flor en inglés, piensa Melanie, y su poema le gusta mucho más.

Pero puede que lo más importante de ese día sea que Melanie ya sabe qué fecha es. Y quiere que siga siendo así, de modo que decide empezar a llevar la cuenta.

Reserva un lugar en su cabeza para la fecha, y cada día acude allí y agrega uno. Toma la precaución de preguntarle a la señorita Justineau si se trata de un año bisiesto y resulta que sí. Cuando lo sabe, se siente mejor.

Conocer la fecha la sosiega de un modo que no alcanza del todo a entender. Es como si le concediese un poder secreto, como si así tuviera el control de una pequeña parte del mundo.

Y es en ese instante, y ni uno antes, cuando se da cuenta de que nunca había tenido esta sensación.

Caroline Caldwell sabe muy bien cómo se separa el cerebro de un cráneo. Lo hace rápida y metódicamente y consigue extraer el cerebro de una pieza, sin que el tejido sufra apenas daños. Ha llegado a un punto en el que casi podría hacerlo estando dormida.

De hecho, lleva tres noches sin dormir y siente un picor detrás de los ojos que no se le va por mucho que frote. Pero tiene la mente despejada, con una lucidez teñida apenas por un leve tono alucinatorio en los bordes. Sabe lo que hace. Se ve a sí misma haciéndolo y aprueba el virtuosismo de su técnica.

El primer corte lo realiza en la parte posterior del hueso occipital, introduciendo la sierra en el hueco que Selkirk le ha abierto entre las capas de carne y entre los nudos y protuberancias de músculo expuesto.

Amplía el primer corte hacia ambos lados, manteniendo una línea horizontal correspondiente a la parte más ancha del cráneo. Al trabajar es importante tener espacio suficiente, para no chafar el cerebro o dejarse una parte dentro al sacarlo. Sigue adelante, moviendo la sierra adelante y atrás con suavidad, como si fuese el arco de un violín, a través de los huesos parietal y temporal, sin desviarse de la línea recta hasta llegar a los arcos superciliares.

En ese punto la línea recta deja de importar. Aquí la «x» marca el lugar: la doctora Caldwell traza con la sierra una línea que va de la parte superior izquierda a la inferior derecha y luego otra de la parte inferior izquierda a la superior derecha, y realiza dos incisiones ligeramente más profundas que se cruzan en el punto central situado entre los ojos del sujeto.

Que parpadean con rapidez frenética, enfocando y desenfocando en sucesión.

El sujeto está muerto, pero al patógeno que controla su sistema nervioso, la inexistencia de una consciencia rectora no le estorba lo más mínimo. Sabe lo que quiere y sigue siendo el capitán de la nave en medio de su naufragio.

La doctora Caldwell profundiza los cortes que se entrecruzan en la parte delantera del cráneo, porque los senos paranasales del sujeto multiplican por dos el grosor del hueso en esa zona.

A continuación saca la sierra y coge un destornillador, parte de un juego que recibió su padre como regalo del *Reader's Digest* por suscribirse a algunos de sus productos, hace más de treinta años.

El paso siguiente es delicado y complejo. La doctora sondea los cortes con la punta del destornillador y, donde puede, hace algo de palanca para abrirlos más, pero con cuidado de no introducirlo lo bastante como para dañar el cerebro que hay debajo.

El sujeto suspira, aunque ya no necesita oxígeno.

—Ya terminamos —dice la doctora Caldwell.

Medio segundo después se siente como una tonta. Aquello no es una conversación ni una experiencia compartida.

Se da cuenta de que Selkirk la está observando con expresión cautelosa. Molesta, chasquea los dedos y señala la sierra para que se la pase.

Lo que viene ahora es un ballet de incrementos infinitesimales: sondear el cráneo con la punta del destornillador para ver dónde se mueve y volver a penetrar con la sierra allí donde encuentre resistencia para, gradualmente, levantar la tapa de los sesos hasta poder sacarla de una pieza.

Es la parte más complicada, pero la completa sin contratiempos.

Tras sacar la bóveda craneal, Caldwell, con pequeños cortes de un escalpelo del diez va cortando los nervios craneales y los vasos sanguíneos, y separando delicadamente el cerebro de la parte delantera a medida que queda libre. Una vez que la médula espinal queda a la vista, la secciona también.

Pero aún no intenta sacar el cráneo. Ahora que ya está suelto, le devuelve el escalpelo a Selkirk y recibe de ella unos alicates con las puntas romas con los que extrae, con mucho cuidado, unas pocas protuberancias de hueso afilado que se yerguen orgullosas en los bordes del corte practicado en el cráneo. Es facilísimo arañar los sesos al sacarlos por la improvisada trampilla y cuando sucede eso lo mismo da tirarlos a la basura.

Una vez que ha hecho esto lo extrae: con las dos manos, desde abajo, ayudándolo a salir por la abertura sin dejar que toque los bordes en ningún momento.

Y lo deja, con gran cuidado, sobre la tabla de corte.

El sujeto número 22, que responde al nombre de Liam (si uno acepta la idea de ponerles nombre a esas cosas), continúa mirándola con unos ojos que siguen todos sus movimientos. Esto no significa que esté vivo. La doctora Caldwell cree que el momento de la muerte es el momento en que el patógeno cruza la barrera hematoencefálica. Lo que queda luego, por mucho que tenga un corazón que lata (diez o doce veces por minuto), por mucho que hable y por mucho que se le bautice con un nombre de niño o de niña, ya no es el huésped. Es el parásito.

Y el parásito, cuyas necesidades y tropismos son bien distintos a las necesidades y los instintos humanos, es un administrador diligente. Sigue gobernando un amplio abanico de redes y sistemas sin intervención alguna del cerebro, lo que le permite, como ahora, presenciar cómo lo cortan en finas lonchas y lo colocan entre placas de cristal.

—¿Saco el resto de la médula espinal? —pregunta Selkirk.

Habla con ese tono vacilante y suplicante que Caldwell desprecia. Es como una mendiga en la esquina de una calle, que no pide dinero ni comida, sino misericordia. «No me obligues a hacer nada desagradable o complicado».

La doctora Caldwell, que está preparando el bisturí, ni siquiera vuelve la mirada.

—Claro —dice—. Adelante.

Se muestra brusca, huraña incluso, porque esta parte del procedimiento, más que

ninguna otra, atenta contra su orgullo profesional. Si por algo estaría dispuesta a sacudir el puño en dirección al desierto cielo, sería por esto. Ha leído cómo se cortaban y montaban los cerebros en los viejos tiempos, antes del Colapso. Existía una máquina llamada ATLUM —un ultramicrotomo rotativo automático— que, gracias a una sierra de diamante, permitía rebanar un cerebro en secciones perfectas de una neurona de grosor. Treinta mil cortes por milímetro, más o menos.

Lo máximo que puede conseguir la guillotina de la doctora Caldwell sin aplastar y arruinar las frágiles estructuras que pretende examinar, es unas diez rebanadas por milímetro.

Háblale a la doctora Caldwell de Robert Edwards. Háblale de Elizabeth Blackburn, Günter Blobel, Carol Greider o cualquier otro biólogo celular que haya ganado nunca el premio Nobel y verás lo que dice.

La mayoría de las veces dirá: «Seguro que tenía un ultramicrotomo rotativo automático. Y un microscopio electrónico T.E.A.M. 0.5 y un sistema de procesamiento de imágenes de células vivas y un ejército de estudiantes de grado, becarios y ayudantes de laboratorio para encargarse de todas las tareas rutinarias, a fin de que el galardonado estuviera libre para bailar un vals con su puñetera musa a la luz de la luna».

La doctora Caldwell intenta salvar el mundo, y tiene la sensación de que lo hace llevando mitones en vez de guantes quirúrgicos. En una ocasión tuvo la oportunidad de hacerlo como es debido. Pero no consiguió nada y aquí está. Sola, pero aún entera. Aún luchando.

Selkirk exhala un suspiro de consternación que saca a Caldwell de sus infructuosas elucubraciones.

—La médula espinal está cortada, doctora. A la altura de la duodécima vértebra.

—Tírela —murmura la doctora Caldwell.

Ni siquiera se molesta en disimular su desdén.

Han pasado ciento diecisiete días desde que se llevaron a Liam y a Marcia, y todavía no han vuelto.

Melanie sigue pensando en ello y sigue preocupada, pero aún no ha preguntado a la señorita Justineau —ni a nadie— qué ha sido de ellos. Lo máximo que se ha acercado ha sido preguntarle al señor Whitaker lo que significan los dos patitos. Recuerda que la doctora Caldwell dijo aquellas palabras el día que sucedió todo.

El señor Whitaker tiene uno de esos días con altibajos en que se trae a clase la botella, esa botella llena a rebosar con la medicina que primero le mejora el carácter y luego se lo empeora. Melanie ya ha presenciado suficientes veces este extraño y ligeramente perturbador proceso como para predecir su curso. El señor Whitaker entra en clase en un estado de nerviosismo e irritación, decidido a encontrar problemas en todo cuanto hagan o digan los niños.

Entonces se toma su medicina y esta se propaga por su cuerpo como la tinta en el agua (fue la señorita Justineau quien les enseñó este proceso). Su cuerpo se relaja y pierde los tics. Su mente se relaja también y durante un rato se muestra amable y paciente con todos. Si parase entonces, sería maravilloso, pero sigue bebiendo y el milagro se revierte. No es que el señor Whitaker se vuelva huraño otra vez. Es algo peor, algo horrible que Melanie no sabe cómo llamar. Es como si se metiese dentro de sí mismo, sumido en una miseria total, y al mismo tiempo tratase de rehuirse, como si en su interior hubiera algo demasiado horrible hasta para tocarlo. A veces se echa a llorar y pide disculpas, pero no a los niños, sino a alguien que en realidad no está ahí y cuyo nombre no para de cambiar.

Como Melanie conoce bien este ciclo, se asegura de formular sus preguntas en la fase expansiva. «¿Qué son los dos patitos que mencionó la doctora Caldwell? —pregunta al señor Whitaker—. ¿Y por qué los mencionó en ese momento, el día que se llevaron a Marcia y a Liam?».

—Sale de un juego llamado bingo —le explica el señor Whitaker con la voz levemente pastosa—. Cada jugador tiene una tarjeta con varios números del uno al cien. Alguien va sacando números y el primer jugador que los consigue todos se lleva un premio.

—¿Y los dos patitos son uno de los premios? —le pregunta Melanie.

—No, Melanie, son uno de los números. Es una especie de clave. Cada número tiene una frase o un grupo de palabras asociado. Los dos patitos son el del veintidós, por su aspecto. Mira. —Los dibuja en la pizarra—. Parecen dos patitos nadando juntos, ¿lo ves?

La verdad es que a Melanie le recuerdan más a dos cisnes, pero el juego del bingo no le interesa demasiado. Conque lo único que pasaba era que la doctora Caldwell estaba diciendo veintidós de dos maneras distintas, la normal y la clave... Repitiendo que era Liam, y no otro, el escogido.

¿Escogido para qué?

Melanie piensa en los números. Su lenguaje secreto utiliza números, números distintos de dedos de la mano derecha y de la mano izquierda, o dos veces de la mano derecha si la mano izquierda sigue atada a la silla. Así se consiguen seis veces seis combinaciones distintas (porque no levantar ningún dedo también es una señal), lo bastante para todas las letras del alfabeto, además de señales especiales para todos los profesores, para la doctora Caldwell y para el sargento, y un símbolo de interrogación y una señal que significa «Era una broma».

Ciento diecisiete días significa que ya ha llegado el verano. Es posible que la señorita Justineau vuelva a traerles el mundo al aula y les enseñe qué aspecto tiene el verano, como hizo con la primavera. Pero últimamente la señorita Justineau, cuando está con la clase, parece distinta. A veces olvida lo que está diciendo, se interrumpe a mitad de una frase y se queda callada un buen rato antes de continuar, normalmente con algo que no tiene nada que ver.

Les lee libros con más frecuencia y organiza juegos y canciones con mucha menos.

Puede que esté triste por algo. Esta idea hace que Melanie se sienta desesperada y furiosa a un tiempo. Quiere proteger a la señorita Justineau y saber quién puede ser tan malo como para hacerla entristecer. Si averiguase quién ha sido, no sabe lo que le haría, pero desde luego se aseguraría de que lo lamentase.

Y cuando piensa quién podría ser, en su cabeza solo aparece un nombre.

El mismo que acaba de entrar en el aula, a la cabeza de media docena de sus hombres, con el rostro ceñudo cruzado por la diagonal de trazo irregular de su cicatriz. Apoya las manos en las asas de la silla de Melanie, le da la vuelta y se la lleva de clase. Lo hace de manera rápida y brusca, como casi todo. Pasa por delante de la puerta de la celda de Melanie y entonces retrocede, abre la puerta con las posaderas y da la vuelta a la silla tan brusca y rápidamente que Melanie se maree.

Dos de los hombres del sargento entran detrás de él, pero se mantienen a una distancia prudencial de la silla. Se ponen firmes y esperan a que el sargento les dé su permiso con un gesto de la cabeza. Uno de ellos apunta a Melanie con el arma mientras el otro, desde atrás, comienza a soltarle las correas, empezando por la del cuello.

Melanie le aguanta la mirada al sargento y mientras lo hace siente que algo en su interior se encoge como un puño cerrado. La culpa de que la señorita Justineau esté triste es del sargento. Tiene que serlo, porque se entristeció después de que se enfadase con ella y le dijese que había quebrantado las normas.

—Mírate —le dice a Melanie—. Con el rostro todo arrugado, como la máscara de una tragedia griega. Como si tuvieses sentimientos. ¡Por Dios!

Melanie frunce el ceño con toda la hostilidad que puede.

—Si tuviese una caja con todos los males del mundo —le dice—, la abriría un poquito y lo metería dentro. Y luego volvería a cerrarla para siempre.

El sargento se echa a reír y hay sorpresa en sus carcajadas, como si no diera crédito a lo que acaba de oír.

—Joder —dice—, pues será mejor que me asegure de que nunca consigas una caja.

Melanie está furiosa, porque el sargento ha cogido el peor insulto que se le ha ocurrido y se ha reído de él. Desesperada, mira a su alrededor, buscando el modo de replicar.

—¡Ella me quiere! —le suelta—. ¡Por eso me acarició el pelo! ¡Porque me quiere y quiere estar conmigo! ¡Y usted solo la pone triste y por eso le odia! ¡Le odia tanto como si fuese un hambriento!

El sargento se la queda mirando y algo le pasa en el rostro. Es como si estuviera sorprendido, y luego asustado, y luego furioso. Los dedos de sus grandes manos se cierran lentamente y aprieta los puños.

Apoya los brazos en los brazos de la silla y la empuja con fuerza contra la pared. Su rostro, pegado al de Melanie, está colorado y tembloroso.

—¡Voy a hacerte pedacitos, puta cucaracha! —dice con voz ahogada.

Los hombres del sargento presencian todo esto con expresión ansiosa. Es como si pensarán que deben hacer algo pero no supieran el qué. Uno de ellos empieza a decir:

—Sargento Parks... —pero no termina la frase.

El sargento endereza la espalda y retrocede, antes de hacer un gesto parecido a un encogimiento de hombros.

—Aquí ya hemos terminado —dice.

—Sigue sujeta —dice el segundo de sus hombres.

—Pues qué pena —responde el sargento.

Abre la puerta y espera, con la mirada clavada en sus hombres, hasta que estos se rinden, dejan a Melanie donde está y salen por la puerta.

—Dulces sueños, niña —dice el sargento.

Cierra la celda dando un portazo y Melanie oye cómo echa los cerrojos.

Uno.

Dos.

Tres.

—Me preocupa su objetividad —dice la doctora Caldwell a Helen Justineau.

Justineau no responde, pero seguramente su rostro expresa un «¿Perdone?» con suficiente elocuencia.

—Estudiamos a los sujetos por una razón —continúa Caldwell—. Dado el escaso apoyo que recibimos, es posible que no se dé cuenta de ello, pero nuestro programa de investigación es de una importancia incalculable.

Justineau sigue sin decir nada y Caldwell parece sentir la necesidad de llenar el vacío. De llenarlo sin dejar un resquicio, se diría.

—No exagero al decir que nuestra supervivencia como raza podría depender de que seamos capaces de averiguar por qué la infección ha tomado en estos niños un rumbo distinto al del noventa y nueve coma nueve nueve nueve por ciento de los sujetos. Nuestra supervivencia, Helen. Eso es lo que nos estamos jugando. La esperanza de tener un futuro. Un modo de salir de esto.

Están en el laboratorio, el taller de sucia creación de Caldwell, que Justineau no acostumbra a visitar. Solo está allí porque la doctora la ha hecho llamar. Puede que la base y la misión estén bajo jurisdicción militar, pero Caldwell sigue siendo su jefa y cuando la llama tiene que acudir. Tiene que dejar el aula y visitar la cámara de tortura.

Cerebros en tarros. Cultivos de tejido donde crecen grumosos paisajes de grisácea materia fúngica sobre órganos y miembros reconociblemente humanos. Una mano y un antebrazo —de tamaño infantil, cómo no—, despellejados y abiertos, con la rosada carne retraída y sujeta con alfileres y piezas de plástico amarillo para separar los músculos y dejar las estructuras interiores abiertas a examen. Es una sala saturada y claustrofóbica, con las persianas siempre bajadas para mantener el mundo exterior a una distancia clínicamente óptima. La luz —totalmente blanca, de implacable intensidad— procede de los fluorescentes que cubren el techo.

Caldwell está preparando unos portaobjetos con las muestras de tejido que corta, de lo que parece una lengua, con una navaja.

Justineau no aparta los ojos. Se obliga a mirar todo lo que hay allí, porque también ella forma parte del proceso. Cree que si finge que no lo ve acabará llegando a un punto sin retorno, al agujero negro de solipsismo que hay más allá del horizonte de sucesos de la hipocresía.

Dios, hasta podría transformarse en Caroline Caldwell.

Quien estuvo a punto de pertenecer al gran grupo que debía salvar a la humanidad, en los primeros tiempos de lo que acabaría por llamarse el Colapso. Dos docenas de científicos, una misión supersecreta, entrenamiento del gobierno... Lo mejor del mundo en un mundo en acelerado proceso de destrucción. Muchos fueron los llamados y muy pocos los elegidos. Caldwell era una de las que se quedaron a las puertas cuando estas se cerraron. ¿Le seguirá escociendo, después de tantos años?

¿Será eso lo que la ha vuelto loca?

Hace tanto que Justineau casi ha olvidado la mayoría de los detalles. Tres años después de la primera oleada de infecciones, cuando las sociedades del mundo desarrollado creyeron haber tocado fondo en su caída libre. En el Reino Unido, el número de infectados pareció estabilizarse durante un breve tiempo y se discutieron centenares de iniciativas. Beacon encontraría la cura, reclamaría las ciudades y restauraría un muy necesario *statu quo*.

En aquel extraño y falso amanecer se organizaron dos laboratorios móviles. No a partir de cero, porque no había tiempo para eso. Lo que hicieron fue adaptar rápida e ingeniosamente dos vehículos que poseía el Museo de Historia Natural de Londres.

El *Charles Darwin* y el *Rosalind Franklin* —Charlie y Rosie—, concebidos para albergar grandes exposiciones itinerantes, se transformaron en enormes instalaciones de investigación móviles. Cada uno de ellos era tan largo como un camión articulado y casi dos veces más ancho. Los equiparon con laboratorios de biología y química orgánica de última generación, junto con literas suficientes para seis científicos, cuatro soldados y dos conductores. También se beneficiaron de una serie de mejoras aprobadas por el Ministerio de Defensa, como orugas en lugar de ruedas, un blindaje de más de dos centímetros de grosor y cañones y lanzallamas delanteros y traseros.

Las «grandes esperanzas verdes», como las bautizaron, se presentaron al público con toda la fanfarria posible, dadas las circunstancias. Unos políticos que esperaban convertirse en los héroes del inminente renacimiento humano escribieron discursos sobre ellas y las bautizaron con botellas de champán. Se botaron entre lágrimas, plegarias, poemas y exordios.

Y desaparecieron.

Después de aquello, todo se desmoronó rápidamente. El respiro fue solo un fruto del caos, generado por dos poderosas fuerzas cuyos efectos se cancelaron mutuamente durante algún tiempo. La infección seguía propagándose y el capitalismo global seguía desmoronándose: como los dos gigantes que se devoran el uno al otro en el cuadro de Dalí llamado *Canibalismo en otoño*. En última instancia, ningún ejercicio publicitario, por bien orquestado que estuviese, podía imponerse al Armagedón. Este pisoteó las barricadas y se sirvió a su capricho.

Nadie volvió a ver a aquel grupo de genios seleccionados a dedo. Solo les quedó la segunda división, el banquillo de los suplentes, los reemplazos. «¡Ya solo Caroline Caldwell puede salvarnos!». Que Dios nos ayude, joder.

—No me trajo aquí para que fuese objetiva —le recuerda Justineau a su superior con una voz que, para su sorpresa, parece casi templada—. Me trajo porque quería complementar con evaluaciones psicológicas los fríos datos físicos que extrae de sus propias investigaciones. Si soy objetiva no le serviré de nada. Yo creía que conectar con los procesos mentales de los niños era precisamente el objetivo.

Caldwell hace un ademán vago mientras frunce los labios. Usa carmín a diario, a pesar de su escasez, y le saca partido: le permite ofrecer una fachada impecable al

mundo. En una edad de óxido, ella parece hecha de acero inoxidable.

—¿Conectar? —dice—. Eso no tiene nada de malo, Helen. Estoy hablando de algo que va más allá.

Señala con la cabeza un montón de papeles que hay sobre una de las superficies de trabajo, entre unas placas de Petri y una serie de cajas de diapositivas apiladas.

—Ahí, la primera hoja. Es la copia rutinaria de una petición enviada por usted a Beacon. Para que se impusiese una moratoria sobre las pruebas físicas practicadas con los sujetos.

Justineau no tiene otra respuesta que la más evidente.

—Le he pedido que me mande a casa —dice—. En siete ocasiones distintas. Y no lo ha hecho.

—Vino usted aquí a hacer un trabajo. Y el trabajo no está terminado. Decidí que debía cumplir su contrato.

—Pues en ese caso es lo que hay —dice Justineau—. Si estuviese en Beacon, tal vez podría mirar para otro lado. Si me mantiene aquí, tendrá que aguantar pequeños inconvenientes, como mi conciencia.

Los labios de Caldwell se estrechan formando una sola línea recta. Estira el brazo, coge el mango de la navaja y lo gira para dejarlo paralelo al borde de la mesa.

—No —dice—. En realidad no. Yo defino el programa y usted forma parte de él. Y esa parte sigue siendo necesaria, razón por la que me estoy tomando la molestia de mantener esta conversación. Estoy preocupada, Helen. Tengo la sensación de que ha cometido un error fundamental de juicio y si no lo repara, esto contaminará su análisis de los sujetos. No solo será inútil, sino algo peor.

«Un error de juicio». Justineau baraja la posibilidad de hacer un comentario sobre la fiabilidad de los juicios de la propia Caldwell, pero intercambiando insultos no va a conseguir nada.

—¿No ha quedado demostrado a estas alturas —dice en su lugar— que las respuestas de los niños están todas ellas dentro de los parámetros de lo humano? Incluso en un grado elevado, me atrevería a decir...

—¿Desde un punto de vista cognitivo, se refiere?

—No, Caroline. Desde todos los puntos de vista. Cognitivo. Emocional. Asociativo. Físico.

Caldwell se encoge de hombros.

—Bueno, dentro de lo «físico» habría que incluir los reflejos innatos. Y no creo que pueda decirse que alguien que experimenta un frenesí devorador en el momento que huele la carne humana está totalmente dentro de los parámetros humanos, ¿no le parece?

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Sí. Pero se equivoca, y lo sabe.

Caldwell no ha levantado la voz y no ha dado la menor señal de impaciencia o frustración. Podría ser una profesora que está explicando a un alumno un error de

lógica provocado por su ingenuidad, con el fin de que pueda corregirlo y aprender.

—Los sujetos no son humanos, son hambrientos. Hambrientos con capacidad cognitiva superior. Puede que, debido a que son capaces de hablar, sea más fácil empatizar con ellos, pero eso también los hace mucho más peligrosos que la variedad puramente animal con la que solemos encontrarnos. El mero hecho de tenerlos aquí, dentro del perímetro, ya constituye un riesgo, razón por la que se establecieron las instalaciones tan lejos de Beacon. Pero los datos que esperamos obtener justifican ese riesgo. Justifican cualquier riesgo.

Justineau se echa a reír, con un ronco y feo espasmo de exhalación que le hace daño al salir. Tiene que decirlo. No puede evitarlo.

—Ha troceado usted a dos niños, Caroline. Y sin anestesia.

—No responden a la anestesia. Sus neuronas tienen una fracción de lípidos tan pequeña que la concentración alveolar nunca supera el umbral de acción. Dato que, por sí solo, ya debería demostrarle que la condición ontológica de los sujetos es, como mínimo, dudosa.

—¡Está usted disecando a niños! —insiste Justineau—. ¡Por Dios, es como la bruja mala de un cuento de hadas! Sé que tiene práctica. Ya lo hizo con siete, ¿no es así? Antes de que yo llegase. Antes de que hiciera que me trajesen. Dejó de hacerlo porque no descubrió nada. No estaba averiguando nada que no supiese. Pero ahora, por alguna razón, ha decidido ignorarlo y empezar de nuevo. Así que sí, he pasado por encima de usted porque esperaba que hubiera alguien cuerdo allí arriba.

Justineau repara en su propia voz y se da cuenta de que es demasiado fuerte y demasiado aguda. Balbucea un instante antes de quedar en silencio y se prepara para oír que queda destituida. Será un alivio. Todo habrá terminado. Habrá hecho todo lo posible, en vano, y la mandarán lejos de allí. El problema será cosa de otro. Por supuesto, salvaría a los niños si pudiera, si hubiera algún modo, pero no se puede salvar a la gente del mundo. No hay ningún otro sitio donde llevarlos.

—Quiero enseñarle algo —dice Caldwell.

Justineau no tiene nada que responder a esto. Observa a Caldwell, con la inquietante sensación de no encontrarse presente, mientras cruza el laboratorio y regresa con una pecera en la que ha colocado uno de sus cultivos de tejido. Es de los más antiguos y lleva ya varios años de crecimiento a sus espaldas. La pecera tiene cuarenta y cinco centímetros de largo por treinta de ancho y veinticinco de alto y su interior está totalmente invadido por una densa masa de finas hebras de color gris oscuro. «Como algodón de azúcar contaminado», piensa Justineau. Es imposible saber lo que era el sustrato original: está perdido en la tóxica espuma que ha brotado de él.

—Todo esto es un solo organismo —dice Caldwell con orgullo, casi con una especie de perverso afecto, en la voz. Lo señala—. Y ya sabemos qué clase de organismo es. Finalmente hemos podido determinarlo.

—Creía que eso era bastante obvio —repite Justineau.

Si Caldwell capta el sarcasmo, no se deja ofender por él.

—Oh, sabíamos que era un hongo —reconoce—. En un primer momento se dio por supuesto que el patógeno zombi tenía que ser un virus o una bacteria. Su velocidad de propagación y los múltiples vectores de infección parecían apuntar en esa dirección. Pero la hipótesis del hongo también contaba con numerosos indicios. Si el Colapso no hubiera sido tan fulminante, el organismo habría quedado aislado en cuestión de días.

»Pero dadas las circunstancias... Tuvimos que esperar un tiempo para conocer la verdad. En el caos de aquellas primeras semanas se perdieron muchas cosas. Las pruebas realizadas en las primeras víctimas se frustraron cuando estas atacaron y devoraron a los médicos y científicos que las estaban examinando. La propagación exponencial de la enfermedad garantizó que se repitiese una y otra vez un mismo escenario. Y claro, los hombres y las mujeres que más podrían habernos contado eran siempre, por la misma naturaleza de su trabajo, los más expuestos a la infección.

Caldwell habla con el seco y monocorde tono de una conferencia, pero su expresión se endurece al posar la vista sobre la cosa que es tanto su némesis como la piedra angular de su existencia.

—Si cultivamos el patógeno en un medio seco y estéril —continúa—, termina por revelar su verdadera naturaleza. Pero su ciclo de crecimiento es lento. Tanto que resulta asombroso. En el caso de los hambrientos, las hebras de micelio tardan años en aparecer en la superficie de la piel, y cuando lo hacen parecen unas venillas de color gris oscuro o un fino moteado. En el agar, el proceso es aún más lento. Este espécimen tiene doce años y aún no ha madurado del todo. Las estructuras sexuales o de germinación, los esporangios o los himenios, aún no se han formado. Por eso solo es posible contraer la infección al recibir el mordisco de un hambriento o por exposición directa a sus fluidos corporales. Al cabo de dos décadas, el patógeno no ha desarrollado esporas aún. Solo puede multiplicarse asexualmente, en una solución nutriente. Como la sangre humana, a ser posible.

—¿Por qué me está enseñando todo esto? —pregunta Justineau—. Ya he leído los informes.

—Sí, Helen —asiente Caldwell—. Pero los escribí yo. Y aún los estoy escribiendo. Gracias a los cultivos que extraje de hambrientos en avanzado estado de descomposición, cultivos como este, pude establecer que el patógeno zombi es un viejo amigo con un traje nuevo. El *Ophiocordyceps unilateralis*.

»La primera vez que nos encontramos con él era un parásito que afectaba a las hormigas. Y su comportamiento en ese contexto lo hizo famoso. Los documentales de naturaleza se regodearon en todos los macabros detalles.

Caldwell pasa a regodearse en todos los macabros detalles, aunque en realidad no es necesario. En su momento, cuando determinó que el patógeno de los hambrientos era una mutación del *Cordyceps*, se alegró tanto que tuvo que compartirlo con los demás. Convenció a Beacon de que aprobase un programa de formación para todo el

personal de la base. En grupos de doce, fueron entrando en el comedor, donde Caldwell daba comienzo al espectáculo poniéndoles un breve extracto de un documental de David Attenborough fechado unos doce años antes del Colapso.

La voz perfectamente modulada de Attenborough, verdadera miel de una huerta británica, describía con incongruente delicadeza que las esporas del *Ophiocordyceps* yacen latentes en los suelos forestales de entornos húmedos como la jungla de Sudamérica. Las hormigas en busca de alimento las recogen inadvertidamente, porque las esporas son pegajosas y se adhieren a la parte inferior de su tórax o su abdomen. Una vez allí, les crecen unos micelios que penetran en el cuerpo de la hormiga y atacan su sistema nervioso.

El hongo vampiriza a la hormiga.

Imágenes en la pantalla de hormigas que se convulsionan, tratando en vano de arrancarse las esporas de la armadura con rápidos y espasmódicos movimientos de las patas. No sirve de nada. Las esporas han comenzado ya a penetrar y están inundando el sistema nervioso de la hormiga con agentes químicos extraños, expertos falsificadores de sus propios neurotransmisores.

El hongo se sube al asiento del conductor, pisa a fondo el acelerador y se lleva a la hormiga lejos de allí. La obliga a trepar al lugar más elevado que puede alcanzar, alguna hoja situada a quince metros o más del suelo de la jungla, donde la hormiga hunde las mandíbulas hasta quedar inamoviblemente aferrada a ella.

El hongo se propaga por el cuerpo de la hormiga y sale violentamente a la superficie por su cabeza, con un esporangio fálico que empala al agonizante insecto desde dentro. El esporangio expulsa millares de esporas que, desde tal altura, se esparcen varios kilómetros a la redonda. Lo que, lógicamente, era el propósito de toda la operación.

Hay miles de especies de *Cordyceps*, cada una de ellas especializada, vinculada única y exclusivamente a una especie de hormiga concreta.

Pero en algún momento apareció un *Cordyceps* menos puntilloso. Saltó de especie, y luego de género, de familia, de orden y de clase. Trepó hasta la copa del árbol de la evolución (suponiendo por un momento que la evolución es un árbol y tiene una copa). Es posible, claro está, que alguien le echase una mano. Que lo hubieran cultivado en un laboratorio por vaya usted a saber qué razones; que lo forzasen a avanzar con manipulación genética e inyecciones de ARN. Para que diese saltos de gigante.

—Esto —dice Caldwell mientras da unos golpecitos con el dedo a la tapa de la pecera— es lo que hay en la cabeza de los sujetos. Dentro de su cerebro. Cuando entra usted en esa aula, cree que está hablando con niños. Pero no es así, Helen. Está hablando con la criatura que mató a esos niños.

Justineau sacude la cabeza.

—No lo creo —dice.

—Me temo que da igual lo que usted crea.

—Exhiben comportamientos que no tienen que ver con la supervivencia del hongo.

Caldwell desecha la observación con un encogimiento de hombros.

—Sí, claro. De momento. Quien guarda siempre halla. El *Ophiocordyceps* no devora el sistema nervioso entero de una sola vez. Pero si una de esas cosas a las que usted ve como sus pupilos huele la carne humana, las feromonas humanas, puede prepararse para vérselas con el hongo. Lo primero que hace es consolidar el control de la corteza motora y el reflejo de alimentación. Así es como se propaga: por la saliva, principalmente. El mordisco nutre al anfitrión y extiende la infección al mismo tiempo. De ahí la extremada prudencia con la que tratamos a los sujetos de prueba. Y de ahí —suspira— la necesidad de esta clase.

Justineau siente el intenso deseo de oponerse a un veredicto que ya se ha formado. Coge la tapa de la pecera y la abre de un repentino tirón.

Caldwell lanza un grito desarticulado mientras retrocede, con una mano en la boca.

Entonces comprende lo que está haciendo y baja la mano. Lanza una mirada dura a Justineau, que la observa con frío y lejano desapego.

—Eso ha sido una estupidez —dice.

—Pero no peligrosa —señala Justineau—. Usted misma lo ha dicho, Caroline. Aún no tiene órganos sexuales. Ni esporas. El hongo no puede propagarse por el aire. Necesita sangre, sudor, saliva y lágrimas. ¿Lo ve? Es usted tan propensa como la que más a hacer afirmaciones falsas... a ver un riesgo donde realmente no lo hay.

—Es una mala analogía —dice Caldwell. Su voz es tan cortante que parece segar el aire— y aquí el problema no es sobrestimar el riesgo. El peligro, todo el peligro, radica en ignorarlo.

—Caroline —Justineau lo intenta una última vez—. No estoy diciendo que detengamos el programa. Solo que deberíamos probar otros métodos.

Caldwell esboza una frágil y precisa sonrisa.

—Estoy abierta a otros métodos —dice a Justineau—. Por eso precisamente solicité una psicóloga del desarrollo para mi equipo.

La sonrisa desaparece en un inevitable reflujo.

—Mi equipo. Sus métodos están al servicio de los míos y se utilizan cuando los necesito. Ni dicta usted nuestro enfoque ni habla con Beacon sin mi consentimiento. ¿Se le ha ocurrido, Helen, que estamos bajo supervisión militar y no civil? ¿Alguna vez se para a pensar en eso?

—No mucho —admite Justineau.

—Pues debería, porque es importante. Si decido que está poniendo en peligro mi programa e informo de ello al sargento Parks, no la enviarán a casa.

Clava en Justineau una mirada de delicadeza y consternación incongruentes.

—Le pegarán un tiro.

Se hace el silencio entre ellas.

—Me interesa lo que hay en el interior de su cabeza —dice Caldwell al fin—. Normalmente puedo averiguarlo examinando sus estructuras físicas con el microscopio. Y cuando no puedo, consulto sus informes. Y lo que espero encontrar en ellos es una valoración clara y racional, construida sobre conjeturas bien justificadas. ¿Lo comprende?

Una larga pausa.

—Sí —dice Justineau.

—Bien. En tal caso, y como punto de partida, quisiera que elaborase una lista de los sujetos por orden de importancia para su evaluación... a partir de ahora. Quiero saber a cuáles de ellos necesita seguir observando y por cuánto tiempo. Procuraré tener en cuenta sus prioridades cuando vaya a escoger a los próximos sujetos para la disección. Necesitamos cantidades ingentes de mediciones comparativas. Ahora mismo estamos ante un callejón sin salida y lo único que se me ocurre para avanzar es obtener datos en masa. Quiero procesar a la mitad del grupo a lo largo de las tres próximas semanas.

Justineau no puede recibir este golpe sin encogerse.

—¿La mitad de la clase? —repite con voz ahogada—. Pero eso es... ¡Caroline! Por Dios...

—La mitad del grupo —insiste Caldwell—. La mitad de nuestra reserva de sujetos actual. «La clase» no es más que un laberinto que ha construido usted para que corran por él. No la convierta en algo digno de consideración por sí mismo. Necesito la lista el domingo, como muy tarde, pero si puede estar antes, mejor. Comenzaremos a procesar el lunes por la mañana. Gracias por su tiempo, Helen. Si la doctora Selkirk o yo podemos ayudarla, será un placer. Pero la decisión final le corresponde a usted, claro. En eso no interferiremos.

Justineau se ve de pronto al aire libre, caminando sin dirección precisa. Los rayos del sol le dan en la cara y se aparta de ellos. Ya está suficientemente acalorada.

«La mitad de nuestra reserva».

Su mente choca con las palabras y las envía dando vueltas sin control, fuera de su alcance.

En otras circunstancias podría haber admirado la brutal honradez con la que ha admitido Caldwell su propio fracaso. «Estamos ante un callejón sin salida». Se identifica hasta tal punto con el proyecto que la vanidad individual es imposible para ella.

Por otro lado: «La decisión final le corresponde a usted». Eso es sadismo puro. Ven a mi altar, Helen. Hasta te dejaré escoger los sacrificios. ¿A que mola?

«La mitad».

Todo se vendrá abajo. La clase, corroída por miedos e inseguridades, se hará mil pedazos. Finalmente le plantearán las preguntas para las que Justineau no tiene respuesta. Tendrá que elegir entre la confesión o la huida y seguramente cualquiera de las dos la empuje hacia la catástrofe.

Lo que, seguramente, sea lo que se merece. Asesina de niños. Cómplice de un asesinato en masa, una Judas que sonrío mientras va tachando casillas en una hoja. Por un momento, la idea de sentir la pistola de Parks apoyada en la cabeza cobra cierto atractivo peculiar.

En ese mismo momento tropieza con él y el choque es tan fuerte que ambos se tambalean. Parks se recupera antes y la sujeta con delicadeza por los hombros para que no se caiga.

—Eh —dice—, ¿se encuentra bien, señorita Justineau?

Su ancho y plano rostro, despojado de simetría y cargado de inconcebible fealdad por culpa de la cicatriz, irradia una amistosa solicitud.

Justineau se zafa de él mientras retuerce el rostro, impulsada por una rabia que crece en su interior. Parks pestañea ante aquella emoción visceral, sin saber de dónde viene o a dónde podría conducir.

—Estoy perfectamente —dice Justineau—. Apártese de mi camino, por favor.

El sargento señala sobre el hombro en dirección a la verja que tiene detrás.

—Un centinela ha captado movimientos en el bosque, por ahí —dice—. No sabemos si se trata de hambrientos o qué. Pero en cualquier caso, el perímetro es zona prohibida por ahora. Lo siento. Por eso quería alejarla de allí.

Un movimiento en la media distancia, en la dirección hacia la que señala, la distrae un segundo, y tiene que hacer un esfuerzo para volver a mirarlo.

Se vuelve hacia él tratando de coger aliento con tranquilidad, tratando de empujar de nuevo todas sus emociones hacia su interior para que no pueda verlas en su cara. No quiere que la comprenda aquel hombre, ni siquiera a un nivel tan superficial.

Y al pensar en lo que ya ha visto, en lo que podría saber o creer que sabe sobre ella, le hace ver el momento de su humillación bajo una nueva perspectiva. Cuando Parks la vio quebrantar la más sagrada de las normas de la base amenazó con acusarla. Pero no pasó nada. Hasta ahora.

Le fue con el cuento a Caroline Caldwell. Está segura de ello. Los cuatro meses que han transcurrido entre el incidente de Melanie y la reprimenda que acaba de recibir no hacen mella en su certeza. Estas cosas se escurren lentamente por entre los engranajes de la burocracia, se toman el tiempo que necesitan.

Tiene que reprimir el deseo de golpear a Parks en esa cara deformada. Tal vez así encuentre el defecto, el punto de presión que lo hará estallar en mil pedazos y desaparecer de su vida.

—Sigo aquí, sargento —le dice, espoleada por la rabia—. Ha usado todas sus armas y lo único que ella ha hecho ha sido darme un azote y ponerme más deberes.

La frente de Parks se contrae, al menos en aquellas zonas donde aún puede hacerlo, donde el tejido cicatrizado no la ha contraído ya de manera permanente.

—¿Disculpe? —dice.

—No lo disculpo.

Hace ademán de rodearlo, pero entonces recuerda que no puede continuar en esa

dirección y se vuelve, de manera que por un momento quedan de costado el uno respecto al otro.

—No he usado ningún arma —replica rápidamente el sargento Parks—. No he informado a la doctora Caldwell, si se refiere a eso.

Lo dice como si fuese verdad. Lo dice como si realmente esperara que ella lo creyese.

—Pues debería —dice Justineau—. Es el mejor modo de tocarme las narices. Y de momento lo está haciendo de manera impecable, sargento.

Algo parecido a la angustia aparece en la cara de Parks.

—Mire —dice—. Intento ayudarla. En serio.

—¿Ayudarme?

—Exacto. Tengo ya varios años de experiencia de campo. Y he sobrevivido a más incursiones de saqueo que casi nadie. Y me refiero a mierdas muy chungas. En la ciudad.

—¿Y?

Parks se encoge visiblemente de hombros y guarda silencio un momento, como si hubiera alcanzado los límites de su vocabulario... cosa que tampoco le parece demasiado improbable a Justineau.

—Pues que sé de lo que hablo —dice al fin—. Conozco a los hambrientos. Al otro lado de la verja no sobrevives mucho si no te aprendes los pasos. Lo que puedes hacer y lo que puede costarte la vida.

Justineau deja que una indiferencia total aflore a su rostro. De alguna manera, sabe que esto afectará más al sargento que cualquier demostración de furia. Su agitación le muestra el camino a un terreno superior de frío desdén.

—No estoy al otro lado de la verja.

—Pero está en contacto con ellos. Trata con ellos a diario. Y no mantiene la guardia alta. Mierda, le puso una mano encima a esa criatura. La tocó.

Su voz flaquea al decir estas palabras.

—Sí —reconoce Justineau—. Así es. Asombroso, ¿verdad?

—Es una estupidez.

Parks sacude la cabeza como si quisiera espantar una mosca que se le hubiera posado en ella.

—Señorita Justineau... Helen... Los soldados están aquí por algo. Si les hace caso la salvarán. De su propio instinto, entre otras cosas.

Ella no se molesta en responder. Se limita a clavarle la mirada.

—Muy bien —dice Parks—. Entonces tendré que encargarme personalmente.

—¿Que tendrá qué?

—Es mi responsabilidad.

—¿Encargarse personalmente?

—La seguridad de esta base es responsabilidad mía...

—¿Me está amenazando?

—No le tocaría un pelo de la cabeza —responde él, exasperado—. Puedo mantener el orden en mi propia casa, joder.

Y de pronto ella lo ve, en su cara. Se da cuenta de que está hablando de algo concreto, sin aludir directamente a ello. Algo que está muy reciente en sus pensamientos.

—¿Qué ha hecho? —exige saber.

—Nada.

—¿Qué ha hecho?

—Nada que la concierna.

Sigue hablando cuando ella se aleja, pero no es difícil cerrar los oídos a sus palabras. Solo son palabras.

Echa a correr antes de llegar al bloque del aula.

Cuando no tienes nada que hacer y no puedes ni siquiera moverte, el tiempo pasa mucho más despacio.

Las piernas y el brazo izquierdo de Melanie, todavía atados a la silla, sufrieron atroces calambres, pero eso fue hace mucho y ahora el dolor de los calambres se ha esfumado y es como si su cuerpo hubiera decidido dejar de molestarse en decirle cómo se siente, así que no cuenta ni siquiera con la distracción del dolor.

Sentada como está, piensa en la furia del sargento y lo que significa. Podría significar muchas cosas, pero el punto de partida es el mismo en todos los casos. El sargento solo se enfureció cuando mencionó a la señorita Justineau, cuando le dijo que la señorita Justineau la quería.

Melanie comprende los celos. Ella misma se pone un poco celosa cada vez que la señorita Justineau habla con otro chico u otra chica en la clase. Quiere que el tiempo de la señorita Justineau le pertenezca a ella y todo lo que le recuerda que no es así le duele un poco y hace que el corazón le dé un pequeño vuelco y le lata con más fuerza en el pecho.

Pero la idea de que el sargento esté celoso le provoca vértigo. Si el sargento puede estar celoso es que su poder tiene límites... y ella se encuentra en uno de ellos, observándolo desde allí.

Este pensamiento le proporciona aliento durante un rato. Pero no aparece nadie y las horas transcurren a rastras... y aunque se le da bien esperar, no hacer nada, el tiempo le pesa cada vez más. Trata de contarse historias, pero se deshacen en su cabeza. Se propone rompecabezas con ecuaciones simultáneas y los resuelve, pero es demasiado fácil cuando es una misma la que inventa los problemas. Ya tienes media respuesta antes de haber empezado a buscarla en serio. Está cansada, pero la postura que le impone la silla no le permite descansar.

Entonces, después de mucho, mucho tiempo, oye que gira una llave en una cerradura y alguien descorre un cerrojo. El ruido metálico de una gruesa puerta de acero. Unos pasos que corren sobre el hormigón levantando un millar de susurrantes ecos. ¿Es el sargento? ¿Ha regresado para hacerla pedazos?

Alguien abre el cerrojo y luego la puerta de Melanie.

La señorita Justineau está en el umbral.

—No pasa nada —dice—. He venido, Melanie. He venido a buscarte.

Se adelanta. Comienza a forcejear con la silla, como Hércules con el león o la serpiente. Desabrocha con facilidad la correa del brazo, que ya estaba medio suelta. Entonces se pone de rodillas y comienza con las de las piernas. La derecha. Luego la izquierda. Murmura y maldice mientras lo hace.

—¡Está loco, joder! ¿Por qué? ¿Por qué hace algo como esto?

Melanie siente que la constricción remite y que sus piernas, con un fuerte hormigueo, recuperan la sensibilidad.

Se pone en pie con el corazón casi rebosante de alegría y alivio. ¡La señorita Justineau la ha salvado! Alza los brazos en un gesto instintivo y casi incontenible. Quiere que la señorita Justineau la abrace. Quiere abrazarla y dejarse abrazar por ella, y tocarla, no solo con el pelo, sino con las manos, con la cara y con el cuerpo entero.

Entonces se queda paralizada, como una estatua. Los músculos de la mandíbula se le crispan y se le escapa un gemido.

La señorita Justineau reacciona con alarma.

—¿Melanie?

Se incorpora y extiende una mano.

—¡No lo haga! —grita Melanie—. ¡No me toque!

La señorita Justineau se para, pero está tan tan cerca... Melanie gimotea. Su mente parece a punto de estallar. Intenta avanzar, pero sus piernas, insensibles, se niegan a sostenerla y cae de bruces al suelo. El olor, el olor terrible y maravilloso, impregna la habitación y su mente y todos sus pensamientos, y lo único que quiere es...

—¡Váyase! —gime—. ¡Váyase, váyase, váyase!

La señorita Justineau no se mueve.

—¡Váyase o la hago pedazos! —chilla Melanie.

Está desesperada. Tiene la boca llena de saliva, una saliva tan espesa como el barro de un corrimiento de tierra. Sus mandíbulas comienzan a moverse por sí solas. Siente que la cabeza le da vueltas y que la habitación aparece y desaparece sin que ella se mueva.

Melanie está suspendida de la hebra más fina del mundo. Va a caer y solo hay una dirección posible para hacerlo.

—¡Oh, Dios! —solloza la señorita Justineau.

Al fin lo comprende. Retrocede un paso.

—Lo siento, Melanie. ¡Ni lo pensé!

Melanie piensa en las duchas. Entre los ruidos que ha oído, hay una gran ausencia: el siseo de la lluvia química, caída desde el techo sobre la señorita Justineau para ocultar su verdadero olor.

Lo que siente Melanie en este momento es lo mismo que Kenny cuando el sargento se quitó los productos químicos del brazo y se lo acercó a la cara. Pero aquella vez apenas alcanzó a captarlo y no lo comprendió realmente.

Algo se abre dentro de ella, como unas fauces cada vez más separadas que no dejan de gritar, no por miedo, sino por necesidad. Melanie cree tener una palabra para definir esa sensación, aunque nunca la haya experimentado hasta ahora. El hambre. Cuando los niños comen, el hambre no desempeña papel alguno. Les ponen los gusanos en el cuenco y ellos se los meten en la boca. Pero en las historias que le han contado es distinto. En ellas, la gente quiere comer y necesita comer, y luego, cuando lo hacen, se sienten llenos. Extraen del acto una satisfacción que nada más podría proporcionarles. Melanie piensa en una canción que los niños aprendieron y cantaron

una vez: *Cuando tengo hambre, tú eres mi pan*. El hambre tensa su columna vertebral como Aquiles tensaba su arco. Y la señorita Justineau va a ser su pan.

—Tiene que irse —dice.

O al menos cree que lo dice. No puede estar segura, debido a los estrépitos del corazón, del aliento y de la sangre, que asedian violentamente sus oídos. Hace un gesto. «¡Váyase!». Pero la señorita Justineau se queda allí, atrapada entre el deseo de echar a correr y el de ayudarla.

Melanie logra ponerse en pie y salta, con los brazos extendidos. Y es casi como el otro gesto, hace un momento, cuando quería que la levantara, solo que ahora pega las manos contra el estómago de la señorita Justineau

y la toca la toca la toca

y la aparta de un violento empujón. Es más fuerte de lo que pensaba. La señorita Justineau retrocede tambaleándose y está a punto de tropezar. Si tropieza, morirá. Se convertirá en pan.

Los músculos de Melanie se tensan, se agarrotan, se anudan en su interior. Reúnen fuerzas para un esfuerzo colosal.

Las expulsa con un rugido atronador.

La señorita Justineau retrocede tambaleándose, tropieza, traspasa la puerta y la cierra de un empujón.

Melanie avanza y retrocede al mismo tiempo. Es como un hombre con un gran perro descontrolado, luchando contra la correa de su propia voluntad.

El primer cerrojo se cierra en el preciso instante en que llega a la puerta. El olor y la necesidad la invaden de la cabeza a los pies, pero la señorita Justineau está a salvo al otro lado de la puerta. Melanie la araña, asombrada por la estúpida esperanza de sus propios dedos. La puerta no se abrirá, pero hay un animal dentro de ella que aún piensa que podría hacerlo.

El animal tarda mucho rato en rendirse. Y entonces, exhausta, la niña cae de rodillas junto a la puerta y apoya la frente en el frío e inflexible hormigón.

Sobre ella, la voz de la señorita Justineau dice:

—Lo siento, Melanie. Lo siento mucho.

Melanie levanta una mirada aturdida y ve el rostro de la señorita al otro lado de la rejilla.

—No pasa nada —dice con voz débil—. No muerdo.

Pretende hacer un chiste. Al otro lado de la puerta, la señorita Justineau se echa a llorar.

Por multitud de razones, los sucesos de ese día terminarán por convertirse en una masa viscosa y uniforme en la mente de Helen Justineau. Pero tres cosas estarán muy claras para ella hasta el día de su muerte.

La primera es que el sargento Parks tenía razón desde el principio. Sobre ella y sobre los peligros a los que la ha abocado su comportamiento. Ver cómo se transformaba la niña en un monstruo, delante mismo de sus ojos, le ha hecho comprender finalmente que ambas cosas son ciertas. No existe un futuro en el que pueda liberar a Melanie, salvarla o borrar la puerta de la celda que las separa.

La segunda es que hay cosas que se transforman en realidad solo con pronunciarlas. Cuando le dijo a la niña «He venido a buscarte» la arquitectura de su mente, su definición de sí misma, cambió y se reconstruyó alrededor de esa afirmación. Se comprometió con ella o tal vez solo reconoció su compromiso. No tiene nada que ver con la culpa que siente por sus anteriores crímenes (aunque es bastante consciente de lo que merece) ni con esperanza de redención alguna. No es más que el punto más periférico de un arco. Ha ascendido todo lo que podía y ahora está cayendo otra vez, ya sin control (si es que alguna vez lo tuvo) de sus propios movimientos.

La fecha límite que le han impuesto se acerca precipitadamente. Debe escoger qué parte de su clase será desmembrada sobre la mesa de operaciones de Caroline Caldwell. No tiene ni la menor idea de lo que va a hacer ahora. Por una razón u otra, todas sus opciones parecen imposibles.

En comparación con las anteriores, la tercera es casi banal. Es solo que el movimiento que atisbó por detrás del hombro de Parks, cuando el sargento le dijo que no podía acercarse al perímetro, se había producido al otro lado de la verja. Fue eso lo que la distrajo, lo que le hizo cambiar el paso un momento antes de que chocasen.

Una figura humana observaba la verja desde el linde de los bosques, prácticamente oculta detrás de los árboles y de la maleza.

No un hambriento. Un hambriento no apartaría una rama con la mano para que no le entorpeciese el campo de visión.

Un chatarrero, pues. Uno de los hombres salvajes que nunca buscaron refugio.

Y por tanto, decide, no una amenaza.

Porque las únicas amenazas que le preocupan en este momento están en su propio campo.

Si hay algo que Eddie Parks sabe con certeza es que está harto de este destino.

Él estaba contento con las incursiones de recuperación. El saqueo, como lo llamaban los soldados. Un trabajo sucio, sí, y tan peligroso como el que más, pero ¿y qué? Al menos sabías a qué peligros te enfrentabas y qué recompensas te esperaban. Sopesabas ambas cosas en las manos y todo tenía sentido. Podías comprender por qué lo estabas haciendo.

Y por eso seguías haciéndolo, semana tras semana. Por eso seguías yendo a zonas en las que sabías que habría hambrientos detrás de cada esquina. El centro de las ciudades, donde mayor era la densidad de población y la infección se había propagado más deprisa que el miedo a ella.

Y tu vida dependía de cada decisión que tomabas y cada paso que dabas, porque había mil situaciones de las que no podrías salir una vez que te hubieras metido en ellas. Los hambrientos de la ciudad... Por Dios santo... La mayoría del tiempo son como estatuas, porque no se mueven si no se mueve otra cosa. Vas cubierto de inhibidor-e de la cabeza a los pies para que no puedan olerte y puedes pasar a su lado si lo haces con la suficiente lentitud y sigilo como para no llamar su atención.

Puedes adentrarte muchísimo.

Entonces algún gilipollas torpe tropieza con una piedra suelta, o bosteza, o simplemente se rasca el culo, y uno de los hambrientos gira la cabeza al oír el ruido o ver el movimiento o lo que coño haya pasado, y cuando te ha visto uno los demás van detrás como borregos. Pasan de cero a cien en medio segundo y echan a correr todos en la misma dirección. Así que solo te quedan tres opciones, dos de las cuales desembocan en muerte garantizada.

Si te quedas paralizado, los hambrientos te arrollan como una especie de *tsunami* gangrenado. Cuando ya te han visto no se dejan engañar por la falta de olor.

Si te vuelves y huyes, te alcanzan. Puede que al principio les saques un poco de ventaja y tal vez te creas que estás ganando, pero ellos pueden mantener el mismo trote durante toda la eternidad. No se paran, no reducen la marcha y al final acaban cogiéndote.

Así que combates.

Con el arma sujeta de la cintura, barres la zona con fuego automático. Si les revientas las piernas se arrastran con las manos para alcanzarte. Eso cambia un poco las tornas. Y si consigues meterte en un espacio estrecho, donde solo pueden acercarse de uno en uno o de dos en dos, eso también ayuda. Pero es increíble la cantidad de castigo que pueden recibir esos cabronazos sin dejar de avanzar.

Otros días te encuentras con un avispero distinto. Chatarreros. Tarados fanáticos de la supervivencia que, en lugar de acudir a Beacon cuando llegó la hora, optaron por vivir de la tierra y afrontar su suerte. La mayoría de ellos se mantienen bien alejados de las ciudades, como haría cualquier persona en su sano juicio, pero a pesar

de ello, sus grupos de incursión suelen considerar que cualquier zona urbanizada en un radio de ochenta kilómetros a la redonda de su campamento es su coto de caza y su propiedad.

Así que, cuando una patrulla de saqueo de Beacon se encuentra con un contingente de chatarreros, el resultado es siempre el mismo. Precisamente a un chatarrero le debe el sargento Parks su cicatriz, que no es romántica y sutil como la de los duelos de antaño, sino un espantoso surco sembrado de protuberancias que le cruza el rostro como la banda de un antiguo escudo de armas. Parks suele medir el temple de los nuevos reclutas utilizando el tiempo que transcurre antes de que esa monstruosidad les haga desarrollar un desesperado e invencible interés por sus propias botas la primera vez que la ven.

Pero lo que hace que todos los peligros del saqueo merezcan la pena son las cosas que aún quedan en las casas y las oficinas, esperando a que alguien las encuentre. Tecnología antigua, ordenadores, herramientas y equipos de comunicaciones que nadie ha tocado desde el Colapso. Cosas que ya no se fabrican. En Beacon hay gente, técnicos, que saben exactamente cómo funciona todo eso, pero el conocimiento no sirve de nada sin la infraestructura. Joder, es como si en el mundo de antes existiese una fábrica para cada placa de circuitos impresos y cada pieza de plástico. Y la gente que antes trabajaba en esas fábricas es la misma que ahora mismo está ansiosa por abrirse paso a dentelladas a través de tu kevlar para llegar a las partes blandas que protege.

Así que ese material antiguo, literalmente, no tiene precio. Parks lo sabe. Están tratando de reconstruir el mundo veinte años después de que se haya venido abajo y las cosas que llevan a casa las patrullas de saqueo son... en fin, son como un puente de cuerdas sobre un abismo sin fondo. Son el único modo de pasar del desesperado aquí en el que viven a un allí donde todo vuelva a tener sentido.

Pero él tiene la sensación de que en algún momento se extraviaron. Cuando encontraron al primero de esos niños monstruosos y un recluta que, evidentemente, nunca había oído lo de que la curiosidad mató al gato solicitó un puto informe de observación.

Bien hecho, soldado. Como no eres capaz de estarte quietecito sin observar, a los de saqueos les caen de repente un montón de nuevas órdenes. Traednos a uno de esos niños. Queremos examinar a uno de esos críos, crías o lo que sea.

Y los técnicos lo examinaron, y luego los científicos, y a todos ellos les entró el gusanillo de matar unos pocos gatos. ¿Hambrientos con reacciones humanas? ¿Con comportamientos humanos? ¿Con funciones cerebrales de nivel humano? ¿Hambrientos capaces de hacer algo aparte de correr y comer? ¿Y que corretean desnudos y salvajes por las calles del centro de las ciudades, al lado de los normales? ¿Qué coño pasa?

Más órdenes. Requisar una base lejos de todo. Montar un perímetro y aguardar. Habían estado saqueando los míseros alrededor de Stevenage y Luton, así que la

antigua base de la R.A.F. en Henlow parecía una buena opción. Estaba más o menos intacta, ofrecía espacio en abundancia tanto en superficie como en los búnkeres subterráneos y contaba con un aeródromo funcional.

Llegaron y la vaciaron. La desinfectaron. La decoraron. Esperaron.

Y a su debido tiempo, llegó la doctora Caldwell con su bata blanca, su carmín rojo y su microscopio, y una carta de Beacon con un montón de firmas y autorizaciones.

—Ahora esto está bajo mi jurisdicción, sargento —dijo—. Me quedaré con ese edificio de ahí y las casetas que hay a ambos lados. Salga a buscar más niños para mí. Todos los que encuentre.

Así, tal cual. Como si estuviera pidiendo comida basura, en los tiempos en los que había comida basura y se podía pedir.

Mirándolo en retrospectiva, ese fue el momento en el que la vida de Parks dejó de tener sentido. Cuando dejó de ser un especialista en saqueo para convertirse en cazador y trampero.

Y no es que no se le dé bien. Eh, se le da de puta madre. Nada más cruzar la puerta se dio cuenta de que a los bichos raros, a los niños diferentes, se les podía identificar de inmediato por su manera de moverse. Los hambrientos alternan entre dos estados: la mayoría del tiempo están paralizados en el sitio, como si no fuesen a moverse nunca más. Entonces huelen a su presa, o la oyen, o la ven, y de pronto echan a correr de manera aterradora. Sin calentamiento, sin previo aviso. Factor de curvatura nueve.

Pero los niños se mueven incluso cuando no están cazando, así que puedes identificarlos. Y reaccionan a otras cosas aparte de la comida, así que puedes llamar su atención. Con un espejo, por ejemplo, o con el haz de luz de una linterna, o con un trozo de plástico de color.

Puedes separarlos de la manada. No es que haya una manada exactamente, porque los hambrientos tratan a otros hambrientos como si solo fuesen parte del escenario. Pero puedes atraerlos hasta un sitio en el que estén solos y sean vulnerables. Y luego echarles la red.

Su equipo y él encontraron una treintena en el plazo de unos siete meses. Una vez que le cogieron el tranquillo resultó que tampoco era demasiado difícil. Entonces Caldwell les dijo que podían parar y que esperasen nuevas órdenes. Dijo que ya tenía material suficiente para trabajar.

¿Y hasta dónde ha llegado la mierda? De repente, Parks se encuentra al mando de una guardería. Se encuentra defendiendo una base en la que no se hace nada, aparte de cuidar de un puñado de pequeños hambrientos. Tienen sus propios cuartos, los mismos camastros que los soldados, una comida semanal (que más te vale no presenciar si quieres volver a comer tú alguna vez) e incluso un aula.

¿Por qué un aula?

Porque Caldwell quiere saber si sus espeluznantes monstruitos pueden aprender.

Quiere descubrir lo que hay dentro de su cabeza. No solo la maquinaria —para eso tiene su mesa de operaciones— sino también la otra parte, lo más escurridizo. En plan ¿qué están pensando?

Lo que piensa Parks es lo siguiente: los hambrientos normales son algo limpio comparados con esos monstruos con forma de niños. Al menos sabes que son animales. No te dicen «Buenos días, sargento» cuando les estás atando las rodillas.

La verdad es que ya no puede tragar mucho más. La rubia... Melanie. Por alguna razón, es el sujeto de experimentación número 1, a pesar de que fue la undécima o duodécima a la que trincó. Le tiene un miedo atroz y ni siquiera sabría explicar por qué. O puede que sí y prefiera no pensar en ello. Desde luego, tiene que ver con esa melosidad de niña buena que siempre exhibe. Un animal, aunque tenga aspecto de ser humano, solo debería hacer ruidos inarticulados o guardar silencio. Oírla hablar le cripa los nervios.

Sin embargo, Parks es un soldado. Sabe cerrar la boca y hacer aquello que se le manda. De hecho, es su especialidad. Y entiende lo que está haciendo Caldwell. Esos niños, seguramente hijos de chatarreros que resultaron infectados de un mordisco, parecen haber desarrollado una especie de inmunidad parcial al patógeno. Oh, aunque siguen siendo devoradores de carne. Siguen reaccionando del mismo modo al olor de la carne viva, cosa que, a estas alturas, debería bastar para reconocerlos como lo que son. Pero por alguna razón, la luz de sus cabezas no se ha apagado, o al menos no lo ha hecho del todo. Cuando los encontraron las patrullas de saqueo vivían como animales, pero se han rehabilitado a las mil maravillas y saben hablar, y caminar, y silbar, y cantar, y contar hasta números muy grandes y todo lo demás.

Mientras sus mamás y sus papás andan por ahí sueltos. Si se los llevan a todos y los alimentan como una unidad familiar, los adultos siguen comportándose como cualquier otro que haya sido mordido. Como monstruos sin cerebro.

Los niños están en un estadio intermedio. Así que puede que sean la mejor opción para encontrar una cura, sí.

¿Ves? Parks no es un idiota. Sabe lo que hacen allí y ha servido a ese fin en silencio y sin quejarse. Lleva ya casi cuatro años haciéndolo.

En teoría, la rotación se produciría al cabo de dieciocho meses.

Hay más gente en el mismo barco y es justo decir que a Parks le preocupan más que él mismo. No se trata de mierdas sensibleras: lo que pasa es que conoce sus propios límites mejor que los de ellos. Hay veintiocho hombres y mujeres bajo su mando (no cuenta a la gente de Caldwell, la mayoría de los cuales no saben lo que es una orden) y con un número tan pequeño, la seguridad de la base exige que estén en plena forma y listos para responder si se produce una situación de alerta.

A estas alturas, Parks tiene dudas sobre la mitad de su equipo.

Y también sobre sí mismo, en la medida en que es un suboficial que en la práctica actúa como un oficial para una unidad que protege un puesto con personal civil. La graduación mínima para algo así, según el reglamento, es de teniente.

Parks tiene su propia manera de actuar, ajena al reglamento en múltiples aspectos. Pero sabe cuándo está comprometido su centro de gravedad. Y en los últimos tiempos, así es como se siente la mayoría de los días.

Por ejemplo hoy, al recibir el informe de Gallagher.

Gallagher, K., soldado, 24 de julio de 2097, 17.36.

En el transcurso de una incursión de limpieza rutinaria en los bosques situados al noroeste de la base, me vi involucrado en un incidente que procedo a relatar a continuación.

Yo hacía de cebo, Devani me seguía con la automática pesada y Barlow y Tap estaban encargados de la limpieza.

Verificamos la presencia de un elevado número de hambrientos estacionarios en Hitchin Road, cerca de la rotonda de Airman. Estaban reducidos a piel y huesos, en su mayor parte, pero no tanto como para no suponer una amenaza.

Siguiendo los parámetros operativos, nos apostamos en el bosque y Devani me dejó en la rotonda. Conforme a las órdenes del cabo de artillería Tap, no llevaba inhibidor-e.

Procedí a colocarme en contra del viento con respecto a los hambrientos y esperé a que me detectasen.

Una vez que lo hicieron, me persiguieron durante varios cientos de metros fuera de la carretera, hasta llegar al bosque, donde procedí a...

—Por Dios —dice Parks mientras deja el informe sobre la mesa—. ¿Procediste a proceder? Cuéntame lo que sucedió, Gallagher. Deja esa basura para tu autobiografía.

Gallagher enrojece hasta las raíces de su cabello pelirrojo. Sus pecas desaparecen en medio de la incandescencia general. En cualquier otro, este rubor significaría que es consciente de que ha metido la pata, pero en el caso de Gallagher hay varias cosas que podrían provocar el mismo efecto, como por ejemplo un chiste verde, un esfuerzo mayor que el que se exige en un desfile militar, o un simple sorbo de ginebra ilegal. Y no es que se le vea beber demasiado a menudo. Le tiene tanto miedo al alcohol como si el ejército en el que se alistó fuese el de salvación. Parks extiende el beneficio de la duda un poco más, aun a riesgo de que se le termine agotando.

—Señor —dice Gallagher—. Tenía a los hambrientos pegados al culo. Vamos, los tenía tan cerca que podía hasta olerlos. ¿Sabe usted esa peste que echan cuando esas hebras grisáceas comienzan a asomarles bajo la piel? Pues era tan fuerte que me daban ganas de llorar.

—Normalmente, los que tienen hebras no se alejan tanto de las ciudades —murmura Parks, nada contento con la noticia.

—No, señor. Pero se lo digo, esos estaban bien maduritos. A un par se les había caído la cara. La mayoría ya no tenía ropa. Uno de ellos había perdido un brazo. No sé si se lo habían comido cuando se infectó o se le había caído desde entonces, pero no, no eran recientes.

»El caso es que corría hacia donde estaban Tap y Barley, detrás de un bosque de

hayas. Hay un seto allí, bastante grueso. Tienes que escoger bien el punto, atravesarlo por donde es más fino y no te entorpece demasiado. Y, obviamente, nunca sabes con qué te vas a encontrar al otro lado.

Gallagher vacila y parece encogerse ligeramente. Sus recuerdos han alcanzado una barrera más sólida que ese seto.

—¿Con qué se encontró? —pregunta Parks.

—Con tres tíos. Chatarreros. Iban por el otro lado del seto, donde no se les podía ver desde la carretera. Había matorrales de bayas por todo el lugar, así que es posible que estuvieran cogiendo los frutos o algo así. Solo que uno de ellos, imagino que el jefe por el equipo que llevaba, tenía unos prismáticos. Y estaban armados. El jefe tenía una pistola y los otros dos, machetes.

»Salí del seto a unos cincuenta metros. Corrí en dirección a ellos. —Sacude la cabeza con triste asombro—. Les grité que echaran a correr, pero no me hicieron caso. El tío del arma me apuntó, decidido a volarme la tapa de los sesos.

»Pero entonces los hambrientos atravesaron el seto detrás de mí y supongo que eso le hizo perder la concentración. Pero los tres seguían en mi camino y aquel chiflado seguía apuntándome. Así que corrí hacia él. Tampoco podía hacer otra cosa. El caso es que el tío disparó, pero no me alcanzó. No sé cómo pudo fallar desde tan cerca. Entonces lo embestí con el hombro y seguí corriendo.

El soldado vuelve a parar. Parks aguarda, porque quiere que se lo saque de dentro con sus propias palabras. Es evidente que el asunto lo tiene asustado y desconcertado y, a veces, parte del trabajo de Parks consiste en recibir confesiones. Gallagher es uno de sus soldados más jóvenes. Si había nacido ya cuando se produjo el Colapso, estaría mamando de la teta de su madre. En casos así hay que levantar un poco la mano.

—Diez segundos más tarde llegué a los árboles —dice Gallagher—. Volví la cabeza y no vi nada. Pero oí un grito. Uno de los chatarreros, obviamente. Joder, estuvo gritando muchísimo tiempo. Me detuve. Pensé en regresar, pero entonces los hambrientos reaparecieron justo detrás de mí y tuve que seguir corriendo.

Gallagher se encoge de hombros.

—Terminamos la misión. Tap y Barley habían montado las trampas en la posición. Los hambrientos tropezaron con ellas, se enredaron en el alambre de espinos y después de eso fue solo cuestión de hacer limpieza.

—¿Gasolina o cal? —pregunta Parks. Tiene que preguntarlo, porque a pesar de que le ha dicho a Nielson que se acabó la gasolina para las operaciones de rutina, le consta que el intendente sigue repartiendo bidones de cinco litros.

—Cal, señor —Gallagher parece reprobarlo—. Hay un foso junto a la carretera, el que cavamos en abril. Ni siquiera estaba tapado del todo. Los metimos allí, sacamos las palas y les echamos tres bolsas enteras encima, así que mientras no llueva acabarán deshechos.

Los aspectos puramente operativos del informe parecen animar un poco a

Gallagher, pero su tono vuelve a tornarse lúgubre al seguir con el relato.

—Al terminar... volvimos al seto. El jefe y uno de los dos hombres seguían en el suelo, donde los había visto antes. Estaban medio devorados, pero todavía se movían. Entonces el jefe abrió los ojos y verifiqué...

Gallagher se contiene para no volver a la jerga de informe. Tras una pausa, comienza de nuevo.

—Estaba llorando sangre, como les pasa a veces cuando se les acaba de meter la podredumbre dentro. Era evidente que estaban los dos infectados.

Parks sigue impasible. Ya se lo esperaba.

—¿Terminó con ellos, soldado? —pregunta con deliberada brusquedad.

Al pan, pan... Que Gallagher vea que no se trata de algo extraordinario. Ahora mismo no le servirá de nada, pero puede que más adelante sí.

—Barley... el soldado Barlow los decapitó con el machete del segundo tío.

—¿Con las máscaras y los guantes?

—Sí, señor.

—¿Y recogieron ustedes su equipo?

—Sí, señor. El arma está en buen estado, y en una de sus mochilas había cuarenta balas. Los prismáticos son un poco birriosos, la verdad, pero el jefe llevaba también un *walkie-talkie*. Nielson cree que podría funcionar con nuestras radios de largo alcance.

Parks asiente en señal de aprobación.

—Manejó realmente bien una situación complicada —le dice a Gallagher, y lo dice en serio—. Si se hubiera quedado parado al atravesar el seto, los civiles habrían muerto igualmente y lo más probable es que lo hubieran retenido el tiempo suficiente para que también usted acabase muerto. Este desenlace es mucho mejor.

Gallagher no dice nada.

—Piénselo —insiste Parks—. Esos chatarreros estaban a menos de un kilómetro de nuestro perímetro, armados y con equipo de vigilancia. No sé lo que estaban haciendo, pero desde luego no era dar un paseo. Sé cómo se siente ahora mismo, soldado, pero lo que les pasó no es culpa suya. No lo sería ni aunque fuesen inocentes. Los chatarreros han optado por vivir fuera de la verja, con todos los riesgos que eso conlleva.

»Vaya a emborracharse. Provoque una pelea con alguien o eche un polvo. Queme su amargura. Pero no derroche ni un puñetero segundo de mi tiempo o del suyo sintiéndose culpable por esta gilipollez. Done un penique a los pobres y siga con su vida.

Gallagher adopta la postura de firmes al comprender que van a ordenarle que se retire.

—Y ahora retírese.

—Sí, señor.

El soldado saluda con gesto solemne. Ya casi nadie se molesta en hacerlo, pero es

su manera de dar las gracias.

La verdad es que, por muy verde que esté el muchacho, dista mucho de ser el peor de la pandilla de soldados del sargento, cuyos miembros oscilan entre la indiferencia y la completa estupidez. Y tampoco puede permitirse el lujo de que se una a los que están desequilibrados. Si el muchacho hubiera matado a los chatarreros con sus propias manos, los hubiera destripado y luego hubiera usado sus intestinos para hacer animales de globitos, Parks habría hecho cuanto estuviera en su mano por convencerle de que era algo bueno. Su gente es su primera y única prioridad.

Pero aparte de esto, en algún lugar de su cabeza, también está pensando: ¿Chatarreros? ¿En la puerta de su casa?

Como si no tuviese suficientes preocupaciones, joder.

La semana transcurre lenta e inexorable. Tres días seguidos con el señor Whitaker reducen la clase a un estado de letargo poco habitual.

Sea por casualidad o por decisión propia, el sargento no se acerca a Melanie. Todas las mañanas le oye ordenar el tránsito a gritos, pero luego no está visible cuando la sacan de la celda ni cuando la devuelven a ella. En cada una de las ocasiones, siente un acceso de expectación. Está lista para pelear de nuevo con él, para declarar lo mucho que lo detesta y para desafiarlo a que le haga más daño.

Pero el sargento se mantiene fuera de su alcance y Melanie tiene que tragarse todos esos sentimientos, como hacen a veces las ratas o los conejos con las camadas a las que han dado a luz cuando hay peligro.

El viernes es uno de los días de la señorita Justineau. Normalmente, esto le inspiraría una dicha tan intensa como sencilla. Esta vez, Melanie siente temor además de excitación. Estuvo a punto de devorar a la señorita Justineau. ¿Y si está enfadada y no quiere volver a saber nada de ella?

El comienzo de la lección no contribuye mucho a tranquilizarla. La señorita J parece infeliz y preocupada, y está tan ensimismada que sus intenciones son imposibles de interpretar. Da los buenos días al conjunto de la clase, no a los niños y niñas por separado. Rehuye la mirada de Melanie.

Dedica la mayor parte del día a examinar a los niños con un test de preguntas breves. Luego se sienta a su mesa y anota las respuestas y los resultados en un cuaderno grande, mientras la clase hace sumas.

Melanie no piensa mucho en las sumas, que concluye al cabo de pocos minutos. Son cálculos sencillos, la mayoría de ellos con una sola variable. Su atención está centrada en la señorita Justineau y comprueba con desolación que está sollozando quedamente mientras trabaja.

Busca frenéticamente en su mente algo que decir. Algo que pudiera consolar a la señorita J, o al menos distraerla de su tristeza. Si lo que la entristece son los exámenes, siempre pueden pasar a otra actividad, más fácil y entretenida.

—¿Podría contarnos un cuento, señorita Justineau? —le pregunta.

La señorita Justineau no parece haberla oído. Sigue apuntando los resultados de los exámenes.

Algunos de los demás niños suspiran, canturrean o se remueven en el asiento, inquietos. Se han dado cuenta de que la señorita Justineau está triste y es evidente que piensan que Melanie no debería molestarla con peticiones egoístas. Melanie se mantiene firme. Sabe que la clase conseguirá que la señorita J vuelva a sentirse bien si habla con ellos. Ella misma ha vivido sus momentos más felices de aquel modo, así que ¿cómo no le va a pasar lo mismo a la señorita Justineau?

Vuelve a intentarlo.

—¿Podemos contar mitos de la Antigua Grecia, señorita Justineau? —pregunta,

más fuerte.

Esta vez la señorita J sí la oye. Levanta la mirada y sacude la cabeza.

—Hoy no, Melanie —dice, con una voz tan triste como su rostro.

Durante unos instante se queda mirando a la clase, prácticamente como si le sorprendiese verlos allí.

—Tengo que terminar esto —dice.

Pero no vuelve los ojos al cuaderno. Se queda como está, con los ojos clavados en la clase. Con una especie de mueca ceñuda en el rostro. Es como si fuese ella, y no ellos, la que está haciendo las sumas, y no consiguiese resolverlas.

—¿A quién coño intento engañar? —pregunta con un hilo de voz.

Rompe a llorar sobre los exámenes, lo que resulta sorprendente pero no preocupa a los niños, porque ¿a quién le importan los resultados? Solo a Kenny y a Andrew, que compiten para ver quién es el mejor, cosa que es una auténtica estupidez, porque la mejor de la clase es Melanie, seguida por Zoe, así que en realidad los chicos solo luchan por el tercer puesto.

Entonces la señorita Justineau comienza a romper el cuaderno. Arranca las páginas, de dos en dos y de tres en tres, y luego las desgarra con las manos hasta que solo le quedan trozos tan pequeños que no puede seguir haciéndolo. Echa los pedazos en la papelera, solo que son tan minúsculos y pesan tan poco que no caen en línea recta. Dan vueltas en el aire, revolotean y terminan desperdigados por el suelo, alrededor de la papelera. A la señorita Justineau no le importa. En lugar de soltar los trozos restantes, los arroja al aire, así que se esparcen todavía más.

No es que esté feliz, pero al menos ha dejado de llorar. Y eso es buena señal.

—¿Queréis cuentos? —pregunta a la clase.

Todos responden que sí.

Coge el libro de los mitos griegos del rincón y lo trae. Les cuenta la historia de Acteón, que da miedo, y la de Teseo y el minotauro, que da más miedo aún. A petición de Melanie, repite la de Pandora, a pesar de que todos se la saben ya. Es un buen modo de terminar el día.

Cuando llegan los hombres del sargento, la señorita Justineau no los mira. Permanece sentada en la esquina del pupitre de la profesora, dando vueltas y vueltas en las manos al libro de los mitos griegos.

—Adiós, señorita Justineau —dice Melanie—. Espero verla pronto.

La señorita Justineau levanta la mirada. Parece que fuese a decir algo, pero entonces alguien —uno de los hombres del sargento— agarra la silla de Melanie desde atrás y, de un tirón, le quita los frenos. La silla comienza a girar.

—Necesito a esa un momento —dice la señorita Justineau.

Melanie ya no puede verla, porque le han dado la vuelta, pero la voz de la señorita Justineau suena voz fuerte, como si estuviese muy cerca.

—Muy bien.

El soldado lo dice con tono de hastío, como si todo le diese igual. Se acerca a la

silla de Gary.

—Buenas noches, Melanie —dice la señorita Justineau.

Pero no se aleja. Se inclina sobre la silla de Melanie y proyecta su sombra sobre los brazos de la silla y las manos de Melanie.

Melanie siente que introduce algo duro y puntiagudo entre su espalda y el respaldo de la silla.

—Que lo disfrutes —murmura la señorita Justineau—. Pero que nadie se entere.

Melanie intenta recostarse con todas sus fuerzas y pega los hombros a las placas del desnudo metal de la silla. La cosa, sea lo que sea, queda alojada a la altura de sus posaderas, totalmente oculta. No tiene ni la menor idea de lo que podría ser, pero estaba en la mano de la señorita Justineau. Es algo que le ha regalado la señorita Justineau, a ella y solo a ella.

Se queda en esa posición hasta que la devuelven a su celda y también mientras le desatan las correas. No mueve un músculo. Mantiene la mirada clavada en el suelo, porque no está segura de poder guardar el secreto si se encuentra con la mirada de alguno de los hombres del sargento.

Solo cuando se han ido y han echado los cerrojos de la puerta de la celda se atreve a llevarse la mano a la espalda y a sacar el objeto extraño que se ocultaba allí. Primero percibe su peso macizo, luego su forma rectangular y por fin las palabras que hay en la portada.

Relatos contados por las musas: Los mitos griegos, de Roger Lancelyn Green.

Melanie exhala un sonido estrangulado. Es incapaz de impedirlo, a pesar de que podría atraer a los hombres del sargento y que descubran lo que está pasando. ¡Un libro! ¡Un libro para ella! ¡Y precisamente ese! Pasa las manos por la cubierta, hojea las páginas, le da la vuelta para verlo desde todos los ángulos. Lo huele.

Y esto resulta un error, porque el libro huele a la señorita Justineau. Por encima, más intenso, está el aroma químico de sus dedos, tan amargo y desagradable como siempre. Pero por debajo, leve, aunque mucho más fuerte en las páginas interiores, está el olor cálido y humano de la propia señorita Justineau.

La sensación —el hambre abrumadora y aullante— se prolonga mucho tiempo. Pero no es ni de lejos tan fuerte como cuando Melanie la olió desde cerca, sin rastro alguno del baño químico. Sigue dándole miedo y es una rebelión de su cuerpo contra su mente, como si fuese Pandora, embargada por el deseo de abrir la caja y por mucho que le dijese que no, su propia naturaleza le obligase a hacerlo sin que pueda hacer nada por evitarlo. Pero por fin logra acostumbrarse al olor, como los niños han acabado por acostumbrarse al olor químico de las duchas los domingos. No es que desaparezca, no exactamente, pero al menos no la atormenta del mismo modo: su misma persistencia lo vuelve casi invisible. El hambre va remitiendo y remitiendo, y cuando por fin desaparece, Melanie sigue allí.

Y también el libro: Melanie lo lee hasta el anochecer, e incluso cuando ignora las palabras o tiene que deducir su significado, se encuentra en otro mundo.

Volverá a pensar en ello cuando —solo un día más tarde— el mundo que conoce haya desaparecido.

El lunes ha llegado y ha pasado, y la lista que solicitó la doctora Caldwell sigue sin llegar. Justineau no le ha comentado nada ni le ha enviado un memorando. No ha dado explicaciones por el retraso ni le ha pedido más tiempo.

«Está claro —piensa Caldwell— que su valoración inicial era correcta. La identificación emocional de Justineau con los sujetos está interfiriendo en el correcto ejercicio de sus funciones. Y como sus funciones forman parte de los planes clínicos de Caldwell, debe tomarse muy en serio esta negligencia».

Abre la base de datos sobre los sujetos del experimento. ¿Por dónde empezar? Está buscando las razones por las que el *Ophiocordyceps* ha mostrado tan insólita clemencia en un diminuto puñado de casos. La mayoría de los infectados por el patógeno experimenta todos sus efectos de manera casi instantánea. En cuestión de minutos, u horas como máximo, la conciencia y el sentido del yo se desvanecen de manera permanente e irrevocable. Sucede antes incluso de que las hebras del hongo penetren en el tejido cerebral: sus secreciones, capaces de imitar a los neurotransmisores del cerebro, hacen la mayor parte del trabajo sucio. Como diminutas bolas de demolición químicas, comienzan a asaltar el edificio del yo hasta que este se llena de grietas y se desmorona. Lo que queda es un autómata mecánico que solo se mueve cuando el *Cordyceps* le da cuerda.

Los niños se infectaron hace años y siguen pudiendo razonar y hablar. Incluso aprender. Y sus cerebros permanecen en un estado razonablemente íntegro: las hebras de micelio están muy extendidas por el tejido nervioso, pero no parecen capaces de alimentarse de él. Hay algo en su química corporal que retarda tanto la propagación del hongo como la virulencia de sus efectos.

Inmunidad parcial.

Si pudiese encontrar la razón que la explica, Caldwell estaría a medio camino — como mínimo— de encontrar la cura.

Cuando piensa en esto, la decisión se toma por sí sola. Debe empezar por el niño que exhibe menor deterioro. El niño que, a pesar de tener una concentración de materia fúngica en la sangre y los tejidos tan elevada como la de cualquiera de los demás, y superior a la de la mayoría, conserva el cociente intelectual de un genio.

Debe empezar por Melanie.

El sargento Parks recibe sus órdenes y está a punto de transmitir las. Pero la verdad es que no hay nada que le impida ocuparse él mismo. Ha doblado las patrullas por el perímetro desde que Gallagher le contó su triste historia, temiendo que los chatarreros estén planeando una incursión, así que sus hombres están cansados e irritables. Una mala combinación.

Falta media hora para que comience el circo diario. Como oficial al mando, autoriza con su firma la retirada de las llaves del armario de seguridad. Luego vuelve a firmar en calidad de comandante de la base. Coge el grueso llavero de su gancho y se dirige al bloque.

Donde el hiperactivo estrépito de la Obertura 1812 asalta sus oídos. Apaga esa basura. Fue idea de Caldwell poner música a los monstruos cuando están en sus celdas, fruto de un impulso vagamente benigno: la música amansa a las fieras, o algún disparate similar. Pero solo tienen acceso a la música que han podido encontrar y la mayoría de ella no amansa demasiado.

En medio del silencio, abrumador por contraste, Parks recorre el pasillo hasta la celda de Melanie. Está mirando por la portilla. Le hace un gesto para que se aparte.

—Tránsito —le dice—. A tu silla. Vamos.

Melanie hace lo que le dice el sargento y este abre la puerta. El reglamento establece que debe haber al menos dos personas presentes para atar a los niños a las sillas o para soltarlos, pero Parks tiene la certeza de que puede hacerlo solo. Apoya la mano en la culata de la pistola, pero no la desenfunda. Asume que el hábito de incontables mañanas se activará de manera automática.

La niña lo está mirando con sus ojos enormes, casi sin párpados. Unas motas grisáceas en medio de su infantil azul le recuerdan lo que es, por si alguna vez pudiera llegar a olvidarlo.

—Buenos días, sargento —dice ella.

—Mantén las manos sobre los reposabrazos —responde.

No era necesario. Ella está inmóvil. Salvo los ojos, que lo siguen mientras le sujeta el brazo derecho y luego el izquierdo.

—Es temprano —dice Melanie—. Y viene usted solo.

—Te llevo al laboratorio. La doctora Caldwell quiere verte.

La niña se queda en completo silencio durante un instante o dos. Mientras tanto, el sargento le sujeta las piernas.

—Como Liam y Marcia —dice al fin.

—Sí. Como ellos.

—No han vuelto. —Su voz tiembla ligeramente al decirlo.

Parks termina con las piernas y no responde. Ese tipo de cosas no necesitan respuesta. Se incorpora y los grandes ojos azules se clavan de nuevo en él.

—¿Y yo voy a volver? —pregunta Melanie.

Parks se encoge de hombros.

—Eso no es decisión mía. Pregúntaselo a la doctora Caldwell.

Se coloca tras el respaldo del asiento y coge la correa del cuello. Es la operación que más atención requiere. Si te descuidas un momento, es fácil que te pongas al alcance de esos dientes. Parks no lo hace.

—Quiero ver a la señorita Justineau —dice Melanie.

—Eso díselo a la doctora Caldwell.

—Por favor, sargento.

Vuelve la cabeza en el peor momento posible y el sargento aparta precipitadamente la mano y se ve obligado a soltar la correa cuando aún no está tensa del todo.

—¡Vista al frente! —le ordena—. No muevas la cabeza. ¡Ya sabes que no debes hacerlo!

La niña vuelve a mirar hacia delante.

—Lo siento —dice dócilmente.

—Pues que no se repita.

—Por favor, sargento —murmura—. Quiero verla antes de irme. Para que sepa a dónde he ido. ¿No podemos esperar a que venga?

—No —responde Parks mientras aprieta la correa del cuello—. No podemos.

Ahora que la niña ya está bien sujeta, puede relajarse. Vuelve la silla hacia la puerta.

—Por favor, Eddie —dice Melanie rápidamente.

Un acceso de sorpresa pura detiene a Parks. Es como si acabasen de dar un portazo dentro de su pecho.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Por favor, Eddie. Sargento Parks. Déjeme hablar con ella.

De algún modo, la pequeña zombi ha averiguado su nombre. Se ha colado en el interior de sus defensas y enarbola su nombre como una bandera blanca. «No quiero hacerte ningún daño». Es como uno de esos cuadros que parecen una puerta de verdad, pintada en la pared, por la que asoma un sonriente hombre del saco. O como si levantases una piedra y una de las criaturas que reptan por debajo se volviese hacia ti y te dijera «¡Hola, Eddie!».

No puede contenerse. Estira al brazo y la agarra del cuello, lo que es una violación de las normas tan flagrante como cuando Justineau le acarició el pelo como si fuese su puta mascota.

—No vuelvas a hacer eso —dice con los dientes apretados—. No vuelvas a usar mi nombre.

La niña no responde. El sargento se percata entonces de la fuerza con que le aprieta la tráquea. Posiblemente no pueda responder. Retira la mano —que tiembla violentamente— y la devuelve al sitio donde debe estar, el asa de la silla de ruedas.

—Ahora vamos a ver a la doctora Caldwell —dice—. Si tienes alguna pregunta,

guárdatela para ella. No quiero oír una sola palabra más saliendo de esa boca.
Y no la oye.

Pero en parte eso es porque lo siguiente que hace es traspasar la puerta de acero con la silla y luego —marcha atrás, *bum, bum, bum*— subir las escaleras que hay al otro lado.

Para Melanie es como partir en barco a un nuevo mundo.

Hasta donde alcanza su memoria, la puerta de acero ha marcado el horizonte más lejano de su experiencia. Sabe que debió de llegar por allí, en algún momento del pasado remoto, pero ahora se le antoja como un cuento de un libro realmente antiguo, escrito en una lengua que ya nadie habla.

Esto se parece más a un pasaje de la Biblia que les leyó una vez la doctora Selkirk, en el que Dios creaba el mundo. No Zeus, sino el otro.

Los peldaños. El espacio vertical por el que ascienden (como el pasillo, pero inclinado hacia arriba). El olor de ese espacio a medida que van ascendiendo y se va alejando el olor químico del desinfectante de las celdas. Los sonidos del exterior, que les llegan desde arriba a través de una puerta que no está cerrada del todo.

El aire. Y la luz. Cuando el sargento abre la puerta con la espalda y la arrastra al exterior.

Sobrecarga total.

Porque el aire es cálido y respira: se mueve sobre la piel de Melanie como algo vivo. Y la luz es tan intensa que es como si alguien hubiera arrojado el mundo en un barril de aceite y le hubiese prendido fuego.

Ha vivido en la caverna de Platón, contemplando las sombras de la pared. Y ahora se ha dado la vuelta y está contemplando el fuego.

Se le escapa un ruido, a su pesar. Una dolorosa exhalación desde el centro de su pecho, desde un lugar oscuro y húmedo que huele a amargos productos químicos y al tufo de acetona de los marcadores para pizarra.

Se queda sin fuerzas. El mundo le entra a raudales por los ojos y los oídos, la nariz, la lengua y la piel. Es demasiado y no cesa. Se siente como el sumidero de la esquina de las duchas. Cierra los ojos, pero la luz atraviesa igualmente sus párpados y dibuja patrones de lentejuelas multicolores que bailan en el interior de su cerebro. Vuelve a abrirlos.

Resiste, y coteja, y comienza a entender.

Pasan por delante de edificios hechos de madera o metal brillante, sobre cimientos de hormigón. Todos ellos son iguales, rectangulares y macizos, y la mayoría comparte el mismo color, un gris oscuro. Nadie se ha molestado en darles un aspecto agradable. Lo que importa es su función.

Lo mismo puede decirse de la verja de malla metálica que se alza en la distancia hasta una altura de cuatro metros y que rodea completamente todas las estructuras que alcanza a ver Melanie. Está coronada por una sección de alambre de espino, tendida en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la pared principal por

medio de pilones de hormigón acodados.

Pasan por delante de algunos de los hombres del sargento, que se vuelven a verlos y a veces levantan la mano para saludar al sargento. Pero no le dicen nada ni se mueven del sitio. Llevan los fusiles preparados. Están vigilando la verja y las puertas de la verja.

Melanie deja que todos estos hechos concurren en su cabeza. En los puntos de confluencia se forman de manera espontánea sus posibles significados.

Llegan a otro edificio, donde dos de los soldados del sargento montan guardia. Uno de ellos les abre la puerta. El otro, un pelirrojo, saluda rápida y solemnemente.

—¿Necesita ayuda con ella, señor? —pregunta.

—Si necesito algo se lo pediré, Gallagher —refunfuña el sargento.

—¡Sí, señor!

Nada más entrar, el sonido de los pasos del sargento cambia, se hace más fuerte y adquiere una reverberación hueca. Caminan sobre baldosas. El sargento aguarda y Melanie sabe lo que está esperando. Es una ducha, como la del bloque. La lluvia química los rocía a ambos.

Dura más que la ducha del bloque. Aquí los cabezales de pulverización se mueven en vertical sobre unos rieles metálicos montados en la pared y van inclinándose al descender para asegurarse de que cubren cada centímetro cuadrado de sus cuerpos desde todos los ángulos.

El sargento lo soporta con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Melanie, que está acostumbrada al dolor y sabe que los ojos le van a picar igual los tenga abiertos o no, sigue mirando. Ve que hay unas persianas de acero al final de la zona de ducha por la que acaban de entrar. Un sencillo mecanismo giratorio permite subirlas o bajarlas por medio de una manivela. El edificio se puede aislar del resto de la base, se puede transformar en una fortaleza. Debe de ser muy importante lo que se hace en él.

Mientras pasa todo esto, Melanie hace un gran esfuerzo para no pensar en Marcia y Liam. Le da miedo lo que puede pasarle en aquel lugar. Le da miedo no volver a ver a sus amigos, el aula y a la señorita Justineau. Tal vez sea el miedo, tanto como la novedad, lo que la hace tan sensible a cuanto la rodea. Está absorbiendo todo cuanto ve. Y también está intentando memorizarlo, especialmente el camino por el que han venido. Si en algún momento llegara a ser libre, quiere saber cómo regresar.

La lluvia química va remitiendo hasta detenerse. El sargento se la lleva por una puerta corrediza doble y luego por un pasillo iluminado por una bombilla roja. Al final hay una puerta con un cartel que reza PROHIBIDO EL PASO DE PERSONAS NO AUTORIZADAS. El sargento se para allí, pulsa un botón y aguarda.

Al cabo de unos segundos, la doctora Selkirk abre la puerta desde el otro lado. Como de costumbre, lleva su bata blanca, así como unos guantes de plástico verdes y, alrededor de la garganta, algo que parece un collar de algodón blanco. Lo levanta con un movimiento del índice y el pulgar. Es una máscara hecha de gasa blanca, que le cubre la parte inferior de la cara.

—Buenos días, doctora Selkirk —dice Melanie.

La doctora Selkirk la mira un momento, como si estuviese decidiendo si va a responder o no. Al final se limita a asentir. Entonces se echa a reír. «Es un sonido triste y vacío», piensa Melanie. El tipo de risa que soltarías si, al borrar el error que habías cometido en una suma, rasgaras accidentalmente el papel.

—Cartero —dice lacónicamente el sargento Parks—. ¿Dónde quiere esto?

—Bien —dice la doctora Selkirk, con la voz amortiguada por la máscara—. Sí. Puede traerla. La estábamos esperando.

Se aparta y le abre la puerta al sargento para que pueda meter la silla de Melanie.

La sala es la cosa más rara que Melanie ha visto. Lógicamente, está empezando a darse cuenta de que no ha visto gran cosa, pero hay más cosas allí, en mayor y más sorprendente variedad, de las que creía que podría albergar el mundo. Botellas, frascos, tarros y cajas. Superficies de cerámica blanca y acero inoxidable que resplandecen bajo la implacable luz de los fluorescentes del techo.

Algunas de las cosas que hay en los tarros parecen trozos de personas. Otras son animales. La más próxima a ella es una rata (la reconoce por una fotografía que vio en un libro), suspendida cabeza abajo en un líquido transparente. De la cavidad pectoral de la rata han brotado en violenta profusión unas hebras grisáceas parecidas a cordones, por centenares, que cubren la mayor parte del espacio interior del tarro y rodean flácidas el pequeño cadáver como si la rata hubiera decidido convertirse en un pulpo y luego no hubiera sabido cómo parar.

Al lado de la rata hay una botella que contiene un globo ocular, con llamativas serpentinadas de tejido nervioso en un lado.

Estas cosas llenan la mente de Melanie de enloquecidas elucubraciones. No dice nada y lo absorbe todo.

—Trasládela a la mesa, por favor.

No es la doctora Selkirk la que dice esto, sino la doctora Caldwell. Está al otro lado de la sala, junto a una superficie de trabajo, colocando en un orden concreto una serie de objetos de acero resplandeciente. Retoca repetidas veces la posición de algunos de ellos, como si la distancia y los ángulos que los separan fuesen de gran importancia para ella.

—Buenos días, doctora Caldwell —dice Melanie.

—Buenos días, Melanie —responde la doctora Caldwell—. Bienvenida a mi laboratorio. Esta es la dependencia más importante de la base.

Con la ayuda de la doctora Selkirk, el sargento traslada a Melanie de la silla a una mesa alta situada en el centro de la habitación. Es una operación complicada. Sueltan las correas de los apoyabrazos y se las abrochan por delante. Le atan los pies a una barra de sujeción. Luego le sueltan la correa del cuello y la suben a la mesa. Pesa muy poco, así que no les cuesta nada.

Una vez que está en la mesa, le sujetan las piernas con unos arneses situados a ambos lados, que la doctora Selkirk ajusta con cuidado para que estén bien apretados.

Hecho esto, sacan la barra de sujeción, que ya no es necesaria.

—Échate, Melanie —dice la doctora Caldwell—. Y extiende las manos.

Cada una de las mujeres la agarra por una mano y cuando el sargento le quita las esposas utilizan otros dos arneses para maniatarla. La doctora Caldwell los abrocha.

Melanie queda totalmente inmovilizada, con la única excepción de la cabeza. Da gracias a que no haya una correa para el cuello, como en la silla.

—¿Me necesita? —pregunta el sargento a la doctora Caldwell.

—En modo alguno.

El sargento da la vuelta a la silla y se encamina a la puerta. Melanie, al verlo, deduce una cosa: no va a necesitarla más. No volverá a la celda. *Relatos contados por las musas* sigue allí, escondido bajo la colcha, y la niña se da de bruces con la idea de que es posible que no vuelva a verlo. Aquellas páginas que olían a la señorita Justineau están ahora, y puede que para siempre, totalmente fuera de su alcance.

Siente deseos de gritarle al sargento que espere, o de pedirle que le lleve un mensaje a la señorita J. No consigue pronunciar palabra. Las dudas se agolpan en su interior. Está en territorio inexplorado y teme al futuro virgen e inescrutable al que la están empujando sin que esté lista. Quiere que su futuro sea como su pasado, pero sabe que no lo será. Este conocimiento le pesa como una losa en las tripas.

La puerta se cierra detrás del sargento. Las dos mujeres comienzan a desvestirla.

Usan navajas para cortar su camisón de algodón y quitárselo.

Para Helen Justineau, el primer indicio de que algo va mal llega al cruzar el pasillo que une las duchas con el aula. Busca el rostro de Melanie en la portilla de su cuarto, pero no aparece.

Abre el cerrojo de la puerta del aula y aguarda de pie junto al escritorio mientras meten las sillas de los niños, una a una. Saluda a cada uno de los alumnos. Melanie tendría que ser la vigésima (y la vigesimoprimera, hasta que se llevaron a Marcia), pero es Anne. Uno de los impávidos soldados la deja en su sitio e inmediatamente se dirige a la puerta.

—Espere —dice Justineau.

El soldado se detiene y se vuelve hacia ella con la cortesía indispensable.

—¿Sí, señorita?

—¿Dónde está Melanie?

El soldado se encoge de hombros.

—Una de las celdas estaba vacía —es su respuesta—. He ido a la siguiente. ¿Hay algún problema?

Justineau no responde. Sale al pasillo. Se acerca a la celda de Melanie. No hay nada que ver. La puerta está abierta. Tanto la cama como la silla están vacías.

Es todo muy raro. El soldado llega tras ella y le pregunta de nuevo si hay algún problema. Lo ignora y se encamina a las escaleras.

El sargento Parks está arriba, hablando en voz baja con un grupo de tres soldados que parecen muy asustados. La situación dista mucho de ser normal. En cualquier otro momento, es posible que Justineau se hubiera parado al verlo. Es posible que hubiese esperado a que terminasen de hablar, pero esta vez lo aborda sin perder un instante.

—Sargento —dice—. ¿Han trasladado a Melanie?

Parks la ha visto acercarse, pero ahora la mira como si acabase de reconocerla.

—Disculpe, señorita Justineau —dice—. Estamos en medio de una especie de emergencia. Posible emergencia. Hemos detectado gran cantidad de hambrientos cerca del perímetro.

—¿Han trasladado a Melanie? —repite Justineau.

El sargento Parks vuelve a intentarlo.

—Si vuelve al aula, podemos hablar sobre eso en cuanto...

—Respóndame. ¿Dónde está?

Parks desvía los ojos un segundo y luego la mira directamente a los ojos.

—La doctora Caldwell pidió que se la llevase al laboratorio.

Justineau siente que se le hace un nudo en el estómago.

—¿Y lo... lo ha hecho? —pregunta, a pesar de lo absurdo que resulta.

El sargento asiente.

—Hace cosa de media hora. Se lo habría dicho, obviamente, pero la clase no

había empezado aún y no sabía dónde estaba.

Pero tendría que haberlo sabido en cuanto vio la celda vacía. Una vez que se lo ha dicho, resulta tan cegadoramente obvio que se maldice por haber desperdiciado unos minutos preciosos. Echa a correr hacia el complejo del laboratorio. Parks le grita alguna cosa —que debería meterse dentro o algo así—, pero no tiene tiempo para él.

Ya lo tendrá, todo el del puto mundo, si no consigue llegar al laboratorio antes de que lo hagan.

La doctora Caldwell y la doctora Selkirk lavan a Melanie de la cabeza a los pies, de manera concienzuda, usando un jabón desinfectante que huele exactamente igual que el agua de las duchas. Ella se somete en silencio, mientras su cabeza trabaja a toda velocidad.

—¿Te gusta la ciencia, Melanie? —le pregunta la doctora Caldwell.

La doctora Selkirk le dirige una mirada de leve sobresalto.

—Sí —responde Melanie con cautela.

Una vez que ya está limpia, la doctora Caldwell coge una especie de herramienta del tamaño de un borrador de pizarra. La aprieta y la herramienta comienza a emitir un zumbido. La apoya en un lado de la cabeza de Melanie y comienza a trazar líneas cortas y rectas sobre su cuero cabelludo. La máquina envía vibraciones que se le meten en el cráneo a través de la piel.

Melanie se dispone a preguntar para qué sirve cuando ve que la doctora Selkirk levanta un manojo de pelo rubio y lo tira en una papelera de plástico.

La doctora Caldwell es minuciosa y pasa la máquina por toda la cabeza de Melanie dos veces. La segunda vez aprieta con fuerza, hasta el punto de hacerle daño, aunque no mucho. La doctora Selkirk sigue recogiendo los mechones de cabello. Luego se lava cuidadosamente las manos con una toallita húmeda que coge de un dispensador de la pared.

La doctora Caldwell aplica una pintura de color azul brillante al cráneo de Melanie, que saca de un tarro de plástico cuya etiqueta reza GEL BACTERICIDA E2J. Melanie trata de imaginar el aspecto que debe tener ahora, con la cabeza afeitada y pintada de azul. Parecida a un guerrero picto. Una vez, cuando tenía la voz pastosa, el señor Whitaker les mostró un dibujo en el que salían unos pictos. Cada vez que decía la frase «Dibujos de pictos» se mondaba de risa. Cuando alguien iba desnudo a la batalla, los pictos decían que estaba revestido de cielo. Melanie no ha estado casi nunca desnuda. No es una sensación agradable, decide: le hace sentir vulnerable y avergonzada.

—No —dice.

—¿Cómo?

La doctora Caldwell deja el pincel y se limpia las manos en la bata blanca, que queda cubierta de manchas azul celeste.

—No me gusta la ciencia. Quiero volver a clase, por favor.

La doctora Caldwell la mira a los ojos por primera vez.

—Me temo que eso no es posible —dice—. Cierra los ojos, Melanie.

—No —responde Melanie.

Está segura de que si lo hace, la doctora Caldwell le hará algo malo. Algo que le dolerá.

Y de repente, como si estuviese viendo el otro lado de una ilusión óptica, comprende lo que va a ser ese algo. La van a cortar en pedacitos y meter esos pedacitos en tarros, como los que hay a su alrededor.

Tira de las correas con todas sus fuerzas. Lucha desesperadamente, pero no se mueven un milímetro.

—¿No deberíamos probar con un poco de isoflurano? —pregunta la doctora Selkirk.

Le tiembla la voz. Da la sensación de que va a echarse a llorar.

—No responden a él —dice la doctora Caldwell—. Ya lo sabe. Me niego a derrochar uno de los pocos tubos de anestésico general que nos quedan para que el sujeto del experimento sienta una vaga somnolencia. Recuerde, doctora, que el sujeto presente no es un niño sino una colonia fúngica que mueve el cuerpo de una niña. Los sentimientos están fuera de lugar aquí.

—Ya —reconoce la doctora Selkirk—. Lo sé.

Coge un cuchillo distinto a todos los que ha visto Melanie. Tiene un mango muy alargado y una hoja muy corta, una hoja que es tan fina que cuando se pone de lado es casi invisible. Se lo ofrece a la doctora Caldwell.

—Quiero volver a clase —repite Melanie.

El cuchillo se le escurre entre los dedos a la doctora Selkirk y cae justo antes de que pueda cogerlo la doctora Caldwell. Emite un tintineo al chocar contra el suelo y vuelve a hacerlo al rebotar.

—Perdón, perdón —dice la doctora Selkirk con voz aguda.

Se agacha para recogerlo, vacila, se endereza y al final coge otro instrumento de la bandeja. Se encoge bajo la mirada desaprobatoria que le dirige la doctora Caldwell cuando se lo entrega.

—Si le perturba el ruido —dice la doctora Caldwell—, empezaré por extraer la laringe.

Y apoya el frío filo de la hoja en la garganta de Melanie.

—Será la última cosa que haga —dice la voz de la señorita Justineau.

Las dos mujeres se detienen y miran hacia la puerta. Al principio, Melanie no puede hacerlo porque si alzase la cabeza se cortaría la garganta con el filo de la cuchilla. Pero entonces la doctora Caldwell retira la mano y Melanie es libre para doblar el cuello y echar un vistazo.

La señorita Justineau está en el umbral. Tiene algo en las manos: un cilindro rojo con un tubo negro en un lado. Parece bastante pesado.

—Buenos días, señorita Justineau —dice Melanie.

Se ha mareado de puro alivio, pero es como si estuviese programada para pronunciar esas palabras ridículamente inadecuadas. No podría dejar de decirlas ni aunque quisiera.

—Helen —dice la doctora Caldwell—. Entre, ¿quiere? Y cierre la puerta. Este no es precisamente un entorno antiséptico, pero hacemos lo que podemos.

—Deje el escalpelo —dice la señorita Justineau—. Ya.

La doctora Caldwell frunce el ceño.

—No sea ridícula. Estoy en medio de una disección.

La señorita Justineau entra en la sala y solo se detiene al llegar al extremo inferior de la mesa, donde están agarrados los pies descalzos de Melanie.

—No —dice—. No está usted en medio de una disección. Si fuese así no estaríamos hablando. Deje el escalpelo, Caroline, y nadie saldrá herido.

—Oh, vaya —dice la doctora Caldwell—. Esto no va a terminar bien, ¿verdad?

—Eso depende de usted, creo.

La doctora Caldwell mira de reojo a la doctora Selkirk, que no se ha movido ni ha dicho palabra desde que la señorita Justineau entró en la sala. Está allí plantada, con la boca entreabierta y las manos agarradas sobre el pecho. Parece alguien que está mirando fijamente el reloj de un hipnotizador y a punto de caer bajo su influjo.

—Jean —dice la doctora Caldwell—. Llame a seguridad, por favor, y dígales que vengan y saquen a Helen de aquí.

La doctora Selkirk mira de soslayo el teléfono que hay sobre la superficie de trabajo y da medio paso en su dirección. La señorita Justineau se vuelve mucho más deprisa que ella y utiliza el extintor para aplastar el teléfono. El aparato se parte en dos con un crujido seco y complejo. La doctora Selkirk retrocede de un salto.

—Sí, míralo bien, Jean —le dice la señorita Justineau—. Como vuelvas a moverte tu cara va a terminar igual.

—Y lo mismo pasará si intento llegar hasta la puerta o la ventana, supongo —dice la doctora Caldwell—. Helen, no creo que lo haya pensado bien. Da igual que cancele la operación. Puede sacar a Melanie del laboratorio, pero no de la base. Hay guardias en todas las puertas y patrullas en el perímetro. Haga lo que haga, no podrá impedirlo.

La señorita Justineau no responde, pero Melanie sabe que la doctora Caldwell se equivoca. La señorita Justineau puede hacer lo que quiera. Es como Prometeo y la doctora Caldwell es como Zeus. Zeus se creía muy grande y listo porque era un dios, pero los titanes no le tenían ningún miedo. Cierto es que en la historia los titanes terminan perdiendo, pero Melanie no alberga la menor duda sobre el resultado de esta batalla.

—Iré paso a paso —dice la señorita Justineau con voz ronca y baja—. Jean, suelte esas correas.

—No haga nada de eso —se apresura a replicar la doctora Caldwell.

Acompaña sus palabras con una rápida y feroz mirada dirigida a la doctora Selkirk y luego vuelve toda su atención a la señorita Justineau.

Y al instante parece ablandarse.

—Helen, no está usted bien. Esta situación nos ha sometido a todos a una terrible tensión. Y esta fantasía en la que rescatas al sujeto de experimentación... Bueno, forma parte de su respuesta frente a ese estrés. Aquí todos somos amigos y colegas.

Nadie va a denunciar a nadie. Nadie será castigado. Vamos a resolver esto, porque realmente no existe alternativa.

La señorita Justineau titubea, arrullada por su amabilidad.

—Voy a dejar el escalpelo —dice la doctora Caldwell—. Quiero que haga usted lo mismo con su... arma.

Y hace lo que ha prometido. Le muestra el escalpelo, lo mantiene en alto un segundo, y luego lo deja en la mesa, junto al costado izquierdo de Melanie. Lo hace poco a poco, con exagerada parsimonia. Así que la señorita Justineau está atenta a la mano con el escalpelo. Lógicamente.

Con la otra, la doctora saca algo pequeño y brillante del bolsillo de su bata de laboratorio.

—¡Señorita Justineau! —chilla Melanie.

Tarde. Demasiado tarde.

La doctora Caldwell arroja el objeto brillante contra la cara de la señorita Justineau. Se produce un sonido como el siseo de una ducha y se esparce por todas partes un olor agrio y ardiente, que deja sin aliento. La señorita Justineau emite un gorgoteo, pero el sonido se interrumpe bruscamente. Suelta el extintor y comienza a arañarse la cara. Cae lentamente de rodillas y luego rueda de costado hasta el suelo, donde se retuerce y se estremece entre ruidos ahogados de asfixia.

La doctora Caldwell la mira con frialdad.

—Ahora vaya a buscar un equipo de seguridad —dice a la doctora Selkirk—. Quiero a esta mujer bajo arresto. Se la acusará de intento de sabotaje.

Melanie apoya de nuevo la cabeza sobre la mesa, con un gemido de angustia, tanto por sí misma como por la señorita Justineau. La invade una desesperación que la hace sentir pesada como el plomo.

La doctora Selkirk se dirige a la puerta, pero para ello tiene que rodear a la señorita Justineau, que sigue de rodillas, resoplando y gimiendo mientras intenta coger aliento a través del ardiente miasma con el que la ha atacado la doctora Caldwell. La densa sustancia flota aún en el aire y la doctora Selkirk comienza a toser también.

La doctora Caldwell, agotada su paciencia, estira la mano para coger de nuevo el escalpelo.

Pero en ese momento sucede algo que la obliga a detenerse. O dos cosas, más bien. La primera es una explosión tan fuerte que las ventanas bailan en sus marcos. La segunda es un aullido ensordecedor, como si un centenar de personas estuvieran chillando a la vez.

El rostro de la doctora Selkirk, tras un instante de impasibilidad, sucumbe al terror.

—Es la alarma de evacuación general —dice—, ¿no? ¿No es la sirena de evacuación?

La doctora Caldwell no derrocha tiempo respondiéndole. Se acerca a la ventana y

levanta las persianas.

Melanie intenta incorporarse todo lo que puede, pero está demasiado baja. Prácticamente, lo único que puede ver del exterior es el cielo.

Las dos doctoras están mirando por las ventanas. La señorita Justineau sigue en el suelo, con las manos en la cara y la espalda y los hombros temblorosos. Parece ajena a todo salvo al dolor.

—¿Qué está pasando? —gimotea la doctora Selkirk—. Hay gente hay fuera, moviéndose. ¿Están...?

—No lo sé —replica la doctora Caldwell—. Voy a bajar las persianas de emergencia. Podemos quedarnos aquí hasta que den la señal de que está todo despejado.

Alarga la mano para hacerlo. Pone la mano sobre el interruptor.

Y entonces la ventana salta en mil pedazos.

Y los hambrientos se amontonan sobre el alféizar.

Mucho antes de que el sargento Parks haya logrado organizar un contraataque, las verjas han caído.

No es que suceda rápido, es que es algo despiadado. Los hambrientos que Gallagher vio entre los árboles del perímetro este salen de pronto del bosque, corriendo. No están cazando, simplemente corren y esto resulta tan extraño que Parks titubea durante un segundo o dos mientras trata de encontrarle algún sentido.

Entonces cambia el viento y el olor lo alcanza. Una rancia bocanada de descomposición tan intensa que es casi como un puñetazo en plena cara. A ambos lados de él, los soldados contienen el aliento con sobresalto. Alguien lanza una maldición.

El olor se lo revela antes de que lo vea. Son más. Muchos más. Es el olor de una manada entera de hambrientos, un puto *tsunami* de hambrientos. Demasiados como para contenerlos.

Así que la única opción consiste en ralentizarlos. Quitar impulso a su precipitada carga antes de que llegue a la verja.

—Apuntad a las piernas —grita el sargento—. Fuego automático. —Y luego—: ¡Fuego!

Los soldados obedecen. El violento repiqueteo de sus armas llena el aire. Los hambrientos caen y desaparecen pisoteados bajo otros hambrientos que los siguen. Pero son demasiados y están demasiado cerca. No van a poder detenerlos.

Entonces Parks ve otra cosa por detrás de la muralla móvil de muertos vivientes. Chatarreros. Embutidos en unas armaduras tan voluminosas que cada uno de ellos parece el muñeco de Michelin. Algunos de ellos llevan lanzas. Otros, unos artefactos que parecen picanas, con los que pinchan en el cuello o en la espalda a cualquier hambriento que se frene. Al menos dos de ellos llevan lanzallamas. Sus chorros de fuego, lanzados a derecha e izquierda de los hambrientos, les impiden desviarse demasiado del objetivo.

Que es la verja y la base que hay detrás.

En los flancos de la manada se mueven también dos excavadoras, con la palas orientadas oblicuamente. Cuando los hambrientos que se han extraviado hacia allí se acercan demasiado, no tienen más remedio que volver hacia la muchedumbre del centro o acabar aplastados bajo sus orugas.

No es una estampida. Es un arreo de ganado.

—¡Oh, Dios! —dice el soldado Alsop con voz estrangulada—. ¡Dios mío!

Parks pierde otro momento maravillándose ante la deslumbrante genialidad del asalto. Están usando los hambrientos como arietes, como armas de guerra. Se pregunta cómo habrán conseguido los chatarreros reunir a tantos y dónde los habrán tenido antes de iniciar esta marcha forzada, pero en realidad esto no es más que la logística. La idea de organizar algo así... solo se puede definir como extraordinaria.

—¡Apuntad a los vivos! —ruge—. ¡A los chatarreros! ¡Disparad a los chatarreros!

Pero sus hombres apenas han tenido tiempo de disparar un par de salvas desorganizadas cuando les grita que retrocedan, que se alejen de la verja.

Porque la verja va a ceder y entonces se encontrarán en medio de un océano de caníbales en descomposición.

Retroceden ordenadamente, sin dejar de disparar.

El *tsunami* los alcanza. Y ni siquiera se detiene. Los hambrientos embisten de frente la valla metálica y los puntales de hormigón que la sustentan. La estructura se inclina hacia delante, gime y chirría, pero parece aguantar. Las primeras filas de cadáveres ambulantes no logran avanzar.

Pero tras ellas llegan más y más hambrientos, que los empujan y suman su propio peso y su propio impulso al punto de impacto, a la endeble barricada de eslabones entrelazados de malla metálica.

Los propios soportes de hormigón comienzan a inclinarse peligrosamente. Cae un tramo de verja, repentinamente inutilizado, mientras uno de los soportes sale del suelo acompañado por un terrón hemisférico.

Docenas de muertos vivientes caen con él, y son pisoteados y hechos picadillo. Pero hay un suministro inagotable de ellos. Siguen adelante, pulverizando los restos de los caídos con unas piernas que se mueven como pistones.

Los hambrientos han entrado.

Justineau intenta levantarse. No es fácil porque tiene el estómago revuelto y los pulmones llenos de ácido, y el suelo bajo sus pies se bambolea como la cubierta de un barco. Se siente como si su cara fuese una máscara de hierro al rojo vivo, estirada al máximo sobre su cráneo.

A su alrededor se mueven rápidamente las cosas, sin más acompañamiento que una respiración entrecortada y un solitario chillido estrangulado. Ha estado ciega desde que Caldwell la roció con el aerosol de pimienta y aunque el torrente inicial de lágrimas le ha sacado ya la mayor parte de los ojos, sigue teniéndolos tan hinchados que le cuesta abrirlos. Ve formas borrosas que chocan unas con otras como los restos flotantes tras el paso de una riada.

Parpadea furiosamente, tratando de arrancar un poco más de humedad a sus secos lagrimales.

Dos de las formas cobran definición. Una de ellas es la de Selkirk que, tendida de costado sobre el suelo del laboratorio, sacude las piernas en un furioso *staccato*. La otra es un hambriento arrodillado a su lado, que está llenándose la boca a rebosar con las rosadas e hinchadas serpientes de sus intestinos.

Más hambrientos convergen desde todos lados hasta que Selkirk desaparece de su vista. Es como un tarro de miel para un enjambre de pútridas abejas. Lo último que ve Justineau de ella es su rostro inconsolable.

«¡Melanie! —piensa—. ¿Dónde está Melanie?».

La sala es un océano de cuerpos que se tambalean y manos que buscan. Justineau se aparta del atroz banquete y está a punto de tropezar con otro. Junto a la ventana de la sala, Caroline Caldwell lucha por su vida con silenciosa ferocidad. Dos hambrientos que han entrado arrastrándose sobre el alféizar, dejando trozos de su cuerpo en los bordes cortantes de cristal roto, la han agarrado por las piernas e intentan ascender hasta su cara. Sus mandíbulas se abren y cierran como las cucharas entrelazadas de una pala excavadora. Caldwell tiene las manos en su cabeza, como si estuviese dándoles su bendición, pero lo que realmente está haciendo es empujarlos con todas sus fuerzas, tratando desesperadamente de impedir que se inclinen hacia delante y le claven los dientes. Pero es una batalla que está perdiendo, milímetro a milímetro.

Justineau localiza el extintor donde lo dejó. Su brillante pintura roja la llama a gritos en medio de los anodinos blancos y grises del laboratorio. Lo recoge, gira sobre sí misma como una lanzadora de martillo y lo esgrime de arriba abajo. Con un repicar hueco y metálico, el extintor hace contacto con la cabeza de uno de los hambrientos, que se ladea hacia un costado con el cuello roto. Ni aun así suelta a Caldwell, pero al menos la mano derecha de esta queda libre, porque la criatura no puede utilizar las mandíbulas ahora que su columna ya no sustenta la cabeza.

Con una fuerza y una resolución fruto del terror puro, Caldwell utiliza la otra

mano para agarrar un fino fragmento triangular de cristal que sigue adherido al marco de la ventana y arrancarlo de un tirón. Su propia sangre se le escurre entre los dedos al atacar al segundo hambriento con unas puñaladas que le arrancan a gruesas tiras la piel del cráneo.

Justineau la deja así. Ahora que tiene la ventana delante, puede orientarse. Se vuelve hacia la mesa de operaciones. Por increíble que pueda parecer, su campo de visión está despejado. La mayoría de los hambrientos están disputándose los restos de Jean Selkirk, lo que quiere decir que están a cuatro patas, con el hocico enterrado en el comedero.

La mesa de operaciones está vacía. Las correas de material plastificado que inmovilizaban a Melanie cuelgan ahora a los lados, limpiamente cortadas. El escalpelo que dejó Caldwell antes de usar el aerosol de pimienta yace abandonado en el extremo superior de la mesa.

Justineau mira en derredor con desesperación. Exhala un ruido similar a un gemido, que se pierde en medio de los viscosos sonidos del banquete de los monstruos. El caos de la sala ha cristalizado en simplicidad: el festín del que Selkirk es anfitriona; la lucha entre Caldwell y el hambriento que, a pesar de las puñaladas que recibe en la cara y los hombros, sigue tratando de alcanzarla a ciegas, hasta que finalmente se desploma, literalmente desollado.

Melanie no está.

Caldwell, una vez libre, está tratando de recoger todas sus notas y muestras con manos ensangrentadas, pero son demasiadas cosas y finalmente se le caen al suelo en estrepitosa cascada. El ruido es tan fuerte que llama la atención de los hambrientos que están devorando a Selkirk. Sus cabezas se alzan de sopetón y giran a derecha e izquierda en espeluznante sincronía.

Caldwell está apoyada sobre una rodilla, recogiendo sus caídos tesoros. Justineau la agarra por el cuello de la bata y la obliga a levantarse.

—¡Vamos! —grita.

O intenta hacerlo. Pero como antes tragó un poco de aerosol, su lengua ha triplicado su tamaño normal. Habla como Charles Laughton en *El jorobado de Notre Dame*. Da igual. Arrastra a Caldwell hacia la puerta como una madre con un niño obstinado, mientras los hambrientos se levantan y pisotean lo que queda de la doctora Selkirk en su afán por alcanzar esta nueva fuente de alimento.

Justineau les da con la puerta del laboratorio en las narices. No está cerrada con llave, pero eso es lo de menos. A los hambrientos se les dan tan bien las cerraduras como a los perros. La puerta se estremece bajo sus repetidos asaltos, pero no se abre.

Las mujeres se encuentran en un pasillo corto, que tiene la ducha en un extremo. Justineau se dirige hacia allí y hacia las puertas que hay más allá, que dejó abierta al entrar, pero frena y se detiene antes de llegar. En el espacio que separa el bloque de la nave de los vehículos está desarrollándose un tiroteo. Los hombres a los que ve agacharse, disparar y cubrirse tras la esquina del edificio más próximo no son los del

sargento Parks, con esos uniformes caqui que siempre ha aborrecido. Son salvajes de aspecto variopinto, con el cabello ennegrecido y esculpido con brea y machetes bajo los cinturones.

Chatarreros.

De repente, ante los mismos ojos de Justineau, dos de ellos salen despedidos hacia atrás a una velocidad increíble. El destello y el rugido de la granada llegan medio segundo más tarde y el peristáltico estremecimiento de la onda expansiva, un instante después.

Caldwell señala otra puerta. Puede que diga algo, también, pero el furibundo carrillón que tiene Justineau en los oídos se traga todos los demás sonidos. La puerta está cerrada con llave. Caldwell rebusca en sus bolsillos y al hacerlo su bata blanca queda sembrada de trazos de oscura y rojiza sangre, que se entrelazan como curvas Bezier. Justineau ve que sus manos están en un estado lamentable, cubiertas de los profundos cortes y pliegues de carne que se ha hecho al sujetar el fragmento de cristal con el que se ha defendido.

Bolsillo tras bolsillo, Caldwell no encuentra la llave. Finalmente se abre la bata, rebusca en los del pantalón y allí está. Abre la puerta y se encuentran en un sitio que parece un almacén, con una docena o más de estanterías de grisáceo acero. Es un refugio.

Es una trampa. En cuanto Caldwell cierra la puerta desde dentro, Justineau se da cuenta de que no puede quedarse allí. Melanie vaga por allí fuera, en alguna parte, como Caperucita Roja en lo más profundo del bosque tenebroso, rodeada por hombres que disparan armas automáticas.

Tiene que encontrarla. Lo que significa que tiene que salir.

Caldwell se apoya en el costado de una de las estanterías, bien para recomponerse un poco o bien para replegarse a un espacio interior más soportable que este. Justineau la ignora mientras investiga la estrecha sala. No hay más puertas, pero sí una ventana, en lo alto de la pared. Da al lado del edificio que está más cerca del perímetro de la verja y más lejos de la batalla. Desde allí, tal vez podría llegar corriendo hasta el bloque del aula, donde Melanie habrá intentado refugiarse.

Se acerca a la estantería más próxima y tira al suelo las cajas, botellas, bolsas de vendas y rollos de papel de cocina que contiene. Caldwell observa en silencio cómo empuja la estantería hasta la ventana, con la intención de utilizarla como escalera.

—La van a matar —dice.

—*Pues guédese aquí* —repite Justineau sin volver del todo la cabeza.

Pero cuando empieza a trepar, Caldwell sujeta la estantería con sus desolladas manos y luego la sigue, con un pequeño jadeo de dolor cada vez que tiene que agarrar el frío metal de la estantería.

La ventana tiene un pestillo. Justineau lo quita y la abre un par de centímetros. Fuera solo se ve un trecho de hierba inmaculada. La distancia amortigua los gritos y disparos.

Abre la ventana del todo, se encarama a ella y se deja caer sobre la hierba. Aún la cubre el rocío de la mañana, que le hiela los tobillos. La cotidianidad de la sensación es como un telegrama llegado desde el otro lado del mundo.

A Caldwell le cuesta más salir, porque está tratando de no apoyarse sobre sus lastimadas manos. Cae pesadamente, incapaz de mantener el equilibrio, y choca de bruces contra la hierba. Justineau la ayuda a incorporarse, aunque sin demasiada delicadeza.

Desde la esquina, su campo de visión alcanza hasta el bloque del aula y los barracones propiamente dichos, al otro lado del campo de prácticas. Hay hambrientos por todas partes, corriendo como locos en grupos apelotonados. Justineau cree que corren aleatoriamente, pero entonces ve a los chatarreros pastores, con sus extrañas armaduras, que los empujan con lanzas, picanas y el siempre fiable fuego.

Su mente racional repara en que los chatarreros están recubiertos de brea. No solo en el pelo, sino también la piel de los brazos y las manos y las costuras de sus chalecos de kevlar. Debe de ser como lo que hace su inhibidor químico, enmascarar el olor de su sudor endocrino para que los hambrientos no se den la vuelta y avancen nadando por ese gradiente químico hasta llegar a las gargantas de sus torturadores.

Pero el pensamiento que domina cualquier otro es: «¡Los hambrientos usados como armas químicas!». Ganen o pierdan, la base está acabada.

—Voy a intentar llegar al bloque del aula —dice a Caldwell—. Le recomendaría esperar unos segundos y dirigirse a la verja. Al menos algunos de ellos estarán mirando en otra dirección.

—El bloque del aula está bajo tierra —le espeta Caldwell—. Solo tiene una entrada. Estará atrapada.

Vaya par de científicas están hechas. Recopilando hechos conocidos para formar conclusiones válidas. Mentes analíticas que se niegan a rendirse incluso en medio de semejante pesadilla.

Justineau no se molesta en responder. Sin más, echa a correr. Ha trazado una trayectoria en su cabeza y se ciñe a ella, aunque manteniéndose a una prudente distancia de la jauría de hambrientos más cercana, que corre hacia los barracones. Los chatarreros que los empujan están demasiado ocupados con lo que están haciendo como para prestarle atención.

Y sus camaradas, que vienen tras ellos, reciben fuego desde los dos lados, porque los hombres de Parks conocen mejor el terreno y convierten en campos de tiro los espacios abiertos que separan las cabañas de madera.

Pero Justineau tiene que desviarse para esquivar a tres soldados que corren hacia ella, fusil en mano, y está a punto de toparse de bruces con otra estampida de hambrientos. Cambia de sentido, zigzaguea y solo se da cuenta de que se ha perdido cuando, al doblar otra esquina, se encuentra cara a cara con una docena de hombres con el pelo de punta y los miembros recubiertos por una negra, brillante y aún líquida brea, que disparan desde detrás de una barricada improvisada hecha con contenedores

volcados.

Los chatarreros se vuelven y la ven. La mayoría de ellos no le prestan atención y siguen disparando, pero dos se levantan inmediatamente y se acercan a ella. Uno desenvaina un cuchillo y lo esgrime. El otro se limita a apuntarla con el arma que lleva.

Justineau se queda paralizada. Contra un arma de fuego no tiene sentido echar a correr en sentido contrario y cuando trata de encontrar otra solución, un frío torrente de nada inunda su mente.

El hombre del cuchillo la derriba de un barrido y Justineau cae de bruces al suelo. El chatarrero la agarra por una de las mangas de la camisa, tira de ella hacia arriba y se la acerca al otro, como si estuviese ofreciéndole un regalo.

—Hazlo —dice.

Justineau alza la cabeza. Normalmente no se debe mirar a los ojos a un animal salvaje, pero si tiene que morir prefiere hacerlo diciéndole que se vaya a tomar por saco y, de ser posible, en términos muy explícitos.

Sus ojos se encuentran con los del que lleva el arma de fuego. Y comprueba, con un acceso de sorpresa casi surrealista, lo joven que es. Aún adolescente, posiblemente. El muchacho aparta el cañón de su arma de la cabeza de Justineau y le apunta al pecho, tal vez porque no quiere volver a casa llevando en la galería de sus sueños la explosión de la cabeza de una mujer.

Hay algo ritual en todo ello, en el modo en que la sujeta el primero esperando a que el otro acabe con ella. Es un ritual iniciático, un momento de comunión, quizá, entre padre e hijo.

El joven se prepara.

Y entonces desaparece. Derribado. Algo oscuro y subliminalmente veloz ha caído como un latigazo sobre él y se lo lleva consigo. Se retuerce sobre el asfalto, luchando contra un enemigo que, a pesar de su pequeño tamaño, bufaba, maullaba y arañaba como un saco entero de gatos enfurecidos.

Es Melanie. Y no parece dispuesta a tomar prisioneros.

El hombre —o niño, más bien— suelta un chillido que se transforma en un gorgoteo líquido cuando las mandíbulas de la niña se cierran sobre su garganta.

Es la primera vez que prueba la sangre y la carne tibia, y la impresión es tan intensa que casi le provoca un desfallecimiento. Jamás había experimentado algo tan gozoso. ¡Ni siquiera cuando la señorita Justineau le acarició el pelo! El torrente de placer es más grande que ella. La parte de su mente que es capaz de pensar se pliega bajo ese torrente, sacudida violentamente, y se aferra a lo que puede para no verse arrastrada.

Trata de recordarse a sí misma lo que está en juego. Ha atacado al hombre porque iba a hacer daño a la señorita Justineau, no por el irresistible olor de la carne fresca: de hecho, ni lo había captado hasta que ha estado a horcajadas sobre él y lo ha mordido antes incluso de pensar en ello. Su cuerpo no necesitaba permiso y no estaba en condiciones de esperar. Muerde, desgarrar, mastica y traga mientras las sensaciones la inundan y la zarandean como si fuesen una cascada y ella una copa situada debajo.

Algo la golpea con fuerza y la separa de su presa, de su alimento. Hay un hombre a su lado, inclinado sobre ella, con un cuchillo listo en la mano. La señorita Justineau se abalanza sobre él por detrás y la emprende a puñetazos contra su cabeza. El hombre tiene que volverse para defenderse y Melanie consigue agarrarlo por las piernas. Se enrosca a su cuerpo sin esfuerzo y utiliza sus fuertes brazos para ascender, aferrada a él como una lapa.

El hombre profiere incoherentes maldiciones mientras la golpea frenéticamente con los puños. Melanie siente los golpes, pero no le importa. Encuentra el punto donde la pierna se une al cuerpo, empujada por un impulso tan profundo que ni sabe de dónde sale. Clava los dientes y aprieta las mandíbulas hasta que mana la sangre espesa y le rebosa en la boca. Sabía que iba a ser así. Ha sentido el canto de la arteria a través de los pliegues de carne y tela.

El grito del hombre es un sonido aterrador, agudo y tembloroso. A Melanie le resulta aborrecible. ¡Pero, en cambio, el sabor...! El muslo desgarrado se convierte en una fuente, como si la carne cruda fuese un jardín mágico, un paisaje escondido que no hubiera vislumbrado jamás.

Hasta que es demasiado. Ni su estómago ni su mente son lo bastante grandes. El mundo entero no es lo bastante grande. Aturrida de deleite, embargada por una saciedad que le funde los músculos y los pensamientos, esta vez no se resiste al sentir que unas manos la apartan del cuerpo y la levantan.

Bajo la peste de los productos químicos la alcanza la fragancia de la señorita Justineau, conocida, bienvenida y maravillosa. Pegada a su pecho, emite un ronroneo de satisfacción. Solo quiere hacerse un ovillo para dormir allí, como un animal en su madriguera.

Pero no puede dormir, porque la señorita Justineau ha echado a correr. Cada una de sus zancadas zarandea a Melanie. Y la sensación de saciedad no dura demasiado. Su abotargada voracidad recobra rápidamente las fuerzas y comienza a aguijonear los lindes de su mente con ansiosas intimidaciones. La fragancia ya ha empezado a

costrar otro significado, algo que la urge a alimentarse de nuevo. Se vuelve y se retuerce en unos brazos demasiado débiles para contenerla, mientras empuja con la cabeza la axila de la señorita J y abre la boca para morder de nuevo.

Pero ¡no puede, no debe, no puede! Es la señorita Justineau, que la quiere. Que la salvó de la mesa y de la fina y aterradora navaja. Melanie no puede impedir que sus mandíbulas se cierren, pero en el último momento echa la cabeza hacia atrás, de manera que solo atrapan aire en lugar de carne.

Un gruñido se forma en su interior, en el mismo sitio que hace apenas un momento maullaba como un gatito.

tiene que

no debe

tiene que

Está luchando contra un animal salvaje y ese animal salvaje es ella.

Así que sabe que va a perder.

Justineau corre de nuevo. Solo que esta vez no sabe hacia dónde. La familiar geografía de la base se ha tornado misteriosa por culpa del humo de las explosiones y el estrépito de los disparos y los pies que corren.

Y encima Melanie, que no hace más que retorcerse y luchar contra ella, hace que sea más difícil concentrarse. Cuando Justineau recuerda cómo la ha separado del cuerpo del joven chatarrero, igual que a una garrapata rebosante de sangre del vientre de un perro, tiene que reprimir el impulso de soltarla.

¿Por qué reprimirlo? No porque Melanie la haya salvado. Aunque en cierto modo sí. Porque le ha dado la espalda a algo que había en su interior y Melanie es la demostración, el anti-Isaac al que ha sacado del fuego para demostrar a Dios que no siempre tiene que ser él quien tome las decisiones.

«Que te den, Caroline».

Melanie emite unos ruidos para los que no está hecha la garganta humana mientras embiste el brazo de Justineau con movimientos de la cabeza. La pequeña posee una fuerza asombrosa. Va a soltarse. Va a conseguir que se caigan las dos.

Justineau atisba la puerta de acero del bloque de las aulas, inesperadamente próxima, y se dirige hacia allí.

Y al instante se da cuenta de que no le sirve de nada. La puerta está cerrada y las cerraduras se activan automáticamente cuando está en esa posición. Nunca conseguirá entrar.

Entonces aparecen unos hambrientos a su derecha, una docena más o menos, procedentes del laboratorio. Puede que sean los mismos de antes, que aún siguen su rastro. Pero aunque no lo sean, ahora pueden olerla y van a por ella. Corren subiendo y bajando las piernas en inagotable y mecánica síncope.

No puede hacer otra cosa que darles la espalda. Escapar de ellos lo más deprisa posible y rezar para que consiga llegar a alguna parte antes de que la atrapen.

Lo hace. Llega a la verja. Aparece de repente, tan imposible de franquear como un Everest de malla metálica. Está acabada.

Se vuelve, desesperada. Los hambrientos se le acercan con la misma carrera implacable que recuerda al movimiento de un metrónomo. A su izquierda y su derecha no hay nada. Ningún sitio donde esconderse o al que escapar. Suelta a Melanie y la ve caer como un gato y retorcer el cuerpo en el aire para caer sobre las manos y los pies, estirada como una estrella de mar.

Justineau cierra los puños y se prepara, pero un enorme agotamiento se abate sobre ella y la oscuridad comienza a cernirse sobre los bordes de su campo de visión al agotarse la adrenalina de su organismo. Ni siquiera intenta lanzar un puñetazo al primer hambriento que abre las fauces y alarga los brazos para tirarla al suelo.

Con un crujido viscoso, desaparece aplastado.

Una pared pasa suavemente frente al campo de visión de Justineau. Es metálica,

está pintada de verde mate y tiene una ventana. Desde la ventana, un rostro monstruoso la observa. El del sargento Parks.

—¡Entre! —ruge.

Lo que tiene delante cobra sentido de pronto, como la imagen de un rompecabezas. Es uno de los Humvee de la base. Justineau agarra el tirador de la puerta e intenta abrirla de todas las maneras equivocadas que cabe imaginar, tirando de él y retorciéndolo, hasta que finalmente, con una leve presión en el interruptor que tiene en la cara interior, la puerta cede.

Justineau abre al mismo tiempo que los hambrientos rodean el vehículo por detrás tratando de alcanzarla. Uno de los soldaditos de Parks, un muchacho dos veces más joven que él, con una mata de pelo rojizo como una fogata de otoño, maneja la ametralladora que el Humvee tiene encima. La gira violentamente sobre el trípode y siega el aire con punzante metal. No está muy claro contra qué apunta, pero al mover el arma hacia abajo la trayectoria de fuego intercepta a los hambrientos más cercanos y los hace caer.

Justineau sujeta la puerta, pero no se mueve... porque Melanie tampoco lo hace. Agazapada en el suelo, la niña observa el oscuro interior del vehículo con animal desconfianza.

—¡No pasa nada! —grita Justineau—. Ven, Melanie. Sube. ¡Vamos!

Melanie toma una decisión. Se pone en pie y, de un salto, traspasa la puerta por delante de Justineau. Justineau sube tras ella y cierra dando un portazo.

Al volverse ve el rostro pálido y sudoroso de Caroline Caldwell, que la mira fijamente. Tiene las manos metidas bajo las axilas y está tumbada en el suelo del Humvee como un haz de leña. Melanie, asustada, se aparta de ella y se pega a Justineau, quien, en un gesto mecánico, la abraza.

El Humvee da la vuelta. Al otro lado de la ventanilla, por un instante, sus pasajeros vislumbran un caleidoscopio de humo, destrucción y figuras en carrera.

Atraviesan la verja sin frenar, pero casi no consiguen salvar el foso. El Humvee aterriza al otro lado con un fuerte impacto, se estremece durante unos segundos como una lavadora en pleno centrifugado y finalmente consigue la tracción suficiente para subir también la parte trasera.

Pasan los kilómetros siguientes perseguidos por cinco metros de verja metálica y un poste de hormigón, que botan tras ellos como la serpentina de latas de una limusina nupcial.

Parks habría preferido ir campo a través —al Humvee no le hacen mucha falta las carreteras—, pero los chirridos que se escapan de su parte trasera indican que le pasa algo a su eje trasero. Así que reduce la marcha para arrancar un poco más de potencia al motor, pisa a fondo y conduce con temeraria velocidad por las desiertas carreteras secundarias que rodean la base, eligiendo desvíos al azar. Ha decidido que el mejor modo de que no los encuentren es, de momento, perderse.

Al menos nadie los persigue, que él vea. Y eso es algo por lo que puede dar gracias.

Finalmente detiene el Humvee a unos quince kilómetros de la base, y lo aparca fuera de la carretera, sobre un campo cubierto de maleza y surcos. Apaga el motor y se apoya sobre el volante para recobrar el aliento mientras aquel se enfría. No suena bien. Lo ha sacado del taller, el único sitio al que pudo llegar sin tropezar con un desfile de hambrientos, y ahora que ya es demasiado tarde se pregunta por qué razón estaría allí.

Gallagher baja del pedestal, abate el arma y cierra la escotilla. Está temblando como si tuviese fiebre, así que incluso estas acciones tan sencillas le llevan mucho tiempo. Cuando finalmente se sienta en el asiento del copiloto, dirige al sargento una mirada aterrorizada, en busca de órdenes, explicaciones o cualquier otra cosa que le permita conservar la cordura.

—Buen trabajo —le dice Parks—. Comprueba el estado de las civiles. Voy a hacer un reconocimiento rápido.

Abre la puerta, pero no llega a alejarse mucho. Cuando Gallagher se vuelve hacia el asiento de atrás, suelta un grito seco y dolorido.

—¡Sargento! ¡Sargento Parks!

—¿Qué sucede, hijo? —pregunta Parks con tono cansado.

Se vuelve con un nudo en el estómago, creyendo que va a encontrarse con que una de las dos mujeres ha recibido una herida en las tripas, o algo así, y que van a tener que presenciar su muerte.

Pero no es eso. La doctora Caldwell tiene la bata empapada de sangre, pero la mayor parte procede de sus manos. Y Helen Justineau parece encontrarse bien, aparte del rubor y de la hinchazón de su rostro.

No, lo que ha hecho gritar al muchacho es la tercera pasajera. Es uno de los niños hambrientos, los monstruos del bloque de contención. Parks la reconoce con palpable sobresalto: es la misma que llevó al matadero, al laboratorio de la doctora Caldwell. Ha cambiado desde entonces. Está agazapada en el suelo del Humvee, como Dios la trajo al mundo, con la cabeza afeitada y pintarrajeada como una salvaje. Sus intensos ojos azules saltan de una mujer a otra. La curva de su espalda revela tanto su tensión como la inminencia de un movimiento.

Con dificultades debido a la posición, Parks se agarra el antebrazo con la otra

mano e introduce el arma entre los respaldos de los asientos para apuntar a la niña a la cabeza. Es la mejor opción para acabar con ella desde tan cerca.

Sus ojos se encuentran. La niña no se mueve. Como si estuviera pidiéndole que lo haga.

Es Helen Justineau quien lo detiene, interponiéndose entre ambos. En los estrechos confines del Humvee, es una barricada incontestable.

—Apártese —le dice Parks.

—Pues baje el arma —dice Justineau—. No va a matarla.

—Ya está muerta —dice la doctora Caldwell desde el suelo, con voz temblorosa—. Técnicamente hablando.

Justineau le lanza una mirada de reojo, pero no se molesta en responder. Sus ojos vuelven de inmediato hacia Parks.

—No es un peligro —dice—. Ahora mismo no. Ya puede verlo. Deje que salga del coche, que se aparte un poco de usted... de todos nosotros... y veremos a partir de ahí. ¿De acuerdo?

Lo que Parks puede ver es que la pesadilla con forma de niña tiene los ojos abiertos de par en par y tiembla como si a duras penas pudiera controlarse. Todos los ocupantes del vehículo están protegidos por el inhibidor, pero hay tanta sangre por todas partes —en las manos y brazos de Caldwell, en su ropa y en la propia niña— que su respuesta automática se activa de todos modos. Nunca ha visto a un hambriento que no reaccione en pleno frenesí. Es una novedad, pero no está dispuesto a apostar la vida a que se mantiene mucho más tiempo.

O dispara ya o hace lo que dice Justineau. Y si dispara se arriesga a matar a una de las civiles, o a las dos.

—Adelante —dice—. Deprisa.

Justineau abre la puerta de par en par.

—Melanie... —dice, pero la niña no necesita invitaciones.

Baja del coche de un salto y se aleja por el campo a tal velocidad que sus flacas piernas apenas resultan visibles.

Corre contra el viento, comprende Parks sin pretenderlo. En dirección contraria a su olor. Al olor de la sangre. Finalmente se sienta en medio de la crecida hierba y se rodea las rodillas con los brazos. Desvía la mirada.

—¿Es suficiente? —inquire Justineau.

—¡No! —se apresura a responder Caldwell—. Debemos inmovilizarla y llevárnosla. No sabemos lo que ha sido del resto de los sujetos. Si hemos perdido la base, y mis archivos con ella, es lo único que queda de los cuatro años de trabajo de mi programa.

—Lo que no dice gran cosa sobre su programa —responde Justineau.

Caldwell la fulmina con la mirada. El aire que las separa está impregnado de malas vibraciones.

Parks hace un gesto a Gallagher, apenas un ademán rápido, y sale del vehículo sin

prestar atención a las dos mujeres. Le preocupa el eje trasero del Humvee y quiere examinarlo cuanto antes. Cualquiera sabe cuándo tendrán que ponerse de nuevo en camino.

Melanie está desmoronándose.

Al principio no puede pensar. Luego, cuando vuelven los pensamientos, se aparta de ellos como el señor Whitaker cuando tiene la botella casi vacía. Su boca siente el tormento de recuerdos que quieren hacerse reales otra vez. Su mente se estremece por lo que ha hecho.

Y su cuerpo es carcomido por un millón de tics y temblores, como si cada célula le informase de que no está en condiciones de cumplir con su cometido y exigiese aquello que no puede tener.

Siempre ha sido una buena chica. Pero ha devorado trozos enteros de dos hombres y lo más probable es que los haya matado. Con los dientes.

Tenía hambre y ellos eran su pan.

Así que, ¿en qué se ha convertido?

Estos interrogantes van y vienen en la medida en que el hambre residual le deja concentrarse en ellos. A veces son muy grandes y nítidos, y a veces muy lejanos, como si los viese a través de bolas de pelusa y humo.

Hay otra cosa que va y viene: un recuerdo. Cuando estaba tendida sobre aquella mesa, maniatada, tratando de serrar la correa de plástico que sujetaba su muñeca izquierda —con la mano retorcida y el escalpelo sujeto entre las yemas de los dedos— uno de los hambrientos se inclinó sobre ella.

Se quedó paralizada al instante. Contempló sin aliento aquel rostro salvaje y desprovisto de humanidad. No había nada que pudiera hacer, ni siquiera gritar. Ni cerrar los ojos. El libre albedrío había desertado junto con los vectores de su terror.

La situación se prolongó durante un segundo tenso, que luego, de repente, se partió en mil pedazos. El hambriento tenía la boca abierta y la mandíbula floja, la cabeza inclinada y los hombros encorvados, como un buitre. Su mirada se apartó de Melanie y se desvió hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Sacó la lengua para saborear el aire y luego rodeó la mesa y se dirigió a una convulsa masa en movimiento que había en el suelo del laboratorio, en un extremo del campo de visión de Melanie.

Sus ojos se habían encontrado solo durante un segundo y por pura casualidad.

Y después fue como si ni siquiera supiese que estaba allí.

Entre el síndrome de abstinencia y la preocupación por este rompecabezas, pasa mucho tiempo antes de que Melanie dirija su atención al mundo que la rodea.

Está rodeada de flores silvestres. Recuerda un par de ellas —narcisos y silenes— desde la clase que les dio la señorita del equinoccio de primavera. Las demás son totalmente nuevas y las hay a docenas. Vuelve la cabeza muy lentamente y las contempla una detrás de otra.

Al reparar en las diminutas criaturas que, con un zumbido, revolotean entre ellas, deduce que son abejas, porque ve que visitan una flor detrás de otra, se abren paso

hasta su interior con movimientos oscilantes y luego vuelven a salir y alzan el vuelo hacia la siguiente.

Algo mucho más grande cruza el campo al vuelo por delante de Melanie. Un pájaro negro que podría ser un cuervo o una corneja, y cuyo canto es un ronco e intenso grito de guerra. Otros cantos más dulces y delicados zigzaguean a su alrededor, pero no puede ver las aves —si es que son aves— que los emiten.

El aire está impregnado de aromas. Melanie sabe que algunos de ellos son las fragancias de las flores, pero incluso el aire parece tener olor: terroso, intenso y complejo, hecho de criaturas vivas, criaturas agonizantes y criaturas que llevan mucho tiempo muertas. El olor de un mundo en el que nada deja de moverse, nada permanece igual.

De repente es una hormiga encogida sobre la superficie del mundo. Un átomo estático en medio de un mar de cambio. La inmensidad de la Tierra la envuelve y penetra en ella. La absorbe con cada bocanada de aquella atmósfera embriagadora e impregnada de olor.

E incluso en su estado de aturdimiento y crispación, a pesar de los recuerdos de la carne y la violencia que acechan por su mente, le gusta mucho, mucho.

Sobre todo los olores. Su efecto es muy distinto al del olor de las personas, pero la estimulan tanto como estos y despiertan en su mente algo que debía de estar dormido hasta ahora.

Esto la ayuda a relegar el hambre y los recuerdos a una distancia intermedia, donde no la lastiman ni la avergüenzan tanto.

Paso a paso, recobra el control de sí misma. Y es entonces cuando se da cuenta de que la señorita Justineau está a poca distancia, observándola en silencio. Su rostro está cubierto de cautela y preguntas.

Melanie escoge responder a la más importante de ellas.

—No voy a morderle, señorita Justineau.

»Pero será mejor que no se acerque más —se apresura a añadir al ver que la señorita J da un paso hacia ella.

Ella misma retrocede arrastrándose.

—Huele usted muy bien... Y está manchada de sangre. No sé lo que podría llegar a hacer.

—Vale.

La señorita Justineau se detiene donde está y asiente.

—Encontraremos un sitio para lavarnos y volveremos a ponernos el inhibidor. ¿Estás bien, Melanie? Imagino que habrá sido aterrador para ti.

Su rostro está lleno de preocupación. Y de otra cosa. Miedo, quizá.

Hace bien en tenerlo. Están fuera de la verja, en la región 6, y deben de encontrarse a varios kilómetros de la base. Están perdidos entre los monstruos, sin refugio a mano.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo la señorita Justineau.

Melanie asiente, pero es mentira. No está bien, aún no. No sabe si volverá a estarlo. Estar maniatada en la mesa, con el cuchillo de la doctora Caldwell delante de los ojos, es lo más aterrador que le ha pasado nunca. O lo era hasta que vio que iban a matar a la señorita J y entonces pasó a ser esto. Y ahora es el recuerdo de los dos hombres a los que ha mordido y cuya carne ha devorado.

Lo mires como lo mires, no ha sido un buen día. Quiere formular la pregunta que le está quemando por dentro. Porque la señorita Justineau sabrá la respuesta. Por supuesto. La señorita Justineau lo sabe todo. Pero no puede hacerlo, porque no consigue que le salgan las palabras. No quiere admitir que existe la duda, la pregunta.

«¿Qué soy?».

Así que no dice nada. Espera a que sea la señorita Justineau la que hable. Y al cabo de un rato muy largo, lo hace:

—Has sido muy valiente. Si no hubieras aparecido cuando lo has hecho, y no te hubieras enfrentado a esos hombres, me habrían matado.

—La doctora Caldwell iba a asesinarme, a cortarme en pedacitos y a guardarlos en tarros —le recuerda Melanie—. Me salvó usted primero, señorita Justineau.

—Helen —dice la señorita J—. Me llamo Helen.

Melanie lo medita un momento.

—Para mí no —dice.

Cuando Parks se mete bajo el Humvee y echa un buen vistazo al eje trasero, suelta una maldición.

Con amargura.

No es ningún experto en mecánica, pero hasta él se da cuenta de que está en mal estado. Ha recibido un buen golpe a poca distancia del centro, seguramente cuando saltaron el foso de seguridad, y tiene una profunda deformación en forma de «V», con una pequeña pero visible grieta en el punto de impacto. Han tenido suerte de llegar tan lejos sin que se parta por la mitad y está clarísimo que así no podrán seguir mucho más. Al menos solos. Y a estas alturas, lo que ha oído por la radio revela que no van a recibir ayuda desde la base.

En su fuero interno debate si tiene sentido examinar el motor. Algo le pasa también y, aunque seguramente pueda repararlo, lo lógico es que el eje falle mucho antes de que tengan que preocuparse por eso.

Es lo lógico, pero no es seguro.

Con un suspiro, sale de debajo del Humvee y se dirige a su parte delantera. El soldado Gallagher lo sigue como un cachorrito abandonado, aún mendigando órdenes.

—¿Todo bien, sargento? —pregunta con tono ansioso.

—Levánteme el capó, hijo —dice Parks—. Tenemos que echarle un vistazo a sus tripas.

Las tripas parecen bien, lo que resulta sorprendente. Los ruidos del motor se debían a que los soportes del motor estaban desatornillados. El bloque del motor, suspendido en ángulo, vibra al entrar en contacto con la parte interior del guardabarros. Habría acabado destrozado más tarde o más temprano, pero de momento no parece haber sufrido mucho. Parks saca el juego de llaves del cajón de herramientas que tiene el vehículo en un costado, pone nuevos tornillos a los soportes y vuelve a colocar el bloque en su sitio.

Se toma su tiempo, porque cuando termine tendrá que empezar a tomar decisiones sobre lo demás.

* * *

Parks celebra la reunión lejos del vehículo, para precaverse en la medida de lo posible frente a sorpresas desagradables, y ordena que la pequeña hambrienta permanezca sentada fuera, sobre el capó.

Así es como lo ve, como una reunión informativa. Es el único soldado que tienen, con la excepción de Gallagher, que es demasiado joven para tener opinión y no digamos para hacer planes. Así que le toca a él tomar todas las decisiones.

Pero las cosas no salen así. Las civiles tienen sus propias opiniones —cosa que, en la experiencia de Parks, siempre ha sido sinónimo de desastres y dolores de cabeza— y no muestran reparo alguno en expresarlas.

Para empezar, cuando les dice que van a dirigirse hacia el sur. Tiene todo el sentido —y, probablemente sea su única posibilidad—, pero en cuanto lo oyen comienzan a poner reparos.

—¡Todas mis notas y muestras están en la base! —dice la doctora Caldwell—. Hay que recuperarlas.

—Y hay treinta niños allí —añade Justineau—. Y la mayoría de sus soldados. ¿Qué pretende, abandonarlos sin más?

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —dice Parks—. Y si cierran el pico les explicaré por qué. He estado pendiente de la radio cada diez o quince minutos desde que paramos. Y no es que no recibamos respuesta desde la base, es que no hay respuesta, punto. No ha escapado nadie. O, si han escapado, no lo han hecho con vehículos o sistemas de comunicación, de manera que, por lo que a nosotros se refiere, es como si estuviesen en otro planeta. Ahora mismo sería imposible localizarlos sin que se nos echen encima los chatarreros. Si nos los encontramos en la carretera, genial. De lo contrario estamos solos y lo único sensato que podemos hacer es volver a un sitio seguro. A Beacon.

Caldwell no responde. Ha separado los brazos por primera vez y está examinando sus heridas con mirada furtiva y temerosa, como una jugadora de póquer que estuviese levantando las esquinas de sus cartas para ver lo que le ha mandado la diosa Fortuna.

Pero Justineau sigue insistiendo, justamente como esperaba Parks.

—¿Y si aguardamos unos días y luego volvemos a la base? Podemos ir lentamente, reconociendo el terreno. Si los chatarreros siguen allí, nos retiramos. Pero si está despejado, entramos. Podemos hacerlo la doctora Caldwell y yo solas, mientras ustedes se quedan atrás y nos cubren. Si los niños siguen vivos, no puedo dejarlos allí.

Parks suspira. Hay tantos disparates en este pequeño discurso que es difícil saber por dónde empezar.

—Vale —dice—. Primero, no estaban vivos. Segundo...

—Son niños, sargento. —Hay un punto de amenaza en su voz—. El hecho de que sean hambrientos no es relevante.

—Perdóneme, señorita Justineau, pero es más que relevante. Los hambrientos pueden sobrevivir mucho tiempo sin comida. Puede que indefinidamente. Si siguen encerrados en ese búnker, estarán a salvo. Y seguirán a salvo hasta que alguien lo abra. Y si no siguen allí, lo más probable es que los chatarreros los hayan sumado a su estampida, en cuyo caso ya no son problema nuestro. Pero le voy a decir algo que sí lo es. Habla de volver a hurtadillas a la base. De reconocer el terreno. ¿Y cómo propone que lo hagamos, exactamente?

—Bueno, pues nos acercamos y... —comienza a decir Justineau, pero entonces se detiene, porque lo comprende.

—Si llevamos el Humvee es imposible acercarse sigilosamente —dice Parks. Es lo mismo que ha pensado ella—. Nos oirán llegar desde tres kilómetros de distancia. Y si vamos sin el vehículo, nos meteremos medio desarmados en una zona donde acaban de soltar a un par de miles de hambrientos. No apostaría por nosotros.

Justineau no dice nada. Sabe que tiene razón y no va a defender algo que, evidentemente, es un suicidio.

Pero entonces la doctora Caldwell vuelve a intervenir:

—Creo que es una simple cuestión de prioridades, sargento Parks. Mi investigación era la razón de ser de esa base. Por muy peligroso que sea recuperar las notas y muestras del laboratorio, creo que debemos intentarlo.

—Y yo no —dice Parks—. Por la misma razón que antes. Si sus cosas siguen allí, será porque las han dejado. Creo que es lo más probable, porque el papel no les interesa... salvo para limpiarse el culo. Iban en busca de comida, armas, gasolina... cosas así.

«Salvo que lo que quisieran era cobrarse venganza por los tíos a los que mataron por culpa de Gallagher», pero eso prefiere no decirlo de momento.

—Cuanto más tardemos en volver... —comienza a replicar Caldwell.

—Así que voy a tomar una decisión —la interrumpe Parks—. Vamos hacia el sur y seguimos probando suerte con la radio. En cuanto estemos al alcance de las emisiones de Beacon, les contamos lo que ha pasado. Pueden enviar un equipo aerotransportado con potencia de fuego de verdad. Recogerán sus cosas del laboratorio y lo más probable es que se pasen a buscarnos de camino a casa. En el peor de los casos, si no conseguimos contactar con ellos por el camino, tendremos que informar una vez allí. El desenlace será el mismo, pero con un día o dos de diferencia. En cualquiera de los casos, todos contentos.

—Yo no estoy contenta —responde Caldwell con voz fría—. Nada contenta. Un solo día de retraso en la recuperación del material es inaceptable.

—¿Y si voy a la base sola? —pregunta Justineau—. Podrían esperarme aquí y si no regreso...

—Ni pensarlo —le espeta Parks.

No quiere ser brusco con ella, pero está harto de bobadas.

—De momento esos cabrones no saben hasta dónde hemos llegado, por dónde nos hemos ido y si estamos vivos o muertos. Y quiero que siga siendo así. Si vuelve y la capturan, nos tendrán a todos.

—No diré nada —replica Justineau.

Pero Parks no tiene que decir nada para desmontar esta afirmación. Son todos adultos.

Se prepara para oír nuevas objeciones, porque está convencido de que van a llegar. Pero Justineau está ocupada observando a la pequeña hambrienta, al otro lado

de la pradera, que parece estar dibujando algo en el polvo del capó. La expresión de la niña es como la que tendría si estuviera tratando de descifrar una palabra complicada en una página manchada. Y ahora que Parks se da cuenta, es la misma que hay en la cara de Justineau. Esto le provoca una cierta desazón. Por su parte, Caldwell está doblando los dedos como si quisiera comprobar si aún funcionan, así que por ese frente tampoco llega nada.

—Muy bien —dice—. He aquí lo que vamos a hacer. Hay un arroyo a un par de kilómetros al oeste que, hasta donde yo sé, aún no está contaminado. Pasaremos primero por allí para reabastecernos de agua. Luego iremos a uno de los depósitos de suministros para aprovisionarnos. Necesitamos comida e inhibidor, sobre todo, pero también hay un par de cosas más que nos vendrán muy bien. Y después, en línea recta. Hacia el este hasta la A1 y luego hacia el sur hasta Beacon. Rodeamos Londres o lo atravesamos, según. Lo decidiremos a medida que nos acerquemos. ¿Alguna pregunta?

Hay un millón de preguntas y lo sabe perfectamente. También tiene bastante claro cuál va a ser la primera, y no le decepcionan.

—¿Qué pasa con Melanie? —pregunta Justineau.

—¿Qué pasa con ella? —replica Parks—. No corre el menor riesgo. Puede vivir de la tierra, como cualquier hambriento. Prefieren a las personas, pero se alimentan de cualquier carne que huelan. Y sabe usted muy bien lo rápido que corren. Lo bastante como para alcanzar a cualquier criatura.

Justineau se lo queda mirando como si le estuviese hablando en otro idioma.

—¿Recuerda hace solo un momento, cuando he usado la palabra «niños»? —dice—. ¿No me ha entendido? Me da igual su ingesta de proteínas, sargento. Lo que me preocupa es el problema ético que supone dejar abandonada a una niña en medio de la nada. Y cuando dice que está a salvo, supongo que está hablando de los demás hambrientos.

—Ignoran a los suyos —dice Gallagher con voz aguda. Es la primera vez que interviene—. Es como si no se diesen cuenta de que están ahí. Supongo que será porque huelen de otro modo.

—Pero no está a salvo de los chatarreros —continúa Justineau sin hacerle caso—. Ni de los demás enclaves de chiflados que puede haber por aquí. La atraparán y la cubrirán de cal viva sin saber siquiera lo que es.

—Lo sabrán perfectamente —dice Parks.

—No pienso abandonarla.

—Con nosotros no puede venir.

—No pienso abandonarla.

La posición de los hombros de Justineau revela a Parks que lo dice en serio, que han llegado a un callejón sin salida.

—¿Y si va en el techo? —dice Caldwell en medio del silencio—. Supongo que, con los daños que ha sufrido el eje, iremos bastante despacio y puede agarrarse a la

ba. Incluso podría sacar el pedestal del arma para que se sujete.

Todos la miran y se encoge de hombros.

—Creí haber dejado clara mi posición. Melanie forma parte de mi investigación. Posiblemente sea lo único que queda de ella. Si tenemos que aceptar algunas molestias para poder traerla con nosotros, me parece bien.

—No voy a dejar que la toque —dice Justineau con voz tensa.

—Bueno, esa es una discusión que podemos posponer hasta que estemos en Beacon.

—De acuerdo —se apresura a decir Parks—. El pedestal no voy a sacarlo... Por él se accede al vehículo. Puede ir en el techo. No tengo ningún problema con eso, siempre que se mantenga a una distancia razonable de nosotros cuando tengamos que abrir las puertas.

Y eso es lo que acuerdan finalmente, justo cuando Parks empezaba a pensar que iban a quedarse allí sentados, discutiendo, hasta que empezaran a salirse los sesos por las orejas.

Justineau se acerca al monstruo para explicárselo.

Parks ordena a Gallagher que tenga a la cría a la vista en todo momento y que no se aleje un instante del fusil o la pistola. Como es natural, también él estará vigilándola, pero no está de más pecar por exceso de prudencia.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunta la señorita Justineau.

En un primer momento, Melanie no entiende siquiera la pregunta. Espera a que la señorita J le aclare lo que quiere decir, cosa que hace con ciertos titubeos.

—Vamos hacia el sur, en dirección a Beacon. Pero tú puedes ir donde quieras. Los soldados te capturaron en Luton, Bedford o un sitio parecido, donde vivías. Podrías volver allí si quieres y quedarte con... bueno, con los tuyos...

Titubea.

—¿Cómo? —pregunta Melanie—. ¿Con quiénes?

La señorita Justineau sacude la cabeza.

—Me refiero a estar tú sola. A ser libre para hacer lo que quieras. En Beacon no serías libre. Te meterían en otra celda.

—La celda me gustaba. Y el aula.

—Pero probablemente no habría más clases, Melanie. Y volverías a estar al cargo de la doctora Caldwell.

Melanie asiente. Ya sabe todo eso. Y no es que no le dé miedo. Lo que pasa es que el miedo no cambia nada.

—No importa —le explica a la señorita J—. Quiero estar donde esté usted. Y, de todas maneras, tampoco sabría volver a donde estaba antes. Ni siquiera lo recuerdo. Solo recuerdo el bloque y a usted. Es usted...

Ahora es Melanie quien titubea. No tiene palabras para lo que quiere expresar.

—Es usted mi pan —dice al fin—. Cuando tengo hambre. ¡No me refiero a que quiera comérmela, señorita Justineau! ¡No es así, de verdad! Moriría antes de hacerlo. Solo quería decir que... me llena usted, como el pan al hombre de esa canción. Me hace sentir como si no necesitase nada más.

La señorita J no parece tener respuesta para esto. Por espacio de pocos segundos, no tiene respuesta para nada. Aparta la mirada, la mira de nuevo, vuelve a desviar los ojos... Y entonces se le llenan de lágrimas y durante un rato no puede ni siquiera hablar. Cuando finalmente consigue mirar a Melanie sin apartar los ojos, parece haber aceptado que van a seguir juntas... si no para siempre, al menos de momento.

—Vas a tener que ir montada sobre el techo —le dice—. ¿Te parece bien?

—Sí —responde Melanie al instante—. Claro. Me parece bien, señorita Justineau.

Es mejor que bien. Es un alivio. La idea de volver a meterse en el Humvee la aterraba desde que se ha dado cuenta de que era una posibilidad, así que el hecho de que se les haya ocurrido una alternativa es totalmente maravilloso. Ya no tiene que ir montada con la doctora Caldwell, que le da tanto miedo que es como si le clavasen unos cuchillos en el pecho. Pero, sobre todo, ya no tiene que preocuparse de que vuelva a despertarse su apetito estando sentada junto a la señorita Justineau.

La señorita Justineau está mirando lo que ha dibujado Melanie en el polvo del capó del Humvee. Figuras de lados curvos y rectos, separadas por una línea sinuosa.

Dirige a Melanie una mirada llena de curiosidad.

—¿Qué es?

Melanie se encoge de hombros. No quiere decirlo. Es la ruta que memorizó, entre laboratorio de la doctora Caldwell y las escaleras que bajan al bloque. A su celda. Es el camino a casa y lo ha dibujado a pesar de que sabe que nunca podrá desandarlos ni volver a sentarse en el aula con los demás niños. Ahora sabe que el hogar es solo una idea, un lugar que se visita en el recuerdo, pero ya no se vuelve a encontrar como uno encuentra el suelo que pisa y, plantado sobre él, lo sabe suyo.

Lo único que tiene, para explicarse a sí misma cómo se siente ahora, son las historias que le han contado, como la de Moisés, que no llegaría a ver la tierra donde estaba toda la leche, o la de Eneas y su huida de Troya tras la caída de la ciudad, o un poema sobre un ruiseñor y un corazón triste en unas extrañas mieses.

Todo esto está dentro de ella pero no alcanza siquiera para empezar.

—Es solo un dibujo —dice.

Le entristece tener que mentir. Sobre todo porque es mentirle a la señorita Justineau, que la quiere más que nadie. Y, claro está, la otra parte del sentimiento, que es aún más difícil de expresar en palabras, es que ahora cada una de ellas es el hogar de la otra. No puede ser de otro modo.

Ay, si no fuese por el recuerdo de la pavorosa hambre que se alzaba desde su interior, el terrible placer de la sangre y la carne en su boca... ¿Por qué no le ha preguntado por eso la señorita Justineau? ¿Por qué no le ha sorprendido que Melanie pudiera hacer tales cosas?

—Esos hombres... —comienza a decir, a tientas.

—¿Los hombres de la base?

—Sí. Esos. Lo que les hice...

—Eran chatarreros, Melanie —dice la señorita Justineau—. Asesinos. Ellos te habrían hecho cosas peores, si les hubieras dejado. Y a mí. No debes sentirte mal por lo que ha sucedido. No pudiste hacer nada por evitarlo. No es culpa tuya.

A pesar de sus temores, Melanie no tiene más remedio que preguntarlo:

—¿Por qué? ¿Por qué no es culpa mía?

La señorita J titubea.

—Porque es tu naturaleza —responde.

Y al ver que Melanie abre la boca para hacer otra pregunta, sacude la cabeza.

—Ahora no. No tenemos tiempo y es algo muy complicado. Sé que estás asustada. Sé que no lo entiendes. Te prometo que te lo explicaré cuando tengamos tiempo. Cuando estemos a salvo. Por ahora... procura no preocuparte y no entristecerte. No te abandonaremos. Te lo prometo. Iremos todos juntos. ¿Te parece bien?

Melanie lo piensa. ¿Le parece bien? Es un tema que le da miedo, así que dejarlo estar es, al menos en cierto sentido, un alivio. Pero la pregunta sigue suspendida sobre ella como un peso y no estará satisfecha hasta que reciba respuesta. Finalmente,

aunque insegura, asiente. Porque ha encontrado un modo de interpretarlo que parece menos malo, una idea que yace al fondo de la tristeza y la preocupación, como una esperanza oculta por debajo de todas las cosas terribles de la caja de Pandora.

A partir de ahora, todos los días serán días de la señorita Justineau.

Rodean el borde de Shefford y cruzan campo a través hasta llegar al arroyo del que hablaba el sargento Parks, que no es más que un tramo poco profundo del río Flit. Llenan una docena de bidones de cuarenta y cinco litros y los cargan en los compartimientos que tiene el Humvee a tal efecto.

Mientras están allí, Justineau se quita el suéter y lo lava en la viva corriente, lo estruja contra una roca y vuelve a lavarlo. Poco a poco, la sangre va desprendiéndose de las fibras y se disipa en las turbulencias formando arremolinadas nubes de color óxido. Lo cuelga de la antena de radio del Humvee para que se seque. Pesa tanto que la antena se dobla hasta quedarse casi en horizontal.

Melanie usa el agua del río para quitarse el gel azulado del cuerpo. Su olor le recuerda al laboratorio, le explica a Justineau, y además la hace sentir muy tonta.

Desde el río se dirigen a unas coordenadas que Parks saca de un archivo de su teléfono móvil. Van en busca de uno de los depósitos de suministros que prepararon cuando estaban levantando la base para facilitar una eventual retirada a Beacon, en caso de una emergencia como la que se acaba de producir. El depósito contiene provisiones, armas, municiones, suministros médicos, tubos de gel inhibidor, pastillas potabilizadoras, mapas, equipos de comunicación, mantas superlivianas... todo lo que pueden necesitar. Al menos en teoría, porque ahora, donde tendría que estar no hay más que un agujero en el suelo. Lo han encontrado los chatarreros o algún otro grupo. El mejor escenario: no han sido los únicos que lograron escapar de la base y los demás supervivientes se les han adelantado. Pero el sargento Parks no lo cree así, porque no habrían tenido tiempo de excavar hasta llegar al depósito y sacar todo el material antes de su llegada. Lo más probable es que se lo hayan llevado hace tiempo.

Así que cuentan solo con lo que hay en el vehículo. Por tanto aprovechan para hacer inventario. Abren todos los compartimientos del interior para ver cuáles están llenos y cuáles vacíos. Según el reglamento, les explica Parks, todos deberían estar llenos. Deja en el aire el resto de la idea: al cabo de tantos años sobre el terreno, los reglamentos no cuentan demasiado.

Hay noticias buenas y malas. El Humvee tiene un botiquín bien surtido y un compartimiento de armas intacto. Sin embargo, el depósito de provisiones solo está a un cuarto de su capacidad. Entre los cinco tienen comida suficiente para un par de días, como mucho. También hay dos mochilas, cinco cantimploras y una pistola de señales con siete bengalas.

Pero probablemente la noticia más preocupante de todas sea que solo tienen tres tubos de gel inhibidor para todos, uno de los cuales ya está empezado.

Justineau vuelve a luchar contra un impulso humanitario y pierde. Saca el botiquín y señala las manos de Caldwell con un gesto de cabeza.

—Convendría vendárselas —dice—. Salvo que tenga algo mejor que hacer.

Las heridas que tiene Caldwell en las manos son muy graves. Los cortes llegan

hasta el hueso. La carne de las palmas cuelga en pliegues desgarrados y parcialmente rebanados, como si fuese un asado dominical que alguien ha atacado con torpeza. La piel que rodea esas zonas está hinchada y enrojecida. La sangre que se ha secado sobre ellas es de color negro.

Justineau lava las heridas lo mejor que puede con el agua de una cantimplora. Caldwell no grita, pero permanece temblorosa y muy pálida mientras Justineau limpia cuidadosamente la sangre seca con algodón. Las heridas vuelven a abrirse, pero Justineau cree que es un buen indicio. En medio de la nada las infecciones son una posibilidad muy real y la sangre sirve, entre otras cosas, para llevarse los gérmenes de la superficie de las heridas.

A continuación las desinfecta. Caldwell se queja la primera vez que el líquido astringente le muerde la carne expuesta. Se le llena la frente de perlas de sudor y se muerde el labio inferior para no gritar.

Justineau le cubre las dos manos con unos vendajes que, aunque protegen todas las zonas heridas, le dejan los dedos libres para moverlos cuanto quiera. Recibió un curso de primeros auxilios hace un par de años, así que sabe lo que se hace. Es un buen trabajo, digno de un profesional.

—Gracias —le dice Caldwell cuando termina.

Justineau se encoge de hombros. Lo último que quiere es la amabilidad de aquella mujer. Y Caldwell parece darse cuenta, porque no va más allá.

—Suban todas —dice Parks mientras Gallagher entra y cierra de un portazo—. Hay que ponerse en marcha.

—Deme un minuto —dice Justineau.

Quita el suéter de la antena y lo inspecciona. Aún tiene algunas manchas, pero está prácticamente seco. Ayuda a Melanie a ponérselo.

—¿Pica mucho? —pregunta.

Melanie sacude la cabeza y responde con una sonrisa débil pero sincera.

—Es muy suave —dice—. Y calentito. Gracias, señorita Justineau.

—No hay de qué, Melanie. ¿Y... huele bien?

—No huele a sangre. Ni a usted. No huele a nada.

—Entonces supongo que de momento nos valdrá —dice Justineau—. Hasta que encontremos algo mejor.

Parks ha estado esperando todo este tiempo, sin molestarse siquiera en aparentar paciencia. Justineau se sube al Humvee tras despedirse de Melanie con el brazo. En cuanto cierra la puerta, la niña se encarama al techo del vehículo y se pone cómoda detrás de la tapa del arma, donde se agarra con fuerza cuando el Humvee comienza a rodar.

Vuelven por donde habían venido, en dirección este, hacia la vieja intersección norte-sur de la A1. Van despacio para no castigar más el eje trasero. Y sorteán cuidadosamente todas las poblaciones. La concentración de hambrientos es siempre mayor en las zonas urbanas, dice Parks, y el ruido del Humvee los atraería. Pero a

pesar de todo, avanzan a buen ritmo.

Durante unos ocho kilómetros.

Entonces el Humvee se estremece y corcovea como un bote en un mar embravecido y los desmonta de sus asientos. Caldwell, en un acto reflejo, se apoya en las manos y lanza un aullido angustiado. Encoge el cuerpo alrededor de ellas y se las aprieta contra el pecho.

Hay una solitaria y estremecedora sacudida y a continuación el Humvee comienza a agitarse de otra manera, intensa y agonizante. Un aullido similar a una sirena de ataque aéreo taladra el aire. El eje ha fallado y el vehículo resbala sobre el asfalto arrastrando la parte trasera.

Parks pisa a fondo los frenos hasta que paran en seco. El vehículo derrapa de lado y se detiene sobre la carretera con un suspiro hidráulico que, más que mecánico, parece la exhalación de un animal agonizante.

Parks también suspira. Hace acopio de fuerzas.

Hasta ahora, Justineau nunca ha sentido por el sargento otra cosa que resentimiento y sospecha, o incluso odio genuino cuando dejó a Melanie en manos de Caldwell, pero en este momento lo admira. La pérdida del Humvee es un golpe devastador, pero él ni siquiera derrocha un segundo con maldiciones.

Y no deja que los demás lo hagan. Los saca del detenido transporte. Lo primero que hace Justineau es comprobar qué ha sido de Melanie, que ha logrado mantenerse sujeta a pesar de las sacudidas y zarandeos. Le coge la mano un instante y se la aprieta.

—Cambio de planes —dice.

Melanie asiente. Lo comprende. Sin que nadie se lo pida, desmonta y toma cierta distancia, como ya hizo donde el depósito.

El sargento Parks abre el maletero, coge una de las mochilas y le da la otra a Gallagher. Necesitarán toda el agua que puedan llevar, pero es imposible transportar los enormes bidones. Cada uno de ellos coge una cantimplora y la llena. Parks se queda con la quinta (la posibilidad de dársela a Melanie ni siquiera se menciona). Todos salvo Melanie toman un largo trago de agua del bidón medio vacío, hasta que tienen la barriga tan llena que resulta incómodo. Cuando el bidón está casi vacío, Parks se lo ofrece a Melanie para que se lo termine, pero ella no ha probado el agua en toda su vida. Su cuerpo está acostumbrado a extraer la poca humedad que necesita de la carne fresca. La mera idea de meterse agua en la boca le hace arrugar el semblante y retroceder un paso.

Cada uno de ellos coge un cuchillo y una pistola y se los ciñen, con su vaina y su pistolera, al cinturón. Los soldados cogen fusiles además, y Parks se lleva también dos puñados de granadas que parecen extrañas frutas de color negro. Las granadas tienen la cara lisa y no esculpida con rombos, como las que ha visto Justineau en las películas de guerra antiguas. Tras pensarlo un momento, Parks coge también la pistola de señales, que se guarda en la mochila, y un par de *walkie-talkies* que hay

bajo el salpicadero del Humvee. Le da uno a Gallagher y se cuelga el otro del cinturón.

A las mochilas van también sus escasas provisiones, divididas de manera equitativa entre todos. Justineau se lleva el botiquín, a pesar de que es muy voluminoso. Es muy probable que vayan a necesitarlo.

Trabajan con febril celeridad, a pesar de que el sol aún está muy alto y en la comarcal donde se han detenido no se oye otra cosa que los cantos de los pájaros. Reciben instrucciones de Parks, que las imparte con rostro grave y tono de urgencia, con monosílabos, como para espolearlos.

—Muy bien —dice al fin—. Estamos listos. ¿Todo el mundo está preparado para partir?

Asienten uno por uno. Están empezando a comprender que un viaje que podría completarse en media jornada por buenas carreteras se acaba de convertir en una caminata de cuatro o cinco días por *terra incognita*, y Justineau supone que la idea es tan difícil de asimilar para todos los demás como para ella. La trajeron a la base en helicóptero, directamente desde Beacon, y antes de eso llevaba viviendo tanto tiempo en la ciudad que esta se había convertido en su *statu quo*. Los recuerdos de tiempos anteriores del Colapso, cuando el mundo fue invadido por monstruos idénticos a sus seres queridos, y los supervivientes huyeron corriendo en busca de un escondrijo, como los ratones cuando despierta el gato, llevan reprimidos tanto tiempo y a tal profundidad que ya no son ni recuerdos, solo recuerdos de recuerdos.

Y ese es el mundo que van a tener que atravesar ahora. Su hogar está a más de cien kilómetros de distancia. Cien kilómetros por la verde y agradable campiña inglesa, inundada de hambrientos y tan segura como una pista de baile sembrada de minas. Una perspectiva más que inquietante, aun en el caso de que eso fuese todo.

Pero la expresión del sargento Parks revela, incluso antes de que hable, que no es así.

—¿Sigue decidida a no dejar suelta a la niña?

—Sí.

—Pues entonces voy a poner algunas condiciones.

Se dirige a un costado del Humvee. Hay un compartimiento allí que nadie ha abierto aún. Contiene el equipo especializado que Parks y sus hombres usaban en su día, cuando peinaron Herts, Beds y Bucks en busca de los hambrientos con funciones cerebrales superiores que tanto deseaba Caroline Caldwell. Arneses de sujeción, esposas, bastones eléctricos, postes telescópicos con collares en un extremo...; un arsenal entero de herramientas concebidas para capturar con vida animales peligrosos sin apenas riesgo para los cazadores.

—No —dice Justineau con la garganta seca.

Pero Melanie, al ver este sucio instrumental, responde que sí con la misma rapidez y firmeza. Mira a Parks a los ojos, y lo estudia con algo que podría ser aprobación.

—Es una buena idea —dice—. Para asegurarnos de que no puedo hacerle daño a nadie.

—No —dice Parks—. La buena idea sería algo totalmente distinto. Esta es solo la mejor de las ideas posibles.

Justineau no tiene duda alguna sobre el significado de sus palabras. Lo que a él le gustaría es meterle una bala en la cabeza y dejarla tirada en la cuneta. Pero como las civiles se han unido contra él por razones distintas, y quieren que Melanie siga siendo miembro del grupo, lo acepta a regañadientes.

Los dos soldados esposan a Melanie con las manos a la espalda. A continuación le cubren la mitad inferior de la cara con una máscara que parece un bozal de perro o una mordaza de castigo medieval. Está hecha para un adulto, pero es totalmente ajustable y la aprietan al máximo.

Cuando empiezan a ponerle una correa alrededor de los tobillos, que le permitirá caminar pero no correr, Justineau interviene.

—De eso nada —les espeta—. ¿Tengo que recordarles que no solo huimos de los hambrientos, sino también de los chatarreros? Una cosa es asegurarse de que no puede morder. Lo de que no pueda correr es algo muy distinto. Sería como asesinarla sin desperdiciar una bala.

Cosa que, evidentemente, al sargento no le importaría nada. Pero después de pensarlo un momento asiente con un lacónico movimiento de la cabeza.

—Sigue usted usando la palabra «asesinar» al hablar de los sujetos de experimentación, Helen —dice Caldwell, tan didáctica como siempre—. Ya se lo he explicado antes. En la mayoría de los casos, las funciones cerebrales cesan a las pocas horas de la infección, lo que constituye la definición clínica de la muerte desde nuestro punto de...

Justineau se vuelve y le propina un puñetazo en la cara.

Es un golpe fuerte y el impacto, que le recorre el brazo entero hasta el codo, es mucho más doloroso de lo que esperaba.

Caldwell se tambalea y está a punto de caer. Retrocede un paso, y después dos, agitando los brazos para no perder el equilibrio. Luego se queda mirando a Justineau, totalmente estupefacta. Justineau le devuelve la mirada mientras se acaricia la mano con la que la ha golpeado. Pero si es necesario le queda otra y, claro, ya es una más de las que puede usar Caldwell en ese momento.

—Siga hablando —la invita— y le arrancaré los dientes de la boca uno a uno.

Los dos soldados asisten al enfrentamiento con interés pero con imparcialidad. Está claro que no tienen preferencias.

Melanie también lo contempla todo, boquiabierta y con los ojos como platos. Poco a poco, la furia va abandonando a Justineau, reemplazada por una oleada de vergüenza ante su falta de autocontrol. Siente que se le sube toda la sangre a la cabeza.

Caldwell también tiene sangre en la cabeza. Un reguero que le cae desde el labio

y que recoge con la lengua.

—Son ustedes testigos —dice a Parks y Gallagher con voz tensa—. Ha sido un ataque sin provocación.

—Lo hemos visto —le confirma Parks, con tono seco—. Estoy impaciente por volver a un sitio en el que eso importe algo. Bueno, ¿hemos terminado? ¿Alguien quiere dar algún discurso? ¿No? Pues entonces en marcha.

Echan a andar por la carretera en dirección este, dejando el Humvee parado y en silencio. Caldwell permanece unos segundos allí antes de sumarse al éxodo. Es evidente que le cuesta creer que el ataque contra su persona haya suscitado tan poco interés. Pero es pragmática. Se adapta a las malas noticias.

Justineau se pregunta si deberían haber empujado el Humvee hasta uno de los campos cercanos para tratar de ocultar su rastro, pero supone que con el eje roto y la parte posterior del vehículo en el suelo, sería demasiado pesado como para moverlo. Y quemarlo habría sido mucho peor, claro, como lanzar una bengala para informar al enemigo de su posición exacta.

Ya hay enemigos de sobra esperándolos ahí fuera, sin necesidad de hacer algo así.

Melanie va construyendo el mundo a su alrededor a medida que avanza.

Marchan por una campiña rodeada de campos de cultivo por todos los lados. Campos rectangulares, sobre todo, o al menos delimitados por líneas rectas. Pero están cubiertos por una maleza casi tan alta como un hombre adulto, que devoró sus cultivos hace mucho. Donde los campos se encuentran con la carretera, hay setos asilvestrados o restos de muros y la superficie por la que caminan es una alfombra de un negro difuminado sembrada de agujeros, algunos de ellos tan grandes que cabe una persona dentro.

Un paisaje de decadencia, pero aun así dotado de una belleza gloriosa y desgarradora. Sobre sus cabezas, el cielo es una cúpula azul de dimensiones casi infinitas, a la que otorga profundidad un gigantesco banco de nubes de un blanco prístino, en el límite de su visión, que sube, sube y sube como una torre. Hay aves e insectos por todas partes y a algunos de ellos los reconoce porque ya los vio en el campo donde pararon por la mañana. El sol que le calienta la piel dota de vida el mundo que cubre la cúpula: Melanie sabe que hace crecer las flores de la tierra y las algas del mar y pone en marcha la cadena alimenticia por todas partes.

Un millón de fragancias impregnan el aire complejo.

Las pocas casas que ven están muy lejos, pero incluso a esa distancia Melanie detecta los indicios de la decadencia. Ventanas rotas o tapiadas. Puertas que cuelgan de los goznes. Una granja de gran tamaño cuya techumbre se ha desmoronado entera y exhibe la perfecta parábola convexa de la espina dorsal de su tejado.

Recuerda la lección del señor Whitaker, que ahora parece encontrarse en un pasado muy remoto. «La población de Birmingham es cero...». El mundo que contempla lo levantó el hombre para que sirviese a sus necesidades, pero ha dejado de hacerlo. Ha cambiado y lo ha hecho porque el hombre se ha retirado de él. Lo ha abandonado a los hambrientos.

Melanie comprende de pronto que todo esto ya se lo habían contado. Simplemente optó por ignorarlo, optó por ignorar la lógica evidente del mundo y, de entre todas las historias contradictorias que recibía, creer solo aquellas que quería creer.

* * *

El sargento Parks se enfrenta a un problema logístico y aún no ha encontrado el modo de resolverlo.

El instinto le dice que deben mantenerse alejados de los asentamientos —de cualquier zona urbanizada, en realidad— y realizar todo el trayecto campo a través. Las razones para ello son evidentes. La mayoría de los hambrientos permanece cerca

del lugar donde se transformaron, infectaron, o como prefieras llamarlo. No se trata de un instinto territorial, solo un efecto secundario del hecho de que, cuando no están cazando, tienden a quedarse quietos, como los niños cuando juegan a hacer la estatua. Así que las ciudades y los pueblos están repletos de ellos y las zonas rurales más deshabitadas, exactamente igual que antes del Colapso.

Pero hay tres buenos argumentos en sentido contrario. El primero es el tema de la temperatura, algo en lo que reparó cuando operaba sobre el terreno y que enseña a todos los soldados que están bajo su mando, a pesar de que Caldwell asegura que las evidencias «distan mucho de ser concluyentes». Hasta donde se sabe, los elementos que desencadenan la respuesta de los hambrientos son el sudor endocrino del cuerpo humano, los movimientos bruscos y los ruidos fuertes. Pero hay un cuarto, que cobra mayor importancia de noche, al bajar la temperatura. De algún modo, pueden utilizar el calor corporal para localizar a sus presas. Las detectan en la oscuridad como si tuvieran un cartel de neón que dijese COMIDA CASERA.

Y aquí es donde entra en juego el segundo argumento. Van a necesitar refugio. Si duermen al raso, los hambrientos se les echarán encima desde todas partes. Sí, hay otros sitios donde se puede encontrar refugio, aparte de las zonas urbanas, pero en la mayoría de los casos hay que contar con tiempo y hombres suficientes para llevar a cabo un reconocimiento.

Lo que nos lleva al tercer argumento. El tiempo. Si tienen que rodear y esquivar todas las zonas urbanizadas, su ruta se incrementará unos treinta kilómetros. Esto puede parecer poca cosa sobre el papel, pero el mundo real es otra cosa. Lo importante en este caso es que eso los obligará a atravesar un terreno más abrupto y complicado, lo que probablemente multiplique por dos la duración de su viaje. Por no mencionar el hecho de que no será nada fácil cruzar campos invadidos por zarzas con pinchos de dos centímetros, o pastos cubiertos de ortigas que les llegan hasta las rodillas. A los hambrientos les traen sin cuidado las heridas y si han captado tu olor no dejarán de correr aunque se desgarran toda la carne de los huesos. Este tipo de terreno ralentizará mucho más a los humanos, que se convertirán así en presas fáciles.

Han llegado por un camino rural, entre dos campos rebosantes de maleza, y se han encontrado con un pueblo. Pueden atravesarlo, o pueden añadir cinco kilómetros a su viaje dando un amplio rodeo.

Así que, de un modo u otro, Parks va a tener que tomar una decisión sin perder tiempo.

* * *

Caroline Caldwell atraviesa las fases del duelo en el orden prescrito.

La de negación dura realmente poco, porque su razón fulmina las degradantes y traicioneras ideas que genera en cuanto asoman la cabeza. No tiene sentido negar la verdad cuando es tan evidente. No tiene sentido aunque haya que cruzar zarzales y

campos de minas para llegar hasta ella. La verdad es la verdad, la única recompensa que merece la pena. Al negarla solo demuestras que eres indigno de ella.

Así que Caldwell acepta que su trabajo —la carne y la sangre de la última década de su vida— se ha perdido.

Y se obliga a sentir la indignación y la venenosa rabia que rebullen en su interior como un ardor de estómago al pensarlo. Si Justineau no hubiera intervenido, si le hubiese permitido hacer esa última disección, ¿habría supuesto alguna diferencia? Pues claro que no. Pero por su culpa, Caldwell derrochó sus últimos minutos en la base. Sería absurdo llevar más allá las consecuencias de su transgresión, pero con eso es suficiente. Justineau interfirió en su trabajo y ahora su trabajo ya no existe. Lo pagará, una vez que hayan regresado a Beacon, con el final de su carrera y con un consejo de guerra que seguramente la envíe ante un pelotón de fusilamiento.

Tampoco pierde mucho tiempo en la fase de negociación. No cree en Dios, en los dioses, en el destino ni en ningún otro poder superior o inferior que pueda influir en su destino. No tiene nadie con quien negociar. Pero reconoce que —incluso en un mundo determinista gobernado por fuerzas físicas imparciales— si al final el laboratorio está intacto y un equipo de rescate enviado desde Beacon le devuelve sus notas y muestras en buen estado, encenderá una vela sin destinatario preciso en reconocimiento a la bondad (o lo que quiera que sea, algo imposible de distinguir del azar) del universo.

Cuando saca este pensamiento a la luz y ve lo patético, lo terriblemente engañoso que es, se hunde en una negra depresión.

De la que la salva este otro: tampoco había nada en el laboratorio que mereciese la pena salvar. Si acaso las muestras, pero ya lleva una muestra viviente consigo. Las notas eran sobre todo descriptivas: una relación muy detallada y circunstancial del ciclo vital del patógeno zombi (incompleta, dado que aún no ha conseguido cultivar una muestra que llegue hasta la fase de madurez, la fase sexual) y de la progresión de la infección, tanto en su modalidad normal como en el estado anómalo que representan los niños. Y todo esto lo conoce a la perfección, así que la pérdida de las notas no es crucial.

Aún tiene una posibilidad. Está sobre el terreno y las oportunidades se le presentarán.

Aún podría salir todo bien.

* * *

El soldado Kieran Gallagher sabe todo lo que hay que saber sobre los monstruos, porque proviene de una familia donde son mayoría. O puede que simplemente a su familia le importe menos dejar que sus monstruos salgan a la luz.

La llave que les franqueaba la puerta era siempre la misma: el vodka ilegal destilado en el alambique que su padre y su hermano mayor habían montado en una

choza, detrás de una casa abandonada a unos cien metros de la suya. Oficialmente, el gobierno provisional de Beacon prohibía el licor clandestino, pero en la práctica no les importaba un pimiento mientras te quedases en tu casa para cogerte la borrachera y solo pegases a tu propia familia.

Así que Gallagher creció en un microcosmos que era una misteriosa réplica del mundo situado más allá de Beacon. Su padre, su hermano Steve y su primo Jackie parecían seres humanos normales y a veces incluso actuaban como tales, pero la mayoría del tiempo oscilaban entre dos extremos: una violencia insensata cuando estaban borrachos y una somnolencia comatosa cuando se les pasaba la embriaguez.

Gallagher, escarmentado por esta realidad, ha tratado de vivir su vida en un sólido y seguro punto medio, siempre atento a las cosas que hacen descarrilar a las demás personas para poder evitarlas con diligencia. Era el único soldado de la base que rechazaba el consuelo de la cerveza casera de veintidós grados que preparaban en cubos o bañeras. El único que no buscaba setas mágicas cuando salía en misiones de patrulla de largo alcance. El único al que no le divertían las payasadas con las que les obsequiaba el profesor Whitaker mientras se mataba bebiendo.

Y siempre ha creído que al permanecer en el punto medio del canal conseguiría eludir el desastre. Pero ahora que ha comprendido que el desastre puede alcanzarte también en aguas tranquilas, no puede pensar más que «Oh, por favor, no me dejes morir. Si ni siquiera he vivido. No es justo dejarme morir».

Tiene tanto miedo que teme orinarse encima. Hasta ahora, nunca había comprendido cómo podía provocar eso el miedo. Pero ahora, abandonado en el mundo de los hambrientos sin más respaldo que el sargento Parks, tan lejos de Beacon, siente que se le tensan las pelotas y se le afloja un poco más la vejiga a cada paso que da.

La pregunta es: ¿A qué le tiene miedo? ¿A morir aquí fuera o a volver a casa? Ambas cosas son aterradoras a su manera y los temores que inspiran están igualmente vívidos en su mente.

Siempre ha tenido una suerte de mierda, desde el mismo día en que nació. Recibía palizas en casa y en la escuela; nunca pudo cambiar pitillos por besuqueos en la parte trasera del gimnasio, como su hermano mayor (y la única vez que lo intentó, su padre lo sorprendió robándole los cigarrillos y le quitó las ganas de volver a hacerlo con el cinturón); se alistó en el ejército para escapar de aquel manicomio; lleva un tatuaje estúpido (*qui audet piscitur*, o sea «El que se atreve, pesca») porque el tatuador se emborrachó y se equivocó en un par de letras; cogió la gonorrea con la primera chica que dejó que se acercase a ella; dejó embarazada a la segunda y la abandonó (vivir sin excesos, ni siquiera en el amor), antes de darse cuenta de que lo que sentía por ella era algo más que lujuria. Si alguna vez regresa a Beacon y vuelve a verla tratará de explicárselo. «Soy un cobarde y un montón de basura sin valor, pero si me das otra oportunidad, no volveré a abandonarte».

Pero eso no va a pasar, ¿verdad?

Lo que va a pasar es esto: en algún lugar entre este sitio y Beacon, un hambriento le morderá. Porque así es como ha sido siempre su vida.

Solo le consuela algo que lleva en el bolsillo de la pernera de su mono. Una granada, que rodó hasta una esquina del Humvee cuando Parks estaba guardándose las demás en el cinturón. Gallagher la recogió con la intención de entregársela al sargento, pero entonces, obedeciendo un impulso, optó por esconderla disimuladamente. La guarda para una situación desesperada.

Hay tantísimas cosas en el mundo que lo aterran hasta la médula de los huesos... Los hambrientos podrían devorarlo. Los chatarreros podrían torturarlo o asesinarlo. Se podría quedar sin comida y agua antes de llegar a Beacon y morir poco a poco.

Si se llega a eso, será Gallagher el que tire de la anilla de su propia vida. Y a la mierda el centro del canal.

* * *

Helen Justineau está pensando en niños muertos.

No puede, o no quiere, restringirlo más. Piensa en todos los niños del mundo que han muerto alguna vez sin llegar a crecer. Deben de ser miles de millones. Hecatombes de niños, apocalipsis, genocidios enteros. En todas las guerras, en todas las hambrunas, arrojados contra la pared... Demasiado pequeños para protegerse, demasiado inocentes para quitarse de en medio. Asesinos, pervertidos, jueces, soldados, gente que pasaba por ahí, amigos y vecinos, sus propios padres... Por obra del azar estúpido o por implacable edicto.

Todo adulto es un niño que le ha ganado la mano al azar. Pero en algunas épocas y en algunos lugares, el azar ha jugado con cartas mucho mejores.

Y el peso de los niños muertos empuja hacia abajo a todo el que sigue vivo. Un peso de culpa que acarreas como la luna acarrea el de los océanos, demasiado grande para levantarlo del todo pero imposible de soltar, porque forma parte de ti.

Si no les hubiera hablado a los niños de la muerte aquel día... Si no les hubiera leído *La carga de la brigada ligera*... Y si ellos no hubieran preguntado cómo es estar muerto, no le habría acariciado el pelo a Melanie y no habría pasado nada de todo esto. No habría hecho una promesa que no puede cumplir pero de la que tampoco puede escapar.

Podría ser tan egoísta como siempre y perdonarse, como hacen todos, y despertar cada día tan limpia como si acabara de nacer.

El sargento Parks ha tomado una decisión. Se dirige a Stotfold.

Es un pueblecito insignificante de camino a la A1 y no le hace concebir demasiadas esperanzas. Allí no podrán reabastecerse ni encontrar otro transporte. Cualquiera cosa que mereciese la pena la habrán encontrado otros hace tiempo. Solo tiene una cosa a su favor: que está en su ruta. Y ahora que se acerca el anochecer no pueden permitirse el lujo de mostrarse exquisito. Quiere estar bajo techo antes de que caiga la noche.

Pero aún están a tres kilómetros de allí —tan lejos que ni siquiera ven la chimenea del molino por encima de los árboles— cuando se encuentran con una iglesia.

Desde el punto de vista de Parks, es un sitio absurdo para levantar una iglesia, porque está lejos de todo. Por allí no pasaría nadie ni siquiera antes del Colapso. Y como refugio tampoco sirve. Demasiados ventanales, la mayoría de ellos rotos, y una enorme puerta en arco, abierta de par en par como una boca sin dentadura (sin rastro alguno de la hoja).

Pero hay un garaje de ladrillos junto a la estructura principal y a Parks le gusta su aspecto. Y cuando, tras decirles a los demás que le esperen, se acerca a examinarlo, le gusta aún más. La gran puerta basculante está hecha de metal. No cederá a empujones o arañazos, que es lo único que hacen los hambrientos cuando se encuentran con una puerta, y además, probablemente esté medio oxidada en los goznes, con lo que sea aún más complicado moverla. La otra entrada, situada a un lado, es una puerta de madera con una cerradura Yale. Es mucho menos segura, pero lo bueno es que Parks puede sacar el bombín para abrirla desde fuera sin dañar la madera y luego, si tienen suerte, volver a colocarlo o encontrar algo que les sirva como barricada cuando estén dentro.

Llama a Gallagher con un gesto para que lo ayude. Los dos se acercan a la iglesia mientras las mujeres esperan en la carretera. En una primera inspección no encuentran hambrientos, lo cual es buena señal. Algunos huesos en el suelo, cerca del coro alto, pero parecen de animales. Abandonados por un zorro o una comadreja, seguramente, o por algún adorador de Satán que pasaba por allí.

Sobre el altar, pintadas en verde, se leen las palabras: NO OS ESCUCHA, IDIOTAS. Parks también lo sabe. No ha rezado en toda su vida.

Pero alguien sí lo hizo en aquel lugar. En un banco, olvidado, encuentra un bolso de mujer. Contiene algunas monedas, un lápiz de labios, un diminuto himnario, las llaves de un coche con localizador integrado y un condón de grosor «extra-fino». Objetos tan inocentes y cotidianos que lo sorprenden un poco al invocar el fantasma de un tiempo en el que el mayor temor de una persona era el sexo sin protección u olvidarse del sitio en el que había aparcado el coche.

Gallagher se mete en un cuarto lateral, una sacristía o algo así, lo recorre con la linterna durante unos segundos y luego vuelve a cerrar la puerta.

—Despejado, sargento —anuncia.

Puede que haya sido el ruido de la puerta, o más probablemente las palabras. Algo sale corriendo de las sombras del fondo de la iglesia. Embiste a Gallagher de frente y lo derriba con estrépito sobre el suelo de madera.

Parks se vuelve y ve dos cuerpos retorciéndose juntos. No tiene ni que pensarlo. Saca el arma, sigue la oscura mancha que es la cabeza del hambriento en su descenso sobre la curva de la garganta de Gallagher y aprieta el gatillo. El sonido, más que una detonación, se parece al *chuc* que suena cuando golpeas un tocón de madera con un hacha.

Su puntería es impecable. El proyectil penetra en el cráneo del hambriento por detrás. Una bala normal lo atravesaría de lado a lado. Alcanzaría también a Gallagher, o al menos le rociaría la cara y la parte superior del cuerpo con tejido cerebral infectados, con los deprimentes resultados que cabe imaginar en el plazo de una hora, un día o una semana como mucho. Pero esto es munición de acero aluminizado de punta blanda, diseñada para minimizar la penetración. Se frena, se deforma en varias direcciones y convierte el cerebro del hambriento en un batido de leche rosada.

Gallagher arroja el flácido cuerpo a un lado y sale de debajo.

—¡Mierda! —dice con la respiración entrecortada—. No... no lo he visto hasta que lo tenía encima. Gracias, sargento.

Parks verifica la muerte. El hambriento está totalmente inerte y le sale una materia grisácea por los ojos, la nariz, las orejas... por todas partes. Cuando estaba vivo era un varón de pelo negro, algo más joven que el propio Parks. Lleva los mohosos restos de una sobrepelliz, así que probablemente se infectase allí mismo. Puede que haya estado en el lugar desde entonces, esperando en la oscuridad a que apareciese algo de comer. O puede que regrese después de matar a alguien. Por extraño que pueda parecer, es algo que pasa. Hay algunos hambrientos que, en lugar de permanecer en un mismo sitio, como la mayoría, parece sentir un instinto territorial relacionado con un lugar concreto. Parks se pregunta si lo sabrá la doctora Caldwell y, en caso de que sea así, cómo lo reconcilia con la idea de que la mente del anfitrión muere en cuanto hace acto de presencia el parásito.

Gallagher inspecciona su propio cuerpo en busca de cortes, mordiscos o restos de fluidos corporales de hambriento. Parks también lo hace, con todo detenimiento. A pesar de la brutalidad del encuentro, el soldado sale limpio del examen. Aún sigue dándole las gracias a Parks, con un temblor en la voz que evidencia su estado de *shock*. Parks, que se vio muchas veces en situaciones parecidas en los viejos tiempos de las incursiones de saqueo, no le da mucha importancia. Se limita a decirle a Gallagher que cuando hay peligro es mejor no hablar. Es igual de útil, y mucho más seguro, hacer señales con las manos.

Salen al exterior, donde las civiles —a cincuenta metros de allí, al pie del camino

de tierra— parecen totalmente ajenas a lo que ha sucedido. Seguramente atribuyen los ruidos procedentes de la iglesia a una búsqueda concienzuda.

—¿Todo bien? —pregunta Justineau.

—Todo bien —dice Parks—. Ya casi hemos terminado. Sigán vigilando el camino y si viene alguien griten.

Dirige su atención al garaje que, tras un examen más detenido, resulta ser aún mejor de lo que pensaba. Estaba dispuesto a romper la cerradura con la culata del fusil, pero no es necesario. Cuando revisa el picaporte, descubre que se abre. El último que estuvo allí lo dejó así.

Entran lenta y cautelosamente, cubriéndose unos a otros. Parks se apoya sobre una rodilla, con el fusil en modo automático, listo para descargar una ráfaga. Gallagher saca la linterna e ilumina todos los rincones de la sala.

Está vacía. Limpia. No hay sitio donde esconderse ni margen alguno para sorpresas desagradables.

—Qué milagro —murmura Parks—. Muy bien, nos viene de maravilla. Vaya a por ellas.

Gallagher trae a las civiles y Parks cierra la puerta, cuya cerradura emite un audible clic al encajar. Las civiles se muestran menos entusiasmadas que Parks al comprobar la estrechez del espacio y respirar su viciada atmósfera, pero no parecen de ánimos para protestar demasiado. Lo cierto es que ninguna de las dos está acostumbrada a marchar con rapidez y ninguno de ellos —salvo el propio Parks, pero hace ya tiempo— lo está a pernoctar fuera de la verja. Están asustados y exhaustos, y se sobresaltan al menor ruido. Lo mismo que Parks, solo que en su caso todo sucede en su fuero interno, por lo que no se nota tanto.

El único punto de fricción es la chica, cosa nada sorprendente. Parks sugiere que duerma en la iglesia y Justineau responde que Parks puede irse a la mierda.

—Digo lo mismo que antes —añade, furiosa de nuevo.

Parks empieza a pensar que ese es su estado normal. Y la verdad es que le gusta mucho. Si vas a permitirte el lujo de sentir algo, la rabia es mejor que la mayoría de las alternativas.

—Aunque los hambrientos fuesen el único peligro —continúa—, todo esto, todo, es tan extraño para ella como para nosotros. E igual de aterrador. No podemos dejarla atada en un edificio vacío, sola toda la noche.

—Pues quédese fuera con ella —responde Parks.

Con esto consigue que Justineau se calle unos segundos. Aprovechando este silencio dice lo que tiene que decir:

—Nos espera un largo camino, así que más vale que establezcamos algunas normas desde ya. Si hacen lo que les diga, cuando se lo diga, es posible que lleguen a Beacon con el culo aún pegado al cuerpo. Si siguen comportándose como si tuviesen derecho a tener opinión, estaremos muertos antes de mañana a esta misma hora.

Justineau alarga la mano.

—Las llaves.

Parks pone cara de perplejidad.

—¿Qué llaves? No tenemos llaves. La puerta estaba...

—Las llaves de las esposas de Melanie —dice Justineau—. Nos vamos.

—No —responde Parks—, de eso nada.

—¿Qué pasa, sargento Parks, ahora nos toma por sus soldados? ¿En serio?

De pronto ya no parece furiosa. Más bien amargamente divertida.

—Pues no lo somos. Ninguno de nosotros está bajo su mando, salvo el soldadito Gallagher, aquí presente. Así que esa mierda de «Venid conmigo si queréis vivir» no cuela. Prefiero arriesgarme ahí fuera a poner mi vida en manos de dos autómatas programados y una más que evidente psicópata. Las llaves. Por favor. Vamos. Acaba de decir que somos un lastre, así que déjenos sueltas.

—¡De ningún modo! —interviene Caldwell con voz ronca—. Ya se lo he dicho, sargento. La chica forma parte de mi investigación. Me pertenece.

Justineau sacude la cabeza y mira al suelo.

—¿Tengo que pegarte otra vez, Caroline? No quiero que vuelvas a opinar sobre este tema.

Parks está asombrado. Horrorizado. Incluso un poco asqueado. Está acostumbrado a tratar con gente que tiene al menos un mínimo instinto de supervivencia y sabe que Justineau no es ninguna estúpida. Cuando estaban en la base, siempre la tuvo por el mejor elemento de la exasperante camarilla de Caldwell y aunque eso tampoco es decir mucho, lo cierto es que le gustaba y la respetaba. Y aún es así.

Pero lo que está pasando no los lleva a ninguna parte.

—Siento no haberme expresado con suficiente claridad —le dice—. No es usted libre de marcharse y ella no es libre de estar aquí dentro. En mis órdenes no se hace ninguna referencia a esto, así que estoy adoptando una postura. Voy a llevar a todos los seres humanos hasta Beacon con vida y a partir de entonces será problema de otro.

—¿Cree que puede mantenerme a su lado en contra de mi voluntad? —pregunta Justineau poniendo los brazos en jarras.

—Sí.

Y lo dice en serio.

—¿Y cree que puede hacerlo y avanzar a un ritmo razonable?

Es otra pregunta y la respuesta no es agradable. No quiere amenazarla. Tiene la sensación de que si la fuerza, si la obliga a cooperar en lugar de convencerla, rebasará una línea y luego nunca podrán volver atrás.

Así que prueba con otra estrategia.

—Estoy abierto a sugerencias —dice—, siempre que no sean estupideces. Tener a una hambrienta aquí entre nosotros, aunque esté esposada y amordazada, no es una opción. No reaccionan como nosotros al castigo físico y si a uno no le importa

desfigurarse, existen formas de librarse de las esposas y mordazas. Debe quedarse fuera.

Justineau enarca una ceja.

—Y si intento salir con ella, me lo impedirá.

Parks asiente. Le parece menos rotundo que decir que sí, aunque signifique lo mismo.

—Muy bien, pues deténgame.

Echa a andar hacia la puerta. Gallagher se interpone en su camino y ella, rápida como un rayo, saca el arma —la que le dio Parks— y le apunta a la cara. Un movimiento que demuestra astucia y habilidad. Se ha aprovechado de la oscuridad del garaje y ha esperado a encontrarse junto a Parks para sacar el arma, de manera que la posición de su propio cuerpo oculte el movimiento de su brazo. Gallagher se queda helado y echa la cabeza hacia atrás para separarse del arma.

—Quita de mi camino, soldado —dice Justineau en voz baja—. Si no quieres que pinte las paredes con tus sesos.

Parks suspira. Saca su propia pistola y la apoya con cierta delicadeza sobre el hombro de Justineau. Aunque no se conocen demasiado bien, sabe que no va a disparar a Gallagher. Al menos con un solo aviso. Pero la firmeza de sus intenciones es indudable.

—Ha dejado muy clara su postura —dice con tono de desánimo—. Lo resolveremos de otro modo.

Porque no quiere matarla si ella no lo obliga a hacerlo. Lo hará si es necesario, pero son muy pocos y sospecha que, de los otros tres —Justineau, Gallagher y la doctora— podría ser la más útil.

Así que lo que hacen es esto: le ponen las esposas a la chica y la atan con una cuerda a la pared. Parks cuelga todas las cantimploras de la cuerda, junto con un cubo de latón lleno de piedras que ha encontrado fuera. Así es imposible que se mueva sin armar un escándalo que los despierte a todos.

Justineau sufre lo indecible para explicarle todo esto a la niña hambrienta, que sin embargo se somete al proceso con tranquilidad y en silencio. Lo comprende, aunque Justineau no lo haga. Sabe por qué razón, con inhibidor o sin él, deben tratarla como una bomba que no ha llegado a explotar. No protesta una sola vez.

La comida que sacaron del Humvee es una dura e insípida mezcla de proteínas y carbohidratos de tipo 3, etiquetada como —se podría decir que satíricamente— «Rosbif con patatas». Para hidratarla solo disponen de un agua con regusto a lodo, de manera que la cena no se corresponde con la idea de un banquete que tiene ninguno de ellos.

Justineau usa una cuchara para alimentar a la niña, lo que los obliga a quitarle la mordaza durante unos minutos. Parks no la pierde de vista un momento. Tiene el arma en la funda, aunque sin seguro y con una bala en la cámara, pero si a Melanie se le metiese en la cabeza la idea de morder a Justineau no llegaría a tiempo. Tendría

que matarlas a ambas.

Una vez que la niña ha comido y Justineau le ha limpiado la boca con un trozo de tela arrancado Dios sabe de dónde, vuelve a ponerle la mordaza.

—Está más suelta que antes —dice la niña—. Debería apretarla.

Parks desliza el pulgar por la parte interior de la correa, a la altura del cuello de la niña, para comprobarlo. Tiene razón, sí, de modo que se la ajusta sin decir palabra.

El suelo es duro y frío y las mantas finas. Las mochilas dejan bastante que desear como almohadas. Y encima el monstruito está allí con ellos, así que Parks está tenso, esperando el ruido que harán las cantimploras cuando sucumba a su verdadera naturaleza y se abalance sobre ellos.

Clava la mirada en la oscuridad informe y piensa en lo que ha pasado hace un rato, fuera, cuando ha vislumbrado la entrepierna de Justineau mientras hacía pis en la tierra.

Pero el futuro es incierto y no consigue reunir el entusiasmo suficiente ni para masturbarse.

Melanie no sueña. Al menos, nunca lo había hecho hasta ahora. A veces ha acariciado fantasías, como la de salvar a la señorita Justineau de los monstruos, pero el sueño, para ella, siempre ha sido una interrupción del tiempo y del espacio. Cierra los ojos, vuelve a abrirlos y el día se recicla.

Esta noche, en el garaje, es distinto. Puede que porque se encuentra fuera de la verja y no en su celda. O puede que porque las cosas que le han sucedido hoy son demasiado extrañas y siguen demasiado vivas en su cabeza como para desembarazarse de ellas.

Sea como fuere, el sueño que tiene es espeluznante y aterrador. Hambrientos, soldados y hombres armados con cuchillos luchan unos con otros. Ella muere y la muerden, mata y la matan. Hasta que la señorita Justineau la coge en brazos y la sujeta con fuerza.

En el mismo instante en que sus colmillos se cierran sobre el cuello de la señorita Justineau despierta, como si su mente rehuyese esta idea inimaginable. Pero no puede sacársela de la cabeza. La pesadilla extiende sus asfixiantes pliegues sobre sus pensamientos y Melanie se da cuenta de que dentro de las imágenes de su sueño había algo, un peso oculto al que tarde o temprano tendrá que hacer frente.

Tiene un regusto a metal amargo en la boca. Es como si un fantasma vengativo le hubiera dejado allí el sabor de la sangre y la carne. La comida que le ha dado la señorita Justineau, terrosa y sin textura, le revuelve las tripas cuando se mueve.

El garaje está a oscuras, con la excepción de la poca luz filtrada (de la luna, debe de ser) que se cuela por debajo de la puerta. Y en silencio, con la excepción de la respiración acompasada de los cuatro adultos.

El soldado pelirrojo que es uno de los hombres del sargento murmura en sueños, palabras informes que suenan a protestas o súplicas.

Al cabo de un momento contemplando la oscuridad, los ojos de Melanie se acostumbran a ella. Distingue el contorno del cuerpo de la señorita Justineau, no muy cerca pero sí más que los demás. Siente deseos de arrastrarse hasta ella y hacerse un ovillo, pegando los hombros al arco que se forma en la parte baja de la espalda de la señorita Justineau, que tiene la forma precisa para ello.

Pero con el recuerdo del sueño aún sobre ella, no puede. No se atreve. Aparte de que si se moviese, las cantimploras y el cubo chocarían entre sí, lo que despertaría a todo el mundo.

Piensa en Beacon y en lo que le dijo a la señorita Justineau aquel día en el aula, después de la lección sobre «La carga de la brigada ligera». El recuerdo está muy fresco en su mente y no le cuesta acordarse de las palabras exactas, porque fue la conversación en la que la señorita Justineau terminó acariciándole el pelo.

«¿Nos mandarán a casa, a Beacon? —preguntó Melanie—. ¿Cuándo crezcamos?». Y la señorita Justineau puso una cara de tal tristeza, tal congoja, que

Melanie empezó a balbucear disculpas para conjurar los efectos de aquella cosa tan terrible que, sin darse cuenta, había dicho.

Y que ahora comprende. Desde su nueva perspectiva resulta evidente. Lo que dijo sobre volver a casa, a Beacon, era algo tan imposible como la nieve caliente o la luz oscura. Beacon nunca fue su casa y nunca podría serlo.

Eso es lo que hizo entristecer a la señorita Justineau. Que para ella nunca podría haber un hogar que signifique estar con niños, niñas y adultos, y hacer las cosas que ha oído en los cuentos. Y mucho menos un hogar en el que esté la señorita Justineau. Su destino era terminar en los tarros del laboratorio de la doctora Caldwell.

Lo que está viviendo ahora no estaba previsto ni preparado. Nadie se lo esperaba. Por eso no dejan de discutir sobre lo que van a hacer.

Todos lo ignoran. Todos ignoran, como ignora ella, a dónde se dirigen realmente.

El sargento Parks pretendía dejarlos dormir hasta bien entrada la mañana, porque sabe lo duro que va a ser el día siguiente, pero al final terminan despertando muy temprano. El culpable es el ruido de unos motores. Al principio está un poco lejos, y va y viene, pero es evidente que, sea lo que sea, se encuentra cada vez más cerca.

Bajo las instrucciones que reparte Parks con voz tensa, recogen sus cosas y salen de allí como alma que lleva el diablo. Justineau suelta a la niña hambrienta y vuelve a ponerle la correa, tratando de impedir que suenen los cubos. No hay forma de saber lo lejos que puede llegar el ruido en la quietud anterior al alba.

Corren a través de la luminosa penumbra hasta un campo que hay más allá de la iglesia, y atraviesan cien metros largos o más antes de que Parks les indique con señas que se arrodillen entre la crecida maleza. Podrían —quizá deberían— ir más allá, pero antes quiere ver qué es lo que se acerca. Desde su posición puede vigilar la carretera sin que los vean y el rastro abierto entre la maleza por su paso desaparecerá en menos de un minuto, cuando las malas hierbas vuelvan a enderezarse.

Permanecen arrodillados largo rato, mientras el sol se desprende del horizonte y la luz sesgada empapa los campos como el agua un trapo. No hablan. No se mueven. En un momento dado, al cabo de unos diez minutos, Justineau abre la boca, pero Parks le indica que guarde silencio y ella, al ver la urgencia de su expresión, le hace caso.

Cuando cambia el viento empiezan a oír a varias personas que hablan a voz en grito y el ronroneo de unas máquinas.

Cuando finalmente aparece, es una extraña comitiva. En cabeza, una de las excavadoras que vio Parks el día antes. Su lento avance le permite echar un buen vistazo a la cuchara, decorada con una llamativa calavera metálica. Oye que alguien —cree que Gallagher— emite un gimoteo de temor tras él. Pero es tan bajo que no puede llegar muy lejos, así que tampoco tiene nada de malo que exprese lo que todos sienten.

Tras la excavadora viene un Humvee idéntico al que se llevaron ellos y detrás un Jeep. Los tres vienen cargados de chatarreros con ánimo festivo, que se comunican a gritos mientras enarbolan gran variedad de armas. Están cantando una canción de ritmo marcado y repetitivo, pero Parks no distingue las palabras.

El convoy para en la iglesia, donde entran un par de chatarreros tras bajarse de la excavadora. Hay un grito y al momento vuelven a salir, con aire ligeramente alterado. Han encontrado al hambriento muerto, supone Parks. Pero no pueden saber cuánto lleva allí. La sangre de los hambrientos es muy espesa y tiene el color del barro, así que cuando se seca no cambia. Además, tendrían que examinarlo muy de cerca para saber cómo ha muerto, puesto que la herida de la pistola era pequeña y discreta y no dejó orificio de salida.

Los chatarreros registran el garaje y Parks se pone tenso, porque es ahí donde

podría irse todo al traste. Si han dejado algún rastro de su presencia... Pero no hay más gritos y no peinan la zona. Al cabo de pocos minutos, los chatarreros vuelven a subirse a la excavadora y parten de nuevo. El convoy dobla otro recodo y se pierde de vista, aunque el ruido de los vehículos sigue oyéndose durante mucho tiempo.

Cuando vuelve a hacerse el silencio, es Justineau quien habla.

—Nos están buscando.

—Eso no lo sabemos —objeta la doctora Caldwell—. Podrían estar buscando comida, simplemente.

—En la base había provisiones en abundancia —dice Parks, en una constatación de lo obvio—. Y la tomaron ayer. Yo esperaba que volviesen a levantar la verja y se pusieran cómodos allí. Si están aquí fuera, deduzco que es porque están buscando supervivientes.

Lo que quiere decir que se ha convertido en algo personal para ellos. No lo menciona, pero piensa que tal vez los hombres cuya muerte provocó Gallagher fuesen importantes o populares. Tal vez el ataque contra la base no tuviera nada que ver con eso, pero la razón de ser de la cacería que han emprendido es saldar cuentas.

Pero no dice nada de esto, porque no quiere que Gallagher cargue con tantas muertes sobre su conciencia. El muchacho es muy sensible y con algo así podría llegar a derrumbarse. Joder, incluso al propio Parks le afectaría algo así.

Parecen todos asustados y afectados, Gallagher sobre todo, pero no hay tiempo para consolar a nadie. Lo bueno es que los chatarreros se dirigen hacia el norte, lo que quiere decir que su plan de dirigirse al sur les da cierto margen. Así que será mejor que lo usen.

—Diez minutos —dice—. Comemos y salimos corriendo.

Uno a uno, se adentran un poco más en la maleza para hacer sus necesidades, lavarse y cualquier otra cosa que tengan que hacer, y luego toman un rápido y triste desayuno a base de mezcla de carbohidratos y proteínas de tipo 3. La niña hambrienta es un silencioso y pasivo observador de todo el proceso. No orina y esta vez tampoco come. Parks ata su correa a un árbol cuando va a ocuparse de sus abluciones.

Al volver se encuentra con que Justineau ha desatado la correa y la sujeta ella misma. No tiene nada que objetar. Así tendrá las manos libres. Sin apenas discusiones —sin apenas interacciones de ninguna clase— se ponen en marcha. Cada rostro que mira Parks parece demacrado y asustado. Han escapado de una pesadilla, pero la muy condenada está allí de nuevo, siguiéndolos. Pero hay algo que él sabe, y no les dice, y es que lo que los espera es aún peor.

Al principio van al este, hacia Stotfold, pero ya no hay necesidad de parar allí, así que se desvían hacia el sur, cogen una carretera que antes se denominaba A507 y continúan por ella.

Es una zona salvaje por multitud de razones. En los primeros días y semanas tras el Colapso, el gobierno británico, como muchos otros, pensó que podía contener la infección restringiendo los movimientos de los civiles. Como es lógico, esto no

impidió que todos echasen a correr como ratas al ver lo que estaba pasando. Miles, puede que millones de personas, trataron de salir de Londres por las arterias norte-sur, la A1 y la M1. Las autoridades respondieron de manera implacable, primero con bloqueos de carreteras y luego con ataques aéreos puntuales.

Aún quedan zonas despejadas y algunas de ellas son muy amplias. Pero también hay tramos, a veces de varios kilómetros de longitud, en los que las dos grandes autopistas están tan cubiertas de cráteres como campos de batalla de la primera guerra mundial y sembradas de armatostes oxidados que las hacen remedar versiones mecánicas de cementerios de elefantes. Es posible avanzar entre los coches abandonados, pero solo un loco lo haría. La visibilidad es tan reducida que si un hambriento se les echase encima desde cualquier dirección apenas tendrían una fracción de segundo para reaccionar.

El plan de Parks consiste en incorporarse a la A1 en la intersección 10, justo al norte de Baldock. Sabe, desde los tiempos de las incursiones de saqueo, que hay allí un estupendo corredor despejado, que se prolonga en dirección sur durante quince o veinte kilómetros largos. Si el tiempo colabora, podrían recorrerlo fácilmente en un día y dejar a los chatarreros muy atrás. Llegarían a Stevenage antes de que anochezca y, con un poco de suerte, podrían encontrar un buen sitio para dormir sin tener que aventurarse en exceso en las zonas urbanas.

Los primeros años tras el Colapso, e incluso después de la evacuación de Londres, Beacon solía mantener una presencia armada en las principales carreteras norte-sur. La idea era ofrecer paso franco a los de grupos de saqueo, tanto al partir como —mucho más importante— cuando regresaban a casa cargados con los tesoros del mundo de antaño. Pero descubrieron por las malas que las zonas despejadas tenían también su aspecto negativo: los hambrientos podían verlos desde muy lejos y seguir sus movimientos. Después de unas cuantas escaramuzas que les costaron bastante caras, los puestos permanentes fueron desmantelados y a partir de ahí los grupos de saqueo empezaron a aventurarse a su suerte. En los últimos años solamente se mueven en helicóptero, y eso cuando salen. Han dado las carreteras por perdidas.

Lo que quiere decir que Parks tiene los ojos muy abiertos cuando, en fila india y por la suave curva de la antigua carretera de acceso, se aproximan a la amplia extensión de asfalto. Cuando llegan allí se encuentran con un cartel de Baldock que anuncia una serie de servicios, promesas insustanciales para ellos: comida, gasolina, un merendero, incluso camas para pernoctar... Desde lo alto de una pequeña loma pueden ver las ruinas sin techo de la antigua gasolinera, devastada por un incendio hace tiempo. Parks recuerda haber parado allí una vez, de niño, al volver de unas vacaciones familiares en Peak District. Es más, aún no ha olvidado algunos detalles: el chocolate templado cuya parte más densa se quedaba al fondo cuando no lo revolvió bien, y un hombre muy raro al que vio en el servicio de caballeros, que tenía unos ojos saltones como los de Marty Feldman y cantaba la canción de Bruce Springsteen *The River* con un tono monocorde espeluznante.

Desde el punto de vista de Parks, la pérdida de la estación de servicios de Baldock no fue ninguna tragedia.

Pero la A1 sigue como siempre. Puede que un poco agrietada y con algo de maleza, pero recta como una flecha en ese punto y orientada hacia el sur, que es donde se encuentra su hogar, dulce hogar. Ciertamente es que una metrópolis muerta se interpone en su camino, pero si el sargento se pone a hacer recuento de las cosas positivas, de momento puede llegar hasta dos. Están en un punto elevado. Su vista alcanza varios kilómetros a la redonda.

Y sale el sol, como un beso en la mejilla de parte de Dios.

—Vale, atención —dice mirándolos uno a uno.

Es importante que lo escuchen todos, incluido Gallagher, aunque se trata solo de consejos generales para cuando estás al otro lado de la verja. Protocolos para la carretera.

—Quiero dejarlo bien claro antes de que estemos allí. Primero, no se habla. Al menos en voz alta. El sonido se transmite y los hambrientos pueden usarlo para encontrarnos. No los atrae tanto como el olor, pero les sorprendería el buen oído que tienen.

»Segundo, si detectan cualquier movimiento, el que sea, hacen una señal. Levantan la mano así, con los dedos separados. Luego señalan. Que todo el mundo lo vea. Nada de sacar el arma y ponerse a disparar al tuntún, porque si lo hacen nadie sabrá a dónde disparan y no podrán ayudarlos. Si están lo bastante cerca como para ver que es un hambriento y se mueve hacia ustedes, pueden romper la regla número uno. Griten «hambriento» o «hambrientos» y, si es posible, denme una distancia y una dirección. Las tres en punto y a cien metros, o lo que sea.

»Tercera y última: Si los persigue un hambriento, no echen a correr. Es imposible que lo dejen atrás y tendrán más posibilidades si lo reciben cara a cara. Denle con lo que tengan: balas, ladrillos, las manos desnudas, insultos... Con un poco de suerte, caerá. Los disparos en las piernas y la parte inferior del cuerpo aumentan sus probabilidades de tener suerte, salvo que lo tengan a su lado. En ese caso apunten a la cabeza y que se coma otra cosa que no sean ustedes.

Sus ojos se cruzan con los de la niña hambrienta. Lo está observando con tanta atención como los demás, con un gesto ceñudo de concentración en su pálida cara de muerta. En otras circunstancias, Parks podría haberse echado a reír. Es como si una vaca estuviera escuchando cómo se prepara un guiso de ternera.

—Imagino que las reglas son distintas para los chatarreros —dice Helen Justineau.

Parks asiente.

—Si volvemos a encontrarnos con esos cabrones, los oiremos mucho antes de verlos. En cuyo caso salimos de la carretera y esperamos a que pasen, como la última vez. Mientras continúen en un convoy como ese, no habrá problema.

No tienen nada que decir sobre sus instrucciones. Se incorporan a la carretera y

echan a andar hacia el sur, y durante un par de kilómetros caminan en completo silencio.

Es un maravilloso día de verano, pero el ascenso del sol está volviéndolo demasiado caluroso con rapidez. Hay una brisa que va y viene a su capricho, pero apenas los refresca. Preocupado por lo mucho que están sudando y por lo que eso podría provocar, Parks los hace parar y aplicarse otra capa de inhibidor en todas las partes donde lo necesitan. La mayoría de ellas están debajo de la ropa. Se apartan unos de otros en tácito acuerdo y se sitúan en los vértices de un cuadrado en cuyo centro permanece en silencio la niña hambrienta, que no mira a los adultos —los humanos—, sino la ardiente antorcha del sol.

La rutina del inhibidor es básica pero esencial. Te embadurnas bien la entrepierna y las axilas, los codos y la parte trasera de las rodillas. Luego echas un poco más por el resto del cuerpo y te pones una pastilla viscosa y de disolución rápida de la misma materia sobre la lengua. Lo que importa no es el sudor, sino las feromonas. Puede que los hambrientos no tengan sesos suficientes para ver a la gente como gente, pero cuando se trata de seguir un gradiente químico son listos como zorros.

Reanudan la marcha. Justineau y la niña caminan juntas, con la correa flácida entre ambas. La mayoría del tiempo, Caldwell va detrás, con las manos a los costados o entrelazadas sobre el pecho. Gallagher ocupa la retaguardia y Parks va por delante.

A eso de mediodía ven algo en la carretera, por delante de ellos. Al principio es solo una mancha negra que no se mueve, así que Parks no la identifica al instante como algo peligroso. Pero al acercarse les indica con un gesto que se dispersen. Le preocupa lo visibles que son en la carretera desierta, un paisaje que parece una foto fija donde lo único que se mueve son ellos.

Es un coche. Está parado en el centro de la carretera, pero ligeramente ladeado, con el morro metido en lo que antes era el carril lento. Tiene el capó y el maletero levantados y las cuatro puertas abiertas. No está oxidado ni quemado. Lo más probable es que no lleve mucho tiempo allí.

Parks hace esperar a los demás y lo rodea él mismo. A primera vista parece vacío, pero al pasar por delante del lado del conductor vislumbra algo en el asiento del conductor que parece vagamente humano. Así que termina el reconocimiento con la pistola en la mano y el dedo en el gatillo, listo para disparar contra cualquier cosa que se mueva.

No se mueve nada. La forma oscura y encorvada pertenecía antes a la especie *Homo sapiens*, pero ya no queda gran cosa de ella. Se nota que era un varón por la chaqueta y la cara, que está bastante intacta. El resto de la carne de la parte superior del cuerpo la han devorado y la cabeza está prácticamente separada del tronco por un enorme mordisco que recibió en el cuello. En las profundidades de esta vieja y reseca herida asoman los restos de cartílagos y huesos.

No hay nada más en el coche. Ni en el maletero, aparte de un par de zapatos viejos y una cuerda enrollada. Pero sí montones de cosas en la carretera, a su

alrededor: bolsas y cajas, una mochila, y algo que parece una consola de videojuegos, o si no, parte de un equipo de sonido.

El coche cuenta su propia historia, como un diorama en un museo. Un grupo de gente lo comparte para ir... a alguna parte. Algún sitio del norte. El coche comienza a ahogarse, a fallar, o simplemente se para sin más. Uno del grupo sale para echar un vistazo, levanta el capó y anuncia que el coche está muerto. Así que empiezan a sacar sus cosas del maletero. Los muy idiotas no distinguen la chatarra de la basura, pero la idea en sí no tiene nada de malo.

Los interrumpieron. La mayoría soltaron sus cosas y echaron a correr hacia las colinas. Uno de ellos volvió a meterse en el coche, y puede que así les salvase la vida a los demás, porque parece que no fue un solo hambriento, sino muchos, los que acabaron con él.

—¿Está intentando darle al contacto? —pregunta Justineau.

A Parks le molesta que se acerque al coche a pesar de que aún no les ha dado la señal de que está despejado. Pero la mujer no es ninguna estúpida: tras pensarlo un poco, Parks se da cuenta de que su lenguaje corporal ha cambiado y que ya no refleja la tensión de una amenaza inminente, como antes, sino su desenvoltura habitual, aún cauta pero más relajada. Sencillamente, ella ha respondido al cambio un poco antes que los demás.

—Inténtelo usted —sugiere.

Justineau se inclina hacia el coche y de repente se queda inmóvil, al ver a su ocupante. Pero si se encoge ante la imagen es solo una fracción de segundo. Alarga el brazo y, cuando gira la llave, Parks oye un apagado *clic*. El motor sigue en silencio. Como él esperaba.

Mira a ambos lados de la carretera. Hay maleza y matorrales a su derecha y un montón de leña apilada a la izquierda. Lo más probable es que los ocupantes del coche corriesen en la dirección más obvia, hacia los matorrales. Es imposible saber hasta dónde llegaron, pero no volvieron a buscar sus cosas ni a enterrar a su compañero. Parks se replantea lo de que el sacrificio del pasajero muerto salvó al resto. Es muy poco probable que escapase alguien.

Llegan los demás. Gallagher es el último, porque espera la señal de Parks. El sargento les dice que revisen las bolsas y cajas, pero en la mayoría de ellos no hay más que ese tipo de objetos personales que solo tienen valor para sus propietarios. Ni siquiera hay ropa. Solo libros, DVD, cartas y adornos. La poca comida que llevaban era percedera y ha percido: manzanas que se han secado, una hogaza de pan que se ha podrido y una botella de whisky que se deshizo en mil pedazos al caer sobre el asfalto.

Justineau abre la mochila.

—Por Dios —murmura.

Mete la mano y saca parte del contenido. Dinero. Fajos de billetes de cincuenta libras. Tan nuevecitos como recién sacados del banco, con sus fajas de papel y todo.

Sin ningún valor. Veinte años después de que el mundo se fuese por el retrete, aún hay gente que cree que todo cambiará, que llegará un día en que el dinero volverá a significar algo.

—El triunfo de la esperanza sobre la experiencia —comenta Parks.

—Nostalgia —dice la doctora Caldwell, categórica—. El consuelo psicológico prevalece sobre las objeciones lógicas. Todo el mundo necesita algo a lo que aferrarse, una seguridad.

«Solo los idiotas», piensa Parks. Por su parte, él tiende a ver la seguridad en términos mucho menos abstractos.

Gallagher los mira de hito en hito, sin saber muy bien lo que pasa. Es demasiado joven para acordarse del dinero. Justineau comienza a explicárselo, pero finalmente sacude la cabeza y se rinde.

—¿Para qué arruinar tu inocencia? —dice.

—Una libra tenía cien peniques —dice la niña hambrienta—. Pero solo a partir del 15 de febrero de 1971. Antes de eso eran doscientos cuarenta.

Justineau se echa a reír.

—Muy bien, Melanie.

Le quita la faja a uno de los fajos de billetes, lo abre en abanico y lo lanza hacia arriba.

—Peniques desde el cielo —dice mientras el viento caliente se lleva los billetes.

La niña hambrienta sonrío, como si la lluvia de papel sin valor fuese un espectáculo de fuegos artificiales, y entorna los ojos para contemplar cómo vuelan frente al sol.

Están avanzando a buen ritmo, supone Caroline Caldwell.

Pero no puede asegurarlo, porque ha perdido un poco la noción del tiempo por culpa de dos factores externos. El primero es una fiebre que padece desde la tarde del día anterior. El segundo es que, por culpa de su propio descuido, se ha deshidratado al caminar, lo que exagera los efectos del primer factor.

Contempla su propio estado con cierto distanciamiento, no porque su vocación científica condicione todo lo que hace, sino porque realmente eso la ayuda. Así puede percibir la enferma fatiga de sus miembros, identificar el dolor de cabeza que le provocan los pequeños pero constantes impactos de los pies sobre el asfalto, y aun así seguir moviéndose sin descanso, porque son circunstancias puramente fisiológicas, sin el menor peso sobre lo que está haciendo su mente.

Que no es otra cosa que dar vueltas y vueltas a viejas preguntas, a la luz de nuevas evidencias.

Ha leído numerosos y detallados informes sobre la alimentación de los hambrientos, pero nunca la había presenciado con sus propios ojos (puesto que la alimentación de los sujetos de prueba, en condiciones artificiales y controladas, es algo totalmente diferente). Le resulta chocante que los hambrientos que se alimentaron del hombre del coche siguieran comiendo hasta que su cuerpo dejase de ser viable, hasta acabar con casi toda la carne de la parte superior del torso y dejarlo prácticamente decapitado.

Parece algo contradictorio. Caldwell habría esperado que el patógeno zombi estuviese mejor adaptado. Habría esperado que el *Ophiocordyceps* manipulase con mayor habilidad las células del hipotálamo para reprimir el impulso devorador tras los primeros bocados, de manera que los recién infectados tuviesen mayores probabilidades de sobrevivir. Sin duda sería una conducta más eficiente, puesto que un huésped viable se convertiría a su vez en un nuevo vector y daría al patógeno más oportunidades de multiplicarse rápidamente en un ámbito ecológico determinado.

Puede que sea un efecto secundario de su lentísima maduración. El caso es que esta cepa del *Ophiocordyceps* nunca alcanza su fase sexual definitiva, sino que se reproduce por neotenia asexual en los entornos favorables de la sangre o la saliva. Lógicamente, cabría suponer que esto impedirá la propagación de mutaciones favorables.

Una posibilidad que debe tener presente en la próxima ronda de disecciones. Examinar con más detenimiento las células del hipotálamo. Buscar distintos niveles de penetración por parte de los micelios fúngicos.

A kilómetro y medio de Stevenage —lo bastante cerca como para ver los tejados de las casas y la aguja de pizarra azul de un campanario—, el sargento Parks da la orden de parar. Se vuelve hacia ellos y les dice lo que va a pasar mientras señala el cielo como un testigo implacable.

—El sol se pondrá dentro de menos de dos horas. Es posible que esos chatarreros estén buscándonos aún, pero aun así necesitamos un sitio para pasar la noche y es ese. Gallagher y yo nos adelantaremos y desinfectaremos lo que haya que desinfectar. Luego volveremos a buscarlas. ¿Están de acuerdo?

No lo están, salta a la vista. Caldwell lo ve en la cara de Justineau, pero decide presentar el argumento ella misma porque sabe que lo hará de manera más clara y sucinta.

—No va a funcionar —le dice a Parks.

—Lo hará si hacen ustedes lo que se les dice.

La doctora abre las manos sin separarlas, como si estuviese presentando las palabras del hombre para su inspección. Un desagradable temblor aqueja las yemas de sus dedos.

—Precisamente por eso no va a funcionar —dice—. Porque nos ve usted como unas simples civiles, a las que deben proteger el soldado Gallagher y usted como escolta militar. Al tratar de asumir todos los riesgos, lo que está haciendo es aumentar los que corremos nosotras.

Parks la observa con frialdad.

—Evaluar los riesgos es una de mis responsabilidades —le dice.

Ella se dispone a explicarle por qué ha evaluado mal en este caso cuando Helen Justineau se le adelanta.

—Tiene razón, sargento. Estamos a punto de entrar en una zona urbana, donde lo lógico es que encontremos muchos más hambrientos en todas las fases de la infección. Es un terreno peligroso y no sabremos cuánto hasta que no estemos en ella. De manera que, ¿no le parece absurdo tener que atravesarla tres veces? Tendrán que reconocer el terreno, luego volver a recogerlos y después entrar allí de nuevo. ¿Y qué será de nosotras si los chatarreros vuelven a aparecer mientras no están? Aquí, a campo abierto, no duraríamos un segundo. Es mejor que vayamos juntos.

Parks lo piensa durante unos segundos. Pero Caldwell, que lo conoce bastante bien, confía en su respuesta. No es de los que dice que no a algo por el mero hecho de que la idea sea de otro. Justineau y ella tienen razón y no hay más que hablar.

—Muy bien —dice al fin—. Pero ustedes dos nunca han hecho esto antes, así que más vale que sigan mis órdenes. Ahora que lo pienso —dice mientras mira de soslayo al soldado—, ¿alguna vez has hecho una incursión urbana, Gallagher?

El soldado sacude la cabeza.

Parks resopla lentamente, como un hombre que se dispone a agacharse para coger una carga muy pesada.

—Muy bien. Las reglas del camino siguen en vigor, especialmente la de mantener la boca bien cerrada, pero esto va a ser algo distinto. Es prácticamente seguro que veremos hambrientos y que estaremos en su campo de visión. Lo que nos interesa es no llamar su atención. Muévanse lentamente y sin brusquedad. No los miren directamente a los ojos. No hagan ruidos repentinos o fuertes. Fúndanse con el

paisaje en la medida de lo posible. En caso de duda, mírenme y hagan lo mismo que yo.

Una vez que ha dicho lo que tenía que decir, se pone en camino. No quiere derrochar más palabras ni más tiempo. Caldwell lo aprueba.

Veinte minutos más tarde están acercándose a los primeros edificios. Nadie ha visto ningún hambriento, pero aún es pronto. Parks susurra unas órdenes y todos se paran. Los cuatro humanos no infectados vuelven a embadurnarse de inhibidor.

Penetran en la ciudad muy juntos para que ninguno de ellos ofrezca una silueta nítidamente humana. Se trata de un barrio residencial de clase alta, transformado en un montón de ruinas por casi un mes de frenéticos saqueos y guerrilla urbana y dos décadas de abandono. Los jardines son pequeños espacios de jungla que han traspasado sus fronteras para colonizar parte de la calle. La crecida maleza ha levantado las baldosas del suelo para abrirse paso y las zarzas ya maduras extienden unas ramas gruesas como puños, que parecen tentáculos de monstruos subterráneos. Pero la pobreza del suelo que hay debajo del pavimento les ha impedido unir sus fuerzas y derribar las casas de una vez para siempre. Reina un precario equilibrio de poder.

Parks ya les ha dicho lo que está buscando. No es una casa en una calle como esa, con vecinos por todos lados. Sería demasiado difícil de proteger. Quiere una estructura independiente, con su propio terreno, con un campo de visión aceptable al menos desde el piso de arriba y, si es posible, con una puerta intacta. Sin embargo, es realista y aceptará cualquier cosa que se asemeje razonablemente a esto con tal de no tener que adentrarse en el pueblo.

Pero no encuentra nada que le guste, así que siguen adelante.

Al cabo de cinco minutos de silencioso y concentrado avance desembocan en una avenida más ancha, como otras muchas calles. Hay una galería comercial. El suelo está cubierto de crujientes fragmentos de cristal, procedentes de los escaparates destrozados por los saqueadores de una época ya pasada. A sus pies hay latas vacías, frágiles como conchas por la acción corrosiva del óxido, que ruedan y cascabelean cuando se levanta la menor brisa.

Y hay hambrientos.

Puede que una docena, muy separados.

El grupo de humanos hace un alto al verlos. Solo Parks recuerda que debe ralentizar gradualmente sus pasos en lugar de pasar bruscamente del movimiento a la inmovilidad.

Caldwell está fascinada. Gira lentamente la cabeza para examinar a las criaturas una por una.

Son una mezcla de especímenes antiguos y nuevos. Es muy fácil identificar a los viejos, tanto por la ropa mohosa que llevan como porque están extremadamente demacrados. Cuando un hambriento se alimenta, lo hace también el patógeno. Pero si no consigue encontrar presas, el *Ophiocordyceps* extrae los nutrientes directamente

de la carne del anfitrión.

Al acercarse más también es posible apreciar su moteada coloración. Las grisáceas hebras han roto la coriácea superficie de la piel formando una red de finas líneas que se cruzan y entrecruzan como capilares. El blanco de los ojos está teñido de gris y cuando el hambriento abre la boca se ve una pelusa del mismo color sobre la lengua.

Los hambrientos más recientes son menos andrajosos —o al menos, su ropa ha tenido menos tiempo de pudrirse— y aún conservan una apariencia a grandes rasgos humana. Paradójicamente, esto los hace mucho más desagradables a la vista, porque las heridas y desgarros por los que contrajeron la infección aún resultan visibles. En un hambriento ya viejo, la decoloración y el desgaste generales de la superficie de la piel y de la ropa, unidos a los micelios grises que lo cubre, atenúa y disimula las heridas, las transforma en un rasgo más de su condición.

Los hambrientos se encuentran en modo estacionario, lo que permite a Caldwell llevar a cabo esta inspección sin precipitación alguna. Están de pie, sentados o arrodillados en sitios aleatorios de la calle, completamente inmóviles, sin mirar nada y con los brazos inertes a los costados o —en el caso de los que están sentados— doblados sobre el regazo.

Parece que estén posando para un cuadro o sumidos en una introspección tan profunda que hubieran olvidado lo que estaban haciendo. Nada indica que estén esperando, que el menor ruido o movimiento inesperados puede hacer que se incorporen y entren en acción al instante.

Parks levanta una mano y ordena al grupo que reanude el avance con un movimiento lento del brazo. El gesto sirve al mismo tiempo como orden y como ejemplo de la lentitud con la que deben moverse. Él mismo abre la marcha, con el fusil preparado pero apuntando al suelo. También mantiene la mirada gacha durante la mayor parte del tiempo. Recorre su campo visual con miradas rápidas y breves. Sus ojos son la única parte de él que contradice la lentitud y pesadez de sus movimientos. Caldwell recuerda tardíamente la hipótesis de que los hambrientos conservan el rudimentario patrón de reconocimiento con el que nacen todos los bebés, que son capaces de reconocer un rostro humano y responden a él entrando en un estado de excitación y percepción ligeramente superiores. Sus investigaciones no han logrado confirmar ni refutar esta idea, pero está dispuesta a aceptar que podría ser verdad para todos salvo aquellos que han llegado a un estado de descomposición más avanzado.

Así que esquivo los ojos de los hambrientos mientras siguen avanzando lentamente por la avenida. Se miran entre sí o miran los escaparates abiertos, la calle que se abre ante ellos o el cielo, dejando que los macabros habitantes de aquella naturaleza muerta floten en la periferia de su campo de visión.

Salvo el sujeto de experimentación. Melanie parece incapaz de apartar la vista de sus congéneres. Los observa como si ejerciesen una fascinación hipnótica sobre ella,

hasta el punto de que en una ocasión está a punto de tropezar por no mirar dónde pisa.

Este traspíe provoca que el sargento Parks gire la cabeza —lenta, parsimoniosamente— y la fulmine con la mirada. La niña comprende la reprimenda y la advertencia. Responde con un cabeceo tan gradual que tarda diez segundos en completarse. Quiere hacerle entender que no volverá a cometer el mismo error.

Dejan atrás el primer grupo de hambrientos. Más casas, esta vez pareadas, y otra hilera de tiendas. Pasan junto a una calle lateral mucho más poblada. Los hambrientos permanecen en silencio, apelotonados, como si estuviesen preparándose para el comienzo de un desfile. Caldwell supone que convergieron sobre una víctima y luego, una vez terminado el banquete, en ausencia de razones para seguir moviéndose, se quedaron donde estaban.

Se pregunta, mientras sigue caminando, si la estrategia del sargento será sólida. Están penetrando mucho. Ahora tienen enemigos por delante, por detrás y —seguramente— por todos los lados. La expresión de Parks es de preocupación. Lo más probable es que esté pensando lo mismo.

Decide sugerir que vuelvan por donde han venido y recurran a la menos mala de una serie de malas opciones: pasar la noche en una de las casas adosadas de las afueras. Puede que allí tengan hambrientos como vecinos, pero al menos dispondrán de una vía de escape clara.

Pero entonces aparece delante de ellos un parque a la antigua usanza... o al menos lo que queda de él. La vegetación se ha transformado en una jungla, pero al menos es una jungla con una población de hambrientos muy escasa. Hay algunos de ellos en la avenida que rodea el espacio abierto, pero muchos menos que en la calle en la que están.

Y no solo eso. El soldado Gallagher, que es el primero en verlo, señala hacia allí lenta pero enfáticamente. Al otro lado del parque se levanta justo lo que el sargento les dijo que tenían que buscar: una casa solitaria, grande, de dos pisos, con su propia parcela. Es una pequeña mansión de diseño moderno, con una apariencia que imita la de las casas solariegas de épocas anteriores, aunque con un anacrónico exceso que la delata. Es el equivalente arquitectónico del monstruo de Frankenstein, con una fachada con entramado de madera, arcos góticos en los ventanales del primer piso, una puerta principal enmarcada por pilastras, y gabletes adheridos como mejillones al caballete del techo. El cartel de la entrada dice WAINWRIGHT HOUSE.

—Me vale —dice Parks—. Vamos.

Justineau se dispone a tomar la ruta más directa, a través del follaje, aunque Parks la detiene poniéndole una mano en el hombro.

—No hay forma de saber lo que puede haber ahí dentro —murmura—. Podría asustar a un gato o un pájaro y atraer a todos los pútridos en varios kilómetros a la redonda. Ciñámonos a las calles.

Así que, en lugar de atravesar la maleza y la grama, la rodean, y por eso la ve

Caldwell.

Reduce el paso y luego se detiene. No puede contenerse y mira fijamente. Así de absurda, de imposible, es la cosa.

Una hambrienta camina por el centro de la calle. Lo más probable es que su edad biológica cuando se topó con el patógeno *Ophiocordyceps* estuviese entre veinte y treinta. Está bastante bien conservada, aparte unos cuantos mordiscos en la parte izquierda de la cara. Solo las hebras grisáceas que rodean sus ojos y su boca permiten adivinar el tiempo que ha transcurrido desde que dejó de pertenecer a la raza humana. Lleva unos pantalones sueltos de color marrón y una blusa blanca de manga tres cuartos; una indumentaria veraniega y elegante, aunque el efecto quede un poco deslucido por el hecho de que le falta un zapato. Su larga, lisa y rubia melena tiene una solitaria trencita.

Empuja un carrito de bebé.

De las dos cosas que convierten la imagen en algo imposible, la menos chocante es la que más sorprende a Caldwell. ¿Por qué camina? Los hambrientos corren, cuando persiguen una presa, o permanecen inmóviles, cuando no lo hacen. No conocen ningún estado intermedio, no pasean relajadamente.

Y luego: ¿por qué se aferra a un objeto? Entre el sinfín de cosas que pierden los seres humanos cuando el *Ophiocordyceps* se infiltra en su cerebro y lo redecora a su antojo está la capacidad de utilizar herramientas. El carrito de bebé debería ser tan irrelevante para esa criatura como las ecuaciones de la relatividad general.

Caldwell es incapaz de contenerse. Avanza de costado para interceptar la trayectoria de la hambrienta, aunque con cuidado de no mirarla más que de reojo. Y de reojo ve que Parks levanta el brazo para indicarle que se detenga. Lo ignora. Es demasiado importante y, en conciencia, no puede dejarlo pasar.

Se interpone en el camino de la mujer y del carrito que esta empuja con torpes andares. Cuando el carrito la embiste, sin apenas fuerza, la mujer se detiene. Se le hunden los hombros y agacha la cabeza. Esta sí es la reacción normal: las luces se apagan y el sistema se desactiva hasta que suceda algo que lo reinicie.

Parks y los demás están paralizados. Miran a Caldwell, convertidos en meros espectadores de una escena sobre la que no pueden influir de ningún modo. Por la misma razón, es demasiado tarde para que Caldwell se preocupe por la efectividad del inhibidor a tan corta distancia, así que no lo hace.

Con glacial lentitud, rodea el carrito hasta situarse a un lado. Desde allí puede ver que la hambrienta se encuentra en peor estado de lo que parecía. Tiene el hombro desgarrado y unas reseca tiras de carne cuelgan de la herida. La blusa blanca no es tal en la espalda, sino negra desde el cuello hasta el dobladillo, por culpa de sangre coagulada hace mucho.

Dentro del carrito hay una hilera de patitos suspendidos de una cuerda elástica, que se bambolean en una inconexa danza, y una manta grande y amarilla, arrugada y cubierta de porquería, que impide ver lo que hay debajo.

La hambrienta no parece consciente de la presencia de Caldwell. Lo cual es bueno. Los movimientos de la doctora se hacen aún más graduales, más lentos. Alarga el otro brazo hacia el borde superior de la manta.

Coge un pliegue del grueso y rígido tejido entre el pulgar y el índice. Con la lentitud de un glaciar, lo retira.

El bebé lleva mucho tiempo muerto. En aquel instante, las dos enormes ratas que anidaron en lo que queda de su caja torácica, levantan la cabeza al instante y saltan con sendos chillidos de protesta sobre los hombros de Caldwell.

La doctora retrocede tambaleándose, con un grito mudo.

La cabeza de la hambrienta se levanta y se vuelve hacia ella como impulsada por un resorte. Clava en Caldwell unos ojos cada vez más abiertos. Sus labios se separan sobre los ennegrecidos y pútridos restos de su dentadura.

El sargento Parks le dispara una vez en la nuca. La boca de la mujer se abre todavía más y su cabeza se ladea. Se desploma sobre el carrito, que se aleja rodando y la deja caer sobre el asfalto.

Por todos lados, los hambrientos cobran vida de pronto y empiezan a girar la cabeza como telémetros.

—Moveos —susurra Parks con voz ronca—. Detrás de mí.

Y entonces grita:

—¡Corred!

Poco les falta para sucumbir en los primeros segundos. Porque a pesar del grito de Parks, todos los demás se quedan helados.

Parece que no tienen sitio a donde ir. Los hambrientos convergen sobre ellos desde todas direcciones y los espacios que los separan decrecen a medida que avanzan.

Pero solo una de las direcciones tiene importancia. Y Parks se encarga de volver a abrirla.

Tres disparos detienen en seco a otros tantos hambrientos. Otros dos fallan. Parks da un violento tirón a Justineau y consigue que eche a correr. Gallagher hace lo mismo con la doctora Caldwell, mientras que la pequeña hambrienta, Melanie, ya vuela como una flecha.

Saltan por encima de los hambrientos caídos, que han empezado a arrastrarse como cucarachas, tratando de ponerse en pie. Si Parks hubiera tenido tiempo, si los segundos que está desgranando el reloj no fuesen los últimos de sus vidas, habría apuntado a la cabeza. Pero tal como están las cosas, la parte central del cuerpo es la mejor para derribarlos.

Y funciona, al menos hasta que Justineau cae de bruces. Uno de los hambrientos ha logrado agarrarla de la pierna y se aproxima reptando a ella.

Parks se detiene el tiempo suficiente para meterle una segunda bala bajo la oreja al depredador exhumano. La suelta. Justineau se levanta al instante, sin mirar atrás. Bien. Ojalá otros tuvieran tanta capacidad de concentración.

Dispara a derecha e izquierda. Solo apunta a los más cercanos, los que están a punto de saltar o de agarrarlo. Gallagher hace lo mismo y, aunque su puntería deja mucho que desear, al menos no reduce la velocidad para disparar. Es preferible esto a que dispare como un francotirador pero se deje alcanzar.

Llegan a la puerta de la parcela y aunque no hay ninguna cerradura que Parks pueda ver, se niega a abrirse. Obviamente era eléctrica, pero lo pasado pasado está, lo que en este maravilloso y nuevo mundo *post mortem* significa que la muy cabrona no funciona.

—¡Por arriba! —grita—. ¡Por arriba!

Cosa que resulta más fácil de decir que de hacer. En lo alto del muro, una barricada de forja ornamental, coronada por unas puntas de lanza más que funcionales, parece tener otra idea. Aun así lo intentan. Y mientras lo hacen, Parks se da media vuelta y sigue disparando.

Lo bueno es que ahora puede hacerlo indiscriminadamente. Poner el arma en modo automático y apuntar a las partes bajas. Cortarles las piernas a los hambrientos y así convertir a los que vienen primeros en escollos que ralenticen a los demás.

Lo malo es que cada vez aparecen más. El ruido es como la campana de la cena. Los hambrientos salen al parque desde todas las calles circundantes, corriendo como

posesos. Su número es ilimitado, al contrario que la munición de Parks.

Cosa que se hace evidente de pronto. El arma deja de vibrar en sus manos y el ruido de los disparos muere en medio de las distintas capas de sus ecos. El sargento expulsa el cargador vacío y busca a tientas otro en el bolsillo. Es un gesto que ha repetido tantas veces que podría hacerlo con los ojos cerrados. Introduce el nuevo cargador de un golpe y le da un rápido y fuerte tirón agarrándolo por el extremo delantero para que encaje. Tira del cerrojo hasta el final.

Pero el cerrojo se atasca a medio camino. El arma será un peso muerto hasta que pueda sacar lo que ha provocado que se encasquille, probablemente la primera bala que no ha llegado a entrar en la cámara. Y tiene a dos hambrientos casi encima, uno a la izquierda y otro a la derecha. Uno de ellos fue un hombre en su día, el otro una mujer. Falta un segundo para que se vea metido en el trío más repugnante de la historia.

Responde instintivamente. Y se equivoca. Da un paso atrás y busca a tientas la pistola, en lugar de esgrimir el fusil como un garrote. Derrocha un segundo que no tiene y es el fin.

Solo que no es así.

Cuando entra en combate, Parks concentra su campo de visión. No es una decisión consciente, o un truco que haya aprendido. Solo es algo que sucede. Se ocupa de lo que tiene delante y prácticamente se olvida de todo lo demás.

Así que prácticamente se ha olvidado de la existencia de la niña hambrienta cuando de repente aparece allí, justo delante de él. Se ha introducido en el angosto espacio que lo separa de sus atacantes. Agita los flacos brazos delante de ellos, con un atisbo de desafío y un grito de guerra agudo y ensordecedor.

Y los hambrientos se detienen con pavorosa brusquedad. Su mirada se desenfoca. Comienzan a mover la cabeza a derecha o izquierda, trazando pequeños arcos, como si estuvieran tristes o decepcionados. Ya no miran a Parks. Lo están buscando.

Parks sabe que los hambrientos no se dan caza ni se devoran unos a otros. Aparte de los niños del aula, nunca ha visto a un hambriento que fuese consciente de la presencia de sus congéneres. Son solitarios en medio de una muchedumbre, presa cada uno de ellos de sus propias necesidades. No cazan en manada. Son individuos que se agrupan accidentalmente porque responden a unos mismos impulsos.

Así que siempre ha dado por supuesto que no pueden olerse unos a otros. El olor de un hombre o una mujer normales los hace enloquecer pero al de uno de ellos ni siquiera responden. Es como si no apareciese en su radar. En este segundo de parálisis se da cuenta de que se equivocaba. Para sus iguales, los hambrientos deben de oler a *circulen-aquí-no-hay-nada-que-ver*, un olor opuesto al de las personas vivas. Que los desactiva, justo al contrario que este.

La niña lo ha enmascarado. Su rastro químico ha bloqueado el suyo, siquiera por un segundo o dos, y ha hecho que los hambrientos pierdan el rastro de feromonas que terminaba con sus dientes en la garganta de Parks.

Pero se acercan muchos más y no parecen tener la intención de detenerse. Y los dos a los que la niña ha confundido comienzan a localizar de nuevo la señal y clavan sus ojos en el objetivo.

La mano de Gallagher agarra a Parks del brazo y lo arrastra al otro lado de la puerta, que han logrado entreabrir a la fuerza.

Echan a correr de nuevo, ahora en dirección a la casa. Justineau abre la puerta de par en par. Mientras la traspasan, la niña hambrienta serpentea entre las piernas de Parks para adelantarle. Gallagher vuelve a cerrarla, pero es una pérdida de tiempo, porque tiene a cada lado un panel de cristal tan alto como la pared entera.

—¡A las escaleras! —grita Parks mientras apunta hacia allí—. ¡Corred a las escaleras!

Lo hacen. En medio de un ruido que es como si el campanario de una iglesia hubiera enloquecido, porque los ventanales han saltado en mil pedazos.

Parks, que ha tomado la retaguardia, suelta granadas hacia atrás como si fuesen collares de cuentas y aquello parece un desfile de carnaval.

Y las granadas estallan, una detrás de otra, con unos impactos estruendosos que se solapan en atroz contrapunto. Una lluvia de metralla rocía el chaleco antibalas de Parks y sus desprotegidas piernas.

La última media docena de peldaños se ladea y se hunde bajo sus pies como la cubierta de un barco en el oleaje, pero aun así, no sabe cómo, consigue llegar hasta arriba.

Y entonces cae, primero de rodillas y luego de cuerpo entero, estremecido por la falta de aliento. Como todos. Salvo la niña, que, con la mirada clavada en el abismo que se ha abierto bajo sus pies, permanece tan silenciosa y tranquila como si acabase de volver de un paseo por el parque. Las escaleras han desaparecido, engullidas por el infierno, y están a salvo.

O no, en realidad no. No es momento de sentarse a compartir recuerdos sobre aquella vez que casi no lo cuentan. Tiene que conseguir que se levanten de inmediato.

Sí, la puerta exterior estaba cerrada y nadie había forzado la de la casa, pero nadie les asegura que no haya una entrada trasera. O una ventana rota. O un tramo de verja caída hace una semana o un año. O un nido de hambrientos en alguna de las habitaciones de arriba, atraídos por el ruido cada vez más próximo de sus pasos.

Así que deben conseguir una base de operaciones segura.

Y tienen que registrar la zona. Asegurarse de que no hay unidades hostiles dentro del perímetro.

El lugar parece totalmente intacto, Parks tiene que reconocerlo. Pero a juzgar solo por las puertas que ve, debe de haber una cantidad indecente de habitaciones. No está listo para bajar la guardia hasta estar seguro de que todas y cada una de ellas son seguras.

Van probando las puertas una a una a medida que avanzan. La mayoría no se abre, cosa que a Parks le parece perfecta. Lo que haya detrás de una puerta cerrada puede

quedarse allí.

Las pocas que sí abren dan a dormitorios minúsculos. Las camas son de hospital, con armazones de acero ajustables y cables con botones de emergencia en la cabecera. Mesas plegables de melamina. Sillas de acero tubular con asientos desgastados de color borgoña. Aseos tan pequeños que el plato de ducha es más espacioso que el resto. La Wainwright House era una especie de clínica, no una casa.

Los cuartitos son tan estrechos que no podrían alojar ni a dos de ellos y Parks no cree que sea muy buena idea separarse. Así que siguen buscando.

Y entretanto no deja de preguntarse: ¿sabía la niña lo que estaba haciendo? ¿Era consciente de que podía desviar a los hambrientos con solo interponerse en su camino?

Es un pensamiento inquietante, porque ignora las consecuencias de las dos posibles respuestas. Estaba perdido y la niña lo salvó. Da varias vueltas a la idea en su cabeza, pero la mire por donde la mire, no consigue que mejore. De hecho, pensar en ello solo consigue hacerlo enfurecer.

Se desvían por un pasillo a mano derecha, luego por otro a mano izquierda, y finalmente llegan a una sala lo bastante grande para todos. Hay sillas de respaldo recto apoyadas en las paredes, decoradas con cuadros de escenas pastoriles británicas. Los carromatos de heno son la nota predominante. A Parks el arte no le interesa y la sala tiene unas cuantas puertas más de las que a él le gustaría, pero a estas alturas está bastante convencido de que es la mejor que van encontrar.

—Vamos a dormir aquí —dice a las civiles—. Pero antes que nada tenemos que revisar el piso. Asegurarnos de que estamos solos.

Al decir «tenemos» se refiere sobre todo a Gallagher y a él, pero en este caso cuanto antes acaben, mejor, así que decide incluir también a Justineau.

—Dijo que quería ayudar —le recuerda—. Ayúdenos con esto.

Justineau duda, con la mirada clavada en la doctora Caldwell, así que no es muy difícil deducir lo que le pasa por la mente. Le preocupa dejarla a solas con la niña. Pero Caldwell es quien ha salido peor parada de la pelea y de la huida. Está pálida y sudorosa, y sigue respirando con rápidos jadeos mientras los demás ya han recobrado el aliento.

—Van a ser cinco minutos —dice Parks—. ¿Qué cree que puede pasar en cinco minutos?

Su voz lo sorprende a sí mismo, por la rabia y la tensión que revela. Justineau se lo queda mirando. Y puede que Gallagher lo observe de reojo un instante.

Así que se explica:

—Nos será más fácil protegernos si somos tres. La niña no nos sirve porque no sabría qué buscar. Vamos, volvemos y mientras tanto ellas se quedan aquí para que sepamos dónde encontrarlas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dice Justineau.

Pero sigue mirándolo con mala cara. Como si pensase que esconde algo y

recelase de sus intenciones.

Se arrodilla y apoya una mano en el hombro de Melanie.

—Vamos a echar un vistazo rápido por ahí —dice—. Volveremos enseguida.

—Tenga cuidado —responde Melanie.

Justineau asiente.

Claro.

Lo primero que hace Melanie cuando se queda a solas con la doctora Caldwell es dirigirse al otro extremo de la sala y pegar la espalda a la pared. Observa cada movimiento de la doctora Caldwell, asustada y recelosa, lista para salir corriendo por la puerta tras la señorita Justineau.

Pero la doctora Caldwell se sienta pesadamente en una de las sillas, demasiado exhausta o enfrascada en sus propios pensamientos como para prestarle atención. Ni siquiera la mira.

En cualquier otro momento, Melanie habría salido a explorar. Lleva todo el día viendo cosas nuevas y maravillosas, pero el sargento les ha impuesto una marcha rápida y constante, y no ha tenido tiempo de investigar ninguna de las cosas maravillosas que veía a ambos lados del camino: árboles y lagos, verjas de enrejado, carteles que indicaban el camino a lugares que conoce por las clases, grandes anuncios cuyos carteles, prácticamente desintegrados, se han transformado en mosaicos de colores abstractos. Y criaturas vivientes: pájaros en el aire, y ratas, ratones y topos en la maleza paralela a la carretera. Un mundo demasiado grande para asimilarlo de una sola vez, demasiado novedoso para contar todavía con nombres.

Y ahora está allí, en aquella casa que tan poco se parece a la base. Que debe de estar llena de cosas que descubrir. Solo la sala en la que se encuentra está repleta de misterios grandes y pequeños. ¿Por qué las sillas están confinadas a sus extremos, cuando es tan espaciosa? ¿Por qué hay una pequeña cuna de alambre en la pared, junto a la puerta, con una botellita de plástico dentro y un cartel que reza LAS INFECCIONES CRUZADAS CUESTAN VIDAS? ¿Por qué hay una fotografía desgastada sobre una de las mesas (unos caballos al galope en un campo) que alguien ha cortado en centenares de trozos y luego reconstruido de nuevo?

Pero de momento, lo único que desea es meterse en algún sitio tranquilo y estar sola, para poder pensar en la terrible cosa que acaba de suceder. El terrible secreto que acaba de descubrir.

Aparte de la puerta por la que han entrado, hay otras dos en la sala. Melanie se dirige a la más cercana, aunque vigilando en todo momento a la doctora Caldwell (que sigue sin moverse) por el rabillo del ojo. Al otro lado se encuentra con otra sala, muy pequeña y casi toda blanca. Tiene armaritos y estantes blancos, y las paredes son de azulejos blancos y negros. En la parte superior de uno de los armaritos hay una serie de diales e interruptores. Huele a grasa vieja. Melanie sabe lo suficiente para deducir que se trata de un horno. Ha visto fotos en los libros. Aquello debe de ser una especie de cocina, un sitio donde preparan cosas ricas para comer. Pero es demasiado pequeña como para esconderse en su interior. Si la doctora Caldwell viene a buscarla estará atrapada.

Vuelve a salir. La doctora no se ha movido, así que se dirige a la otra puerta

dando un rodeo para no acercarse a ella. La segunda sala es muy distinta a la cocina. Las paredes están pintadas de colores brillantes y tienen carteles colgados. En uno de ellos dice FAUNA DE LA CAMPIÑA BRITÁNICA y en la otra hay palabras que comienzan por cada una de las letras del alfabeto. «Avión». «Barco». «Colegio». «Dedo». «Elefante». Los dibujos son alegres y sencillos. El barco y el colegio tienen caritas sonrientes y Melanie está casi segura de que no son representaciones realistas.

También allí hay sillas, pero son más pequeñas y están por todas partes, en grupitos, no ordenadas con pulcritud por todo el perímetro. En el suelo hay juguetes, abandonados con tanta despreocupación como si los hubieran dejado allí un momento antes. Muñecas con vestiditos y soldaditos de uniforme. Formas de casas, coches o personas hechas con bloques de plástico. Animales de peluche tan descoloridos que casi parecen grises.

Y libros. Montones de libros sobre las sillas, las mesas y el suelo. Y centenares más en una gran librería que hay junto a la puerta. Melanie no está de ánimo para cogerlos y ponerse a leer. El secreto le pesa demasiado. Y aunque quisiera, tiene las manos esposadas a la espalda y los pies, aunque desnudos, no son ni de lejos lo bastante flexibles como para pasar las páginas. Así que se limita a mirar los títulos:

La pequeña oruga glotona

El zorro en calcetines

Peepo

Polis y cacos

¿Qué se hace con un canguro?

Donde viven los monstruos

El disparate pirata

Pásame la mermelada, Jim

Los propios títulos son como historias. Algunos de los libros están rotos o deshechos y sus páginas están esparcidas por el suelo. Eso la entristecería de no ser porque su corazón está lleno a rebosar por un vertiginoso cargamento de emociones.

No es una niña. Es una hambrienta.

Es demasiado absurdo y terrible para ser verdad. Pero también demasiado evidente como para ignorarlo, al menos ahora. Los hambrientos que la ignoraron en la base, cuando podrían haberla devorado... Parece una prueba definitiva. O no. Puede que oliesen la sangre de la doctora Selkirk y eso los distrajese, o que buscasen una presa más grande, o que el gel desinfectante azul ocultase su olor, como hacen los productos químicos de las duchas con el de los adultos.

Pero en la calle, apenas hace un momento, cuando se puso delante del sargento Parks... en un gesto impulsivo, sin pensar, porque quería luchar contra los monstruos como él, en lugar de esconderse como un gran gato asustado, fue como si ni siquiera pudieran verla. Desde luego no querían devorarla, como les pasa con los demás. Era

como si fuese invisible. Como si en el sitio donde estaba no hubiera más que una gran burbuja de invisibilidad.

Pero esa no es la prueba principal. Solo es la pequeña prueba que la obliga a contemplar la principal, que es tan grande que ahora se pregunta cómo es posible que no la haya visto de inmediato. El propio mundo. El nombre. Hambrientos.

Se llaman así por la sensación que la embargó a ella cuando olió a la señorita Justineau en la celda, o a los chatarreros, fuera del bloque. Los hambrientos te huelen y luego te dan caza hasta que te devoran. No pueden contenerse.

Melanie sabe exactamente cómo se sienten. Lo que quiere decir que también es un monstruo.

Ahora tiene sentido que la doctora Caldwell piense que está bien cortarla en trocitos sobre una mesa para meterla en frascos.

La puerta que tiene detrás se abre casi sin hacer ruido.

Al volverse se encuentra con la doctora Caldwell, que la observa desde el umbral. Su expresión es complicada y confusa. Melanie se siente repelida por ella.

—Sea cual sea el factor pertinente —dice la doctora Caldwell con un rápido y sordo murmullo—, tú eres su apogeo. ¿Lo sabes? Una mente superdotada a la que no afecta en modo alguno esa porquería grisácea que te crece en el cerebro. El *Ophiocordyceps* tendría que haber devorado tu corteza cerebral sin dejar tras de sí más que los nervios motores y algunas respuestas aleatorias. Pero aquí estás.

Da un paso hacia delante y Melanie retrocede otro en dirección contraria.

—No voy a hacerte daño —dice la doctora Caldwell—. A fin de cuentas, tampoco me servirías de nada. No tengo laboratorio. Ni microscopios. Solo quiero observar las estructuras básicas. La raíz de tu lengua. Los lagrimales. El esófago. Ver hasta dónde ha llegado la infección. Eso ya es algo. Algo con lo que trabajar. El resto puede esperar. Pero eres un espécimen crucial y no puedo...

Al ver que la doctora Caldwell alarga el brazo hacia ella, Melanie se agacha, la esquiva y corre hacia la puerta. La doctora Caldwell se vuelve y está a punto de cogerla. Las yemas de sus dedos se deslizan sobre el hombro de Melanie, pero las vendas la entorpecen y no consigue agarrarla.

Melanie corre como si la persiguiera un tigre.

Oye el jadeo furioso de la doctora Caldwell:

—¡Joder! ¡Melanie!

Sale a la habitación grande, la de las sillas en el perímetro. Ni siquiera sabe si la sigue, porque no se atreve a mirar atrás. La bilis se le sube a la garganta al pensar en el laboratorio, en la mesa y en el cuchillo de mango largo.

En su pánico, huye por la primera puerta que encuentra, sin saber si es la correcta. No lo es. Es la cocina y está atrapada. Profiere un sonido desde el fondo de la garganta, un gimoteo animal.

Vuelve a salir a la sala de las sillas. La doctora Caldwell está al otro extremo. La puerta del pasillo está a medio camino.

—No seas estúpida —dice la doctora Caldwell—. No voy a hacerte nada. Solo quiero examinarte.

Melanie echa a andar hacia ella con la cabeza gacha, dócil.

—Eso es —dice la doctora Caldwell con voz tranquilizadora—. Vamos.

Cuando Melanie llega a la altura de la puerta que da al pasillo, escapa por ella.

Como no sabe a dónde va, tampoco le importa la dirección, pero las memoriza de todos modos. Izquierda. Izquierda. Derecha. No puede impedirlo. Es el mismo instinto que le hizo memorizar la ruta de regreso al bloque de las celdas, cuando el sargento Parks se la llevó al laboratorio de la doctora Caldwell. La palabra hogar sigue teniendo distintos significados, pero necesita recordar el camino de regreso. Es una necesidad que lleva demasiado dentro como para extraerla.

Todos los pasillos se parecen y en ninguno de ellos hay donde esconderse, al menos para alguien que no puede utilizar las manos. Pasa por delante de una puerta tras otra, todas cerradas.

Finalmente se oculta en una especie de nicho, un pequeño ensanchamiento del pasillo que crea un ángulo, un refugio del tamaño justo para su cuerpo. Solo engañaría a alguien que no estuviese buscándola, dado que cualquiera que pase la verá con solo volver la cabeza. Si la doctora Caldwell la encuentra, volverá a echar a correr y si la coge llamará a gritos a la señorita Justineau. Ese es el plan, el mejor que se le ocurre.

Aguza los oídos en busca de pasos distantes. Y cuando oye la canción, desde mucho más cerca, salta como un conejo.

—Cogió su caballo... por el borrén...

Es una voz tan ronca que casi no es una voz. Un hálito forzado a atravesar una grieta de la pared por un fuelle roto. Es como si alguien hubiera dejado atrás una canción al morir y ahora flotase entre los árboles.

Y solo son esas seis palabras. Silencio antes y silencio después. Durante casi un minuto. Melanie cuenta entre dientes, temblando.

—Y lo llevó... hasta el... establo.

Esta vez no salta, pero sí se muerde el labio. No puede imaginarse la boca capaz de producir tales sonidos. Ha oído hablar de los fantasmas —una vez, la señorita J contó en clase algunas historias, pero se detuvo al acercarse demasiado al tema de la muerte— y Melanie se pregunta si será el fantasma de alguien que murió allí, que sigue cantando lo que cantaba en vida.

—Hay heno... y avena... para tu caballo, mi... amor...

Tiene que saberlo. Aunque sea un fantasma, no sería tan aterrador como seguir sin saberlo. Sale del escondrijo y dobla una esquina en pos del sonido.

Una luz tan roja como la sangre sale por una puerta abierta y la amilana un instante. Pero en cuanto la atraviesa se da cuenta de que es solo la luz del crepúsculo, que entra por una ventana.

¡Solo! Es la segunda vez que lo ve, pero esta es aún más impresionante. El cielo

está prendido de abajo arriba, recorrido por unas llamas que recorren todo el espectro cromático, de los ardientes anaranjados del suelo a los violetas y azules de su cénit.

Le impide darse cuenta, durante al menos diez o veinte segundos, de que no está sola.

Caroline Caldwell también sigue el sonido de la extraña voz. Es consciente, claro está, de que no es la sujeto número 1 la que canta. Pero igualmente está convencida de que quien sea no representa una amenaza. Hasta que lo ve.

El hombre que se sienta en la cama parece el remate de un mal chiste. Lleva un camisón de hospital que se ha abierto y deja ver la desnudez que debía ocultar. Su cuerpo está surcado de viejas heridas. Unos profundos cortes en la carne de sus hombros, sus brazos y su cara marcan los sitios donde lo mordieron. Aunque esta manera de expresarlo se queda corta: se han alimentado de él, arrancando y consumiendo pedazos enteros de su sustancia física. Hay arañazos y desgarros sobre su pecho y su estómago, en los sitios donde los hambrientos que lo devoraron parcialmente lo agarraron y sujetaron. Le han arrancado los dos dedos centrales de la mano derecha a la altura de la segunda falange: una herida defensiva, supone Caldwell, recibida al tratar de sacarse de encima a un hambriento.

El toque mórbido es el vendaje del codo. El hombre ingresó en Wainwright con algún problema trivial, como bursitis, y, como sucede muchas veces, experimentó complicaciones durante el tratamiento. En este caso, las complicaciones consistieron en que los hambrientos se alimentaron de él y lo convirtieron en uno de ellos.

Sigue cantando, aparentemente ajeno al hecho de que Melanie está allí de pie, justo delante de él, y Caldwell en la puerta del cuarto.

—Ve y dale de comer... todo lo que puedas...

Sus palabras son tan extrañamente apropiadas que Caldwell queda desconcertada un instante. Pero no son la respuesta a sus pensamientos, sino el último verso de la cuarteta. Recuerda vagamente la canción. Es *El soldado que viaja desde el norte*, una antigua balada popular, tan deprimente e interminable como la mayoría de ellas. Precisamente el tipo de canción que esperaría que cantase un hambriento.

Si cantasen. Cosa que no hacen.

Otra cosa que no hacen es mirar fotografías, pero este lo está haciendo. Mientras canta, sujeta una cartera en el regazo, una cartera de esas con una solapa adicional para tarjetas de crédito. Esta no contiene tarjetas, sino fotografías. El hambriento está tratando de tocarlas con uno de los dedos que aún conserva en la mano derecha.

Sus movimientos son intermitentes, y las pausas entre verso y verso, en las que permanece sentado, completamente inmóvil, son muy largas. Cada vez que intenta dar la vuelta a una fotografía y no lo consigue susurra un nuevo verso.

—Ella lo cogió... de la mano... blanca como las lilas...

Involuntariamente, los ojos de Caldwell buscan los de Melanie. La mirada que intercambian no transmite afinidad alguna, más allá de la consanguinidad básica que les impone el hecho de ser dos criaturas racionales y definidas, enfrentadas a lo imposible, lo insólito.

Caldwell entra en la habitación y rodea al infectado, muy lenta y cautelosamente.

Las marcas de violencia que exhibe son, comprueba ahora, muy antiguas. La sangre de las heridas se ha secado y se ha ido desprendiendo en copos. Cada uno de los cortes está rodeado por un encaje de finísimas hebras grisáceas, prueba visible de que *Ophiocordyceps* se ha apoderado de él. Y también tiene una pelusa del mismo color en los labios y en el rabillo de los ojos.

Es posible, piensa con clínica racionalidad, que haya permanecido en ese cuarto, en esa misma cama, desde que se infectó. Si es el caso, es posible que algunos de los mordiscos de sus brazos se los haya infligido él mismo. El hongo necesita proteínas, ante todo, y aunque puede sobrevivir con muy poco, no puede vivir del aire. El autocanibalismo es una estrategia de supervivencia eminentemente práctica en el caso de un parásito para el que el cuerpo de su anfitrión es solo un vector temporal.

Caldwell está totalmente fascinada. Pero también, después de lo que sucedió fuera, es consciente de que debe mostrarse cauta. Retrocede de nuevo hasta la puerta y pide con un gesto a la chica, al sujeto de experimentación, que se reúna con ella. Melanie se queda exactamente donde está. Ha identificado a Caldwell como la mayor de las amenazas presentes, cosa que, de hecho, dista mucho de ser irrazonable.

Pero Caldwell no tiene tiempo para tonterías.

Saca el arma que le dio el sargento Parks, que hasta ahora ha permanecido en el bolsillo de su bata de laboratorio. Le quita el seguro con el pulgar, la empuña con ambas manos y apunta a Melanie. A la cabeza.

Melanie se pone tensa. Ha visto lo que hacen las armas de fuego a corto alcance. Mira fijamente el cañón, enfermizamente hipnotizada por su proximidad, su letal potencialidad.

Caldwell vuelve a llamarla, esta vez con un movimiento de la cabeza.

—Ella lo llevó... a la pensión...

Melanie tarda mucho en decidirse, pero al final se acerca a Caldwell. La doctora sujeta el arma con una mano y le pone la otra en el hombro para sacarla del cuarto.

Se vuelve de nuevo hacia el hambriento.

—Hay tarta y vino para ti, mi amor —canta este—. Los mejores frutos de mis tierras.

El hambriento se estremece con una rápida convulsión que lo atraviesa de la cabeza a los pies. Caldwell retrocede precipitadamente un paso y lo apunta al pecho con el arma. A esa distancia es imposible que falle.

Pero el hambriento no se levanta. Se limita a mover la cabeza de lado a lado, como si estuviera tratando de localizar la procedencia del sonido.

—So... —susurra con esa voz cascada que casi no es una voz—. So-so-so...

—Déjelo en paz —murmura Melanie con ferocidad—. No le está haciendo ningún daño.

—Ella se quitó el rojo, rojo camisón —canturrea Caldwell—. Y lo dejó junto al fuego.

—So... —grazna el hambriento—. So...

—Quite de en medio —dice el sargento Parks.

Apoya una mano en el hombro de Caldwell y la aparta con brusquedad.

—... phie —dice el hambriento.

Parks dispara una vez. En la frente del hambriento aparece un círculo negro y bien delimitado, como una marca de casta. Cae de costado y rueda hasta el suelo. Unas manchas muy viejas, negras, rojas y grises, indican el lugar donde ha yacido tanto tiempo.

—¿Por qué? —aúlla Caldwell, incapaz de contenerse.

Y se vuelve hacia el sargento con los brazos abiertos de par en par.

—¿Por qué tiene que dispararles siempre en la cabeza, joder?

Parks le devuelve la mirada con rostro pétreo. Al cabo de un momento, le agarra la mano derecha y la obliga a bajar hasta que el arma apunta al suelo.

—Si quiere dar lecciones con un arma en la mano —dice—, procure que sea con el seguro puesto.

Teniendo en cuenta lo mal que empezó todo, la segunda noche de su viaje es mucho mejor que la primera, al menos en opinión de Helen Justineau.

Para empezar, tienen algo de comer. Y lo que es aún más milagroso, tienen donde cocinarlo, porque la pequeña cocina es de butano. La bombona que estaba enchufada está vacía, pero hay otras dos llenas en un rincón del cuarto y parecen en buen estado.

Los tres —Justineau, Parks y Gallagher— investigan los tesoros que esconden los armarios de la cocina a la luz de unas linternas y de la luna casi llena que resplandece fuera el exterior y anuncian sus hallazgos con exhalaciones de maravilla o repugnancia. Justineau comete el error de comprobar las fechas de caducidad, y, como es lógico, todas se remontan a hace más de una década, pero Parks insiste en que las latas están bien. O al menos la mayoría, según las leyes de la probabilidad. Además, cuando el contenido de una lata se oxida apesta, de manera que pueden probar suerte hasta que esta les sonría.

Justineau sopesa los riesgos frente a la certeza absoluta que supone la mezcla de proteínas y carbohidratos número 3. Coge un abrelatas que ha encontrado en un cajón y comienza a abrir una de las latas.

Sufren algunos episodios desagradables, pero la teoría de Parks se demuestra acertada. Unas treinta o cuarenta latas más tarde, terminan con un menú de ternera en salsa, patatas de guarnición, judías y puré de guisantes. Parks enciende la cocina con una caja de cerillas —de las de toda la vida, que debe de tener siglos de antigüedad—, que saca del bolsillo con un movimiento sospechosamente teatral, y Gallagher cocina mientras Justineau le quita el polvo a los platos y la cubertería y los lava con un poquito de agua de una de las cantimploras.

Melanie y la doctora Caldwell no participan. Caldwell se ha sentado en una de las sillas de la sala común, y está ocupada quitándose o ajustando los vendajes de sus manos. Su rostro exhibe una expresión de furiosa intensidad y cuando le hablan no responde. Podría parecer que está enfurruñada, pero en opinión de Justineau lo que están viendo es pensamiento en estado puro. La científica en acción.

Melanie se encuentra en la otra habitación, que evidentemente era una sala de juegos en la que se quedaban los hijos de los pacientes o las visitas. Se ha mostrado apagada y taciturna desde que llegaron. Es difícil extraerle una sola palabra. Parks se ha negado en redondo a soltarle las manos, pero al menos hay carteles en las paredes que puede mirar y un viejo puf de color rojo fuerte en el que puede sentarse. Le han atado el tobillo al radiador con una cadena corta, que le da libertad de movimientos en un radio de unos siete metros.

Cuando la comida está lista, Justineau le lleva un poco. La niña está sentada en el puf, con las piernas cruzadas y, sus ojos azules escudriñan uno de los carteles de la pared, donde aparecen ratones de campo, tejones y otros ejemplos de fauna campestre británica. Justineau se fija en que su cabeza está cubierta por una fina pelusa amarilla.

Los primeros indicios de un pelo que vuelve a crecer. Le recuerda a un pollito recién nacido.

Se sienta a su lado para acompañarla mientras come. Según Caldwell, los hambrientos solo pueden metabolizar las proteínas, así que Justineau le ha quitado la salsa a unos trozos de ternera y los ha puesto en un cuenco.

A Melanie le asusta un poco que la comida esté caliente. Justineau tiene que soplar en los trozos de carne antes de dárselos —a través de la rejilla de acero de su bozal— con un tenedor. No parece que le gusten demasiado, pero le da las gracias con mucha educación.

—Qué día más largo —comenta Justineau.

Melanie asiente pero no dice nada.

Cuando acaban con la comida, le enseña a la niña lo demás que ha encontrado. Algunos de los cuartos tenían ropa en el armario o en los cajones. En uno de ellos debió de alojarse una chica, seguramente un poco más joven que Melanie, pero de talla similar.

Melanie se queda mirando la ropa que le enseña Justineau, sin pronunciar palabra. Aun sombría y taciturna como es, resulta evidente que está fascinada. Hay unos vaqueros de color rosa con un unicornio bordado en el bolsillo de atrás. Una camiseta azul pastel, con las palabras BORN TO DANCE estampadas. Una chaqueta de aviador, también rosa, con solapas abotonadas en los hombros y montones de bolsillos. Unas braguitas blancas y calcetines con franjas de colores. Unas zapatillas con cordones de estrellas.

—¿Te gusta? —pregunta Justineau.

Melanie no ha dicho nada, pero su mirada salta entre las extrañas ofrendas, estudiándolas o tal vez comparándolas.

—Sí —dice—. Eso creo. Pero...

Titubea.

—¿Qué pasa?

—No sé cómo se ponen.

Claro. Nunca ha llevado ropa con botones o cremalleras. Y además están la cadena y las esposas.

—Yo te echaré una mano —le promete Justineau—. No podemos hacer nada hasta mañana por la mañana, pero antes de que nos pongamos en marcha le pediré al sargento Parks que te desate unos minutos. Te quitaremos esa vieja y mohosa sudadera y te dejaremos como un pincel.

—Gracias, señorita Justineau —responde la niña con expresión solemne—. El otro soldado también debe estar presente.

Esto entristece un poco a Justineau.

—No tienen por qué ver cómo te cambias —dice—. Mejor les pedimos que esperen en el cuarto de al lado, ¿no?

Melanie sacude la cabeza.

—No.

—¿No?

—Uno para desatarme y el otro para apuntarme con la pistola. Tiene que haber dos.

Hablan un rato más de las cosas que han sucedido, revistiendo la violencia de palabras cuidadosas y delicadas para que parezca menos espantosa. Melanie, a su pesar, encuentra interesante este hecho, el hecho de que puedas usar palabras para ocultar cosas, o para no tocarlas, o para fingir que son lo que no son. Ojalá pudiera hacerlo con su gran secreto.

Parece que la señorita Justineau cree que Melanie está triste por la muerte de todos esos hambrientos y está intentando hacerle sentir mejor. Es cierto que se siente triste por ellos, al menos un poco. Pero ahora ya sabe que los hambrientos habían dejado de ser gente incluso antes de que los mataran. Eran más bien como casas vacías donde antes vivía gente.

Procura tranquilizar a la señorita J, procura que comprenda que no está triste por los hambrientos. Ni siquiera por el que cantaba la canción, aunque no crea que el sargento Parks tuviera razón para dispararle. Solo estaba ahí, sentado en la cama, y lo único que podía hacer era cantar y mirar sus fotos.

Pero también la señora de la calle parecía inofensiva hasta que gritó la doctora Caldwell. Da la sensación de que los hambrientos pueden cambiar muy deprisa y cuando estás cerca de ellos debes tener cuidado todo el rato.

—Te protegeré —le dice la señorita Justineau en ese momento—. Lo sabes, ¿no? No permitiré que te hagan nada.

Melanie asiente. Sabe que la señorita Justineau la quiere y hará lo que pueda. Pero ¿cómo va a salvarla de sí misma?

—He encontrado esto —dice Gallagher cuando Helen Justineau vuelve a la mesa.

A esas alturas la comida se le ha enfriado y los demás casi han terminado, pero Gallagher considera que esto es algo para todos. Cree que Helen Justineau tiene una sonrisa sexy para su edad y le gustaría que algún día se la brindase.

Deja sobre la mesa una botella que encontró en un cuarto escobero mientras registraban. Estaba en el suelo, cubierta por un montón de bayetas enmohecidas y no la habría visto de no haber sido porque la golpeó con el pie y oyó el ruido del líquido.

Al bajar la mirada vislumbró una esquina de la etiqueta, una tentadora pincelada de marrón y dorado que asomaba junto al borde de la mohosa montaña de bayetas azul celeste. Brandy Metaxa de tres estrellas. Una botella entera e intacta. En un primer momento se apartó de ella y de la venenosa liberación que representaba. Volvió a taparla con las bayetas para ocultarla.

Pero no podía dejar de pensar en ella. Ha estado todo el día angustiado, pensando en el viaje. En volver a Beacon y al mundo estrecho y amurallado que tanto se alegró de abandonar en su día. Se ha sentido como si caminase constantemente entre la espada y la pared. Puede, ha llegado a pensar, que los momentos desesperados requieran medidas desesperadas.

Los demás clavan los ojos en la botella y la apagada conversación que mantenían queda en suspenso al instante.

—¡Mierda! —susurra el sargento Parks con un tono que parece reverente.

—Es un buen licor, ¿no? —pregunta Gallagher mientras se ruboriza.

—No. —El sargento Parks sacude lentamente la cabeza—. No, no es demasiado bueno, pero es auténtico. No es esa mierda que destilan en cubos de lata.

Da la vuelta a la botella en las manos e investiga el sello con la mirada y con el olfato.

—Promete —dice—. Antes no habría tocado algo que no fuese coñac francés, pero qué coño... Traiga unos vasos, soldado.

Gallagher los trae. Pero no consigue la esperada sonrisa de Justineau. Está casi igual de apagada que la doctora Caldwell, como si todas las crisis que han sufrido a lo largo del día hubieran sometido a sus nervios a una tensión excesiva.

Pero entonces sucede algo aún mejor que la sonrisa, porque el sargento le sirve a él primero.

—Como organizador de la fiesta, soldado —dice una vez que les ha servido a todos—, le corresponde el primer brindis.

Gallagher, que ya está ruborizado, se ruboriza aún más. Levanta el vaso.

—¡Una botella para los cuatro y que nadie más se traiga un vaso! —recita.

Uno de los brindis de su padre, lanzado siempre con un rugido que atravesaba los finos tablones del parqué hasta llegar a un Kieran Gallagher preadolescente, que, escondido debajo de una manta, oía cómo se divertían los adultos.

Un rato, antes de empezar a insultarse. Y luego a pelearse.

El brindis es aceptado y los vasos se encuentran con un tintineo. Beben todos. El áspero y dulce licor se abre paso por la garganta de Gallagher. Hace lo que puede por mantener la boca cerrada, pero el licor explota en un ataque de tos. Pero no tan grave como el de la doctora Caldwell, que se cubre la boca con la mano y, cuando llega la tos a pesar de sus esfuerzos, expulsa una mezcla de brandy y saliva entre los dedos.

Todos se echan a reír a carcajadas, incluida la doctora. De hecho, es la que más tiempo se ríe. La risa se apodera de ella cada vez que la tos le da un respiro y luego vuelve a cederle el puesto. Es como si el alcohol fuese una magia capaz de apaciguarlos a todos de repente, a pesar de que apenas han tomado un trago. Gallagher conserva los suficientes recuerdos sobre las francachelas de su familia como para mirar con escepticismo este milagro.

—Le toca —dice el sargento a Justineau mientras vuelve a servir.

—¿Hacer un brindis? Mierda.

Justineau sacude la cabeza, pero levanta el vaso a rebosar.

—Por que vivamos cuanto queramos. ¿Qué tal?

Echa la cabeza hacia atrás y apura el vaso de un trago. El sargento hace lo propio. Gallagher y la doctora Caldwell beben con más cautela.

—Es por que vivamos cuanto queramos y tengamos cuanto deseemos —la corrige Gallagher.

Se los conoce mejor que las Sagradas Escrituras.

Justineau baja el vaso.

—Sí, vale —dice—. Aquí no tiene mucho sentido pedir la luna, ¿verdad?

El sargento llena de nuevo sus vasos, incluidos los de Gallagher y Caldwell, que no habían terminado.

—¿Doctora? —pregunta.

Caldwell se encoge de hombros. No parece interesada en lanzar alentadoras exhortaciones.

Parks toca todos los vasos con el suyo, uno a uno.

—Por el viento que sopla, por la nave que navega y por la moza que ama a un marinero.

—¿Conoce a alguno? —pregunta Justineau, sardónica, una vez que ellos dos han apurado sus vasos y Gallagher ha tomado un educado sorbito.

Su incursión en la botella marcha ya más que avanzada.

—Todo hombre es un marinero —dice Parks—. Y toda mujer un océano.

—Vaya gilipollez —exclama Justineau.

El sargento se encoge de hombros.

—Puede, pero le sorprendería la de veces que funciona.

Más carcajadas, esta vez con un cierto repique descontrolado. Gallagher se pone en pie. Esto no le conviene y ha sido una estupidez intentarlo. Está empezando a recordar cosas que prefiere mantener en el olvido la mayor parte del tiempo, por

razones más que justificadas. Los fantasmas comienzan a levantarse ante sus ojos y no quiere tener que mirarlos a la cara. Ya los conoce demasiado bien.

—Sargento —dice—. Voy a hacer una ronda más para asegurarme de que todo está en orden.

—Me alegro por ti, hijo —responde Parks.

Ni siquiera lo miran cuando sale.

Recorre los pasillos sin encontrar nada que no hubieran encontrado en la primera ronda. Al pasar junto a la habitación del hambriento muerto se tapa la boca y la nariz: el hedor es realmente espantoso.

Pero lo peor es cuando llega a lo alto de las escaleras que voló el sargento. Allí el olor es como el aliento del infierno. No suena nada y no se mueve nada. Gallagher se acerca hasta el borde y baja la mirada hacia las impenetrables sombras. Al cabo de un momento, reúne el valor necesario para sacar la linterna del cinturón, apuntar con ella hacia allí y encenderla.

En el círculo perfecto de la luz de la linterna, hay seis o siete hambrientos apelonados. La luz hace que se retuerzan e intenten moverse, pero están demasiado apretados y apenas pueden hacerlo.

Gallagher desliza el haz de la linterna adelante y atrás. Ocupan todo el pasillo, como sardinas en lata. Los hambrientos de los que huyeron hace pocas horas, junto a sus amigos y los amigos de sus amigos. Cuando la luz pasa sobre ellos, se mueven peristálticamente. Sus fauces se abren y cierran.

El ruido de los disparos los ha atraído desde dondequiera que estuviesen. Los ruidos significan seres vivos. Ahora están aquí y aquí se van a quedar hasta que devoren algo o algún otro estímulo dé cuerda al mecanismo de sus putos cerebros de relojería y se pongan otra vez en movimiento.

Gallagher retrocede, revuelto y asustado. Ha perdido las ganas de hacer la ronda de noche.

Regresa a la sala común. Parks y Justineau siguen dando buena cuenta de la botella, mientras la doctora Caldwell se ha tendido sobre tres sillas para dormir.

Piensa que quizá debería ir a ver a la niña hambrienta. Asegurarse al menos de que la cadena con la que la han atado al radiador no se ha soltado.

Recorre con la mirada la habitación de los juguetes. La niña sigue en el puf, muy quieta y silenciosa, con la cabeza gacha y mirando al suelo. Gallagher reprime un escalofrío: por un momento parece idéntica a los monstruos del piso de abajo.

Deja la puerta abierta con una silla. Le da miedo quedarse solo con esa criatura en una oscuridad casi completa. Se acerca a ella haciendo ruido, para que se dé cuenta. La niña levanta la mirada, lo que es un alivio. No es como lo que hacen los hambrientos, que miran a ambos lados antes de localizarte, como si tuviesen un telémetro dentro. Este gesto es más propio de un ser humano.

—¿Qué tenemos aquí? —le pregunta Gallagher.

El suelo está cubierto de libros, así que supone que lo que estaba mirando la chica

es eso. Con las manos esposadas a la espalda no puede hacer otra cosa. Gallagher coge el libro más próximo, *Los niños del agua*, de Charles Kingsley. Parece muy antiguo y tiene sobrecubierta, aunque está rota en una esquina. En la ilustración aparece un puñado de preciosas hadas que sobrevuelan los tejados de una ciudad. Puede que sea Londres, pero Gallagher, que nunca ha estado allí, no puede saberlo.

La niña hambrienta lo está observando sin decir palabra. No es una mirada hostil, pero sí muy concentrada. Como si no supiese a qué ha venido y estuviera preparada para una sorpresa desagradable.

Lo único que sabe de él es que era uno de los que la ataban siempre a la silla y la metían y sacaban del aula. Gallagher no recuerda ahora mismo si le ha dicho algo alguna vez. Por eso pronuncia las palabras con ciertos titubeos, un poco cohibido. Sin saber muy bien por qué lo dice.

—¿Quieres que te lea eso?

Hay un momento de silencio. Un momento de aquella mirada fija y de ojos muy abiertos.

—No —responde la niña.

—Oh.

A esto se reduce toda su estrategia conversacional. No tiene un plan B. Se encamina a la puerta y a la sala iluminada que hay más allá. Aparta la silla y, cuando se dispone a cerrar la puerta, ella pregunta atropelladamente:

—¿Puede mirar en la librería?

Gallagher se vuelve y vuelve a colocar la silla donde antes.

—¿Cómo?

Hay un silencio prolongado. Como si ella lamentase haber hablado y no estuviera segura de querer repetirlo. Gallagher le da tiempo.

—¿Puede mirar en la librería? La señorita Justineau me regaló un libro, pero tuve que dejarlo. Si estuviera también aquí...

—¿Sí?

—Pues... podría leerme ese.

Gallagher no se había fijado en la librería hasta entonces. Sigue la mirada de la niña y la ve, junto a la puerta.

—Vale —dice—. ¿Cómo se llamaba el libro?

—*Relatos contados por las musas*. —La emoción le provoca un leve temblor en la voz—. De Lancelyn Green. Va sobre los mitos griegos.

Gallagher se acerca a la librería, enciende la linterna y recorre los estantes con ella. La mayoría son libros de ilustraciones para niños, de lomo grapado y no liso, así que tiene que sacarlos para ver los títulos. Pero también hay algunos libros de verdad y los examina concienzudamente.

Ninguno trata sobre los mitos griegos.

—Lo siento —dice—. No está. ¿No quieres probar otra cosa?

—No.

—Aquí hay uno de Pat el Cartero. Con un gato blanco y negro.

Lo levanta para enseñárselo. La niña hambrienta le dirige una mirada fría y luego la aparta.

Gallagher vuelve con ella y coloca una silla a lo que considera una distancia segura.

—Me llamo Kieran —le dice. No hay respuesta—. ¿Hay algún cuento que sea tu preferido?

Pero la niña no quiere hablar con él y lo entiende. ¿Por qué iba a querer?

—Te voy a leer este —dice.

Levanta un libro llamado *Me gustaría mostrarte*. Los dibujos son muy similares a los de *El gato en el sombrero*, y por eso lo ha escogido. Cuando era niño le encantaba la historia del gato, el pez, los niños y las dos cosas llamadas 1 y 2. Le gustaba imaginar que su propia casa acababa así de revuelta y luego se recomponía un segundo antes de que entrase su padre. A los siete años era una emoción intensa y prohibida para él.

—Me voy a sentar aquí a leer este —le dice a la niña.

Ella se encoge de hombros como si no fuese asunto suyo.

Gallagher abre el libro. Las páginas están húmedas y se pegan un poco, pero consigue separarlas sin que se rompan.

—Un día, mientras caminaba por la calle —recita—, me encontré con un joven que llevaba unas botas de color rojo. Su cinturón tenía hebilla y su sombrero una pluma. Llevaba una camisa de seda y unos pantalones de cuero y no podía permanecer erguido ni dos segundos seguidos.

La niña finge que no lo escucha, pero Gallagher no se deja engañar. Salta a la vista que está ladeando la cabeza para poder ver las ilustraciones.

Parks sirve más brandy. Se está agotando rápidamente. Justineau bebe, a pesar de que acaba de llegar a esa fase en la que sabe que no es buena idea. Al despertar estará hecha una porquería.

Se abanica la cara, que está tan caliente que la incomoda. El alcohol siempre le produce este efecto, incluso en dosis medicinales.

—Dios —dice—. Necesito un poco de aire.

Pero no hay mucho aire allí. La ventana tiene unas rejas de seguridad y solo se abre doce centímetros.

—Podríamos subir al tejado —sugiere Parks—. Hay una salida de incendios al final del pasillo que da allí.

—¿Será seguro el camino al tejado? —pregunta Justineau, y el sargento asiente.

Naturalmente, lo habrá comprobado. Te guste o no, es la clase de hombre que ha edificado su identidad alrededor del bendito sacramento de la fiabilidad. Lo comprobó en el parque, cuando les salvó la vida a todos al reaccionar casi tan rápido como los hambrientos.

—Vale —dice—. Vamos a ver cómo es ese tejado.

Y el tejado es fantástico. Casi cinco grados más fresco que la sala común y con una agradable brisa que les sopla en la cara. Bueno, puede que decir agradable sea pasarse un poco, porque el viento huele a podrido, como si hubiese una enorme montaña de carne en mal estado, invisible en la oscuridad, y estuviesen inhalando los vapores que emite. Justineau se tapa sobre la mitad inferior de la cara con el vaso, como si fuese una máscara de oxígeno, para respirar el brandy en su lugar.

—¿Tienes alguna idea de lo que es? —pregunta a Parks con una voz amortiguada y distorsionada por el cristal.

—No, pero aquí es más intenso —responde Parks—, así que sugiero que vayamos allí.

La conduce hasta la esquina sudeste del edificio. En aquella dirección se encuentran Londres y la lejana Beacon, el hogar que los ha lanzado como una caña y ahora recoge el sedal. Justineau deja que la distancia haga su magia de costumbre, a pesar de que sabe demasiado bien que Beacon es un vertedero. Un gran campo de refugiados gobernado por un terror muy real y un optimismo alimentado artificialmente, algo así como un hijo bastardo de Butlins y Colditz. Su transición al totalitarismo marchaba ya muy avanzada cuando tuvo la suerte de salir de allí y no está impaciente por averiguar en qué se ha convertido en los tres años que han transcurrido desde entonces.

Pero ¿qué otro sitio hay?

—La doctora es todo un personaje, ¿eh? —murmura Parks mientras se inclina sobre el pretil y contempla la oscuridad.

La luz de la luna cubre la ciudad de manchas blancas y negras de bordes

recortados, como una ilustración sacada de un libro. El negro, que es predominante, convierte las calles en los lechos de un río insondable por el que circula un caudal de aire.

—Esa palabra la define muy bien —responde Justineau.

Parks se echa a reír y levanta el vaso con aire burlón, como si estuvieran brindando por su opinión compartida sobre Caroline Caldwell.

—La verdad es que —dice—, en cierto modo me alegro de que haya terminado todo. Lo de la base, me refiero, y la operación. Preferiría que no estuviéramos aquí perdidos, obviamente, y espero que no seamos los únicos que hemos escapado. Pero me alegro de no tener que seguir haciéndolo.

—¿Haciendo qué?

Parks hace un gesto. En la penumbra, Justineau no alcanza a distinguirlo.

—Mantener bajo control ese manicomio. Asegurarme de que funciona, mes tras mes, sin contar con otra cosa que un montón de buenas intenciones. Joder, lo increíble es que hayamos durado tanto. Sin hombres suficientes, sin equipo suficiente, sin comunicaciones, joder... Sin una cadena de mando como Dios manda...

Se detiene muy bruscamente, lo que hace que Justineau analice sus palabras para tratar de decidir cuáles preferiría no haber dicho.

—¿Cuándo se interrumpieron las comunicaciones? —pregunta.

Parks no responde. Así que le repite la pregunta.

—El último mensaje de Beacon llegó hace unos cinco meses —reconoce Parks—. Las frecuencias de señales habituales no han mostrado actividad desde entonces.

—¡Joder! —Justineau está profundamente conmocionada—. Así que ni siquiera sabemos si... ¡Joder!

—Lo más probable es que solo signifique que han trasladado la antena —dice Parks—. Podría pasar, aunque solo haya sido una corta distancia. La chatarra que utilizamos como radios no funciona si no apunta directamente al origen de la señal. Es como tratar de encestar desde cien kilómetros de distancia.

Guardan silencio mientras piensan en ello. La noche parece haberse hecho más grande y también más fría.

—Dios mío —dice Justineau al fin—. Es posible que seamos los últimos. Nosotros cuatro.

—No somos los últimos.

—Eso no lo sabe.

—Sí, lo sé. A los chatarreros les va de puta madre.

—Los chatarreros...

Lo dice con tono de amargura. Había oído historias y ahora lo ha visto con sus propios ojos. Gente tan decidida a sobrevivir que ha olvidado cualquier otra cosa. Parásitos y carroñeros, de conducta casi tan inhumana como el *Ophiocordyceps*. No construyen ni preservan. Se limitan a permanecer con vida. Y su implacable

estructura patriarcal reduce a las mujeres a la condición de bestias de carga o reproductoras.

Si esa es la última esperanza de la humanidad, la mejor que le queda, tal vez sea mejor extinguirse.

—Ha habido otras épocas oscuras —dice Parks, que al parecer es capaz de interpretar sus reacciones mucho mejor de lo que a ella le gustaría—. Las cosas se desmoronan y la gente las reconstruye. Dudo que haya existido una época en la que la vida se mantuviera... estática. Siempre existen las crisis, en cualquier forma.

»Y además está el resto del mundo, ¿sabe? Beacon estaba en contacto con comunidades de supervivientes en Francia, España, América... En mil sitios. Las ciudades, cualquier sitio donde viviera mucha gente apiñada, se llevaron lo peor y con ellas cayó buena parte de la infraestructura. En zonas menos desarrolladas, el contagio se propagó más despacio. Puede que haya sitios a los que no ha llegado.

Parks le rellena el vaso.

—Quería preguntarle una cosa —dice.

—Adelante.

—Ayer dijo que estaba dispuesta a coger a la niña e irse con ella.

—¿Y?

—¿Lo decía en serio? No es lo que quiero preguntarle, pero ¿de verdad se separaría del grupo e intentaría volver sola a Beacon?

—Hablabas en serio cuando lo dije.

—Vale. —Toma un sorbo de brandy—. Me lo suponía. Bueno, el caso es que me llamó la atención algo justo antes de apuntarle a Gallagher a la cara. Y no lo entendí. Dijo que éramos autómatas programados. ¿Qué significa?

Justineau está avergonzada.

—Es una especie de insulto —responde.

—Ya, bueno. Me habría sorprendido que fuese un besito en la mejilla. Siento curiosidad, nada más. ¿Significa como que somos insensibles, o algo así?

—No. Es un término extraído de la psicología. Alude a un comportamiento con el que uno nace y no puede cambiar. O que obligan a repetir hasta que ni siquiera te lo planteas. Algo automático.

Parks se echa a reír.

—Como los hambrientos —sugiere.

Justineau se siente un poco avergonzada, pero responde bien.

—Sí —admite—. Como los hambrientos.

—Sabe insultar de puta madre —la alaba Parks—. En serio. Y no es habitual.

Levanta de nuevo el vaso.

Y le pasa un brazo alrededor de los hombros.

Justineau se aparta bruscamente.

—¿Qué coño hace? —inquire.

—Creía que tenía frío —dice Parks con tono de sorpresa—. Estaba tiritando.

Perdone. No intentaba nada.

Ella se lo queda mirando un buen rato, sumida en un silencio mortal.

Y entonces habla. Dice la única cosa que se le ocurre. Se la escupe como si quisiera escupir retrospectivamente el alcohol, el recuerdo y los tres últimos años de su vida.

—¿Alguna vez ha matado a un niño?

La pregunta alcanza a Parks justo entre los ojos.

Hasta ese momento se sentía bastante bien. El brandy lo había impregnado y había disuelto parte del dolor de las pequeñas heridas de metralla que recibió en las piernas y las posaderas cuando la escalera reventó en mil pedazos. Y creía que estaban empezando a llevarse bien, pero no. Es evidente que la profesora lo ha clasificado ya en su enciclopedia personal. Bajo «Parks, sargento, véase *Cabrón sanguinario*». Tiene un montón de respuestas para la pregunta, la mayoría de las cuales pasan por recordarle la razón de que se haya librado de convertirse en un plato del menú de los hambrientos durante los tres últimos años. O de dónde han salido su ordenador y la mayoría de los demás trastos que le permiten hacer su trabajo. O por qué sigue existiendo un hogar llamado Beacon —si es que es así— al que regresar.

Pero no lo hace. La cosa no ha ido como él esperaba y no sacaría nada diciéndole a su atractiva compañera que, además de ser una hipócrita, es mucho más tonta de lo que pensaba. Así solo conseguirá que su viaje sea más duro.

Así que decide dejarlo estar y regresa a la salida de incendios.

—Le dejaré que disfrute de las vistas —dice sin volver la cabeza.

—Me refiero a antes del Colapso —replica Justineau a su espalda—. Es una pregunta directa, Parks.

Esto hace que se detenga y se vuelva de nuevo hacia ella.

—¿Por quién coño me toma? —pregunta.

—No lo sé. Respóndame. ¿Lo ha hecho?

Parks no necesita ni pensar para responder. Sabe cuáles son sus límites. Y son inamovibles, como algunas personas.

—No. He disparado contra hambrientos de cinco o seis años. Cuando quieren comerte vivo no tienes demasiadas alternativas. Pero puedo decir que nunca he matado a un niño que estuviese vivo de verdad.

—Pues yo sí.

Y ahora es ella la que se da la vuelta. Se lo cuenta sin mirarlo a los ojos, a pesar de que el peto de una chimenea cercana cubre de sombras los rostros de ambos y convierte el contacto ocular en algo condicional, en cualquier caso. En el confesionario no se ve la cara del sacerdote. Aunque Parks apostaría a que nunca ha existido un sacerdote con una cara como esa.

—Volvía a casa. Después de una fiesta. Había estado bebiendo, aunque no demasiado. Y estaba cansada. Llevaba dos semanas levantándome temprano y acostándome tarde para tratar de acabar un artículo. Aunque nada de eso importa. Es solo... ya sabe, las justificaciones que te inventas después para encontrarle sentido. Buscas razones que lo expliquen.

Las palabras salen de su boca en una monocorde retahíla. Parks se acuerda del informe de Gallagher, con sus «procedimos a» y sus «por tanto». Pero la cabeza

gacha de Justineau y la fuerza con la que se agarra al pretil son lo bastante elocuentes.

—Iba por una carretera de Hertfordshire, entre South Mimms y Potters Bar. De vez en cuando se veía alguna que otra casa, pero más que nada había kilómetros y kilómetros de setos. No esperaba... O sea, era muy tarde. Más de medianoche. No esperaba que hubiera nadie y mucho menos...

»Alguien cruzó corriendo la carretera, justo delante de mí. Salió de un agujero entre los setos, creo. Si no, no sé de dónde. El caso es que apareció allí de pronto, y aunque pisé el freno lo tenía encima. No sirvió de nada. Debía de ir a más de ochenta cuando lo atropellé y simplemente... salió despedido del coche como una pelota.

»Me detuve más adelante. A unos cien metros. Salí y regresé corriendo. Obviamente, tenía la esperanza de que... Pero estaba muerto, era indudable. Un niño. De unos ocho o nueve años. Había matado a un niño. Lo destrocé por dentro, hasta tal punto que se le quedaron los brazos y las piernas deformados.

»Creo que me quedé allí mucho rato. Temblando, llorando, sin poder... sin poder levantarme. A mí me pareció mucho rato. Quería echar a correr, pero no podía ni moverme.

En este momento se vuelve hacia el sargento, pero la oscuridad oculta su rostro casi por completo. No se ve más que el trazo irregular de su boca. A Parks le recuerda, en ese mismo instante, a su cicatriz.

—Pero lo hice —dice—. Me fui. Me levanté, arranqué y me marché. Metí el coche en el garaje y me fui a la cama. Hasta dormí, Parks. ¿No es increíble?

»No llegué a decidir lo que debía hacer al respecto. Si confesaba, lo más probable es que fuese a la cárcel, y como mínimo sería el final de mi carrera. Y eso no le devolvería la vida al niño, de manera que ¿qué sentido tenía? Pero yo lo sabía perfectamente y durante los dos días siguientes cogí el teléfono seis o siete veces, aunque nunca me decidiese a marcar. Y entonces llegó el fin del mundo y ya no tuve que hacerlo. Me libré. Me fui de rositas.

Parks espera un buen rato, hasta estar totalmente convencido de que el monólogo de Justineau ha terminado. La verdad es que se ha pasado la mayor parte del tiempo tratando de comprender qué es lo que está tratando de decirle. Puede que su impresión inicial sea acertada y el hecho de que Justineau airee los trapos sucios sea solo una manera de limpiarse las manos antes de practicar sexo. Lo más probable es que no, pero nunca se sabe. En cualquier caso, la respuesta natural a una confesión es una absolución, salvo que uno crea que el pecado es imperdonable. Y Parks no lo cree.

—Fue un accidente —le dice recalcando lo obvio—. Y lo más probable es que al final hubiera acabado haciendo lo que tenía que hacer. No me parece una de esas personas que miran para otro lado.

Lo dice en serio. Una de las cosas que más le gusta de Justineau es su rectitud. Aborrece a la gente frívola e irreflexiva que recorre el mundo bailando sin preocuparse por dónde pisa.

—Sí, pero no lo entiende —dice Justineau—. ¿Por qué cree que le estoy contando todo esto?

—No lo sé —dice Parks—. ¿Por qué me lo está contando?

Justineau se aparta un paso del pretil y se pega a él. Distancia: cero metros. Podría ser una situación erótica, pero por alguna razón no lo es.

—Maté a ese niño, Parks. Si expresas mi vida con una ecuación, el resultado es menos uno. Esa es mi puntuación, ¿comprende? Y usted... usted, Caldwell y el soldado Ginger Rogers... Dios, aunque no importe una mierda, me pegaría un tiro antes de dejar que la bajen a menos dos.

Las últimas palabras se las dice a la cara. Lo rocía con pequeñas salpicaduras de saliva. De tan cerca, y a pesar de la oscuridad, Parks puede verle los ojos. Hay un destello de locura en ellos. Algo que siente un profundo terror, pero no de él.

Se marcha dejándolo con la botella. No es lo que él esperaba, pero como premio de consolación tampoco está nada mal.

Caroline Caldwell espera a que el sargento y Justineau hayan salido de la habitación. Entonces se levanta rápidamente y se dirige a la cocina.

Antes vio los *tupperwares* en el armarito del fondo, una pirámide de ellos ordenados por tamaño. Nadie les prestó atención porque estaban vacíos. Pero Caldwell sintió un pequeño torrente de placer al verlos. A veces, muy raras veces, el universo te ofrece exactamente lo que necesitas.

Coge seis de los más pequeños, junto con seis cucharadas de café, y se los guarda uno a uno en los bolsillos de la bata. También lleva una linterna, pero no la enciende hasta que ha llegado a su destino y la puerta está cerrada.

Respira con pequeñas inhalaciones. El hedor de los restos humanos y de años de descomposición acumulada pende tan pesadamente de la atmósfera que es casi una presencia física.

Utilizando las cucharas, Caldwell toma varias muestras del hambriento al que mató el sargento Parks. Solo le interesa el tejido cerebral, pero si tiene más muestras tendrá más probabilidades de conseguir una que no esté demasiado contaminada por la fauna y la flora de la piel, la tela o la atmósfera ambiental.

Tras cerrar con cuidado cada recipiente, vuelve a guardárselos en los bolsillos. Deja allí las cucharas manchadas, que ya no le sirven de nada.

Mientras trabaja no deja de pensar «Esto tendría que haberlo hecho hace años». Los hombres como el sargento tienen su utilidad y sabe que nunca podría haber conseguido las muestras por sí sola. Pero si hubiera salido con los tramperos, si hubiera formado parte de los equipos, no habría tenido que depender de sus inadecuadas observaciones y sus nada fiables memorias.

No habría perdido tanto tiempo explorando callejones sin salida.

Habría sabido, por ejemplo, que aunque la mayoría de los hambrientos solo conocen dos estados —el de reposo y el de cacería—, algunos exhiben un tercero que equivale a una versión degradada de la consciencia normal. Pueden relacionarse con el mundo que los rodea, aunque sea de manera atropellada y parcial, con comportamientos que son un eco de su conducta previa a la infección.

La mujer del carrito de bebé. El hombre que cantaba ante una cartera llena de fotos. Son ejemplos triviales, pero representan algo trascendental. Sabe que está muy cerca de un descubrimiento sin precedentes. No puede hacer nada con las muestras hasta que vuelva a Beacon y tenga acceso a un microscopio, pero en su cabeza comienza a formarse una idea sobre lo que debe buscar. Qué forma adoptará su investigación cuando vuelva a estar en un laboratorio y disponga de todo lo que necesita.

Incluido, claro está, el sujeto de experimentación número 1.

Melanie.

Una mano en el hombro y una sacudida sacan a Justineau de su sueño. Por un instante, creyéndose atacada, siente un acceso de pánico, pero es Parks al que está golpeando y es de Parks la mano que intenta sacudirse de encima. No es la única. Está despertándolos a todos para decirles que corran a la ventana cagando leches. La salida del sol ha iluminado una situación bastante fea y deprimente y tienen que verla.

Los hambrientos que los persiguieron ayer no se han dispersado. Rodean todo el perímetro de Wainwright House, en dos y hasta tres hileras de profundidad, detenidos solo por el muro.

El pasillo de abajo está invadido por aquellos a los que no detuvo y persiguieron a sus presas humanas hasta el interior. Desde el muñón de la escalera se puede ver la multitud de monstruos descarnados que hay abajo, tan apiñados como el público de un espectáculo para el que se han agotado las entradas.

Un espectáculo que, en este caso, es el desayuno.

Tensos y asustados, los cuatros contemplan las posibilidades. Obviamente, no pueden abrirse paso a tiros. Aunque gastasen toda la munición, el enemigo es tan numeroso que ni se notaría. Además, el ruido es lo que los ha metido en esta situación. Si hacen más corren el riesgo de atraer más monstruos todavía.

Justineau se pregunta si no podrían utilizar este hecho en su beneficio.

—Si tira unas granadas —sugiere a Parks—, por ejemplo desde el tejado, los hambrientos acudirán al ruido, ¿no? Podríamos distraerlos y entonces, cuando la verja esté despejada, echar a correr en sentido contrario.

Parks abre las manos.

—No me quedan —dice—. Solo tenía las del cinturón y las usé todas anoche para volar el puente levadizo.

Gallagher abre la boca, vuelve a cerrarla y prueba con otra cosa:

—Podría preparar unos cócteles Molotov —sugiere. Señala la cocina con la cabeza—. Hay botellas de aceite de cocina.

—No creo que una botella haga mucho ruido al romperse —dice la doctora Caldwell con amargura.

—Puede que sí —murmura Parks, aunque no parece demasiado convencido—. Y aunque no sea así, siempre podemos prender fuego a esos cabrones para abrirnos paso.

—No con los de abajo —responde Caldwell—. No me atrae la idea de quedarme atrapada en un edificio en llamas.

—Y habría humo —dice Justineau—. Un montón, seguramente. Si los chatarreros siguen buscándonos, será como poner un enorme cartel luminoso diciendo que estamos aquí.

—¿Pues con botellas vacías, entonces? —dice Gallagher—. Sin aceite. Podemos tratar de atraerlos con el ruido.

Parks mira por la ventana. No hace falta ni que lo diga. Entre el tejado o las ventanas del edificio y las calles del exterior del perímetro hay unos treinta metros. Es posible lanzar una botella tan lejos, aunque para ello debes usar todas tus fuerzas y necesitas contar con la ayuda del viento y la suerte. Si la botella se queda corta, solo conseguirán que entren los hambrientos que se pararon en las puertas.

Y lo mismo habría pasado con las granadas, claro. Probablemente habrían hecho más mal que bien.

Le dan varias vueltas al plan, pero a nadie se le ocurre una manera sencilla u obvia de escapar. Se han dejado arrinconar por unos depredadores que no pierden el interés ni se marchan. Esperar no es una opción viable y todas las demás pintan mal.

Justineau va a ver a Melanie. La niña ya se ha levantado y está mirando por la ventana, pero se vuelve al oír sus pasos. Puede que haya escuchado la conversación que han mantenido en el cuarto de al lado. Intenta tranquilizarla.

—Ya se nos ocurrirá algo —le dice—. Seguro que hay un modo de salir de esto.

Melanie asiente con calma.

—Ya lo sé —dice.

* * *

A Parks no le gusta la idea, cosa que no sorprende a Justineau en absoluto. Y a Caldwell le gusta aún menos.

Solo Gallagher parece aprobarla, aunque no hace más que asentir, como si le diese miedo decir cualquier cosa que suponga contradecir directamente a su sargento.

Están sentados en la sala común, en un pequeño círculo formado por cuatro sillas. La imagen transmite la sensación de que están hablando entre sí, aunque Caldwell está en su propio mundo, Gallagher no dice nada si no le preguntan y Parks no escucha a nadie más que a sí mismo.

—No quiero quitarle la correa —repite por tercera vez.

—Joder, ¿por qué no? —inquire Justineau—. Hace dos días no tuvo mayor problema en dejarla suelta. El propósito de la correa y las esposas eran que pudiese venir con nosotros. Lo que usted entiende por un arreglo. Así que, desde su punto de vista, no hay nada que perder. Nada en absoluto. Si hace lo que dice que va a hacer, saldremos de esta. Y si se escapa, no estaremos peor de lo que estamos ahora.

Caldwell ignora el discurso y apela directamente al sargento.

—Melanie me pertenece —le recuerda—. Le pertenece al programa. Si la perdemos será su responsabilidad.

No debería haber dicho eso. A Parks no parece gustarle que lo amenacen.

—Me he pasado cuatro años trabajando para su programa, doctora —le recuerda—. Hoy es mi día libre.

Caldwell hace ademán de replicar, pero Parks responde ahora a Justineau.

—Si la dejamos suelta, ¿por qué iba a volver?

—Ojalá pudiera responder a eso —dice Justineau—. La verdad es que es un completo misterio para mí. Pero dice que lo hará y yo la creo. Puede que porque somos lo único que conoce.

«O puede que porque me adora y el amor es ciego cuando tiene que serlo».

—Quiero hablar con ella —dice Parks—. Tráiganla.

Todavía lleva la correa, las manos atadas a la espalda y un bozal en la boca. Se planta delante de Parks como el caudillo de una tribu primitiva, con toda su dignidad, y Justineau repara de pronto en todas las transformaciones que ha experimentado. Ahora que ha salido al ancho mucho, su educación está acelerando a una velocidad peligrosa e imposible de calcular. Le recuerda a un antiguo cuadro. *¿Y cuándo fue la última vez que viste a tu padre?* Porque la postura de Melanie es exactamente la misma que la del niño de la pintura. Aunque en el caso de Melanie la pregunta sería totalmente absurda.

—¿Crees que puedes hacerlo? —pregunta Parks—. ¿Lo que le has dicho a la señorita Justineau? ¿De verdad lo crees?

—Sí —dice Melanie.

—Eso significa que tendría que confiar en ti. Soltarte, aquí mismo, en la sala, con nosotros.

Tiene algo en la mano y lo agita como si fuesen unos dados a punto de lanzar. Se lo enseña: la llave de las esposas.

—No creo que signifique eso, sargento Parks —responde Melanie.

—¿Ah, no?

—No. Tendría que liberarme, pero no confiar en mí. Lo que sí deberían hacer es embadurnarse bien con ese producto químico para asegurarse de que no puedo olerlos. Y ordenar a Kieran que me quite las esposas mientras me apunta con su arma. Y no hace falta que me quite la jaula esta de la boca. Solo necesito las manos.

Parks se la queda mirando un instante, como si fuese una frase escrita en una lengua que él no comprende.

—Lo tienes todo pensado —reconoce.

—Sí.

El sargento se inclina hacia delante para mirarla a los ojos.

—¿Y no te da miedo?

Melanie vacila.

—¿El qué? —le pregunta.

Justineau queda asombrada por la momentánea pausa. Le habría costado lo mismo decir sí o no, con independencia de que fuese cierto. La pausa significa que Melanie es escrupulosa y sopesa sus palabras. Significa que intenta ser honesta con ellos.

Como si hubieran hecho algo, siquiera una cosa, para merecerlo.

—Los hambrientos —dice Parks como si fuese obvio.

Melanie sacude la cabeza.

—¿Y eso?

—No me harán nada.

—¿No? ¿Por qué?

—Basta —interviene Justineau.

Pero Melanie responde igualmente. Con lentitud. Con gravedad. Como si las palabras fuesen piedras y estuviera usándolas para levantar un muro.

—Porque no se muerden unos a otros.

—¿Y?

—Soy como ellos. Casi. Lo bastante como para que no sientan hambre cuando me huelen.

Parks asiente con lentitud. Aquí es donde desembocaba su interrogatorio. Quería saber hasta dónde ha llegado Melanie con sus deducciones. Qué tiene en la cabeza. Y lo que está haciendo la niña es ocuparse de tareas logísticas.

—¿Como ellos o casi? ¿Cuál de los dos?

El rostro de Melanie es inescrutable, pero lo recorre una emoción potente sin llegar a asentarse.

—No soy igual a ellos porque no quiero comerme a nadie.

—¿No? ¿Y qué era toda esa cosa roja que tenías anteayer por encima, cuando subiste al Humvee? A mí me parecía sangre.

—A veces necesito devorar a alguien. Pero querer no quiero nunca.

—¿Eso es lo único que se te ocurre, niña? ¿Que son cosas que pasan?

Otra pausa. Más larga.

—A ti no te ha pasado.

—Muy cierto —reconoce Parks—. Pero sigo pensando que no significa nada. Te ofreces a ayudarnos contra esas criaturas, cuando a mí me da la sensación de que igual querrías estar ahí abajo, mirándonos, esperando a que suene la campana de la cena. Así que supongo que lo que te estoy preguntando es esto: ¿Por qué ibas a volver y por qué tengo que creerme que vas a hacerlo?

Melanie deja traslucir su impaciencia por primera vez.

—Volvería porque quiero. Porque estoy con vosotros, no con ellos. Y sería imposible que me quedase con ellos, aunque quisiera. Son...

Sea cual sea el concepto que esté buscando, la burla de momento.

—No están unos con otros. Nunca.

Nadie le responde, pero Parks parece satisfecho. Como si la niña hubiera encontrado la contraseña secreta. Ya es miembro del club. El club de «Rodeados por monstruos infinitos».

—Estoy con vosotros —repite Melanie. Y entonces, como si fuese necesario, añade—: No, no exactamente. Estoy con la señorita Justineau.

Sorprendentemente, Parks también parece satisfecho con esto. Se pone en pie con aire decidido.

—Eso puedo entenderlo —dice—. Vale, niña. Vamos a confiar en ti. Venga.

Melanie se queda donde está.

—¿Qué pasa? —inquire Parks—. ¿Es que necesitas algo más?

—Sí —dice Melanie—. Ponerme mi ropa nueva, por favor.

La llevan hasta el final de las escaleras. Hasta donde estaba el final de las escaleras antes de que las volara el sargento Parks. Melanie asoma sobre el borde.

Hay montones de hambrientos allí abajo. Puede que cien o más, apiñados en el pasillo. Cuando aparecen los dos hombres y las dos mujeres levantan la cabeza y los siguen con la cabeza, como las flores al sol.

El sargento Parks no saca el arma pero hace que Melanie se dé la vuelta para quitarle las esposas y le dice que no se mueva. Cuando ella siente las manos libres, la invade el impulso de menear los dedos para asegurarse de que aún funcionan como es debido, pero no lo hace.

El sargento Parks le suelta también la correa del cuello y se vuelve hacia la señorita J, que espera con la ropa.

No resulta agradable que le saquen el suéter por la cabeza —el suéter de la señorita Justineau, que ha llevado todo este tiempo—, ni volver a estar desnuda. No es la mirada de los adultos lo que le incomoda sino la sensación del contacto directo del aire con el cuerpo. La sensación de exposición total.

Pero a medida que la señorita J le va poniendo su nueva ropa, la sensación se desvanece. Le encantan los vaqueros y la camiseta, y también la chaqueta, que se parece un poco a la del sargento Parks. Solo las zapatillas le resultan raras. Nunca ha llevado calzado y la pérdida del torrente de información que recibía a través de los pies resulta perturbadora. Es muy posible que su asociación con las zapatillas no sea muy duradera. Pero ¡es que son preciosas!

—¿Ya? —pregunta Parks.

—Estás fantástica, Melanie —le dice la señorita Justineau.

Melanie asiente en señal de gratitud y conformidad. Sabe que es cierto.

Pero no están listos. Aún no. La señorita Justineau saca algo del bolsillo y se lo ofrece a Melanie. Es una cosa diminuta, hecha de plástico gris. Rectangular, con un botón redondo. Alrededor del botón, en letras rojas, pone PROTECCIÓN. Y debajo PELIGRO, 150 DECIBELIOS.

—Cuando llegue el momento de hacer mucho ruido —le dice la señorita Justineau—, es posible que esto te ayude.

—¿Qué es? —pregunta Melanie.

Intenta parecer tranquila y despreocupada, como si recibir un regalo de la señorita Justineau fuera algo sin importancia.

—Una alarma personal. De hace mucho. La gente la llevaba por si los atacaban.

—¿Los hambrientos?

—No. Otras personas. Hace un ruido como el de la alarma que anunciaba el final del día en la base, solo que muchísimo más fuerte. Lo bastante como para hacer que a la gente le entre el pánico y eche a correr. Los hambrientos también correrán, pero

hacia el sonido. Es posible que no funcione después de tanto tiempo, pero nunca se sabe.

Melanie titubea.

—Debería quedársela —dice—. Por si la atacan.

La señorita Justineau cierra los dedos de Melanie sobre el pequeño objeto, que sigue templado tras el paso por su bolsillo. Es como un trocito de la señorita Justineau, que puede llevarse consigo. Aún siente en los hombros el peso de su nuevo descubrimiento, pero el corazón se le hincha de orgullo al guardar la alarma en el bolsillo de sus nuevos vaqueros con unicornio.

—Ya —confirma al sargento Parks.

El rostro de este expresa una patente impaciencia. Vuelve a ponerle la correa, solo que esta vez alrededor de la cintura y con un nudo diferente.

—Cuando estés en el suelo —le dice—, tira de este nudo y la cuerda se soltará.

—Vale —responde ella.

—No voy a quitarte el bozal —dice el sargento—. Pero con las manos libres no te costaría nada hacerlo tú misma. Eres una chica lista y seguro que ya lo has pensado.

Melanie se encoge de hombros. Pues claro que lo ha pensado, solo que no tiene demasiado sentido tratar de explicarle otra vez por qué prefiere no hacerlo.

—Pero quiero que sepas —dice el sargento— que si pretendes seguir con nosotros no debes hacerlo. O debes volver a ponértelo cuando termines. No tengo más y por lo que a mí se refiere tus dientes son un arma cargada. Así que no lo pierdas, porque es la llave de la puerta de regreso. ¿Vale?

—Vale.

—Muy bien. Gallagher, écheme una mano.

Los dos soldados se colocan en lo alto de las escaleras, listos para empezar a bajar la cuerda, pero en el último momento la señorita J se arrodilla junto a Melanie otra vez y la abraza.

La niña se pega a ella y se estremece deliciosamente al sentir que los brazos de la señorita Justineau la rodean.

Pero se aparta al cabo de un instante. Bajo el olor amargo de los productos químicos hay un leve atisbo de fragancia humana, el aroma de la señorita Justineau. Lo bastante como para transformar el placer puro de su proximidad en algo totalmente distinto, algo que amenaza con crecer hasta escapar de su control.

—Es peligroso —murmura con tono de urgencia—. Es peligroso.

—Los inhibidores —traduce el sargento Parks, a pesar de que no es necesario—. Necesita otra capa.

—Lo siento —musita la señorita Justineau, no al sargento Parks, sino a Melanie.

La niña asiente. Ha sentido miedo un instante, pero no pasa nada. Era un olor muy tenue y ahora que ha desaparecido la sensación de hambre vuelve a estar bajo su control.

El sargento Parks le pide que se siente en el último peldaño y se deje caer. Entre

Kieran y él la descuelgan hacia la expectante multitud de hambrientos.

Que no reaccionan de manera alguna a su llegada. Algunos de ellos siguen el movimiento de descenso con la mirada, pero el sargento Parks se asegura de que sea lento y gradual para que no se alteren demasiado. Sus miradas pasan sobre ella sin detenerse. O más bien la atraviesan, sin reaccionar a su presencia.

En cuanto Melanie apoya los pies en el suelo, suelta la cuerda de un tirón. El sargento vuelve a subirla, tan lenta y gradualmente como la bajó.

Melanie levanta la mirada. Ve que el sargento Parks y a la señorita J están observándola. La señorita la saluda con la mano, abriendo y cerrando lentamente los dedos. Le devuelve el gesto.

Se abre paso con cuidado entre los hambrientos, sin que se percaten de su presencia ni la molesten.

Pero mentía cuando dijo que no estaba asustada. Estar allí, entre ellos, y ver sus cabezas ladeadas, sus bocas entreabiertas y sus ojos lechosos, es realmente aterrador. Ayer mismo pensó que los hambrientos eran como casas en las que antes vivía gente. Ahora se da cuenta de que cada una de esas casas está encantada. No está rodeada solo por los hambrientos. Está rodeada por los fantasmas de los hombres y las mujeres que eran antes. Tiene que combatir un repentino impulso de echar a correr, de salir al aire del exterior lo antes posible.

Llega hasta la puerta abriéndose paso entre cuerpos apelotonados. Pero el umbral es totalmente infranqueable. Hay demasiados hambrientos agolpados en el estrecho espacio de la jamba. Pero los grandes ventanales de los dos lados están rotos y los hambrientos que irrumpieron por ellos se han llevado consigo hasta el último de los fragmentos de cristal. Algunos de los más próximos a ella tienen aún en los brazos y el cuerpo las evidencias de su accidentado paso. Las heridas recientes rezuman un líquido denso y marrón. No se parece demasiado a la sangre.

Melanie consigue salir por el ventanal de la izquierda. En el aparcamiento hay más hambrientos, pero ya no están tan apiñados, así que le resulta más sencillo cruzarlo.

Llega a la puerta del exterior y sale a la calle.

Camina entre hambrientos. No se vuelven a su paso ni parecen reparar en su presencia. Llega hasta el parque y allí continúa entre los árboles y la crecida hierba.

Le gusta el lugar. Si fuese libre y tuviera tiempo de sobra y nada que hacer, querría quedarse allí mucho tiempo y fingir que está en la selva amazónica, que conoce por una clase de la señorita Mailer, hace muchísimo, y por la fotografía que había en la pared de su celda.

Pero no es libre ni le sobra el tiempo. Si tarda demasiado, la señorita J podría llegar a pensar que ha huido y la ha abandonado, y prefiere morir antes que la señorita sospeche eso.

Busca una rata como la que asustó a la doctora Caldwell, pero no hay ninguna. Ni pájaros, aunque seguramente un pájaro no le serviría.

Así que sigue buscando, calle arriba y calle abajo, dentro de las casas que tienen la puerta abierta, por los restos profanados y amontonados de vidas desaparecidas, tratando de no dejarse distraer por los ornamentos, las fotografías, los centenares y centenares de objetos inescrutables que encuentra.

En una habitación cubierta por treinta centímetros de hojarasca asusta a un zorro. El animal salta hacia una ventana rota, pero Melanie es tan rápida que consigue atraparlo en el aire. Su propia velocidad la maravilla.

Y su fuerza también. Aunque el zorro es tan grande como ella, cuando se revuelve y lucha entre sus brazos solo tiene que agarrarlo mejor y restringir su capacidad de movimiento, para conseguir que se detenga, tembloroso y lloroso, y la deje llevarlo a donde quiere.

Regresa al parque por la calle. Lo cruza hasta la verja donde se amontonan los hambrientos, sin mirarla, completamente inmóviles.

Melanie grita. Es el ruido más fuerte que puede hacer. No tan fuerte como debe de ser la alarma de la señorita Justineau, pero es que necesita las dos manos para sujetar al zorro y no quiere que se le escape hasta que los hambrientos la estén mirando.

Cuando las cabezas se vuelven hacia ella abre los brazos. El zorro escapa como una flecha disparada por el arco de Ulises.

Activados por el sonido, despiertos y alerta en busca de presas, los hambrientos obedecen su programación. Se ponen en movimiento con violenta brusquedad y echan a correr en pos del zorro como si estuvieran unidos a él por tensas cuerdas. Melanie retrocede lo más deprisa que puede y se refugia en un umbral cuando la primera oleada pasa junto a ella.

Son tantos y están tan amontonados que algunos de ellos caen al suelo y son pisoteados. Melanie ve que intentan ponerse de nuevo en pie, una vez tras otra, sin conseguirlo. Es casi gracioso, pero la espuma marrón y grisácea que les sale por la boca, parecida al zumo de las uvas, lo convierte también en algo triste y terrible. Cuando el resto de la horda se ha alejado por la calle, hasta casi perderse de vista, algunos de los que han caído logran incorporarse al fin y los siguen cojeando o a rastras. Otros se quedan en el sitio, retorciéndose y arañando el suelo, demasiado maltrechos para moverse.

Melanie los rodea cuidadosamente. Siente pena por ellos. Le gustaría poder ayudarlos, pero no puede. Vuelve a entrar en el recinto y se aproxima a la casa. Entra en el vestíbulo, que ha quedado totalmente desierto. Llama al sargento Parks, que sigue en el mismo sitio.

—Ha funcionado. Se han ido.

—Quédate ahí —responde el sargento—. Ahora nos reunimos contigo.

Y luego, después de observarla con mirada dura durante varios instantes, añade:

—Buen trabajo, chica.

Con las cuerdas, bajar es pan comido. El sargento Parks decide el orden: Gallagher el primero, para que haya abajo alguien que sepa manejar un arma. Luego Helen Justineau, luego la doctora Caldwell y por fin él mismo, en retaguardia. La doctora Caldwell es la única que supone algún problema, puesto que con las manos vendadas no puede agarrar la cuerda. Parks hace un nudo corredizo y se lo ata alrededor de la cintura para bajarla.

Podrían volver sobre sus pasos, pero es más fácil seguir adelante a través de la ciudad. Hay muchos puntos donde podrían reincorporarse a la A1 y saldrán más deprisa de la zona urbanizada si avanzan en dirección sur y luego se desvían al este tras cruzar un polígono industrial desolado. Poca gente vivía allí y después del Colapso no había mucho que saquear, porque para los supervivientes era más importante la comida que las herramientas, así que no se encuentran con demasiados hambrientos. Aparte de que todos ellos se han marchado detrás del zorro, al menos al principio. El irresistible objetivo en movimiento les ha despejado el camino con gran eficacia.

Ya van dos veces que la niña hambrienta les saca las castañas de fuego. Como llegue a tres, puede que Parks comience a relajarse un poco en su presencia. Pero aún no.

Discuten de cuestiones logísticas mientras avanzan, con voces bajas y medidas que no llegan muy lejos. Parks cree que deberían ceñirse al plan original, a pesar de la tormenta de mierda que acaban de atravesar.

Sus razones siguen siendo las mismas. La ruta directa a través de Londres les ahorrará dos días de viaje y seguirán necesitando un refugio para pernoctar.

—¿Aunque el refugio pueda convertirse en una trampa? —pregunta la doctora Caldwell con tono ácido.

—Bueno, eso es un punto en contra —reconoce Parks—. Pero por otro lado, si ayer hubiéramos estado a campo abierto cuando vinieron esos hambrientos a por nosotros, no habríamos durado ni diez puñeteros segundos. Solo lo comento.

Caldwell no replica, así que no necesita recordarle que fue su brillante idea de tener un encuentro con un hambriento en plena calle lo que les metió en el lío. Y nadie más parece tener ganas de discutir. Siguen su camino mientras la conversación languidece hasta morir en un cauteloso silencio.

En el transcurso de la mañana su línea se estira hasta límites inaceptables. Gallagher se coloca en vanguardia, siguiendo las órdenes de Parks. Helen Justineau va con la niña, que consigue mantener un ritmo razonable de marcha a pesar de sus cortas piernas, pero se retrasa y se distrae constantemente por culpa de todo lo que ve. La doctora Caldwell es la más lenta de todas y la distancia que la separa de los demás aumenta de manera lenta pero constante. Aprieta el paso cuando Parks se lo dice, pero siempre vuelve a rezagarse al cabo de un minuto o dos. Esa fatiga, cuando la

jornada apenas acaba de dar comienzo, lo preocupa.

Ahora están atravesando una sombra carbonizada, otro fruto del Colapso. Antes de que el gobierno se desintegrara por completo, emitió una serie de decretos de emergencia. Uno de ellos establecía el lanzamiento de agentes químicos desde helicópteros para crear zonas cauterizadas libres de hambrientos. Se advirtió a los civiles con antelación mediante sirenas y mensajes de radio, pero aun así muchos de ellos murieron, porque estaban atrapados cuando llegaron los helicópteros.

Los hambrientos, en cambio, huyeron de los incendios como las cucarachas cuando se enciende una luz. Lo único que consiguieron las bombas incendiarias fue obligarlos a desplazarse algunos kilómetros, y en algunos casos, destruir unas infraestructuras que podrían haber salvado gran cantidad de vidas. Como el aeropuerto de Luton. Lo bombardearon cuando todavía tenía unos cuarenta aviones en tierra, de manera que cuando llegó la siguiente orden —evacuar a los no infectados a las islas del Canal usando aviones comerciales— lo único que pudo hacer el ejército fue encogerse colectivamente de hombros y responder «Ya nos gustaría».

Los edificios de esta parte de la ruta son como tocones, no exactamente carbonizados, sino convertidos en sebo. El monstruoso calor de las bombas incendiarias no solo fundió el metal, sino también el ladrillo y la piedra. El suelo por el que caminan está cubierto por una fina y negra costra de grasa y carbón, sedimento de los materiales orgánicos que se quemaron y sublimaron, ascendieron a la atmósfera y volvieron a posarse allí donde los llevaron los fuertes vientos de la combustión.

El aire arrastra una peste amarga y ácida. Al cabo de unos diez minutos comienzan a sentir una ronquera en la garganta y un picor en el pecho que no se pueden rascar, porque lo llevan dentro.

Han pasado más de veinte años y sigue sin crecer nada aquí, ni siquiera la más dura maleza. Es la forma que tiene la naturaleza de decir que no es tan idiota como para dejarse coger dos veces.

Parks oye que la niña le pregunta a Justineau lo que sucedió allí. Justineau da mil rodeos para responder, a pesar de que es bien sencillo. «Como no podíamos matar a los hambrientos, nos matamos a nosotros. Ese ha sido siempre nuestro juego favorito».

La sombra carbonizada se prolonga kilómetro tras kilómetro y su presencia les oprime el espíritu y les absorbe las fuerzas. Ya hace rato que tendrían que haber hecho una parada para descansar y comer un poco, pero nadie quiere sentarse en esa tierra contaminada. Por tácito consenso optan por seguir adelante.

El final llega de manera muy repentina, aunque la sombra les reserva un milagro más. En el transcurso de un centenar de zancadas pasan del negro al verde, de la muerte a una vida desenfrenada, de un limbo reseco a un campo de enormes cardos y tupidas malvarrosas.

Pero había una casa allí, en la misma frontera, que se incendió pero no llegó a

caer. Y en su pared trasera, a la sombra de la deflagración, algo vivo cayó sobre el ladrillo ardiente y ardió con otros colores, un producto distinto del Colapso. Dos figuras, una más grande y otra más pequeña, trazadas en un negro intenso contra el negro grisáceo que las rodea.

Un adulto y un niño, con los brazos en alto como si los hubieran sorprendido en medio de un ejercicio aeróbico.

Fascinada, la niña hambrienta se compara con la sombra pequeña. Son bastante similares.

Lo que piensa es «esa podría haber sido yo». ¿Por qué no? Una niña de verdad, en una casa de verdad, con una madre, un padre, un hermano y una hermana, un tío y una tía, un sobrino y una sobrina, un primo y todas las demás palabras que aparecen en el mapa de la gente que se quiere y permanece junta. El mapa llamado «familia».

Habría crecido y habría envejecido. Habría jugado. Y explorado. Como Pooh y Piglet. Y luego como los Cinco. Y luego como Heidi o Ana de las Tejas Verdes. Y luego como Pandora, que abrió la gran caja del mundo sin tener miedo, sin pensar en si lo que había dentro sería bueno o malo. Porque es ambas cosas. Siempre es ambas cosas.

Pero para saberlo tienes que abrirla.

Paran y comen de espaldas a la zona muerta que acaban de atravesar.

El sargento Parks se guardó en la mochila algunas de las latas de Wainwright House. La señorita Justineau, la doctora Caldwell y los soldados comen salchichas frías y sopa de cocido escocés igualmente fría. Melanie come algo llamado carne enlatada, que se parece un poco a la de anoche, aunque no tan rica.

Miran al sur, en dirección contraria a eso que la señorita Justineau llamó una sombra carbonizada, pero Melanie vuelve constantemente la cabeza hacia atrás, hacia el camino por el que han venido. Están en un alto, de manera que su vista llega muy lejos al norte, hasta el pueblo donde durmieron anoche y donde soltó al zorro. Kilómetros y kilómetros de suaves ondulaciones ennegrecidas como el carbón. En voz baja, para que no las oigan, vuelve a interrogar a la señorita Justineau para asegurarse de que lo entiende.

—¿Y antes era verde? —pregunta señalando el lugar.

—Sí. Como los campos que atravesamos justo después de dejar la base.

—¿Y por qué los quemaron?

—Querían impedir que los hambrientos escapasen de la zona. Fue en las primeras semanas tras el estallido del brote.

—Pero no funcionó.

—No. Estaban asustados y les entró el pánico. Muchas de las personas que tendrían que haber tomado las decisiones importantes estaban infectadas, o habían huido para ocultarse. Los que quedaban no sabían realmente lo que estaban haciendo. Pero tampoco tengo muy claro que se hubiera podido hacer mucho más. Para entonces ya era demasiado tarde. La mierda que tanto les asustaba estaba ya ahí, prácticamente.

—¿La mierda? —pregunta Melanie.

—Los hambrientos.

Melanie analiza la ecuación. Puede que sea cierto, pero no le gusta. No le gusta nada.

—Yo no soy ninguna mierda, señorita Justineau.

La señorita J está consternada. Toca a Melanie en el brazo y le da un breve pero reconfortante apretón. No es tan agradable como un abrazo, pero tampoco tan peligroso.

—Ya lo sé, cielo. No es eso lo que quería decir.

—Pero soy un hambriento.

Una pausa.

—Estás infectada —dice la señorita J—. Porque no eres un hambriento, porque piensas, y ellos no.

Esta distinción no se le ha ocurrido a Melanie hasta ahora, o al menos no le ha otorgado demasiada relevancia frente al peso planetario de su revelación. Pero sí que

supone una diferencia. ¿Puede suponer otras? ¿Significa que, al fin y al cabo, no es un monstruo?

Estas preguntas ontológicas son las primeras que aparecen en su mente y las que proyectan una sombra más grande. Otra, más prosaica, asoma la cabeza tras ellas.

—¿Por eso soy un espécimen tan crucial?

La señorita J arruga la cara con un gesto de consternación y luego de rabia.

—Por eso eres tan crucial para el proyecto de investigación de la doctora Caldwell. Cree que puede encontrar en tu interior algo que la ayudará a crear una medicina para los demás. Un antídoto. Para que no se transformen en hambrientos, o si se transforman, sea posible revertirlo.

Melanie asiente. Sabe que es algo muy importante. Y también que no todos los males que han azotado esta tierra tenían la misma causa y el mismo origen. La infección hizo mucho mal. Lo mismo que las cosas que hicieron las personas que tenían que tomar las decisiones para contener la infección. Y también quienes secuestran niños pequeños para cortarlos en pedazos, aunque sea para preparar una medicina que impida que los humanos se conviertan en hambrientos.

No es Pandora la única que ha padecido su insuperable defecto. Parece que todo el mundo está hecho de un modo que a veces los obliga a cometer errores y estupideces. O casi todo el mundo. La señorita Justineau no, por supuesto.

El sargento Parks está indicándoles que se levanten para reanudar la marcha. Melanie camina por delante de la señorita Justineau, con la correa tensa, mientras sopesa estas ideas abrumadoras en su cabeza. Por primera vez no siente el deseo de estar de regreso en su celda. Está empezando a comprender que esa celda formaba parte de algo muchísimo más grande, como todos los que están con ella.

Está empezando a hacer conexiones que se alejan de su propia existencia en direcciones tan sorprendentes como aterradoras.

Londres se los traga muy lentamente, bocado a bocado.

No es como Stevenage, donde básicamente, nada más salir de campos y caminos abiertos, se encontraron de repente en el corazón de una ciudad. Para Kieran Gallagher, a quien Stevenage le ha parecido bastante impresionante, es una experiencia tan intensa, y al mismo tiempo tan prolongada, que le cuesta procesarla.

Caminan, caminan y caminan sin terminar de entrar en la ciudad, cuyo centro, le explica el sargento Parks, se encuentra aún casi quince kilómetros al sur.

—Todos los sitios por los que hemos pasado hoy —dice Helen Justineau a Gallagher, apiadándose de su asombro e inquietud— empezaron siendo pueblos distintos. Pero las constructoras siguieron ensanchando los límites de Londres, porque cada vez venía más gente a vivir aquí, hasta que finalmente los absorbió todos.

—¿Cuánta gente?

Gallagher sabe que parece un niño de diez años, pero aun así tiene que preguntarlo.

—Millones. Mucha más de la que queda en toda Inglaterra. Salvo que...

No termina la frase, pero Gallagher sabe lo que iba a decir. «Salvo que cuentes a los hambrientos». Pero no hay que contarlos. Ya no son personas. Bueno, salvo puede que esa niña tan rara, que es como...

No sabe como qué es. Como una niña normal, quizá, disfrazada de hambriento. Ni siquiera eso. Una adulta disfraza de hambriento. Gallagher sondea sus propios sentimientos como quien introduce la lengua por el agujero que ha dejado una muela al caerse y, por extrañamiento que parezca, descubre que le cae bien. Y una de las razones es que no se le parece en nada. Es una pequeñaja pero no se deja avasallar por nadie. Hasta le contesta al sargento, lo que es como ver a un ratón ladrándole a un pitbull. ¡Todo un espectáculo!

Pero hay algo que la niña y él sí tienen en común: ambos entran en Londres con la boca abierta, casi incapaces de procesar lo que están viendo. ¿Cómo ha podido existir nunca gente suficiente para llenar tantas casas? ¿Cómo podían levantar torres tan altas? ¿Y cómo pudo vencerlos nada en el mundo?

El número de hambrientos aumenta a medida que los campos que rodean la carretera van dando paso a más calles, y estas a más, y estas últimas a muchísimas más. El sargento ya les ha explicado la ley de la densidad. Normalmente, cuanto más gente vivía antes en un sitio concreto, más hambrientos habrá ahora, salvo que sea un sitio por el que han pasado patrullas de incineración o haya sido bombardeado. Y lo que están viendo lo confirma.

Pero lo que pasa con los hambrientos es que siempre están agrupados, como en Stevenage. Y con el recuerdo del desastre que han estado a punto de sufrir aún fresco en la memoria, el sargento no está dispuesto a correr ningún riesgo. Avanzan

lentamente, reconociendo las calles paralelas y escogiendo aquellas donde no hay hambrientos. Si estás dispuesto a parar y a coger un desvío de vez en cuando, puedes recorrer trechos bastante largos sin encontrarte con uno solo de esos mohosos de mierda. Al principio se encargan Parks y él, pero cada vez recurren más a la niña porque (a) para ella no es peligroso y (b) después de lo de Stevenage saben que volverá. Así que es la exploradora perfecta.

Las primeras veces, el sargento Parks le quita la correa y vuelve a ponérsela cuando regresa. Hasta que una vez se le olvida, o decide no hacerlo, y a partir de entonces la correa permanece en su cinturón, guardada. Melanie sigue llevando el bozal y las manos atadas a la espalda, pero ahora camina con ellos, libre para adelantarse o rezagarse.

El número de hambrientos sigue siendo elevado pero constante la mayor parte de la tarde. Y entonces, extrañamente, comienza a descender otra vez. Sucede después de pasar por un sitio llamado Barnet, cuando están avanzando por una carretera muy recta y sembrada de coches abandonados. Es el tipo de terreno que más detesta el sargento y mantiene los ojos muy abiertos mientras el grupo, sin apenas separarse, avanza serpenteando a través de un mar de los sargazos formado por coches familiares.

Pero apenas ven un solo hambriento hasta llegar al final de la calle. Y eso que se trata de una zona totalmente urbanizada y debería ser un hervidero. Cuando avistan alguno, está en la calle al norte, corriendo en pos de un gato abandonado, o parado en alguna esquina como un paseante en una pesadilla apocalíptica.

La niña —Melanie— camina junto a Gallagher parte del camino. Al ver que la está mirando señala con los ojos hacia arriba y hacia la derecha. El soldado se vuelve hacia allí y ve otra maravilla. Es como un híbrido de coche y casa. De color rojo fuerte, con dos hileras de ventanas y —puede verlas con toda claridad— unas escaleras en su interior. Y con ruedas. Todo él tiene ruedas. ¡Qué locura!

Juntos, Gallagher y la niña se acercan a examinarlo. Al hacerlo la niña se aleja de Helen Justineau más que en ningún otro momento desde que dejaran Stevenage, pero la señorita está ocupada con otra cosa, hablando con el sargento y la doctora. Son libres, por un momento, de obedecer a la curiosidad que comparten.

El coche de dos pisos se estrelló contra el escaparate de una tienda. Está ligeramente inclinado de costado y tiene todas las ventanas rotas. Los neumáticos se han deshecho en tiras curvas, como las mondas de color negro y gris de alguna fruta extraña. No hay sangre ni cuerpos, ningún indicio de lo que le sucedió a ese torpe y enorme carruaje. Simplemente llegó al final de su viaje aquí, seguramente hace mucho, y aquí ha permanecido desde entonces.

—Se llama autobús —le explica Melanie.

—Sí, ya lo sabía —miente Gallagher.

Ha oído la palabra, pero nunca había visto uno.

—Naturalmente que es un autobús.

—Todo el mundo podía montar si tenía un billete. O una tarjeta. Había una tarjeta que la metías en una máquina y la máquina la leía y te dejaba pasar. Estaba todo el rato parando y volviendo a andar, para que la gente subiera y bajara. Y había zonas especiales de la calle por la que solo podían pasar los autobuses. Y para el medio ambiente era mejor que hubiera autobuses en lugar de un coche por persona.

Gallagher asiente lentamente, como si nada de eso fuese nuevo para él. Pero la verdad es que el mundo desaparecido es algo que ignora casi del todo y en lo que apenas piensa. Cuando era un niño del Colapso le interesaban mucho menos los relatos del glorioso pasado que birlarle a cualquiera un poco de su ración de pan. Como es lógico, utiliza constantemente las reliquias del pasado. Tanto su fusil como su cuchillo son creaciones de entonces. Igual que los edificios de la base, la verja y la mayor parte del mobiliario. Y el Humvee. Y la radio. Y la nevera de la sala de recreo. Gallagher es un saqueador en las ruinas de un imperio, pero siente tantos deseos de investigar las ruinas como cualquier otro de estudiar la carne que se va a comer para averiguar de dónde procede. La mayor parte del tiempo es preferible la ignorancia.

De hecho, de todas las reliquias del pasado, la que más curiosidad le inspiró fue una revista pornográfica que guardaba el soldado Si Brooks bajo el colchón. Mientras hojeaba reverentemente sus páginas (al precio estándar de pitillo y medio), Gallagher se preguntó hasta qué punto sería verdad que las mujeres de antes del Colapso tenían cuerpos con tales colores y texturas. Ninguna que él haya visto se les parece. Se ruboriza al recordarlo ahora, con la niña a su lado, y mira de soslayo hacia abajo para asegurarse de que sus pensamientos no han aflorado a la superficie de su rostro de algún modo discernible.

Melanie sigue observando el autobús, fascinada por su construcción.

Gallagher decide que ya es suficiente. Deben volver con los demás. Casi sin darse cuenta, alarga la mano para coger la de ella. Se detiene a mitad de gesto. Melanie no se ha dado cuenta y, en cualquier caso, tampoco podría cogerla porque tiene las manos esposadas a la espalda, pero ha sido una enorme estupidez. Si el sargento llega a verlo...

Pero el sargento sigue enfrascado en una conversación que parece muy seria con Justineau y la doctora Caldwell, y no se ha dado cuenta de nada. Aliviado, consternado, avergonzado, Gallagher se reúne con ellos.

Entonces, al ver lo que están mirando los otros tres, estos pensamientos se desvanecen en su cabeza. Es un hambriento, tendido cuan largo es en el suelo, a la entrada de una tienda.

A veces se desploman y ya no vuelven a levantarse, cuando la podredumbre de su interior les destroza el sistema nervioso hasta un punto en el que deja de funcionar. Los ha visto tirados en el suelo, recorridos por convulsiones que parecen descargas eléctricas, mirando el sol con sus ojos gris sobre gris. Puede que sea lo que le ha pasado a este.

Pero no es solo eso. Tiene el pecho abierto de par en par, reventado desde dentro

por... Gallagher no tiene ni idea de qué es. Una columna blanca de al menos dos metros, en cuya punta brota algo parecido a una almohada plana y redonda de bordes acanalados y con unas excrecencias bulbosas a los lados como ampollas. La textura de la columna es áspera e irregular, pero las ampollas son relucientes. Si ladeas la cabeza al mirarlas, parece que tengan una pátina multicolor, como la del aceite sobre el agua.

—¡Dios bendito! —dice Helen Justineau con una especie de susurro.

—Fascinante —murmura la doctora Caldwell—. Absolutamente fascinante.

—Si usted lo dice, doctora —responde el sargento—. Pero yo creo que será mejor no acercarse a esa cosa, ¿de acuerdo?

Intrépida o imprudente, Caldwell alarga la mano para tocar una de las excrecencias. La superficie se arruga un poco bajo la presión de su dedo, pero recupera enseguida su forma original cuando retira la mano.

—No creo que sea peligroso —dice—. Aún no. La cosa será distinta cuando maduren esos frutos, supongo.

—¿Frutos? —responde Justineau.

Es exactamente el mismo tono que habría usado Gallagher. ¿Frutos salidos de un cadáver podrido y abierto en canal? ¿Puede haber algo más repugnante?

Melanie se pega a Gallagher y contempla desde detrás de su pierna el caído hambriento. El soldado lo siente por ella, siente que tenga que ver esto. No está bien que una niña tenga que pensar en la muerte.

Aunque esté, ya sabes, muerta. Más o menos.

—Frutos —repite Caldwell con firmeza y satisfacción—. Este, sargento, es el cuerpo frutal del patógeno de los hambrientos. Y esas vainas son sus esporangios. Cada uno de ellos es una fábrica de esporas llena de semillas.

—Sus pelotas —traduce el sargento.

La doctora Caldwell se ríe delicadamente. Parecía deprimida y agotada la última vez que la vio Gallagher, pero esto le ha devuelto la vida.

—Sí. Exacto. Son sus pelotas. Si las abre tendrá un encuentro íntimo con el *Ophiocordyceps*.

—Entonces será mejor no hacerlo —sugiere Parks mientras tira de ella hacia atrás al ver que se dispone a tocar de nuevo la criatura.

La doctora levanta la mirada hacia él, sorprendida, y en apariencia dispuesta a discutir, pero el sargento ya se ha vuelto hacia Justineau y Gallagher.

—Ya han oído a la doctora —dice, como si hubiera sido idea de ella—. Prohibido acercarse a esa criatura y cualquier otra que veamos. Ni las toquen ni se acerquen a ellas. Sin excepciones.

—Me gustaría tomar algunas muestras... —comienza a decir Caldwell.

—Sin excepciones —repite Parks—. Vamos, amigos, estamos desaprovechando horas de luz. Hay que ponerse en marcha.

Lo hacen. Pero el interludio los ha dejado a todos de un humor extraño. Melanie

regresa junto a Justineau y sigue caminando a su lado, como si volviese a llevar la correa. La doctora Caldwell parlotea sin descanso sobre ciclos vitales y reproducción sexual hasta que casi parece que se está insinuando al sargento, que aprieta el paso para alejarse de ella. Y Gallagher no puede dejar de mirar atrás cada cierto tiempo, en dirección a la destrozada criatura que tan extraño alumbramiento ha sufrido.

A lo largo de las dos horas siguientes, se encuentran con otra media docena de hambrientos caídos, algunos de ellos en un estado bastante más avanzado que el primero. Algunas de las columnas blancas son mucho más altas que ellos y están ancladas en la base por una masa de hebras grisáceas que se extiende más allá de los límites de los cadáveres y crece sobre ellos hasta casi ocultarlos. Los tallos centrales se hacen más gruesos a medida que crecen y van ensanchando el agujero de la caja torácica o el abdomen del hambriento por el que afloraron la primera vez. Hay algo obsceno en ello y Gallagher se dice que ojalá hubieran ido por otro camino para no tener que verlo.

También le impresiona lo que parece estar sucediendo con las redondeadas excrecencias de los tallos fúngicos. Comienzan siendo pequeños bultos o protuberancias en el eje vertical principal. Luego crecen y se transforman en unos relucientes esferoides de color blanco que cuelgan como adornos del árbol de Navidad. Y finalmente caen. Están alrededor de los tallos más altos y gruesos, amontonados con algo que podría parecer un mimo cauteloso.

Cuando el sol se oculta tras el horizonte, Gallagher se alegra de no tener que volver a ver esas cosas monstruosas.

Para Helen Justineau, la tercera noche es la más extraña de todas.

La pasan en los calabozos de una comisaría de Whetstone High Road, después de que el sargento Parks haya ordenado dar un pequeño desvío para explorarla. Tiene la esperanza de encontrar algún armero intacto. La escaramuza en Stevenage ha reducido considerablemente su reserva de municiones y todo lo que puedan encontrar, por poco que sea, les vendrá bien.

No encuentran ningún armero, intacto o no. Pero hay un tablero con un llavero y algunas de las llaves resultan ser de los calabozos del sótano. Cuatro calabozos a lo largo de un corto pasillo, con una sala de guardia a un extremo. La puerta que da a la escalera es de madera, y tiene cinco centímetros de grosor y una plancha de acero en la cara interior.

—Hemos encontrado una posada... —dice Parks.

Justineau cree que está de broma, pero entonces se da cuenta de que no es así y eso la horroriza.

—¿Quiere que nos encerremos aquí? —inquire—. Es una trampa. Solo tiene una salida y una vez que cerremos esta puerta nos quedaremos aislados. No habrá forma de saber lo que está pasando fuera.

—Todo eso es cierto —reconoce Parks—. Pero sabemos que esos chatarreros nos han seguido desde la base. Y ahora estamos entrando en la zona con mayor concentración de ellos de todo el país. Cada vez que paremos debemos contar con algún tipo de perímetro. Y una puerta cerrada de acero es el perímetro más discreto que se me ocurre. Nadie verá nuestras luces y es muy poco probable que los ruidos que hagamos lleguen hasta la superficie. Estaremos seguros y no llamaremos la atención. Se me ocurren pocos sitios mejores en este sentido.

No hay votación y comienzan a deshacer las mochilas. Caldwell se pega a la pared y luego resbala por ella hasta acabar en cuclillas. Seguramente no es que esté de acuerdo con los argumentos de Parks sino que está demasiado cansada para seguir caminando. El soldado Gallagher saca las últimas latas de conservas de Wainwright House y empieza a abrirlas.

Se pliegan a los hechos consumados y no tiene sentido discutir.

Cierran la puerta para encender las linternas, aunque al principio sin llave. La mayoría de ellos comienza a sentir un poco de claustrofobia y echar la llave parece un gesto irrevocable. Mientras comen mantienen una conversación inconexa que termina desembocando en el silencio. Lo más probable es que Parks tenga razón en que sus voces no van a llegar hasta la superficie, pero aun así su eco resuena demasiado en aquel espacio.

Al terminar, pasan uno a uno por la sala de guardia para hacer sus necesidades. No disponen de linternas allí, de manera que disfrutan de algo parecido a la intimidad. Justineau se ha dado cuenta de que Melanie nunca tiene que ir al baño.

Recuerda vagamente que entre los informes que recibió al llegar a la base había unas notas de Caldwell sobre el sistema digestivo de los hambrientos. El hongo absorbe y utiliza todo cuando se tragan. La excreción es innecesaria porque no hay nada que excretar.

Finalmente Parks cierra la puerta. La llave se atasca en la cerradura y tiene que aplicar mucha fuerza para conseguir que gire. Justineau se imagina —probablemente como todos— lo que sería de ellos si llegara a romperse en la cerradura. Es una puerta maciza.

Se dividen para dormir. Caldwell y Gallagher cogen una celda cada uno, Melanie va con Justineau, y Parks duerme al pie de las escaleras, con el fusil a mano.

Cuando se apaga la última de las linternas, la oscuridad se posa sobre ellos como un peso muerto. Justineau permanece despierta, contemplándola.

Se siente como si a Dios nunca le hubiera importado nada de todo esto.

Melanie piensa: «Cuando tus sueños se hacen realidad, han dejado ya de serlo. Has dejado de ser la persona que los tenía, así que lo que sientes es más bien como un extraño eco de algo que te sucedió hace mucho».

Está tumbada dentro de una celda que se parece un poco a la que tenía en la base. Pero la comparte con señorita Justineau. El hombro de la señorita Justineau le toca la espalda y siente que se mueve al compás de su respiración. Por un lado, esto le inspira una felicidad tan completa que es embriagadora.

Pero no es un sitio en el que puedan quedarse a vivir. Solo es una parada en el camino, un camino que está lleno de incertidumbres. Y algunas están dentro de ella, no en el mundo exterior. Es una hambrienta, dominada por una necesidad que siempre estará ahí, haga lo que haga. Deben mantenerla encadenada, con un bozal en la boca, para que no devore a nadie.

«Y vivieron juntas para siempre en paz y prosperidad».

Así es como terminaba la historia que escribió, pero no es como va a terminar esta historia del mundo. En Beacon no la aceptarán. Y si lo hacen será para cogerla y cortarla en pedazos. El final feliz de la señorita Justineau no es el de ella.

Pronto tendrá que abandonar a la señorita J y salir al mundo en busca de fortuna. Será como Eneas, que partió de Troya tras su caída y navegó hasta llegar al Lacio para fundar la nueva Troya, que terminaría por llamarse Roma.

Pero ahora duda muy seriamente que los príncipes que una vez imaginó luchando por ella existan en este mundo, que es muy hermoso pero está lleno de cosas viejas y rotas. Y ya echa de menos a la señorita J, a pesar de que están juntas.

No cree que vuelva a amar tanto a nadie.

El cuarto día es el día del milagro, un milagro que le cae a Caroline Caldwell de un cielo despejado.

Solo que no está despejado. Ya no. Ha cambiado el tiempo. Una fina lluvia les empapa la ropa, no les queda comida y todos están deprimidos y malhumorados. A Parks le preocupa el inhibidor y lo paga con todos. Se les está acabando y han tenido que escatimar a la hora de ponérselo, antes de abrir la puerta. Y aún tienen tres días por delante. Si no logran reabastecerse en algún momento, van a tener un problema serio.

Continúan hacia el sur. Aún deben atravesar las partes norte, centro y sur de Londres. Caldwell se da cuenta de que la sensación de asombro y sobrecogimiento ha perdido parte de su intensidad hasta para el joven soldado. La única que sigue observando con infatigable maravilla cada nueva cosa que se encuentran es la sujeto de experimentación número 1.

En cuanto a ella, tiene muchas cosas en la cabeza. Micelios fúngicos que crecen en un sustrato formado por células del cuerpo de un mamífero. El receptor GABA-A del cerebro humano, cuyas generalizadas y vitales operaciones implican la conducción selectiva de iones de cloruro por las membranas de plasma de neuronas concretas. Y el problema más reciente de la relativa desaparición de los hambrientos, cuando hasta ayer mismo veían todo el rato grupos formados por centenares.

Caldwell ha elaborado varias hipótesis para explicar esto: limpieza deliberada por parte de humanos no infectados; competencia por parte de alguna especie animal; propagación de alguna enfermedad entre la población de hambrientos; un efecto secundario del propio *Ophiocordyceps*, desconocido hasta ahora; y así sucesivamente. Es obvio que la existencia de los hambrientos en fase frutal tiene algo que ver con ello —esa mañana han visto muchos más, hasta el punto de que su aparición ya no provoca ningún comentario—, pero es poco probable que esa sea la única explicación. Si fuese así tendría que haber centenares de miles de esas criaturas, no solo docenas. Para inmenso fastidio de Caldwell, no se encuentra con ninguna evidencia observable que la ayude a escoger entre los diferentes escenarios que ha teorizado.

Además —y esto resulta aún más inquietante— le está costando concentrarse. El dolor de las manos se ha convertido en una palpitación permanente y agónica, como si tuviera un corazón más en cada una de las palmas, latiendo en muy imperfecta sincronía. Y el dolor de su cabeza parece decidido a coordinarse con ambas. Tiene las piernas tan débiles, tan insustanciales, que le cuesta creer que aguanten su peso. Es como si su cuerpo fuese un balón de helio que flota encima de ambas.

Helen Justineau le dice algo, una pregunta a juzgar por la inflexión ascendente de su voz. Caldwell no la oye, pero asiente para impedir que la repita.

Puede que el *Ophiocordyceps* induzca comportamientos diferentes en la fase

madura y en la fase de neotenia, asexual. Comportamientos migratorios o sésiles. Una fotosensibilidad mórbida o algún impulso comparable al que lleva a las hormigas infectadas a buscar puntos elevados. Si supiese a dónde han ido los hambrientos, podría empezar a construir un modelo del mecanismo y puede que eso le permitiese comprender cómo funciona en última instancia la interfaz entre el hongo y las neuronas.

Una sensación de onírica deriva flota sobre el día. Parece llegar hasta Caldwell desde muy lejos, aunque solo se manifiesta ocasionalmente. Se encuentran con un grupo de hambrientos que han entrado en la fase frutal como los anteriores, pero en este caso sus cuerpos están tan juntos que los troncos o tallos que les salen del pecho están unidos por grupos de hebras de micelio.

Mientras los demás contemplan el pequeño bosque fúngico con enfermiza fascinación, Caldwell se arrodilla y recoge uno de los esporangios del suelo. Parece sólido, tanto a la vista como al tacto, pero pesa muy poco. Su integumento tiene una agradable suavidad. Nadie ve cómo se lo guarda con cuidado en el bolsillo de la bata. Cuando el sargento Parks vuelve a mirarla está toqueteándose de nuevo las vendas y parece que llevara haciéndolo todo el rato.

Siguen caminando sin detenerse. El tiempo se alarga, se fractura, se rebobina y se reproduce en un tartamudeo de momentos que —aunque carecen de lógica interna coherente— parecen atterradoramente familiares e inexorables.

El receptor GABA-A. La hiperpolarización de la célula nerviosa, que sucede tras la cúspide de su activación y determina el tiempo de retardo para que vuelva a estar lista para actuar. ¡Un mecanismo tan precariamente equilibrado pero del que depende tanto...!

—Cuidado al acercarse —dice el sargento Parks en este momento—. Mejor no asumir que está vacío.

En su laboratorio de la base, Caldwell tenía una pinza de tensión de tipo SEVC-d, que se puede usar para medir cambios muy pequeños en las corrientes de iones sobre las membranas superficiales de las células nerviosas vivas. Nunca aprendió a usarla como es debido, pero sabe que las infectadas por el *Cordyceps* exhiben tanto diferentes niveles de excitación ante sujetos sanos como diferentes ritmos de cambio en su actividad eléctrica. Pero dentro del colectivo de los infectados, la variación es grande e imposible de predecir. Y ahora se pregunta si no tendrá que ver con otra variable que no ha logrado detectar.

Una mano la toca en el hombro.

—Aún no, Caroline —dice Helen Justineau—. Aún están revisándolo.

Caldwell mira hacia delante. Ve lo que hay allí, a unos cien metros de ellos.

Al principio teme que sea una alucinación. Sabe que está muy fatigada y sufre de una leve desorientación, derivada de la infección que contrajo cuando se lastimó las manos en la base o (lo que es menos probable) con el agua sin depurar que han estado bebiendo.

Haciendo caso omiso a Justineau, echa a andar. En cualquier caso, en este momento aparece el sargento en un lado de la cosa y les da permiso para aproximarse. No hay razón para quedarse atrás.

Levanta la mano y toca el frío metal. Bajo el manto de polvo y mugre, en arabescos de cromo en relieve, le habla. Le dice cómo se llama.

Rosalind. Rosalind Franklin.

Caroline Caldwell se crió en la fe de la segunda ley de la termodinámica. En un sistema cerrado, la entropía debe aumentar. Sin peros, sin en caso de, sin aunques. Sin reducciones de condena por buen comportamiento, porque la flecha del tiempo siempre apunta en la misma dirección. Hacia la salida de la tienda de regalos, pero sin sello en la mano, sin nada que te permita dar la vuelta y disfrutar de otra vuelta.

Hace ya veinte años que partieron *Charlie* y *Rosie*. Veinte años desde que se marcharon —sin ella— y se perdieron en un mundo en estado de desintegración. Y ahora *Rosie* está mirando a Helen Caldwell a los ojos, tan pacata como cabría esperar.

Rosie, con su mera presencia, constituye una refutación de la ley de la entropía, al menos si sigue intacta, ni saqueada ni incendiada.

—La puerta está cerrada —dice el sargento Parks—. Y nadie responde.

—Mire el polvo —replica Justineau—. Este trasto lleva muchísimo tiempo sin moverse.

—Vale. Creo que vamos a echar un vistazo en su interior.

—¡No! —chilla Caldwell—. ¡No lo hagan! ¡No fuercen la puerta!

Todos se vuelven, sorprendidos por su vehemencia. Hasta el sujeto de experimentación número 1 se la queda mirando con esos ojos solemnes, entre azules y grises, que no parpadean.

—¡Es un laboratorio! —dice Caldwell—. Un complejo de investigación móvil. Si rompemos los sellos podríamos contaminar lo que haya dentro. Muestras. Experimentos en curso. Lo que sea.

El sargento Parks no se deja impresionar.

—¿De verdad cree que eso es una prioridad ahora mismo, doctora?

—¡No lo sé! —responde Caldwell, angustiada—. Pero no quiero correr el riesgo. Sargento, a este vehículo lo enviaron aquí a investigar el patógeno, y llevaba en su interior a algunas de las mentes científicas más brillantes de la Tierra. Es imposible saber lo que encontraron o lo que descubrieron. ¡Si entra la fuerza, podría destruir algo de valor incalculable!

Se interpone físicamente entre el vehículo y Parks. Pero no es necesario. El sargento no hace ademán de acercarse a la puerta.

—Ya —dice con amargura—. Bueno, tampoco creo que eso sea un problema. El blindaje que lleva no es ninguna broma. Por el momento va a ser difícil que entremos. Puede que si encontrase una palanca... Pero incluso así...

Caldwell se concentra un momento para cribar su memoria.

—No necesita ninguna palanca —dice.

Le enseña dónde se esconde la manivela de acceso exterior para casos de emergencia, sujeta en dos soportes bajo el flanco izquierdo de *Rosie*, justo detrás de la compuerta de la sección central. A continuación, sujetando torpemente la manivela con la vendada mano izquierda, se arrodilla y busca a tientas bajo el chasis del

vehículo, cerca del guardabarros delantero. Recuerda, o cree recordar, la posición de la entrada de la manivela, pero no está donde esperaba. Al cabo de varios minutos de búsqueda a ciegas, finalmente localiza el lugar y consigue introducirla. Hay un control de anulación, pero está diseñado para activarse solo en caso de ataque. Los creadores del vehículo imaginaron una serie de situaciones en las que podía ser necesario acceder a *Rosie* desde el exterior sin utilizar explosivos o forzar las puertas.

—¿Cómo sabe todo eso? —le pregunta Justineau.

—Formaba parte del proyecto —responde Caldwell con voz tensa.

Es una mentira por omisión, pero no la hace ruborizar. El dolor de los recuerdos está mucho más arraigado que la vergüenza y no hay nada en el mundo capaz de obligarla a dar más explicaciones.

A contar que quedó la vigesimoséptima en la lista de posibles candidatos para formar las tripulaciones de *Charlie* y *Rosie*. Que se pasó cinco meses aprendiendo a manejar los sistemas de a bordo para que al final le dijese que sus servicios no serían necesarios. Los veintiséis biólogos y epidemiólogos que estaban por encima de ella en la lista poseían, en opinión de los responsables y supervisores de la misión, experiencia y habilidades más interesantes de los que podía ofrecer Caldwell. Y como la dotación científica de cada laboratorio era de doce miembros, ni siquiera la incluyeron en la lista de primeros suplentes. *Charlie* y *Rosie* partieron sin ella.

Hasta ahora siempre ha asumido que habían desaparecido para siempre, perdidos en el interior de alguna ciudad, incapaces de avanzar o retroceder, desbordados por hambrientos o caídos en una emboscada de saqueadores chatarreros. La idea le inspiraba un cierto consuelo. No la de que hubieran acabado muertos por su *lèse majesté*, claro, sino el hecho de que al relegarla le hubieran salvado la vida.

Pero por supuesto, esto no era más que otra forma de decir que su supervivencia es fruto de su mediocridad.

Cosa que es ridícula, y se lo demostrará a todos cuando descubra la cura. La anécdota de cuando no le asignaron una plaza en *Charlie* ni en *Rosie* se convertirá en un irónico pie de página en la historia del mundo, como las malas notas de Einstein en los exámenes de matemáticas del instituto.

Solo ahora, esa nota al pie adquiere un toque adicional de dramatismo. Habían creado el laboratorio para ella desde el principio, solo que sin saberlo. Lo enviaron aquí para interceptar su trayectoria.

Parks y Gallagher están girando la manivela, que estaba demasiado dura para Caldwell. La puerta comienza a abrirse, centímetro a centímetro. El aire estancado que escapa del interior hace que a Caldwell se le alborote el corazón en el pecho. Los sellos funcionan. Al margen de lo que haya pasado allí, al margen de lo que haya sido de la tripulación de *Rosie*, su entorno interior sigue intacto.

En cuanto tiene espacio para pasar, se lanza hacia la puerta.

Y choca con el sargento Parks, que se niega a quitarse de en medio.

—Voy yo primero —dice—. Lo siento, doctora. Sé que lleva mucho tiempo

deseando echar un vistazo ahí dentro, y podrá hacerlo. En cuanto haya comprobado si hay alguien en casa.

Caldwell comienza a enumerar las razones por las que cree que *Rosie* estará desierta, pero el sargento no la escucha. Ya ha entrado. El soldado Gallagher se planta junto a la puerta y la observa con recelo, claramente preocupado por la posibilidad de que intente pasar.

Pero no lo hace. Si está en lo cierto no hay nada que temer, pero por la misma razón tampoco hay necesidad de apresurarse. Y si está equivocada, si de alguna manera algo ha conseguido penetrar en el vehículo, el sargento está mucho mejor preparado para encargarse que ella. El sentido común dicta que es mejor esperar a que concluya su inspección.

Pero su impaciencia es tan grande que casi le provoca convulsiones. El regalo está destinado a ella y a nadie más. A nadie más le sirve lo que contiene. Lo que podría contener, se corrige. Al cabo de tantos años, es imposible saber lo que puede haber sido del valiosísimo equipo de los laboratorios de *Rosie*. A fin de cuentas, ¿cabe imaginar algún desastre que haya podido acabar con la tripulación sin dañar nada de lo que los rodeaba? La explicación más factible para la puerta sellada y el exterior intacto es que uno o más miembros de la tripulación se hayan infectado a bordo. Se los imagina corriendo como posesos por el laboratorio, presa de la voracidad, destrozando delicados marcos de imágenes y centrifugadoras, y pisoteando placas de Petri repletas de muestras cuidadosamente incubadas.

El sargento Parks sale sacudiendo la cabeza. Caldwell está tan convencida del desastroso escenario que ha imaginado que se toma el gesto por un veredicto. Lanza una exclamación y corre hacia la puerta, donde Parks la detiene con una mano en el hombro.

—Está en buen estado, doctora. Todo despejado. Solo hay un cadáver en el asiento del conductor, y parece que se pegó un tiro. Pero antes de que entremos, quiero que me diga una cosa... porque esto escapa totalmente a mi campo de experiencia. ¿Hay algo ahí dentro que deba contarme? ¿Algo que podría ser peligroso?

—Nada —dice Caldwell.

Pero entonces, con puntilliosidad científica, se corrige.

—Nada que yo sepa. Déjeme echar un vistazo y le daré una respuesta definitiva.

Parks se aparta y la doctora, tratando de disimular los temblores que siente, sube a bordo.

El laboratorio lo tiene todo. Todo.

Al otro extremo, frente a ella, hay algo que solo ha visto en fotografías, aunque sabe lo que es, sabe lo que hace y sabe cómo lo hace.

Es un ATLUM. Un ultramicrotomo rotativo automático.

Es el santo grial.

Tanto la doctora Caldwell como el sargento Parks parecen emocionados con *Rosalind Franklin*, sin duda por razones diferentes, pero la primera impresión de Helen Justineau es negativa. En su interior hace un frío de mil demonios, los ruidos resuenan como en una tumba y huele a fluido de embalsamar. Y la expresión de Melanie evidencia que siente aún menos entusiasmo que ella.

Claro que ambas tienen recuerdos muy frescos y poco agradables relacionados con laboratorios, y más concretamente con laboratorios en los que se encuentra Caroline Caldwell. Y eso es precisamente *Rosie* (como llama Caldwell al vehículo), un laboratorio sobre ruedas. Solo que con literas y una cocina, así que también es una autocaravana gigante. Y tiene lanzallamas y torretas con ametralladoras, así que también es un tanque. Tiene algo para cada uno de ellos.

De hecho, es tan grande que casi cambia de zona horaria. El laboratorio, situado en la parte central, ocupa prácticamente la mitad del espacio disponible. En la parte delantera y trasera se encuentran los puestos de armas, desde donde dos soldados, espalda contra espalda, pueden controlar todo el perímetro del vehículo, como en las aspilleras de un castillo medieval. Cada uno de los puestos se puede aislar del laboratorio por medio de una puerta estanca. Más a popa, hay algo que parece una sala de máquinas. Delante están los aposentos de la tripulación, con una docena de literas colgadas de las paredes y dos lavabos químicos, la cocina y por fin la cabina, con una ametralladora de posición del mismo calibre que la de un Humvee y un cuadro de mandos casi tan grande como el de un avión de pasajeros.

Justineau y Melanie, desde el puesto de armas delantero, observan la actividad que las rodea, momentáneamente desconectadas de ella.

Caldwell está revisando el equipo en la zona del laboratorio. Tiene una lista en la mano —estaba en la pared del laboratorio, junto a la puerta— y la está usando para localizar equipos concretos, que a continuación examina en busca de daños. Su expresión es de absorta y furiosa emoción. Parece completamente ajena a la presencia de todos los demás.

Parks y Gallagher han avanzado más allá de los aposentos, hasta la cabina. Están peleándose con algo que hay allí, presumiblemente el cuerpo que mencionó el sargento. Al cabo de un rato lo extraen envuelto en una manta. Deja tras de sí un reguero de olores desagradables, pero felizmente antiguos y tenues.

—Las puertas delanteras están cerradas —refunfuña Parks—. No se pueden abrir sin electricidad. Y no tenemos.

Lo sacan por la compuerta central, la misma que usaron para entrar. Justineau repara en una compleja estructura de armazones de acero y hojas de plástico que hay en la cara interior de la puerta. Sospecha que se trata de una esclusa plegable. En un armario, justo al lado, encuentra seis trajes estancos, cuyos enormes cascos de estrecho visor recuerdan a las cabezas de los robots en las películas de los cincuenta.

Parece que los diseñadores del vehículo pensaron en todo, realmente.

Aunque eso no les sirvió de nada a sus tripulantes, al parecer.

Justineau apoya una mano en el brazo de Melanie y la niña salta casi treinta centímetros. Su exagerada reacción sobresalta a Justineau a su vez.

—Perdón —dice.

—No pasa nada —murmura Melanie mientras levanta la mirada hacia ella.

Los ojos de la niña están muy abiertos y resultan insondables. Normalmente todas sus emociones están en la superficie, pero ahora, bajo el nerviosismo y una infelicidad general, hay unas profundidades que Justineau no alcanza a interpretar.

—Probablemente no nos quedemos mucho tiempo —dice para tranquilizarla.

Pero ella misma percibe la vaciedad de sus palabras. No lo sabe.

Cuando vuelven Parks y Gallagher, conversan con la doctora Caldwell en voz baja y rápida. A continuación Gallagher se dirige a los aposentos, mientras Parks cruza todo el vehículo hasta la parte de atrás.

Impulsada por la curiosidad, Justineau lo sigue hasta la sala de motores.

Allí, el sargento está levantando la tapa de inspección de algo que parece un generador eléctrico de tamaño considerable. Hurga en su interior un rato con expresión seria. Luego empieza a abrir las taquillas que hay en las paredes, una a una, para inspeccionar su contenido. En la primera hay algo así como un millar de herramientas, pulcramente ordenadas en estantes. En la siguiente, rollos de alambre, piezas de metal envueltas en muselina engrasada y cajas de diversos tamaños clasificadas por alargados números. La tercera contiene los manuales, que Parks hojea con ceñuda concentración.

—¿Está pensando en arreglar este cacharro? —le pregunta Justineau.

—Puede —dice Parks—. Tampoco es que sea un experto, pero es probable que lo consiga. Estos manuales de reparaciones están escritos para idiotas. Y yo soy bastante idiota.

—Tardará mucho.

—Probablemente. Pero coño, este trasto tiene más potencia de fuego que muchos ejércitos. Ametralladoras de campo de 155 milímetros. Y lanzallamas. Merece la pena intentarlo, ¿no?

Justineau se vuelve para ir a decirle a Melanie que tal vez pasen allí más tiempo del previsto, pero la niña ya se encuentra allí, justo detrás de ella.

—Tengo que hablar con el sargento Parks —dice.

Parks aparta la mirada del libro con rostro impasible.

—¿Hay algo de lo que debemos hablar? —inquire.

—Sí —dice Melanie. Se vuelve de nuevo hacia Justineau—. En privado.

Justineau tarda un instante en comprender que le han pedido que se vaya.

—Vale —dice tratando de aparentar indiferencia—. Iré a ayudar a Gallagher con lo que esté haciendo.

Los deja solos. No alcanza a imaginar qué cosa podría tener Melanie que decirle a

Parks en privado y esta incertidumbre tarda muy poco en transformarse en intranquilidad. Puede que el sargento se haya relajado con lo de la correa, pero Justineau sabe que, en esencia, sigue viendo a la niña como un animal pequeño pero peligroso... especialmente por su inteligencia. No solo debe cuidar lo que hace cerca de él, sino también lo que dice. Necesita que Justineau le cubra las espaldas constantemente.

Gallagher está haciendo más o menos lo mismo que la doctora Caldwell —elaborar un inventario—, solo que en su caso es en los barracones y cuando llega Justineau prácticamente ha terminado. Le enseña el último armario que acaba de abrir. Contiene un reproductor de CD y dos estantes llenos de discos. Justineau siente que sus recuerdos cobran estereofónica vida al examinar los títulos, que constituyen una mezcla ecléctica, cuanto menos. Simon y Garfunkel. The Beatles. Pink Floyd. Frank Zappa. Fairport Convention. The Spinners. Fleetwood Mac. 10CC. Eurhythms. Madness. Queen. The Strokes. Snoop Dogg. Spice Girls.

—¿Has oído algo de esto alguna vez? —pregunta a Gallagher.

—Alguna cosilla, de vez en cuando —responde este con cierta melancolía en la voz.

En la base, el único equipo de sonido era el que estaba conectado al bloque de celdas, que reproducía música clásica a todas horas. Uno o dos miembros del personal de la base tenían reproductores digitales y cargadores manuales que funcionaban con manivela, pero sus propietarios custodiaban estas reliquias familiares con celo obsesivo.

—¿Cree que podremos poner alguno? —pregunta Gallagher.

Justineau no tiene ni idea.

—Si Parks arregla el generador, lo más probable es que vuelva a funcionar, como todo lo demás. Aquí ha estado protegido de las inclemencias del tiempo, con la excepción de los cambios de temperatura. Humedad no hay, que habría sido lo peor. Si no falla el fusible y los circuitos impresos están en buen estado, nada impide que funcione. No se haga muchas ilusiones, soldado, pero puede que esta noche disfrutemos de una cena con espectáculo.

Gallagher parece desanimado de pronto.

—No lo creo —dice con tono de desaliento.

—¿Y eso?

Abre las manos vacías en un gesto de impotencia que abarca todos los armaritos abiertos y registrados.

—No hay nada de cenar.

Parks convoca una reunión en los barracones, pero solo hay cuatro asistentes.

—¿Dónde está Melanie? —pregunta Justineau, alarmada y suspicaz al instante.

—Se ha ido —responde Parks.

Y a continuación, ante el feroz escepticismo de Justineau, añade:

—Volverá. Tenía que salir al exterior.

—¿«Tenía que salir al exterior»? —repite Justineau—. No siente la llamada de la naturaleza, Parks, así que si pretende decir que...

—No ha salido para ir al baño —dice el sargento Parks—. Se lo explicaré luego, si se empeña, pero lo cierto es que ha insistido en que no se lo dijese, así que usted verá. Mientras tanto, tenemos otras cosas de que hablar y tiene que ser ahora.

Están sentados en los bordes de las literas inferiores, en precario equilibrio. Hay tres literas por espacio, a distintas alturas, de manera que tienen que inclinarse hacia delante para no darse en la cabeza con la del medio, cuyo marco de acero está a la altura perfecta para ello. Habrían tenido más espacio en el laboratorio, pero con la excepción de Caldwell, todos prefieren pasar el mínimo tiempo posible en un sitio que huele a formaldehído.

Parks señala a Caldwell con un cabeceo.

—Según dice la doctora, este cacharro es una especie de centro de investigación diseñado para moverse por zonas urbanas sin peligro de ataque de los hambrientos o cualquier otra cosa con la que pudiera encontrarse.

»Era una gran idea, no digo lo contrario. Solo que en un momento dado sucedieron un par de cosas, no sabemos en qué orden. El generador se averió. O algo del sistema eléctrico, dado que, aunque reconozco que no sé una mierda sobre esto, por lo que he visto hasta ahora el generador parece en buen estado.

—Puede que se quedaran sin combustible —aventura Gallagher.

—No. No fue eso. El combustible es una mezcla de nafta y queroseno de gran octanaje, similar al que utilizan los aviones y aún quedan unos dos mil quinientos litros. Y los depósitos de los lanzallamas también están llenos. De haber sido necesario, podrían haber improvisado un sistema para utilizarlo. Así que posiblemente fuese algún fallo mecánico. Tendrían que haber podido repararlo, porque, joder, hay repuestos para todas las piezas, pero por alguna razón no lo hicieron. Puede que hubieran tenido bajas y los muertos fuesen los que sabían más mecánica. Sea como sea, lo veremos cuando desmontemos el generador.

—¿Y seguro que lo vamos a hacer? —inquire Justineau.

—Salvo que se le ocurra alguna razón que lo impida, sí. Este vehículo es como un tanque. Lleva todo lo que un Humvee y muchas cosas más. Si conseguimos que funcione hasta Beacon, podría ahorrarnos muchos dolores de cabeza.

Justineau no puede sino percatarse de que el rostro de la doctora Caldwell exhibe una sonrisilla de maquiavélica suficiencia. Por eso se rebela contra la idea, a pesar de

que no puede negar que es buena.

—No pasaremos lo que se dice inadvertidos.

—Cierto —reconoce Parks—. Tiene razón. Nos oirán llegar desde más de un kilómetro de distancia. Y tendrán que quitarse de en medio, porque una vez que nos pongamos en marcha, no pararemos. Hambrientos, chatarreros, barricadas... Solo habrá que pisar a fondo y pasarles por encima. Ni siquiera tendremos que ceñirnos a las calles. Podríamos atravesar una casa y salir por el otro lado. Lo único que puede parar a la pequeña *Rosie* es un río y en la taquilla de equipo tienen mapas con los puentes que pueden soportar su peso. Creo que sería imperdonable no intentarlo al menos. Lo peor que puede pasar es que alguno de esos puentes se haya derrumbado y tengamos que desviarnos un poco. O que se nos rompa una de las orugas o reventemos una junta o algo así, y entonces no estaremos peor que ahora. Y mientras tanto nos dará un respiro de tanta marcha forzada, que nos estaba pasando factura a todos, especialmente a la doctora.

—Gracias por su solicitud —dice Caldwell.

—No sé qué significa eso, pero de nada.

—Eran dos cosas —dice Justineau.

—¿Disculpe?

—Ha dicho que pasaron dos cosas. El generador era una. ¿Y la otra?

—Sí —dice Parks—. Ahora iba a eso. Se les agotó la comida. Los armarios están totalmente vacíos. Pero vamos, que no queda ni una migaja. Así que lo que creo que pasó fue esto: se quedan sin generador y no consiguen repararlo. Permanecen aquí varios días o semanas, esperando a que los rescaten. Pero el Colapso está en su punto álgido y no acude nadie. Hasta que por fin alguien dice «a la mierda», y hacen el petate. Uno de ellos se queda, supongo que para vigilar el vehículo. Los demás se ponen en marcha. Puede que lleguen a alguna parte o puede que no. Lo más probable es que no, porque el rezagado se suicida y nadie viene a buscar los restos. Por suerte para nosotros.

Los mira a todos, uno a uno.

—Pero corremos el riesgo de terminar igual —concluye—. No sé cuánto tiempo nos llevará reparar ese generador, si es que podemos repararlo. Pero hasta que lo hagamos, o hasta que nos rindamos, vamos a quedarnos aquí. Así que necesitamos comida, igual que la tripulación original. Ya hemos gastado las últimas latas que nos trajimos de la casa de Stevenage y de camino aquí no hemos pasado por ningún sitio que no estuviera saqueado, incendiado o arrasado. Agua todavía tenemos, pero debemos racionarla, porque de aquí al Támesis no hay ningún sitio donde reponerla. Así que tenemos que encontrar provisiones y tiene que ser de prisa. Lo ideal sería un supermercado que no hayan encontrado equipos de saqueo o chatarreros, o una casa cuyos dueños se hubieran aprovisionado para un apocalipsis antes de palmarla.

Justineau se encoge ante este análisis tan frío.

—Vamos a buscar en los mismos sitios que la tripulación original —señala.

Parks la mira y ella se encoge de hombros.

—Creo que podemos asumir sin temor a equivocarnos que registrarían bien la zona antes de abandonar esta superfortaleza para probar suerte en los caminos. Si hubiera comida por aquí, la habrían encontrado ellos.

—Es indiscutible —dice Parks—. Así que el problema de las provisiones podría ser muy serio. Tanto si nos movemos como si nos quedamos, desde luego, pero más si nos quedamos durante los dos o tres días que tarde en arreglar el generador. Así que es una decisión importante, puede que vitalmente importante, y que nos afecta a todos por igual. Me encantaría tomarla yo, pero tal como tuvo la bondad de recordarme hace un par de días, señorita Justineau, no está usted bajo mi mando. Ni la doctora. Así que, por esta vez, prefiero someterlo a votación.

»¿Nos quedamos o nos vamos? Que levante la mano el que esté a favor de arreglar el generador y volver a casa a lo grande.

Caldwell levanta la mano al instante y Gallagher un poco después. Justineau está en minoría de una.

—¿Está de acuerdo? —le pregunta Parks.

—Tampoco tengo mucha alternativa, ¿no? —dice.

Pero la verdad es que ya estaba convencida. Sus reservas sobre *Rosie* tienen mucho más que ver con la visible tensión de Melanie y lo sucedido el último día en la base que con cualquier objeción racional. Es plenamente consciente de las ventajas que ofrece la idea de completar el viaje en la seguridad y comodidad de un tanque gigantesco. Sin emboscadas. Sin estar expuestos. Sin dar un respingo al menor ruido o movimiento ni volverse cada dos segundos para ver si se te acerca algo por detrás.

Por otro lado, Caldwell sigue teniendo la misma expresión, como un gato que sabe que están a punto de ponerle la leche. La mente y las tripas de Justineau se rebelan contra la idea de permanecer atrapada en un espacio cerrado con la doctora más tiempo del estrictamente necesario.

—Me gustaría ayudar a buscar provisiones —dice a Parks—. Suponiendo que no me necesite para reparar el generador. Iré con Gallagher a por comida.

—Es lo que había pensado —conviene Parks—. No puedo hacer nada con el generador hasta que no sepa lo que estoy haciendo, así que de momento, más que nada, estoy leyendo los manuales para identificar las piezas que necesito. Aún nos quedan tres horas de sol, así que si están de acuerdo, creo que deberían tratar de utilizarlas. Manténganse en contacto con los *walkie-talkies*. Si se encuentran con algún problema, acudiré lo antes posible. Doctora Caldwell, a usted la voy a dejar ociosa porque sus manos siguen malheridas y dudo que pueda transportar gran cosa. Aparte de que solo tenemos dos mochilas.

A Justineau le sorprende la actitud del sargento. Mira a Caldwell con aire pensativo, como si tuviera otra cosa en la cabeza.

—Bueno, hay muchas cosas que puedo hacer aquí —dice Caldwell—. Comenzaré por el sistema de filtración de agua. En teoría, *Rosie* era capaz de condensar el agua

del aire ambiente. Cuando el generador vuelva a funcionar, es posible que podamos reactivar también ese sistema.

—Me parece bien —dice Parks, antes de volverse hacia Justineau—. Será mejor que se vayan si quieren estar de vuelta antes de que anochezca.

Pero ella aún no está lista para salir. Le preocupa Melanie y quiere la verdad.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —pregunta a Parks, consciente de que repite una pregunta anterior.

El sargento se encoge de hombros.

—Bueno. Si se da prisa...

Vuelven a la sala de motores. Cuando se dispone a hablar, Parks se anticipa y le entrega su *walkie-talkie*.

—En caso de que Gallagher y usted se separen —le explica—, la cabina de *Rosie* cuenta con un equipo de comunicaciones entero y es mucho más potente que estos equipos portátiles, así que pueden llevarse esto.

Justineau se guarda el aparato sin siquiera mirarlo. No quiere distraerse con cuestiones logísticas.

—Me gustaría saber qué le dijo Melanie —dice a Parks—. Y a dónde ha ido.

Parks se rasca el cuello.

—¿En serio? ¿A pesar de que ella me ha pedido que no se lo diga?

Ella le aguanta la mirada.

—La ha dejado ir sola. Joder, ya sé que no cree que corre peligro. Pero yo sí. Y quiero saber por qué ha decidido que podía enviarla ahí fuera tranquilamente.

—Se equivoca —dice Parks.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Sobre mí.

Apoya las posaderas en la tapa del generador y cruza los brazos.

—Vale, no demasiado. Hace un par de días dije que debíamos dejar suelta a la niña. Desde entonces nos ha sacado las castañas del fuego un par de veces y aparte de eso ha demostrado ser una exploradora de primera. Lamentaría perderla.

Justineau abre la boca para decir algo, pero Parks no ha terminado.

—Además, como podría atraer gente hasta nosotros, dejarla merodear por ahí sola no es una decisión gratuita. Pero después de lo que me ha dicho, me pareció la menos mala de las posibles opciones.

Justineau siente la boca un poco más seca de lo que ya estaba.

—¿Qué le ha dicho? —exige saber.

—Que nuestro inhibidor ya no sirve para nada, Helen. Esta mañana nos hemos puesto muy poco, porque solo nos queda medio tubo para los cuatro. Creí que encontraríamos más aquí dentro, pero no ha sido así. Hay esa pasta azul que usa la doctora Caldwell en el laboratorio, pero eso es solo un desinfectante. No elimina el olor con la misma eficacia.

»Así que la niña llevaba oliéndonos todo el día y estaba medio loca de hambre.

Estaba acojonada, temiendo que iba a perder el control y a mordernos. A usted, más en concreto. Y por eso no quería que le dijese nada. No quiere que piense que es un animal peligroso. Quiere que la vea como uno de los niños de su clase.

Justineau siente un repentino mareo. Se apoya en el frío metal de la pared y espera así a que termine de darle vueltas la cabeza.

—Así... —dice—. Así es como la veo.

—Eso es lo que le he dicho yo. Pero eso no cambiaba lo del hambre. Así que la he dejado suelta...

—¿Usted...?

—La he llevado fuera. Le he quitado las esposas y se ha ido. Las tengo aquí, preparadas para cuando vuelva.

Abre una de las taquillas y ahí están, cuidadosamente guardadas junto a la correa enrollada.

—Y le he enseñado a quitarse el bozal... Como si no lo hubiera deducido sola. Solo son un par de correas de cuero. Permanecerá fuera hasta que encuentre algo de comer. Algo grande. La idea es que se pegue el atracón del siglo. Que no vuelva hasta que no tenga la barriga llena. Puede que así consiga mantener el hambre a raya por un tiempo.

Justineau recuerda cómo estaba comportándose Melanie antes de irse: los violentos sobresaltos y el malestar en general. Ahora lo entiende. Entiende lo que debe haber sufrido. Lo que no entiende es el cambio de opinión de Parks sobre el bozal y las esposas. Está desconcertada y un poco resentida. Es como si el hecho de que los demás miembros del grupo —¡y sobre todo Parks!— empiecen a confiar en ella fuese una amenaza para el vínculo que se ha estrechado entre ambas.

—¿No temía que lo mordiese? —le pregunta.

Al oír el tono de maliciosa insinuación de su voz siente náuseas.

—O sea... ¿cree que podemos mantenerla con nosotros aunque tenga hambre?

—Bueno, no —dice Parks, impasible—. Por eso la he dejado ir. ¿O se refiere a si tenía miedo cuando le he quitado el bozal? No, porque estaba apuntándola con mi arma. Esa niña es diferente... única, más bien. Pero es lo que es. Lo que la hace única es que lo sabe. Y se esfuerza todo lo que puede. Mucha gente podría tomar ejemplo de eso.

Le entrega la mochila, que ha vaciado para ella.

—¿Se refiere a mí? —inquire Justineau—. ¿Cree que me escaqueo?

Sería agradable tener una buena discusión con Parks en ese momento, pero él no parece interesado.

—No, no me refería a usted. Lo decía en general.

—¿En general? ¿Estaba filosofando?

—Estaba siendo un capullo gruñón. Como de costumbre últimamente. Supongo que ya lo habrá notado.

Justineau titubea, desconcertada. No creía que Parks fuese capaz de burlarse de sí

mismo. Pero claro, tampoco lo creía capaz de cambiar de idea.

—¿Alguna pauta más para cuando estemos fuera? —le pregunta. De algún modo extraño, sigue dolida, intranquila—. ¿Consejos para salir de tiendas sin perder el cuello? ¿Trucos para la vida urbana moderna?

Parks se toma las preguntas más en serio de lo que ella esperaba.

—Use lo que queda de inhibidor —le sugiere—. Y sobreviva.

Gallagher preferiría ir solo.

No es que no le guste Helen Justineau. Más bien todo lo contrario. Le gusta mucho. La encuentra realmente hermosa. Es la protagonista o coprotagonista de varias de sus fantasías sexuales, casi siempre como una mujer madura, muy experimentada y depravada, que escoge a un chico lo bastante joven para ser su hijo y le enseña unas cuantas cosas. En sentido metafórico y literal.

Por eso precisamente resulta más incómodo salir de patrulla con ella. Le da miedo hacer o decir alguna estupidez delante de ella. Le da miedo estar en una situación donde tenga que tomar una decisión rápida y no poder hacerlo por estar pensando demasiado en ella. Le da miedo no poder ocultar el miedo que siente.

Y el hecho de que no puedan hablar tampoco facilita las cosas. Vale, de tanto en tanto, cuando llegan al final de una calle y tienen que decidir por dónde siguen, intercambian algún tenso murmullo. Pero el resto del tiempo caminan en completo silencio, arrastrando los pies a cámara lenta, de esa manera que les ha enseñado el sargento Parks.

Aunque ahora mismo da la sensación de que es innecesario. Durante la primera hora que pasan fuera del vehículo blindado de nombre estúpido solo ven cuatro hambrientos con vida y ninguno de ellos cerca.

Entonces encuentran al primero muerto. Está en estado frutal, como los anteriores, solo que este cayó de espaldas y el gran tallo blanco se ha abierto paso a través de su espalda. Helen Justineau se lo queda mirando, asqueada y triste. Gallagher supone que está pensando en la niña hambrienta. Como las madres de antes del Colapso, siempre preocupadas por lo grande que es el mundo y la cantidad de gente mala que vive en él, y preguntándose dónde estarán sus hijos.

Sí. El mundo está lleno de gente asquerosa. Él mismo está emparentado con varios. Y conoció a muchos más cuando cayó la base. Una parte de la intranquilidad que siente ahora —puede que la más importante— se debe a la sensación de que no avanza en ninguna dirección que tenga sentido. Sí, vuelve a casa. Pero eso es como meter un pie en una trampa después de haber conseguido sacarlo de algún modo. Obviamente no pueden volver a la base. No existe, ya no, y es posible que los cabrones que la destruyeron los estén persiguiendo. Pero Gallagher no consigue ver Beacon como un refugio. Solo puede verlo como una boca que se abre delante de él, lista para devorarlo.

Trata de sacudirse de encima la sensación de desesperación. Trata de parecer un soldado y sentirse como tal. Quiere que Helen Justineau se sienta reconfortada por su presencia.

Han estado avanzando por una calle alargada y jalonada de tiendas a ambos lados. Son un objetivo demasiado evidente para cualquiera que haya pasado por allí. Seguramente las saquearan durante los primeros días del Colapso.

Así que dirigen su atención a las casas de las calles laterales, más difíciles de allanar y registrar. Lo primero es realizar un reconocimiento en busca de hambrientos. Y al entrar debes procurar hacer el mínimo ruido posible, porque cualquier sonido fuerte atraerá a todos los que haya cerca. Luego, una vez dentro, debes hacer otro reconocimiento. En cualquiera de esas casas podría haber un nido entero de hambrientos, sus antiguos residentes o intrusos no invitados.

Es un proceso muy lento que te va crispando los nervios.

Y encima es deprimente, porque se ha puesto a diluviar. Un cielo lúgubre y grisáceo les está orinando encima.

Y por si fuera poco es aburrido, si es que algo puede ser aterrador y aburridísimo a la vez. A Gallagher todas las casas le parecen iguales. Oscuras. Con olor a humedad y alfombras blandas en el suelo, cortinas enmohecidas y paredes interiores salpicadas de manchitas negras. Y millones de cosas dentro que no sirven para nada salvo para meterse por medio y hacer que tropieces. Es como si antes del Colapso la gente hubiera dedicado su existencia entera a levantar a su alrededor un capullo hecho de muebles, ornamentos, libros, juguetes, cuadros y todas las diferentes mierdas que pudieran encontrar. Como si creyesen que renacerían de aquel capullo transformados en otra cosa. Cosa que acabó sucediéndoles a algunos, pero no como esperaban.

En la mayoría de ellas se quedan el tiempo justo para revisar la cocina. Algunas tienen también un lavadero o un garaje, que registran también. Permanecen decididamente alejados de neveras y congeladores, que saben repletos de basura descompuesta y apestosa. El premio gordo es la comida enlatada y empaquetada.

No encuentran ninguna. Las cocinas están vacías.

En la siguiente calle obtienen resultados similares. Al final de ella hay un garaje cerrado con una puerta de color verde que casi pasan por alto. Pero se encuentra junto a una tienda saqueada, en la esquina, y Justineau se detiene.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta a Gallagher.

La verdad es que no estaba pensando nada, pero ahora se estruja los sesos un instante y así consigue responder otra cosa que no sea un «¿eh?».

—El garaje podría pertenecer a la tienda —deduce.

—Exactamente. Y no parece que haya entrado nadie. Vamos a echar un vistazo, soldado.

Intentan abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Es de un metal fino y liviano, lo que por un lado está bien (no les costará echarla abajo) y por otro no tanto (porque hagan lo que hagan organizarán un buen escándalo).

Gallagher encaja la bayoneta bajo una de las esquinas y hace palanca. Con un chirrido fuerte y agudo, el metal cede. Una vez que está lo bastante separado del marco, introducen los dedos por debajo y tiran sin descanso. Sigue haciendo el mismo ruido, pero tampoco se puede hacer nada.

Logran levantar un pliegue como de un metro de lado. Entonces miran en todas direcciones y aguzan el oído, con los nervios a flor de piel. Pero no se mueve nada y

no llega ningún ruido desde los extremos de la calle.

Se ponen a cuatro patas y entran a rastras. Gallagher enciende la linterna y recorre el interior con la luz.

El garaje está lleno de cajas.

La mayoría de ellas están vacías. La mayoría de las que no lo están no contienen comida, sino revistas y periódicos, juguetes o menaje. En cuanto al resto... Bueno, hay comida, pero se trata sobre todo de aperitivos. Paquetes de patatas fritas, cacahuetes o cortezas de cerdo. Tabletas de chocolate o galletas. Caramelos en tubos del tamaño de una bala de fusil. Bollitos en envoltorios individuales.

Y botellas. Botellas de todas clases. Naranja, limón, cola, zumo de uva y refresco de jengibre. Agua no, pero sí cualquier otra cosa que puedas imaginarte, siempre que tu imaginación no vaya más allá de la sacarina y el dióxido de carbono.

—¿Cree que algo será aprovechable? —susurra Gallagher.

—Solo hay un modo de averiguarlo —responde Justineau, también con un hilo de voz.

Así que realizan una especie de cata a ciegas, abriendo paquetes y dando cautelosos mordiscos a su contenido. Las patatas, blandas, quebradizas y con un sabor entre agrio y rancio, están incomibles. Las escupen inmediatamente. Pero las galletas están bien.

—Aceites hidrogenados —dice Justineau esparciendo migas—. Joder, seguramente duren hasta el fin del mundo.

Pero lo mejor son los cacahuetes. Gallagher no da crédito a su sabor, salado e intenso como el de la carne. Se come tres paquetes enteros antes de poder contenerse.

Cuando levanta la mirada, Justineau le está sonriendo, pero es una sonrisa amistosa, no despectiva. Se echa a reír en voz alta, contento de haber compartido con ella esta situación ridícula... y aliviado por la oscuridad del garaje, que impide que vea que se ha puesto colorado.

Llama al sargento por el *walkie-talkie* y le dice que han encontrado beicon. O al menos algo con sabor a beicon. Parks responde que lo recojan y regresen, y luego le transmite sus más entusiastas felicitaciones.

Se llenan los bolsillos y las mochilas y cada uno coge además un par de cajas. Cuando, diez minutos más tarde, vuelven a salir a la calle, siguen solos.

Vuelven sumidos en un estado de cierta euforia. Han salido de caza y han tenido éxito. Y ahora regresan con el mamut a la cueva. Encenderán una fogata para mantener a raya la oscuridad y habrá holganza y cuentos.

Bueno, puede que no. Pero si hay suerte, tal vez sí una puerta cerrada, comida decente, y un poco de Fleetwood Mac.

La doctora Caldwell saca los seis *tupperwares* con el tejido cerebral del hambriento de Wainwright House y los deja sobre la superficie que acaba de desinfectar, frente a sí. Las superficies de trabajo del laboratorio están hechas de un mármol sintético formado por una mezcla de polvo de mármol, bauxita y poliéster. No es tan frío como la piedra de verdad. Cuando apoya sus manos ardientes y palpitantes sobre él le proporciona poco alivio.

Prepara un portaobjetos con cada una de las muestras. No ha utilizado el ATLUM para esto, porque *Rosie* sigue sin electricidad y porque el material lo extrajo del cráneo del hambriento con una cuchara. Ya no conserva sus capas naturales y de poco le serviría cortarlo en rodajas muy finas.

Necesitará el ATLUM más tarde, pero no para estas muestras.

Por ahora, esparce cantidades minúsculas del tejido cerebral sobre los portaobjetos, en las capas más finas que puede, añade una gota de colorante a cada una de ellas y coloca las tapas con exquisito cuidado. Las vendas entorpecen sus movimientos, así que tarda más de lo que debería.

Seis muestras de tejido. Cinco colorantes disponibles, a saber: sulfato de cerio, ninhidrina, D282, bromocresol y p-anisaldehído. Caldwell pone sus mayores esperanzas en el D282, una carbocianina lipofílica fluorescente de probada eficacia para resaltar estructuras neuronales finas. Pero no piensa ignorar los demás colorantes, ya que los tiene a mano. Cualquiera de ellos podría proporcionarle datos valiosos.

Ahora, lo normal sería encender el microscopio electrónico de transmisión, que descansa en el rincón de laboratorio como el hijo bastardo de un martillo neumático y un soldado de asalto de la trilogía de *La guerra de las galaxias*, con su blanca y suave cerámica y sus esculpidas curvas.

Pero, una vez más, el problema es la falta de electricidad. El microscopio no va a despertar para ponerse a su servicio hasta que no lo alimente el sargento Parks.

Entretanto dirige su atención al esporangio. El laboratorio cuenta con una serie de tanques de manipulación con dos cavidades circulares a un lado. Las cavidades son esfinteradas. Es posible introducir por ellas unos guantes largos de goma y luego, por medio de una combinación de gel sellador y sistemas mecánicos de ajuste, sellarlas herméticamente.

Una vez que el esporangio está aislado del resto del laboratorio en el interior de uno de esos tanques, Caldwell procede a examinarlo. Trata de abrirlo con los dedos y no lo consigue. La cáscara exterior es dura, elástica y muy gruesa. Ni siquiera con un escalpelo le resulta fácil.

En su interior, infinitamente plegada sobre sí misma, descansa una fina espuma fractal de esporas, como grisáceas pompas de jabón, que se derrama por la incisión que acaba de practicar. Moviéndose por la curiosidad, introduce el dedo en ella. No siente

la menor resistencia. A pesar de su densidad parece no tener masa alguna.

Mientras lo está haciendo se percata de que ya no está sola en el laboratorio. El sargento Parks ha entrado y la está observando en silencio. Lleva el arma —no el fusil, sino la pistola— en la mano, tan despreocupadamente como se puede llevar algo así en un laboratorio, donde no tiene lugar concebible.

Caldwell lo ignora durante un rato, mientras sigue cortando con toda delicadeza la grisácea calabaza para estudiar su estructura interior.

—Lo bueno —señala sin separar los ojos ni la atención del contenido del tanque— es que el integumento del esporangio parece sumamente resistente. Ninguno de los que vimos en el suelo estaba abierto y con las manos desnudas es imposible romperlos. Parece ser que requieren de un desencadenante exterior para germinar, y de momento no se ha materializado.

Parks no responde. Sigue sin moverse.

—¿Alguna vez pensó en hacer una carrera científica, sargento? —pregunta Caldwell, aún de espaldas a él.

—La verdad es que no —dice Parks.

—Bien. Porque la verdad es que es demasiado estúpido.

El sargento se aproxima a ella.

—¿Cree usted que se me ha pasado algo por alto? —pregunta con tono imperativo.

Caldwell es muy consciente de la presencia del arma. Al volver la mirada está allí, justo delante de su campo de visión. El sargento la empuña con ambas manos, listo para disparar.

—Sí.

—¿El qué?

Deja el escalpelo y, muy lentamente, saca las manos de los guantes y del tanque. Entonces se vuelve y lo mira a los ojos.

—Ha visto que estoy pálida y sudorosa. Que tengo los ojos enrojecidos. Que me rezago al caminar.

—Sí, lo he visto.

—Y ha elaborado un diagnóstico.

—Doctora, sé lo que sé.

—Ah, pero es que no es así, sargento. En realidad no.

Comienza a deshacerse el vendaje de la mano izquierda. La levanta para enseñársela. Al caer la tela blanca, la carne queda a la vista. La propia mano está blanca como el vientre de un pez y tiene algunas ampollas. A partir de la muñeca, unas líneas rojas trepan por el brazo... Trepan hacia abajo, dado que el brazo está en alto, pero en este caso la gravedad es irrelevante. El veneno está buscando el camino a su corazón, sin prestar atención a los caprichos de la topografía local.

—Infección sanguínea —dice Caldwell—. Septicemia inflamatoria grave. Lo primero que hice al entrar fue administrarme una dosis masiva de amoxicilina, pero

tengo la casi absoluta certeza de que es demasiado tarde. No estoy transformándome en un hambriento, sargento. Solo me estoy muriendo. Así que haga el favor de dejarme seguir con mi trabajo.

Pero Parks se queda donde está unos momentos más. Caldwell lo comprende. Es un hombre que siente predilección por el tipo de problemas que tienen una solución sencilla y unitaria. Creía que Caldwell era uno de esos, pero ahora se ha dado cuenta de que no es así. Y le cuesta lidiar con el cambio y ponerlo en perspectiva.

Lo comprende, pero la verdad es que no puede ayudarlo. Ni le importa. Lo único que le importa es su investigación, que —después de tantísimo tiempo de estancamiento— empieza al fin a parecer prometedora.

—¿Está diciéndome que esas... frutas no son peligrosas? —pregunta él.

Caldwell se echa a reír. No puede contenerse.

—Exacto, sargento —le asegura—. Salvo que le preocupe la perspectiva de un suceso de extinción planetaria.

El rostro de Parks, abierto como un libro, revela alivio, luego confusión y finalmente suspicacia.

—¿Cómo?

Caldwell casi lamenta tener que reventar la preciosa burbuja de su ignorancia.

—Ya le hablé de los esporangios que contenían las esporas del patógeno hambriento. Pero no parece haber comprendido lo que significan. En su forma inmadura, asexual, el *Ophiocordyceps* derrumbó nuestra civilización en el plazo de tres años. La única razón de que no alcanzase un estado pandémico global al instante, de que pudieran sobrevivir algunas bolsas de humanos no infectados, fue que el organismo inmaduro solamente puede propagarse de manera neoténica, a través de los fluidos corporales.

—Doctora —dice el sargento con expresión de fastidio—, si va a ponerse a hablar como una puñetera enciclopedia...

—Sangre y saliva, sargento. Vive en la sangre y la saliva. No se aventura a salir al aire libre y no prospera en él. Pero en su forma adulta... —Hace un ademán sobre el inocuo globo blanco que descansa en el fondo del tanque—. Bueno, la forma adulta no hará prisioneros. Cada esporangio contiene, según un cálculo aproximado, de uno a diez millones de esporas. Que pueden sobrevivir en el aire y pesan tan poco que pueden viajar decenas o centenares de kilómetros desde su lugar de origen. Si salen a la atmósfera, y algunas de ellas lo harán, podrían cruzar continentes enteros sin dificultad. Imagino que serán lo bastante resistentes como para sobrevivir semanas, meses, hasta puede que años. Y el que las respire estará infectado. A un hambriento lo ves venir, pero cuando se trata de un organismo de menos de un milímetro de diámetro no es tan fácil. Y no digamos contenerlo. Calculo que lo que quede de la humanidad 1.0 echará el cierre al mes de que se haya abierto una de estas vainas.

—Pero... acaba de decir que no se abren —repite Parks, horrorizado.

—He dicho que no se abren solos. Esta criatura es luchadora, una variedad

mutante cuyo desarrollo ha sido azaroso. Pero más tarde o más temprano se producirá el desencadenante, sea el que sea. Es solo cuestión de tiempo y las probabilidades irán aumentando gradualmente hasta llegar al ciento por ciento.

Parks no sabe qué responder a esto. Finalmente se retira y la deja sola. Y aunque Caldwell no había dejado que la afectase mucho su presencia, se siente mucho mejor sola.

Helen Justineau ha disfrutado más de lo que esperaba de la expedición. Y ha descubierto que la compañía de Gallagher es sorprendentemente soportable.

Pero cuando regresan a *Rosie*, con solo diez minutos de luz solar de margen, y descubren que Melanie no ha regresado aún, la preocupación cae sobre ella como un yunque de diez toneladas en una vieja broma de Monty Python. ¿Dónde demonios ha podido pasar tanto tiempo? ¿Tan difícil es encontrar algo para comer?

Se acuerda del zorro en Stevenage. No vio cómo lo atrapaba la niña, pero sí cuando apareció con el animal retorciéndose en sus brazos, caminando con dificultad para que no se le escapase. Si es capaz de coger a un zorro, una rata, un perro callejero o un pájaro no pueden suponer ningún problema para ella.

Es imposible saber con qué puede haberse tropezado ahí fuera. Tendría que haber salido a buscarla en lugar de quedarse con el soldado Atontado para buscar comida.

Al instante lamenta este instintivo torrente de desprecio dirigido hacia Gallagher. En realidad, lo único que se le puede achacar es que es joven, está más verde que la hierba del campo e idolatra sin reservas al sargento Parks.

Al taciturno y reservado sargento Parks, como acaba de comprobar Justineau. Ha dirigido una fugaz mirada a lo que han encontrado, los ha felicitado con un cabeceo y una especie de gruñido y luego ha vuelto a la sala de máquinas.

Lo sigue hasta allí.

—¿Qué hacemos si no regresa? —exige saber.

El sargento tiene la cabeza enterrada en las tripas del generador, que ha empezado a desmontar. Su voz sale amortiguada.

—¿Usted qué cree?

—Voy a salir a buscarla —dice Justineau.

Al oírlo, Parks vuelve a salir precipitadamente, que es lo que ella pretendía. No pensaba en serio salir en plena noche. No tendría sentido. No podría usar la linterna sin anunciar su presencia y su posición a todo el que estuviera en las calles. Sin la linterna iría a ciegas... y con ella casi. Los hambrientos seguirían la luz de la linterna, o su olor, o el calor de su cuerpo, y todo terminaría en un instante.

Así que cuando Parks le dice estas mismas cosas, solo que en términos ligeramente más crudos y enfáticos, ni siquiera se molesta en prestarle atención. Espera a que acabe y entonces repite:

—¿Qué hacemos entonces?

—No hay nada que podamos hacer —dice Parks—. Ahí fuera está mucho más segura que usted y yo, y además es una chica lista. Sabe que al llegar la noche lo mejor que puede hacer es ocultarse y esperar a que amanezca.

—¿Y si no encuentra el camino de vuelta? ¿Y si se desorienta en la oscuridad o simplemente se olvida del camino? No sabemos por cuánto tiempo se ha marchado y posiblemente todas las calles le parezcan iguales. Tal vez no pueda encontrarnos ni

siquiera a plena luz del día.

Parks la está mirando con dureza.

—No pienso lanzar una bengala —dice—. Si es eso lo que está pensando, olvídalo.

—¿Qué podemos perder? —pregunta Justineau—. Estamos en un puto tanque, Parks. No pueden hacernos nada.

Parks arroja al suelo el manual que ha tenido todo este tiempo en la mano y recoge una llave. Durante un instante, Justineau cree que va a golpearla. Comprende, con aguda sorpresa, que está tan tenso como ella.

—No tendrían que hacernos nada —señala con tono siniestro—. Solo tendrían que acampar en la puerta durante un día, más o menos. No estamos preparados para soportar un asedio, Helen. Con cacahuets y pastelitos de crema no.

Sabe que tiene razón. Pero no importa, porque recogió la pistola de bengalas del suelo cuando Parks le dio la mochila. La tiene guardada en el bolsillo de atrás del vaquero, donde apenas abulta. Mientras no se acerque a la luz, no habrá problema.

Pero sea lo que sea lo que carcome a Parks, no es lo mismo que a ella. Y no saberlo la intranquiliza.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Ha sucedido algo mientras estábamos fuera?

—No —responde Parks con demasiada rapidez—. Pero no nos queda inhibidor ni nada que podamos usar como sustituto. A partir de ahora, cada paso que demos en el exterior dejará un rastro que llevará hasta nuestra misma puerta. Y si vuelve la niña necesitaremos mucho más que un bozal y una correa para mantenerla bajo control. Captará nuestro olor constantemente. ¿Qué cree que le hará eso?

Esa pregunta se abre paso sinuosa, cruel e insinuantemente por la mente de Justineau. Durante un momento es incapaz de hablar. Recuerda lo que le pasó cuando la dominó el hambre en la base. Se la imagina perdiendo el control de ese modo otra vez, solo que dentro de *Rosie*.

Es más, ¿cómo van a dejarla subir siquiera para ponerle otra vez el bozal y las esposas?

Sabiendo cómo es Parks, un hombre que analiza las cosas desde todos los ángulos y al que le gusta poner los puntos sobre las íes, se pregunta cuánto de todo esto traería pensado de antemano.

—¿Por eso la dejó ir tan fácilmente? —exige saber—. ¿Pensaba que estaba abandonándola?

—Ya le dije lo que pensaba —responde Parks—. No tengo la costumbre de mentirle.

—Porque este no es su hábitat natural, joder —continúa Justineau.

Se siente como si se hubiera tragado algo amargo y necesita quitarse el sabor de la boca hablando.

—No sabe nada sobre este sitio. Menos aún que nosotros y Dios sabe que no sabemos gran cosa. Tal vez sea capaz de encontrar comida, pero eso no es lo mismo

que sobrevivir, Parks. Estaría viviendo entre los animales. Como uno de ellos. Así que se convertiría en un animal. La niña moriría. Y lo que quedaría sería algo mucho más parecido a los hambrientos.

—La dejé suelta para que pudiera alimentarse —dice Parks—. No pensé más allá.

—Ya, pero no es usted idiota.

Se aproxima a él y Parks retrocede un poco, todo lo que le permite la estrechez del lugar. Lo único que el haz sesgado de la linterna le permite ver del rostro de Justineau es la línea apretada de su boca.

—Caroline puede permitirse el lujo de no pensar. Usted no.

—Pensaba que la doctora era una superdotada —murmura Parks con desenfado muy poco convincente.

—Eso da igual. No ve más allá de lo que hay al fondo de sus tubos de ensayo. Cuando llama a Melanie sujeto de experimentación número 1, lo dice en serio. Pero usted es más inteligente. Si arrancase un gatito del lado de su madre y luego, al devolvérselo, la madre le mordiese en la garganta porque no huele como debería, sabría que es culpa suya. Si atrapase a un pájaro y le enseñase a hablar y luego se le escapase y se muriera de hambre porque no sabe cómo alimentarse, tendría clarísimo que toda la culpa es suya.

»Pero Melanie no es un gato, ¿verdad? Ni un pájaro. Puede que se hubiera convertido en algo así si la hubiera dejado donde la encontré. Algo salvaje que no era consciente de sí mismo y solo hacía lo que tenía que hacer. Pero le echó una red encima y la trajo a casa. Y ahora es suya. Interfirió. Y contrajo una deuda.

Parks no dice nada. Justineau se lleva la mano atrás y saca la pistola de bengalas. La extiende y deja que él la vea en su mano.

Se dirige a la puerta de la sala de máquinas.

—Helen —dice Parks.

Atraviesa el puesto de armas de popa hasta llegar a la puerta. Está cerrada, pero nadie la vigila. Caldwell está en el laboratorio y Gallagher en el barracón, hurgando entre los viejos CD como si fuesen porno.

—Helen.

Abre la cerradura. Es la primera vez que lo hace, pero no es difícil deducir cómo funciona el mecanismo. Vuelve la mirada hacia Parks, que la está apuntando con su propia pistola. Pero solo un segundo. Vuelve a bajar la mano y resopla con los carrillos hinchados, como si acabara de soltar gran peso.

Justineau abre la puerta y sale. Levanta el brazo sobre su cabeza y aprieta el gatillo.

El sonido es como el que hace un fuego de artificio al apagarse, solo que más prolongado. Con un suspiro y un silbido, la bengala asciende hacia la cerrada negrura que se extiende sobre ella.

No hay luz, nada visible. La pistola tenía ya muchos años. Es anterior al Colapso, como la mayor parte del equipo de Parks. Habrá dejado de funcionar.

Entonces es como si Dios hubiera encendido la luz en el cielo. Una luz roja. Por lo que sabe de Dios, es el color que escogería.

Todo se vuelve tan visible como a la luz del día, pero aquello no se parece en nada a la luz del día. Es como la luz de un matadero o de una película de terror. Y debe de haber llegado hasta el interior de *Rosie*, a pesar de que alguien ha echado las pantallas lumínicas sobre las minúsculas ventanas blindadas, porque Gallagher está en la puerta junto a Parks, y Caroline Caldwell, que se ha dignado salir del laboratorio, también se encuentra con ellos, contemplando con mirada estupefacta la noche carmesí.

—Será mejor que entre —dice Parks a Justineau con tono de resignación—. La niña no será la única que lo vea.

Melanie no se ha perdido pero al ver la bengala se anima.

Está sentada en el tejado de una casa, a medio kilómetro de *Rosie*. Lleva allí ya varias horas, bajo un aguacero que la ha calado hasta los huesos. Está intentando encontrar sentido a algo que ha visto a última hora de la tarde, justo después de llenarse por fin la barriga. Y desde entonces ha estado dándole vueltas en su cabeza en incesante y muda repetición.

Lo que ha comido, después de registrar callejones de suelos resbaladizos y jardines empapados por la lluvia durante hora y media, es un gato salvaje. Y ha sido horrible. No el gato en sí, sino el proceso de perseguirlo, atraparlo y devorarlo. El hambre la impulsaba con fuerza y le decía exactamente lo que tenía que hacer. Mientras le abría la barriga al animal con los dientes y engullía lo que salía de allí, una parte de ella estaba totalmente satisfecha, completamente en paz. Pero había otra que se mantuvo a distancia de tan sucia y horrible crueldad. Esa parte era consciente de que el gato seguía vivo y aún se retorció mientras ella destrozaba las frágiles costillas para llegar hasta el corazón. Oyó los maullidos lastimeros que profería mientras la arañaba inútilmente, dejándole unos cortes superficiales en los brazos que ni siquiera llegaron a sangrar. Olió el amargo hedor de los excrementos que se extendió al desgarrarle accidentalmente las entrañas, y se vio a sí misma esparcir los intestinos por el aire como si fuesen gallardetes para llegar a la blanda carne que había debajo.

Lo devoró entero.

Y mientras lo hacía, su mente serpenteaba entre toda suerte de pensamientos irrelevantes: el gato de la foto que colgaba de la pared de su celda, que lamía su platito de leche tranquila y concentradamente; el proverbio sobre todos los gatos pardos, que no entendía y el señor Whitaker no consiguió explicarle; un poema de un libro:

*Mi gato es muy bueno, lo quiero abrazar.
Si no le hago nada, él no me lo hará.*

El gato no era tan bueno. De hecho, ni la mitad de bueno que los dos hombres a los que devoró en la base. Pero sabía que la mantendría con vida y confiaba en que de ese modo su hambre se aplacase un poco y no fuese tan mandona.

Luego vagabundó por las calles, desgraciada e intranquila, incapaz de estarse quieta. Cada poco tiempo volvía cerca del *Rosalind Franklin* para asegurarse de que seguía allí y luego se alejaba por alguna callejuela y se perdía durante una hora, más o menos. No quería volver aún. Empezaba a sentir que quizá tuviera que comer otra vez antes de hacerlo.

Cada vez llegaba un poco más lejos. Estaba sondeando los límites de su hambre, explorando la sensación que transmite y la urgencia que le provoca como el sargento Parks exploró las habitaciones de Wainwright House, con el fusil en la mano y moviendo los ojos adelante y atrás. Estaba en territorio humano y tenía que reconocerlo.

En uno de estos vagabundeos se encontró frente a un gran edificio blanco con un montón de ventanas. Las del primer piso eran enormes y estaban todas rotas. Más arriba había otras que seguían en sus marcos. El cartel que tenía el edificio delante decía ARTS DEPOT, con un ARTS pequeño y un DEPOT mucho más grande, justo encima de la puerta. Y como la puerta antes era de cristal, en realidad ya no existía. Era solo un marco vacío, con unos pocos fragmentos de cristal adheridos a los bordes.

Salían ruidos del interior: ráfagas agudas y breves de sonido, como los gritos de un animal herido.

Melanie pensó que un animal herido le iría muy bien en ese momento.

Entró en una sala de techo muy alto y dos escaleras al otro extremo. Las escaleras eran de metal y tenían pasamanos de goma. Había otro cartel al pie. La luz estaba empezando a desaparecer y Melanie pudo leerlo a duras penas. Rezaba EN LA ESCALERA, LLEVEN A LOS NIÑOS EN BRAZOS.

Subió a la escalera. La primera vez que apoyó su peso en ella soltó un gemido metálico y a cada paso que daba se hundía ligeramente, como si fuera a desmoronarse. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero los chillidos procedentes del interior del edificio eran cada vez más fuertes y quería averiguar qué clase de criatura los profería.

En la parte alta de las escaleras había una amplia sala con imágenes en las paredes y montones de sillas y mesas. Las imágenes eran ininteligibles, pues contenían palabras e imágenes que no parecían tener relación entre sí. En una decía «Gira de otoño de *Twisted Folk*» y se veía a un hombre que tocaba una guitarra. Pero luego aparecía el mismo hombre, en la misma posición, tocando muchas cosas más: un perro, una silla, un árbol, otro hombre, etcétera. Algunas de las mesas tenían bandejas, copas y vasos, pero las copas y los vasos estaban todos vacíos y en las bandejas no había otra cosa que manchas imprecisas, dejadas por comida que se había podrido hacía mucho tiempo, tanto que hasta la putrefacción había desaparecido.

Nada parecía fuera de lugar allí. Ni vivo, tampoco. Melanie oía los ruidos de movimientos rápidos y los chillidos, pero la sala era tan grande y estaba tan llena de eco que era imposible saber de dónde venían.

Miró a su alrededor. Había escaleras y puertas por todas partes. Escogió una de las escaleras al azar, luego una puerta, y después atravesó un pasillo y traspasó otras dos puertas que se abrieron con solo empujarlas.

Y se detuvo en seco, como cuando alguien se acerca demasiado al borde de un acantilado.

El espacio en el que se encontraba era mucho, mucho más amplio que la sala de abajo. Estaba totalmente a oscuras, pero lo notaba por los cambios de los ecos y el movimiento del aire delante de su cara. Ni siquiera tuvo que pensar en estas cosas. Simplemente supo que era un lugar enorme.

Y los ruidos venían de abajo, así que la enormidad se extendía en tres dimensiones y no en dos.

Melanie alargó los brazos frente a sí a la altura del pecho y se adelantó con pequeños y rápidos pasitos hasta llegar el borde de una plataforma. Sintió en los dedos el frío metal de una barandilla o una balaustrada.

Permaneció allí en silencio, oyendo los chillidos, el ruido de las pisadas y otros golpes y estruendos que iban y venían.

Entonces alguien se echó a reír. Un trino agudo de regocijo.

Melanie se quedó plantada en el sitio, asombrada. Notaba que estaba temblando. La risa podría haberla lanzado Anne, Zoe o cualquiera de sus amigas de clase. Era una risa de niña, o quizá, si acaso, de niño.

Estuvo a punto de gritar, pero no lo hizo. Era una risa agradable y pensó que tal vez la persona que se había reído lo fuese también. Pero tanto ruido no podía hacerlo una sola persona. Sonaba como si hubiera montones y montones de personas corriendo. Tal vez jugando a algo, en la oscuridad.

Esperó tanto que sucedió algo extraño. Empezó a ver.

No había más luz que antes. Eran sus ojos los que habían decidido darle más información. Una vez les habían dado una clase sobre algo llamado adaptación. Las varillas y los conos del ojo, especialmente las varillas, cambian su zona de sensibilidad para poder apreciar los detalles de lo que hasta entonces parecía una oscuridad total. Pero el proceso tiene limitaciones funcionales y la imagen resultante es prácticamente blanca y negra porque a las varillas no se les da bien la gradación del color.

Esto era algo distinto. Era como si hubiera salido un sol invisible en la sala, cuya luz permitiese ver a Melanie igual que si fuese de día. O como si el espacio que tenía debajo hubiera pasado de ser un océano negro a transformarse en tierra firme en cuestión de pocos minutos. Se preguntó si sería algo que solo podían hacer los hambrientos.

Se encontraba en un teatro. Nunca había visto uno, pero sabía que tenía que serlo. Había filas y filas de asientos, todos ellos orientados en la misma dirección, donde se levantaba una plataforma ancha y lisa con suelo de madera. Un escenario. Encima de la primera zona de asientos, en un balcón, había más asientos y era allí donde se encontraba Melanie, en el borde del balcón, contemplando desde arriba el auditorio principal.

Y sí, había más de una persona allí abajo. Una docena, al menos.

Pero no estaban jugando. Lo que hacían era algo diferente.

Melanie los observó en silencio desde la barandilla del balcón durante mucho

tiempo, casi tanto como había pasado escuchándolos, o incluso un poco más. Tenía los ojos abiertos de par en par y las manos en la barandilla, como si tuviera miedo de caerse.

Observó hasta que cesaron los ruidos y el movimiento. Entonces salió, tan silenciosamente como pudo, por las puertas y las escaleras.

En la calle, donde llovía con más fuerza que nunca, dio unos pasos vacilantes hasta detenerse, a la sombra de un muro cuyas antiquísimas pintadas habían ido borrándose hasta transformarse en fantasmales patrones de color negro y gris.

Le estaba pasando algo en la cara. Le ardían los ojos y tenía convulsiones en la garganta. Era como en el baño, la primera inhalación después de que se encendiesen las duchas y la lluvia amarga llenase el aire.

Pero no era la lluvia. Solo estaba llorando.

La parte de su mente que había permanecido apartada y la había visto devorar el gato contempló también esta escena y lamentó que, por culpa de la lluvia, fuese imposible saber si en su llanto había lágrimas de verdad.

La noche se arrastra de manera artrítica y sin rumbo, después de una cena que, a pesar de un contenido en azúcar y sal peligrosamente elevado, nadie ha parecido capaz de saborear.

Justineau está sentada en el barracón, con el cuerpo retorcido en el asiento para poder mirar la calle desde una de las troneras. Oye los ronquidos inquietos de Gallagher procedentes del camastro, tras ella. Ha cogido una de las literas de arriba y se ha apropiado de casi todas las mantas para construirse un nido. Allí arriba es totalmente invisible, protegido del mundo tras una barricada de sueños y algodón y poliéster.

Es el único que duerme. Parks sigue desmontando el generador y no parece dispuesto a parar. El intermitente golpeteo que llega desde la parte de atrás revela a Justineau que está haciendo progresos. Sus intermitentes imprecaciones anuncian que también hay reveses ocasionales.

Entre ellos se encuentra el laboratorio, donde Caldwell trabaja en silencio, colocando una placa tras otra bajo un microscopio Zeiss-Plaumm (el electrónico sigue esperando el contacto milagroso de la corriente del generador de *Rosie*) y realizando anotaciones en un cuaderno de tapas de cuero, que luego guarda en una caja de plástico de compartimientos cuidadosamente numerados.

La salida del sol inspira a Justineau un asombro mudo. Parecía perfectamente plausible que este punto muerto ontológico se prolongase para siempre.

En medio del rojizo amanecer, una figura sale de una calle lateral y se encamina a la puerta de *Rosie*.

Justineau profiere un grito involuntario y corre hacia allí. Parks ha llegado antes y no se aparta. Hay un ruido amortiguado y débil: unos nudillos que golpean educadamente las placas metálicas.

—Va a tener que dejar que yo me encargue —le dice Parks.

Tiene bolsas bajo los ojos y manchas de aceite en la frente y las mejillas. Parece que acabara de asesinar a alguien que sangrase tinta. Sus hombros encorvados transmiten una sensación de agotamiento y derrota.

—¿Qué quiere decir con «encargarse»? —inquire Justineau.

—Que me deje hablar con ella antes.

—¿Con un arma en la mano?

—No —replica él con irritación—. Con esto.

Le enseña la mano izquierda, donde tiene el bozal y las esposas.

Justineau titubea un segundo.

—Sé cómo se usan las esposas —dice—. ¿Por qué no puedo salir yo?

Parks se pasa la mugrienta manga sobre la frente mugrienta.

—Por Dios santo —murmura entre dientes—. Porque ella lo pidió así antes de irse, Helen. Es a usted a quien teme hacer daño, no a mí. Estoy prácticamente

convencido de que está bien, porque ha llamado a la puerta en lugar de arañarla y darse de cabezazos con ella. Pero esté como esté, lo único que no quiere ver cuando se abra esta puerta es a usted. Sobre todo si se ha manchado la boca o la ropa de sangre al alimentarse. Eso lo entiende, ¿no? Después de que se haya limpiado y le hayamos puesto las esposas otra vez podrá hablar con ella. ¿De acuerdo?

Justineau traga saliva. Tiene la garganta seca. La verdad es que está asustada. Sobre todo de lo que puedan haberle hecho a Melanie las últimas doce horas. De que, al mirar a los ojos de la niña, pueda encontrarse con algo nuevo y extraño. Por esa misma razón no quiere postergar el momento. Y no quiere que sea Parks el primero en verlo.

Pero lo quiera o no, lo entiende y no puede oponerse a algo que Melanie ha pedido específicamente. No le queda más remedio que retroceder y colocarse detrás del mamparo mientras él abre la puerta.

Oye el ruido de los cerrojos y el suave siseo de los engranajes accionados por los sistemas hidráulicos.

Y entonces escapa a través de los puestos de armas de popa, hasta la zona del laboratorio. La doctora Caldwell levanta los ojos hacia ella, indiferente al principio. Hasta que comprende lo que debe de significar la agitación de Justineau.

—Melanie ha vuelto —dice mientras se pone en pie—. Dios, temía que le hubiera...

—Cierre el pico, Caroline —la interrumpe Justineau sin miramientos—. En serio. Cierre el pico y no vuelva a abrirlo.

Caldwell sigue mirándola. Hace ademán de dirigirse a proa, pero Justineau está en medio y no se mueve. Toda la agresividad que se está acumulando en su interior tiene que salir por alguna parte.

—Siéntese —dice Justineau—. No va a verla. No va a hablar con ella.

—Claro que va a hacerlo —dice Parks desde atrás.

Se vuelve y lo ve allí, en la puerta. Melanie está detrás. Ni siquiera le ha puesto las esposas aún, aunque sí el bozal. Está empapada, y lleva el cabello pegado a un lado de la cara y la camiseta al cuerpo huesudo. Ya ha dejado de llover, así que debe de estar así desde anoche.

—Quiere hablar con todos —continúa Parks—. Y creo que nos conviene escucharla. Repite lo que acabas de contarme, niña.

Melanie mira fijamente a Justineau y aún más a la doctora Caldwell.

—No estamos solos aquí fuera —dice—. Hay alguien más.

Escogen sitios para sentarse por todo el barracón. Aunque *Rosie* está diseñada para albergar una dotación de doce miembros, resulta estrecho. Son conscientes de la cercanía de los otros y ninguno de ellos parece más incómodo con esto que Justineau.

Está sentada en el borde de una de las literas bajas. Tiene a Caldwell justo enfrente. Gallagher se ha sentado en cuclillas en el suelo y Parks está apoyado en la jamba de la puerta.

En el extremo delantero del estrecho espacio, Melanie les habla. Justineau le ha limpiado el pelo con una toalla, ha puesto a secar su chaqueta, sus vaqueros y su camiseta y le ha dado una toalla para que se cubra con ella. Tiene los brazos dentro de la toalla, a la espalda, porque Parks ha vuelto a ponerle las esposas. La idea ha sido de ella misma. Se ha dado la vuelta, ha estirado los brazos hacia atrás y ha esperado pacientemente a que la atase.

Hay una tensión gigantesca en su rostro y en su postura. Tiene que hacer grandes esfuerzos por mantener el control... pero no como si estuviera hambrienta, sino como si la hubieran asaltado en la calle o acabase de presenciar un asesinato. Justineau la ha visto asustada otras veces, pero esto es algo nuevo y durante un rato no consigue identificarlo.

Hasta que comprende lo que es. Incertidumbre.

Por primera vez, intenta imaginar lo que podría haber sido, en qué podría haberse convertido Melanie de haber vivido antes del Colapso. Si nunca la hubieran mordido e infectado. Porque al margen de cualquier otra cosa, es una niña, y nunca ha perdido este sentido de la identidad, salvo cuando olió la sangre y se transformó por un momento en un animal. Y mira de qué manera más pragmática, más implacable, respondió a eso.

Pero solo sigue esta línea de pensamiento un instante. Cuando Melanie empieza a hablar, le presta toda su atención.

—Tendría que haber vuelto antes —les dice, a todos ellos—. Pero estaba asustada, y huí a esconderme, al principio.

—No hace falta que hagas pausas dramáticas, niña —dice Parks en medio del silencio que sigue—. Cuéntaselo sin más.

Pero Melanie comienza por el principio y va desgranando la historia como si ese fuese el único modo de contarle que conoce. Relata con frases sobrias y funcionales su visita al teatro de la pasada noche. El único indicio de la agitación que siente es su manera de cambiar el peso de pie al hablar.

Por último llega al punto en el que miró desde el balcón y, gracias a sus ojos adaptados a la oscuridad, pudo ver lo que había debajo de ella.

—Eran hombres como los que vi en la base —dice—. Cubiertos de la cabeza a los pies por esa cosa negra y brillante y con todo el pelo de punta. De hecho, creo que eran los mismos de la base.

Justineau siente que se le hace un nudo en el estómago. Ahora mismo, los chatarreros son la peor noticia que podrían recibir.

—Eran muchísimos. Estaban peleando con cuchillos y palos, solo que no era de verdad. Solo estaban fingiendo que lo hacían. Y también tenían armas como las vuestras, colgadas de las paredes. Pero no las usaban. Solo los cuchillos y los palos. Primero los cuchillos y luego los palos y luego otra vez los cuchillos. El hombre que dirigía la pelea les decía cuándo debían usar los palos y cuándo debían cambiar. Alguien le preguntó si podían parar y él respondió que no hasta que se lo dijese.

Melanie mira de reojo a Caroline Caldwell. Su expresión es inescrutable.

—¿Pudiste ver cuántos eran? —pregunta Parks.

—Traté de contarlos, sargento Parks, y llegué a cincuenta y cinco. Pero es posible que hubiera más debajo de mi posición. Una parte de la sala no podía verla y no quería moverme para que no me oyesen. Seguramente fuesen más, creo yo.

—¡Dios! —dice Gallagher con voz ahogada por la desesperación—. Lo sabía. ¡Sabía que no pararían!

—¿Qué te hace creer —pregunta Caldwell— que es el mismo grupo que atacó la base?

—Reconocí a algunos de ellos —responde Melanie al instante—. No por las caras, en realidad, sino por la ropa que llevaban. Algunos tenían parches y trozos de metal, y dibujos. Me acuerdo de los dibujos. Y uno tenía una palabra en el brazo: «Implacable».

—Un tatuaje —traduce Parks.

—Eso creo —dice Melanie, con los ojos de nuevo sobre la doctora Caldwell—. Y entonces, mientras estaba allí, llegaron tres hombres más. Hablaron sobre un rastro que estaban siguiendo y dijeron que lo habían perdido. El jefe se enfadó mucho con ellos y los mandó volver a salir. Dijo que si no le traían prisioneros iba a dejar que los demás hombres los usasen para practicar con los cuchillos y los palos.

Así parece terminar la historia, pero Melanie aguarda, tensa y expectante, por si hay preguntas.

—¡Dios santo! —gimotea Gallagher.

Entierra la cabeza en los brazos cruzados y la deja allí.

Justineau se vuelve hacia Parks.

—¿Y qué hacemos? —pregunta.

Porque, les guste o no, es él quien va a elaborar su estrategia. Es el único que tiene alguna probabilidad de sacarlos de allí con vida, ahora que se han quedado sin inhibidores y hay un ejército de lunáticos acampado junto a su puerta. Ha oído historias sobre lo que les hacen los chatarreros a sus prisioneros. Puede que sean mentiras, pero bastan para que nadie desee que lo cojan con vida.

—¿Que qué hacemos? —repite Gallagher mientras levanta la cabeza y abre los brazos. La mira como si estuviera loca—. Salir de aquí. Echar a correr. Inmediatamente.

—Aún no —dice Parks con parsimonia. Y entonces, cuando se vuelven hacia él, añade—: Correr no es siempre la mejor salida. Creo que me falta como una hora para conseguir que el generador funcione. Y desde mi punto de vista, este trasto sigue siendo nuestra mejor opción. Así que de correr nada. Vamos a atrincherarnos aquí hasta que estemos listos.

—Es un comportamiento extraño —murmura Caldwell.

Parks le lanza una mirada perspicaz.

—¿Para los chatarreros? Sí.

—Iban en un convoy cuando los vimos. Con los vehículos de la base, para moverse deprisa. Trasladarse a una base fija, una especie de puesto de mando, no tiene mucho sentido. A un grupo tan grande no le será nada fácil vivir de la tierra. A nosotros nos ha costado mucho encontrar provisiones.

Justineau apenas encuentra espacio en su interior para sentir sorpresa.

—Caray —dice sacudiendo la cabeza—. ¿Y por qué no va y se lo dice, Caroline? Han cometido un error. Necesitan a alguien con su inteligencia y capacidad de previsión para empezar a tomar las decisiones adecuadas.

Caldwell ignora la provocación.

—Puede que estemos pasando por alto algo que podría explicar la situación —dice con precisión forense—. Esto no tiene sentido.

Parks se separa del marco de la puerta y se frota el hombro.

—Vamos a atrincherarnos —repite—. Nadie saldrá hasta nuevo aviso. Soldado, ¿ha encontrado cinta aislante en las taquillas?

Gallagher asiente.

—Sí, señor. Tres rollos enteros y uno empezado.

—Cubra las ventanillas. No sabemos si funcionan aún esos sellos antibengalas.

Al oír la palabra bengala, Justineau siente una oleada de vergüenza y temor retroactivos. Cuando disparó la pistola la noche pasada pudo atraer a los chatarreros hasta ellos. Parks tendría que haberle pegado un tiro cuando tuvo la ocasión.

—Y revise nuestra provisión de agua —dice el sargento—. Doctora, iba usted a comprobar si tenemos un depósito de filtración.

—Está lleno —responde Caldwell—. Pero no recomendaría beberla hasta que no funcione el generador. El agua tiene algas y seguramente esté llena de contaminantes. Podemos confiar en que los filtros hagan su trabajo, pero solo cuando haya electricidad.

—Pues entonces tendré que volver al trabajo —dice Parks.

Pero no se marcha. Está mirando a Melanie.

—¿Y qué me dices tú? —inquire—. ¿Cómo lo llevas? Hace casi un día que no nos echamos el inhibidor.

—De momento bien —responde Melanie con el mismo tono pragmático que si estuvieran hablando de un problema ajeno a ambos—. Pero los huelo con claridad. A la señorita Justineau y a Kieran menos, a usted y a la doctora Caldwell más. Si no

puedo salir de caza será mejor que encuentren el modo de encerrarme.

Gallagher levanta rápidamente la vista al oír que Melanie puede olerlo, pero no dice nada. Solo palidece un poco alrededor de la orejas.

—¿No basta con las esposas y el bozal? —pregunta Parks.

—Creo que podría sacar las manos de las esposas si fuera necesario —le dice Melanie—. Me haría daño, porque me arañaría toda la piel, pero podría hacerlo. Y entonces me sería muy fácil quitarme el bozal.

—Hay una jaula para especímenes en el laboratorio —dice la doctora Caldwell—. Creo que es suficientemente grande y sólida.

—No.

Justineau escupe la palabra. La rabia que se adormeció mientras Melanie hablaba se despierta y se estira, despierta de nuevo en cuestión de un instante.

—Me parece buena idea —dice Parks—. Prepárela, doctora. Niña, quédate cerca de ella. Como a un salto de distancia. Y si sientes algo...

—Eso es absurdo —dice Caldwell—. No esperará que se controle a sí misma.

—Tanto como que lo haga usted —dice Justineau—. Ha estado deseando ponerle las manos encima desde que abandonamos la base.

—Y desde antes —replica Caldwell—. Pero me he resignado a esperar hasta que lleguemos a Beacon. Una vez allí, el consejo de los supervivientes puede escucharnos a ambas y tomar una decisión.

Justineau ha pronunciado las dos primeras sílabas de una réplica obscena cuando la mano de Parks se cierra sobre su hombro y la obliga a volverse hacia él. Su brusquedad la coge por sorpresa. Casi nunca la ha tocado y no había vuelto a hacerlo desde su fallida intentona en el tejado de Wainwright House.

—Basta —dice—. La necesito en la sala de motores, Helen. Los demás, ya saben lo que tienen que hacer. O lo que tendrían que estar haciendo. La niña irá en la jaula. Pero no quiero que la toque, doctora. De momento es territorio prohibido para usted. Si le hace algo responderá ante mí. Y le aseguro que todas esas muestras que se ha pasado la última noche analizando no sobrevivirán al encuentro. ¿Comprendido?

—He dicho que esperaría.

—Y la creo. Solo lo comento. ¿Helen?

Justineau aún espera un momento más.

—Si se te acerca —le dice a Melanie—, grita y vendré al instante.

Sigue a Parks hasta la sala de motores. El sargento cierra la puerta y se apoya en ella.

—Sé que las cosas están mal —dice Justineau—. No quiero empeorarlas. Lo que pasa es que... no me fío de ella. No puedo.

—Claro —conviene Parks—. No la culpo. Pero a la niña no le va a pasar nada. Tiene usted mi palabra.

Es un alivio oír esto. Saber que reconoce a Melanie como una aliada, al menos de momento, y que no va a dejar que le hagan daño.

—Pero a cambio quiero que me haga un favor —continúa Parks.

Justineau se encoge de hombros.

—Muy bien. Siempre que pueda. ¿Qué quiere?

—Que averigüe lo que ha visto realmente.

—¿Cómo?

Justineau parece estupefacta durante un momento. No furiosa ni exasperada. Simplemente, es como si no entendiera lo que está diciendo Parks.

—¿Por qué iba a mentir? ¿Qué le lleva a pensar que...? ¡Mierda! ¿Por lo que ha dicho Caroline? Se las da de antropóloga, pero no sabe una mierda. No puede esperar que unos psicópatas como los chatarreros tomen decisiones racionales.

—Probablemente no —reconoce Parks.

—Entonces, ¿de qué está hablando?

—Helen, lo que está diciendo esa niña no es más que un montón de disparates. Estoy convencido de que vio algo. Y probablemente fuese algo que la asustó, porque lo que sí es cierto es que quiere que nos vayamos. Pero no fueron los chatarreros.

Justineau está volviendo a enfadarse.

—¿Por qué? —inquire—. ¿Cómo lo sabe? ¿Cuántas veces tiene que demostrarle que es de fiar?

—Ninguna. Ninguna. Creo que es bastante de fiar, en serio. Pero su historia no se sostiene.

Coge uno de los manuales con los que ha estado trabajando, que había dejado sobre el armazón del generador, y lo aparta para poder sentarse. No parece contento.

—Comprendo por qué no quiere aceptarlo —dice Justineau—. Si nos han seguido desde la base estamos jodidos. Dejamos un rastro.

Parks emite un sonido que podría ser una carcajada o un mero resoplido.

—Dejamos un rastro que se podría seguir de espaldas y con la cabeza metida en un cubo —dice—. No es eso. Lo que pasa es que...

Levanta la mano y comienza a contar con los dedos.

—Dice que solo había hombres, no mujeres. Lo que quiere decir que se trata de un campamento provisional. Y entonces, ¿por qué no establecen un perímetro? ¿Cómo ha podido entrar allí y volver a salir sin que la viesan?

—Puede que tengan una seguridad de mierda, Parks. No todo el mundo es tan competente como usted.

—Puede. Luego está lo de esos tíos que aparecen en el momento más conveniente para decir que están siguiendo a alguien. Y el tatuaje. El soldado Barlow, en la base, tenía la misma palabra tatuada en el brazo. Qué coincidencia.

—Las coincidencias existen, Parks.

—A veces —reconoce Parks—. Pero luego está *Rosie*.

—¿*Rosie*? ¿Y qué pinta *Rosie* en esto?

—No la han tocado. La hemos encontrado aquí, en medio de la calle, y no tiene un araño. Nadie ha tratado de forzar la puerta ni las ventanas. Estaba cubierta de

polvo y porquería y no tenía una sola mano o huella. Me cuesta creer que hayan pasado cincuenta chatarreros por aquí sin verla. O, si la han visto, que no hayan sentido curiosidad. De hecho, me cuesta mucho creer que Gallagher y usted logran ayer salir en busca de provisiones sin tropezarse con ellos. O que no vieses la bengala. Si de verdad nos están siguiendo, están pasando por alto un montón de rastros.

Justineau está buscando argumentos para responder —y encuentra algunos— cuando tropieza con la única evidencia que Parks no ha visto. Esas miradas de reojo a Caldwell... Como si, en realidad, la historia de Melanie estuviera dirigida a un público formado por una sola persona. Como si, de todos los presentes en el barracón, solo estuviese hablando con la doctora.

Así que no replica. No tiene sentido, porque ya está medio convencida. Pero tampoco lo deja así. No va a interrogar a Melanie sin saber al menos a qué juega Parks.

—¿Y por qué lo ha hecho, entonces? —pregunta—. Lo de antes.

—¿A qué se refiere?

—A lo de ordenar que nos encerremos. Si Melanie está mintiendo, no hay peligro.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero no ha intentado averiguar la verdad. Se ha comportado como si se creyese todo lo que ha dicho. ¿Por qué?

Parks lo piensa un momento.

—No voy a jugarme la vida por un presentimiento —dice—. Creo que está mintiendo, pero puede que me equivoque. No sería la primera vez.

—Y una mierda, Parks. Usted no es de los que dudan de sí mismos. Al menos por lo que le conozco. ¿Por qué no se lo ha preguntado?

Parks se frota los ojos con el dorso de la mano. De repente parece cansado. Cansado y puede que un poco más viejo.

—Para ella significaba algo —dice—. No sé el qué, pero o mucho me equivoco o es algo que la asusta tanto que no quiere hablar de ello. Y no le he presionado porque no tengo ni puta idea de lo que puede ser. Así que le pido a usted que lo averigüe porque creo que puede conseguir que se lo cuente sin asustarla todavía más. Conmigo no tiene esa confianza.

Desde que Justineau conoce a Parks, es la primera vez que la sorprende de verdad.

Sin pensarlo, se inclina hacia delante y le da un beso en la mejilla. Él se queda helado, puede que porque el beso ha caído sobre el tejido cicatrizado o puede que porque no se esperaba algo así ni de lejos.

—Perdón —dice Justineau.

—No es necesario —se apresura a responder Parks—. Pero... si no le importa que se lo pregunte...

—Es porque ha hablado de ella como si fuese un ser humano. Alguien con

sentimientos que a veces hay que respetar. He pensado que una ocasión así había que celebrarla de algún modo.

—De acuerdo —dice Parks. Y añade, a modo de tentativa—: ¿Quiere quedarse un rato a seguir hablando de sus sentimientos? Podríamos...

—Tal vez luego. —Justineau se encamina a la puerta—. No quisiera distraerlo de su trabajo.

«Ni darle demasiadas esperanzas», añade para sí. Porque Parks sigue siendo alguien a quien asocia, más que nada, con la sangre, la muerte, y la crueldad. Casi tanto como a sí misma. No sería buena idea que estuvieran juntos.

Podrían reproducirse, o vaya usted a saber qué.

Se dirige al laboratorio, donde se encuentra con que Caldwell ya ha preparado la jaula. Es una estructura plegable. Como la esclusa, pero más sólida. Un cubo de gruesa malla metálica de metro y medio de lado, sujeto en unos puntales de acero macizo que encajan en sendos agujeros situados a tal efecto en las paredes del laboratorio. Se encuentra en la esquina delantera, para no entorpecer el acceso a las superficies o el equipo de trabajo.

Melanie está sentada en la jaula, con las rodillas a la altura del pecho. Caldwell está haciendo más o menos lo mismo que Parks, reparar una máquina de aspecto complicado, una de las más grandes del laboratorio, y parece tan profundamente absorta que no la oye entrar.

—Buenos días, señorita Justineau —dice Melanie.

—Buenos días, Melanie —responde Justineau.

Pero está mirando a Caldwell.

—Sea lo que sea lo que está haciendo —le dice—, va a tener que esperar. Salga a fumarse un cigarrillo o lo que quiera.

Caldwell se vuelve. Casi por vez primera, deja que su aversión por Justineau aflore a su rostro. Justineau la recibe con los brazos abiertos: es fantástico haber superado sus barricadas emocionales.

—Estoy haciendo algo importante —dice Caldwell.

—¿Ah, sí? Qué pena. Fuera, Caroline. Ya la avisaré yo cuando pueda volver.

Durante un momento prolongado se miran la una a la otra, cara a cara, Como dos púgiles antes del combate. Parece que Caldwell podría responder, a pesar de las manos lastimadas, pero al final no lo hace. Seguramente sea mejor así. Parece tan débil que hasta una bocanada de viento podría derribarla, y no digamos un puñetazo.

—Debería analizar el placer que extrae abusando de mí —dice Caldwell.

—No, eso podría arruinarlo.

—Y debería preguntarse —insiste Caldwell— por qué tiene tantas ganas de verme como una enemiga. Si llegase a sintetizar una vacuna, podría curar a gente como Melanie, que ya es parcialmente inmune al *Ophiocordyceps*. Eso impediría que miles y miles de niños acaben como ella. ¿Qué pesa más, Helen? ¿Qué será más importante, al final? ¿Su compasión o mi compromiso con mi trabajo? ¿No será que

me grita y me falta al respeto para no tener que hacerse preguntas como esas?

—Será —reconoce Justineau—. Ahora haga lo que le he dicho y salga.

No espera una respuesta. Lleva a Caldwell hasta el final de la sala, la empuja hacia el barracón y le cierra la puerta en las narices. La doctora está tan débil que apenas le cuesta hacerlo. Pero la puerta no cierra con llave. Justineau espera un instante o dos para ver si intenta volver a entrar, pero no lo hace.

Por último, satisfecha con el poco de intimidad que han conseguido, regresa junto a la jaula y se arrodilla a su lado. Se vuelve hacia el pequeño y pálido rostro que hay al otro lado de los barrotes.

—Hola —dice.

—Hola, señorita Justineau.

—¿Te parece bien que...? —comienza a decir. Pero entonces cambia de idea—. Voy a entrar —dice.

—¡No! —exclama Melanie—. No entre. ¡Quédese ahí!

Al ver que Justineau acerca la mano a la puerta y retira el cerrojo, la niña retrocede hasta el fondo de la jaula. Se pega con todas sus fuerzas a la esquina.

Justineau se detiene con la puerta a medio abrir.

—Dijiste que solo podías olerme un poco —dice—. ¿Es suficiente para incomodarte?

—Aún no —responde Melanie con voz tensa.

—Entonces vamos bien. Si la cosa cambia, dímelo y saldré. Pero no quiero que estés en una jaula, encerrada como un animal, mientras yo estoy fuera mirándote. Así me gusta más. Si te parece bien...

Pero solo hay que ver el rostro de Melanie para comprender que no le parece bien. Justineau se rinde. Cierra la puerta y vuelve a echar el cerrojo.

Se sienta con el hombro apoyado en la jaula y las piernas cruzadas.

—Vale —dice—. Tú ganas. Pero ven aquí y siéntate conmigo, al menos. Mientras estés dentro y yo fuera no habrá problema, ¿verdad?

Melanie avanza cautelosamente, pero a mitad de camino se detiene, evidentemente asustada por una situación que podría descontrolarse rápidamente.

—Si le digo que se aparte más tendrá que hacerlo al instante, señorita Justineau.

—Melanie, hay una pared de metal entre ambas y llevas el bozal. No puedes hacerme daño.

—No me refiero a eso —responde Melanie con voz queda.

Claro. Se refiere a transformarse delante de su profesora y amiga. Dejar de ser ella misma. La idea la aterra.

Justineau se siente avergonzada. No por haber hablado sin pensar, sino por lo que ha ido a hacer allí. Si Melanie ha mentado habrá sido por una razón. No le parece bien desmontar su mentira. Pero tampoco le agrada saber que, por alguna razón que ignoran, Melanie quiere que se marchen todos. Parks tiene razón. Necesitan saberlo.

—Cuando entraste en el teatro anoche... —comienza cautelosamente.

—¿Sí?

—¿Y viste a los chatarreros...?

—No había ningún chatarrero, señorita Justineau.

Tal cual. Justineau ya tenía las siguientes frases preparadas. Se la queda mirando con cara de idiota y la boca abierta.

—¿No? —dice.

—No.

Y Melanie le cuenta lo que vio en realidad.

* * *

Corrían entre los asientos enmohecidos y el escenario de ecos gigantescos. Desnudos como el día que sus madres los trajeron al mundo. Y muy sucios, aunque la piel bajo la porquería era del mismo blanco hueso que la de ella. El cabello abundante les colgaba lacio de la cabeza, aunque otros lo tenían de punta. Algunos de ellos llevaban palos en las manos y otros bolsas, bolsas de plástico viejas, con palabras como «Alimentos frescos» o «Verdulería».

—Pero lo de los cuchillos no era mentira. Los tenían. Aunque no como los del sargento Parks y Kieran. Cuchillos de los de cortar el pan o la carne, de cocina.

Quince en total. Los contó. Simplemente, cuando se inventó lo de los chatarreros, añadió cuarenta.

Pero no eran chatarreros. Eran niños de todas las edades, de cuatro a quince años, más o menos. Y lo que estaban haciendo era perseguir ratas. Algunos de ellos golpeaban el suelo y los asientos con los palos para espantarlas. Otros las atrapaban cuando habían echado a correr y les arrancaban la cabeza de un mordisco y arrojaban los cuerpos inertes en la bolsa. Eran mucho más rápidos que ellas, así que no les costaba mucho. Lo hacían como un juego, y mientras corrían se reían y se burlaban unos de otros con chillidos y muecas.

Niños como ella. Niños que también eran hambrientos y se movían y disfrutaban de la emoción de la cacería. Y que luego se sentaban y se daban un festín con los pequeños cuerpos ensangrentados; primero los mayores, mientras los demás intentaban colarse entre ellos para birlarles algún bocado. Incluso esto era un juego y seguían riéndose mientras lo hacían. No había ninguna amenaza en ello.

—Había uno que parecía ser el líder. Tenía un palo grande, como el cetro de un rey, todo brillante, y llevaba el rostro pintado de varios colores. Daba un poco de miedo, pero a los pequeños no, a ellos los protegía. Una vez, otro de los mayores le enseñó los dientes a uno e hizo como si fuese a morderlo, y el de la cara pintada le apoyó el palo en el hombro y el otro se paró. Pero en general no intentaban hacerse daño. Eran casi como una familia. Se conocían todos y les gustaba estar juntos.

Era un picnic nocturno. Al verlo, Melanie se sintió como si estuviera observando su propia vida por el extremo equivocado de un telescopio. Así es como habría sido si

no la hubieran llevado a la base. Así es como debía ser. Y a medida que lo pensaba, sus sentimientos iban cambiando constantemente. Le daba mucha pena no poder participar. Pero si no hubiera ido a la base, se habría quedado sin aprender muchísimas cosas y nunca habría conocido a la señorita Justineau.

—Me eché a llorar —dice Melanie—. No porque estuviera triste, sino porque no sabía si lo estaba. Era como si echase de menos a todos esos niños, a pesar de que no los conocía. A pesar de que no conocía siquiera sus nombres. Probablemente ni tengan. No parecía que pudiesen hablar, porque se comunicaban con graznidos y gruñidos.

Las emociones que recorren el rostro de la niña son dolorosamente intensas. Justineau apoya una mano en el costado de la jaula e introduce los dedos a través de la malla.

Melanie se inclina hacia delante hasta que su frente queda en contacto con las yemas de los dedos de Justineau.

—Y... ¿por qué no nos has contado todo esto?

Es la primera pregunta que le viene a la mente. Evita con instintiva cautela la crisis existencial de Melanie, pues le da miedo abordarla de frente. Sabe que la niña no le dejará entrar en la jaula para darle un abrazo por miedo a perder el control, así que solo cuenta con sus palabras y le parecen insuficientes para esa tarea.

—No me importa decírselo a usted —responde Melanie simplemente—. Pero tiene que ser nuestro secreto. No quiero que lo sepa la doctora Caldwell. Ni el sargento Parks. Ni siquiera Kieran.

—¿Por qué, Melanie? —intenta sonsacarle Justineau.

Y se arrepiente nada más hacerlo. Levanta las manos para que Melanie no lo diga. Pero la niña responde igualmente.

—Porque los capturarían y los encerrarían en celdas, bajo tierra —dice—. Y la doctora Caldwell los cortaría en pedazos. Así que decidí inventarme algo que empujase al sargento Parks a sacarnos de aquí de inmediato. Antes de que nos descubrieran. No lo cuente, señorita Justineau. Prométamelo.

—Te lo prometo —susurra Justineau.

Y lo dice en serio. Pase lo que pase, no dejará que Caroline Caldwell sepa que están junto a un nuevo lote de sujetos de experimentación. No habrá más secuestros de niños salvajes.

Lo que significa que tendrá que mantener la mentira cuando hable con Parks. O hacerlo partícipe de ella. O inventarse una historia mejor.

Permanecen en silencio un momento, puede que pensando cómo va a cambiar esto las cosas entre ellas. Cuando se marcharon de la base, Justineau le ofreció a Melanie que eligiese entre quedarse con ellos o marcharse a uno de los pueblos cercanos.

«Para estar con los tuyos» estuvo a punto de decir, pero al final se detuvo porque se dio cuenta en el mismo instante de que no había nadie como Melanie.

Pero ahora sí.

Mientras está pensando en las implicaciones de lo que acaba de contarle la niña, se pone a temblar. Durante un momento aterrador y surrealista, cree que es solo ella, que se trata de una especie de ataque. Pero la vibración se transforma en un ritmo palpitante que reconoce y que da paso a un tronar sordo en sus oídos que asciende un momento y luego muere. Y la propia vibración desaparece con él tan rápidamente como llegó.

—¡Dios mío! —dice con voz ahogada.

Se pone en pie con dificultades y corre en dirección a popa.

Parks se encuentra junto al generador, con las manos grasientas abiertas, como si acabara de realizar un milagro. O un exorcismo.

—Ya está —dice, y obsequia a Justineau con una sonrisa feroz al ver que entra en la sala.

—Pero se ha vuelto a apagar —dice ella.

Caldwell la sigue a la habitación. La mágica resurrección del generador también la ha atraído.

—No, no se ha apagado. Lo he desconectado. No nos conviene que haga ruido hasta que no estemos listos para partir. Nunca se sabe quién podría oírlo.

—¡O sea, que podemos irnos! —dice Justineau—. Seguir hacia el sur. Vámonos, Parks. Al demonio con todo lo demás.

Él le lanza una mirada mordaz.

—Sí —dice—. No quisiera encontrarme con esos chatarreros. Puede que tengamos que...

Se detiene y mira detrás de las dos mujeres, con expresión repentinamente seria.

—¿Dónde está Gallagher? —pregunta.

Gallagher se ha largado. Ha huido. La presión que estaba acumulándose en su interior ha explotado repentinamente y se lo ha llevado de allí antes incluso de que comprendiese lo que estaba haciendo.

No es que sea un cobarde. Se trata más bien del efecto de una ley de la dinámica. Porque la presión venía de delante y de detrás, del recuerdo de aquello a lo que tenía que volver. Y lo ha deformado hasta desplazarlo hacia un lado.

Pero también es la idea de cerrar la puerta, apagar las luces y esperar a que los encuentren los chatarreros. Como si fuese posible que no los vean estando allí, en medio de la calle.

Cuando cayó la base, Gallagher vio cómo le reventaban la cara a Si Brooks —el hombre que alquilaba su preciada revista porno al barracón entero y, en privado, estaba enamorado de la chica de la página 23— con la culata de un fusil. Y a Lauren Green, una de las pocas mujeres soldado con las que podía hablar sin que se le trabara la lengua, le clavaron una bayoneta en el estómago. Habría corrido la misma suerte de no ser porque Parks lo agarró por el hombro y lo sacó del rincón del comedor, con un lacónico «Necesito un artillero».

Gallagher no se hace ilusiones sobre lo que habría durado en otras circunstancias. Estaba paralizado de puro terror. Aunque puede que paralizado no sea la palabra apropiada, porque lo que sentía era algo más parecido al vértigo, la sensación de que si se movía se caería rodando por un mundo que se inclinaba por momentos.

Así que se avergüenza de estar huyendo de su sargento, de su salvador. Pero así es como se sale de un círculo. No puedes ir hacia delante. No puedes ir hacia atrás. No puedes quedarte quieto. Así que escoges una nueva dirección y comienzas desde cero.

El río será su salvación. Habrá botes allí, reliquias de los viejos tiempos, antes del Colapso. Puede irse en un bote de remos o de vela y buscar una isla en alguna parte, con una casa pero sin hambrientos, y vivir de lo que pueda cultivar, cazar o atrapar. Sabe que Gran Bretaña es una isla y que hay otras cerca. Ha visto los mapas, aunque no los recuerda con mucho detalle. No puede ser tan difícil, ¿verdad? Los exploradores y los piratas lo hacían.

Se dirige hacia el sur, con la ayuda de la brújula que lleva al cinto. O más bien lo intenta, porque las calles no siempre colaboran. Ha dejado la avenida principal, donde se sentía demasiado expuesto, y ahora zigzaguea por calles laterales. La brújula le indica la dirección y sigue su consejo siempre que el laberinto de avenidas, medias lunas y callejones sin salida se lo permiten. Afortunadamente, están vacíos. No ha visto un solo hambriento desde que abrió la puerta de *Rosie* y escapó. Solo un par de los que están muertos, con los árboles blancos.

Llegará al río, que no puede estar a más de ocho o nueve kilómetros, y entonces decidirá. Mientras avanza pasan las nubes y vuelve a salir el sol. A Gallagher le

sorprende, de una manera un tanto vaga, volver a verlo. La calidez y la luz no parecen tener cabida en el mundo por el que se mueve. Hasta le hacen sentir un poco intranquilo, peligrosamente expuesto, como si el sol fuese un foco centrado sobre él, que lo sigue mientras camina.

Y otra cosa. Detecta un movimiento en la calle, más adelante, que lo hace saltar como una liebre. Prácticamente se hace pis encima. Pero entonces se da cuenta de que no está en la calle. Allí no hay nada. Era la sombra de algo que se mueve detrás de él y sobre él, en uno de los tejados. ¿Un chatarrero? No parecía lo bastante grande y está convencido de que si lo estuviera siguiendo uno de ellos ya le habría disparado en la espalda. Lo más seguro es que sea un gato, o algo por el estilo, pero, joder, qué susto.

Aún está temblando y se siente como si estuviera a punto de vomitar. Encuentra un sitio donde los restos oxidados de un coche lo ocultan de la calle y se sienta allí un momento. Toma un trago de su cantimplora.

Que está casi vacía.

Repentinamente se da cuenta de que hay un montón de cosas que le serían francamente útiles y que, simplemente, no tiene.

Como provisiones. No se sentía capaz de robar una de las mochilas antes de irse, así que no lleva nada. Ni siquiera el paquete de cacahuetes que se había guardado bajo la almohada para luego.

Ni su fusil.

Ni el tubo vacío de inhibidor que pensaba cortar para poder sacar las últimas gotas de gel y echárselas en las axilas y la entrepierna.

Tiene la pistola y seis cargadores de munición. La poca agua que le queda. La brújula. Y la granada, que sigue en el bolsillo del mono desde que abandonaron el Humvee. Y nada más. A eso se reduce su inventario entero.

¿Qué clase de imbécil decide adentrarse en territorio enemigo sin otra cosa que la ropa que lleva encima? Tiene que reabastecerse y tiene que hacerlo cuanto antes.

El garaje donde Justineau y él encontraron los aperitivos ha quedado un par de kilómetros por detrás. Detesta tener que desandar lo andado y perder tiempo. Pero peor sería morir de hambre y nada garantiza que vaya a encontrar otro tesoro igual de aquí al Támesis.

Se incorpora y reanuda la marcha. No es fácil, pero ahora que tiene un objetivo se siente mejor. Tiene un objetivo definido y un plan. Va a retroceder, pero solo para poder avanzar de nuevo, y esta vez más lejos.

Después de cinco o seis giros, a pesar de la brújula, está totalmente perdido.

Y encima tiene la certeza de que no está solo. Ya no ve más sombras en movimiento, pero sí oye pequeños ruidos y pisadas sigilosas procedentes de muy cerca. Cuando se detiene para escuchar desaparecen, pero en cuanto empieza a andar de nuevo vuelven, tras el ruido de sus propios pasos. Alguien se mueve y se para cuando lo hace él.

Suena como si los tuviera prácticamente encima. Tendría que poder verlos, pero no es así. Ni siquiera sabe de dónde vienen. Pero la sombra que vio... Algo la proyectaba desde lo alto del tejado, eso está claro. Si lo están siguiendo, piensa Gallagher, sería el modo perfecto de mantenerse cerca de él sin que los vea.

«Vale. Vamos a ver si podéis saltar al otro lado de la calle».

Echa a correr sin previo aviso. Cruza la calle sin parar y luego se introduce en un callejón lateral.

Atraviesa un aparcamiento situado detrás de unas tiendas destruidas por un incendio. Sale a un callejón lateral por una puerta. Por una puerta oscilante de goma vulcanizada, putrefacta y pegajosa, accede a la zona de venta al público, que cruza rápidamente y luego...

Frena. Y se detiene.

Porque se encuentra en una especie de minicentro comercial, con seis pasillos estrechos llenos de estantes desde el suelo hasta el techo.

En los estantes hay cepillos para el pelo, hueveras con forma de gallinas sonrientes, paneras de latón decoradas con la bandera de Gran Bretaña, ratoneras de madera con el nombre «El pequeño mordiscos» estampado en un lado, ralladores de queso con mango, tablas de cocina, toallitas para la tetera, juegos de condimentos exóticos, bolsas de basura, protectores para los asientos del coche, destornilladores eléctricos...

Y comida.

No hay mucha, apenas una sección de estanterías en el extremo de uno de los pasillos, pero las latas y paquetes parecen intactos. Siguen ordenados por tipos: las sopas en un estante, los platos extranjeros en otro, y el arroz y la pasta en un tercero. Como si un mozo de almacén anónimo y seguramente muerto hace mucho las hubiera colocado así creyendo que aquella era una mañana cualquiera, en un mundo cuyo fin nadie esperaba.

Las latas han reventado, todas y cada una de ellas. Están al sol, como habrán estado cada día soleado desde antes de que naciese Gallagher.

Pero también hay paquetes. Los examina, primero con esperanza y luego con emoción.

«El festín del *gourmet*: Pollo al curry con arroz. ¡Añadir agua y listo!».

«El festín del *gourmet*: Ternera Strogonoff. ¡Añadir agua y listo!».

«El festín del *gourmet*: Paella mixta. ¡Añadir agua y listo!».

En otras palabras, comida deshidratada y envasada al vacío.

Gallagher abre uno de los paquetes y huele su contenido. Es bastante agradable, dadas las circunstancias. Y la verdad es que le da igual que el pollo no contenga un gramo de pollo genuino, mientras sea comestible.

Le echa una tercera parte del agua que le queda, más o menos, agarra la bolsa por el cuello y lo agita durante cosa de un minuto. Luego vuelve a abrirlo y se mete en la boca un poco de la pasta que se ha formado.

Está delicioso. Un festín de *gourmet*, como dice en la etiqueta. Y ni siquiera hace falta masticarlo. Entra tan fácilmente como si fuese sopa. La textura arenosa tampoco lo molesta hasta que se le mete accidentalmente por la garganta una parte del polvo, que no se ha disuelto, y le provoca un ataque de tos que deja los paquetes de los estantes salpicados de restos marrones de curry y saliva.

Se termina el resto del paquete con más cuidado. Luego abre unos cuantos más y se llena los bolsillos con la comida empaquetada. Cuando llegue al río lo celebrará abriendo dos o tres de ellos, al azar. Un auténtico menú de degustación.

Hablando de lo cual, tendría que ponerse en marcha. Pero es incapaz de resistirse a la tentación de echar un vistazo al resto de la tienda, por si contiene más maravillas.

Cuando encuentra el expositor de las revistas, siente que le da un vuelco el corazón. Toda la fila superior —más de tres metros de expositores— está llena de revistas porno. Las coge, una detrás de otra, y las hojea tan reverentemente como si fuesen las Sagradas Escrituras. Mujeres de inconcebible belleza le sonríen con amor, comprensivas y complacientes. Sus piernas y su corazón están abiertos de par en par.

Si siguiera en la base, este tesoro lo haría rico más allá de toda medida. La gente acudiría en peregrinación desde todos los barracones para pagarle con tabaco y alcohol media hora de compañía con las chicas. El hecho de que no fume y le tenga al alcohol casi tanto miedo como a los chatarreros no empaña en modo alguno esta deslumbrante visión. Sería el rey, igualmente. Uno de esos tíos a los que todos saludan cuando entra en el comedor y a quienes les parece lo más normal del mundo. Un hombre cuya confianza, cuando la concede, confiere estatus a sus destinatarios.

El crujido de un tablero del suelo lo saca bruscamente de esta visión de eterna gloria para devolverlo al momento presente. Baja la revista que tiene en las manos. A tres metros de distancia, tapada hasta el momento por el estante de las revistas, a pesar de que no está haciendo el menor esfuerzo por ocultarse, hay una chica. Es tan menuda y flaca que parece hecha de palitos, y va totalmente desnuda. Durante un momento sorprendente, parece una fotografía en blanco y negro, porque tiene el cabello de color azabache y la piel de un blanco puro e inmaculado. Sus ojos son tan negros e insondables como dos agujeros taladrados en un tablero. Su boca es una línea recta y anémica.

Tendrá cinco o seis años, o siete quizá, si está desnutrida.

Se queda allí quieta, observando a Gallagher. Entonces, cuando está segura de que lo está mirando, extiende la mano y le enseña lo que tiene. Es una rata muerta y decapitada.

Gallagher mira la rata y luego la cara de la niña. Y luego la rata, otra vez. Se quedan así un momento que parece muy largo. Gallagher inhala lenta y trémulamente.

—Eh —dice al fin—. ¿Cómo estás?

Es la mayor estupidez que podría decir en un momento así, pero es que le está costando dar crédito a lo que le sucede. La chiquilla es un hambriento, eso está claro.

Pero es un hambriento de los de Melanie de los que piensan y no tienen que comerse a la gente si no quieren.

Y le está haciendo una ofrenda de paz. Una ofrenda de paz muy grande, dada su agónica delgadez.

Pero no se le acerca ni dice nada. ¿Podrá hablar? Los niños de la base eran como animales cuando los trajeron. Aprendieron a hablar rápidamente, oyendo a los demás, pero él se acuerda de que al principio chillaban como cochinitos o como crías de chimpancé.

No importa. Hay otras formas. El lenguaje corporal.

Gallagher esboza una gran sonrisa y le ofrece un saludo amistoso con el brazo. La niña, con la cara tan rígida como una máscara, sigue sin moverse. Se limita a agitar la rata ante él, como si él fuese un perro y estuvieran jugando.

—Eres una niña muy guapa —dice Gallagher tontamente—. ¿Cómo te llamas? Yo Kieran. Kieran Gallagher.

La rata se mueve otra vez. La niña abre y cierra la boca, como si estuviera comiendo.

Es ridículo. Va a tener que coger la rata si no quiere que el punto muerto se prolongue para siempre.

Deja la revista en el suelo muy lentamente. Boca abajo, como si la pequeña muerta viviente pudiera sentirse avergonzada o pudiese pervertirse al ver la imagen de los senos desnudos de la portada. Le enseña las manos vacías. Con los movimientos lentos y graduales que le ha enseñado el sargento Parks, avanza hacia ella paso a paso. Con las manos a la vista y una sonrisa en el rostro en todo momento.

Alarga una mano muy lentamente hacia la rata.

La niña la pone fuera de su alcance. Gallagher para en seco mientras se pregunta si la habrá malinterpretado.

Entonces siente un estallido de dolor en la pierna izquierda, y luego en la derecha, repentinos y sorprendentes. Profiere un grito al mismo tiempo que se le doblan las dos y cae al suelo tan pesada y torpemente como un armario volcado. A su derecha y a su izquierda, unas figuras diminutas huyen por los pasillos transversales donde estaban escondidas hasta ahora. No alcanza a verlas bien, porque le duele mucho y está furioso y demasiado confundido como para comprender, al menos en un primer momento, qué es lo que acaba de suceder.

Se apoya en uno de los codos y baja la mirada hacia sus pies, pero no consigue asimilar lo que está viendo. Está todo rojo. Sangre. Es sangre. Y es suya. Lo sabe porque además de verlo, ahora también lo nota. Siente una palpitación agónica en la parte posterior de los gemelos. De rodillas para abajo tiene los pantalones saturados.

«¿Qué me han hecho? —se pregunta, aturdido—. ¿Qué me acaban de hacer?».

Al captar un movimiento fugaz en su campo de visión, se vuelve. Otro niño corre hacia él. Su rostro es una brusca pincelada de colores aleatorios en la que destacan dos ojos como dos alfilerazos negros. Tiene el brazo en alto y empuña algo metálico

que resplandece cegadoramente a la luz sesgada del atardecer.

Gallagher se aparta con un chillido de terror mientras el niño golpea. Durante un instante absurdo cree que se trata de una espada, pero entonces, cuando el arma cae sobre él, ve que es demasiado gruesa, demasiado maciza. El anaquel metálico de la estantería absorbe la mayor parte del impacto. Gallagher levanta el brazo y lo golpea en el pecho con el dorso de la mano, pero como el niño apenas pesa sale despedido hacia atrás. El arma —un bate de béisbol de aluminio— se le cae de la mano y aterriza a los pies de Gallagher.

Que están metidos en un charco. Un charco de su propia sangre.

El chico de la cara pintada se escabulle, pero otros dos corren hacia él, uno por cada lado. El primero lleva un puñal y el segundo algo que parece un cuchillo jamonero. Gallagher vuelve a gritar con todas sus fuerzas y recoge el bate de béisbol.

Los niños hambrientos interrumpen su ataque y se ponen fuera de su alcance.

Pero ahora están por todas partes. Gallagher no alcanza a ver cuántos son, pero parecen docenas. O centenares, incluso. Caritas pálidas que lo observan por los agujeros entre los estantes, que aparecen un momento y al siguiente se pierden de vista. Los más valientes están amontonados en los extremos del pasillo y lo miran abiertamente. Llevan armas de todas clases, desde cuchillos y tenedores hasta simples ramas de árbol. La mayoría están totalmente desnudos, como la niña, pero algunos se cubren con prendas desparejadas que seguramente hayan cogido de los escaparates. Hay un chico con un sujetador de leopardo colocado como una bandolera y atado al final a un cinturón del que cuelgan varios llaveros ornamentales.

En ese momento, Gallagher ve que la primera niña sigue allí. Se ha apartado un poco para dar más espacio a los de las armas. Está comiéndose la rata, tranquila y paciente.

Gallagher intenta levantarse, pero las piernas no lo sostienen. No puede apartar los ojos de los niños para que no le ataquen de nuevo, así que baja la mano libre para tratar de averiguar lo que le ha pasado. Tiene un enorme desgarrón en la pierna derecha, a medio camino entre la rodilla y el tobillo. Con delicadeza, mete los dedos y palpa los bordes de la herida. No es demasiado ancha aunque sí larga y cabe suponer que profunda.

La izquierda está igual.

La rata no era una ofrenda de paz. Era un cebo. Y no debería haber funcionado, porque él no come rata, pero oye, ¿qué iba a saber? Se pierde cuando ve una cara bonita. La pequeña pilluela lo ha atraído hasta la posición perfecta para que sus dos amigos lo atacasen por detrás.

Lo han desjarretado.

De aquí no va a salir caminando.

Puede que no vuelva a caminar.

—Joder.

Le sorprende que la palabra salga de su boca en forma de susurro. En su mente

era un grito.

—Escuchad —dice en voz alta—. Escuchadme. Esto no va a... No me vais a hacer esto. ¿Comprendido? No podéis...

Los rostros que está viendo no cambian. Hay la misma expresión en todos ellos. De una violenta y dolorosa necesidad, que de algún modo contienen. A la que, de algún modo, no dan rienda suelta.

Están esperando a que muera para poder devorarlo.

Saca la pistola y apunta con ella. A la niña. Luego al chico que dejó caer el bate de béisbol. Parece uno de los mayores. Sus labios son carnosos y rojos, lo que resulta incongruente, porque la mayoría de ellos apenas tiene labios. Al principio no se da cuenta porque tiene toda la cara pintada, pero en este momento Gallagher se percata de que no es un dibujo abstracto. Es otro rostro, una especie de semblante monstruoso superpuesto al suyo, con unas fauces abiertas que lo cubren de la nariz a la barbilla. Es un trabajo tan torpe y sucio que seguramente lo haya hecho él mismo, probablemente con un rotulador. Los mechones de pelo negro y liso que le caen sobre los ojos le dan la apariencia de una sórdida estrella del rock. Está tan flaco que Gallagher puede contarle las costillas.

Y no se inmuta ante el arma. Mira directamente a los ojos de Gallagher, como si la pistola no existiera.

Gallagher apunta a los demás niños, uno a uno. Es como si no la vieran. No saben lo que es una pistola ni por qué deberían tenerle miedo. Va a tener que disparar a alguno de ellos para que lo entiendan.

Y más vale que lo haga deprisa. Le tiembla la mano y está empezando a ver una especie de estática borrosa detrás de los ojos. El mundo da pequeños saltos, como un coche en una carretera llena de baches. Trata de concentrarse en medio de las sacudidas.

El niño de la cara pintada. El que soltó el bate de béisbol. Encabeza la multitud y lo más probable es que esté al mando de la operación Comerse-a-Kieran-Gallagher, así que a la mierda. Nominado.

Pero no se está quieto. Ninguno de ellos se está quieto. Si no apunta bien, podría darle a la niña. Y por alguna razón no quiere hacerlo, a pesar de que le ha tendido esta emboscada. Es demasiado pequeña. Se parecería demasiado a un asesinato.

Ahí está el cabroncete. Objetivo fijado. El arma pesa como doscientos kilos, pero Gallagher solo tiene que sostenerla un par de segundos. El tiempo justo para apuntar, apretar y...

El gatillo no se mueve.

El cargador está vacío.

Lo gastó el segundo día, Cuando corrían entre los hambrientos para llegar a la clínica esa. Wainwright House. Luego estuvo usando el fusil, el mismo fusil que ha tenido en las manos siempre que parecía que podía tener que disparar. No se acordó de recargar.

Casi se echa a reír. Los niños ni siquiera han reaccionado, porque la pistola no significa una mierda para ellos. Es el bate de béisbol lo que los mantiene a raya.

O no. Ya no. Están avanzando lentamente desde los dos extremos del pasillo, acercándose a él pasito a pasito, como si estuvieran jugando a ver quién es más valiente. El niño de la cara pintada es el primero, aunque ya no lleva armas. Sus huesudos dedos se flexionan y contraen.

El entumecimiento está abriéndose paso por el cuerpo de Gallagher a partir de las piernas. Pero la efervescencia del terror en su mente lo mantiene a raya e inflama una repentina inspiración. Con un movimiento brusco, cambia de lado para poder palpar los bolsillos del mono en busca de la...

¡Sí! Ahí está. Su mano se cierra sobre el frío metal. «Santa María —piensa con gratitud—, llena eres de gracia».

Los niños están muy cerca. Gallagher saca la granada del bolsillo para que la vean.

—¡Mirad! —grita—. ¡Mirad esto!

El inexorable avance frena y se detiene, pero Gallagher sabe que es el grito y no el arma lo que ha hecho vacilar a los niños. Están tratando de averiguar cuántas fuerzas conserva.

—¡Buuuuuum!

Simula una explosión abriendo bruscamente los brazos. Hay un momento de silencio. El niño de la cara pintada grita a su vez. Cree que solo es un duelo de amenazas. A ver quién orina más lejos.

Y los niños reanudan su avance. Convergen sobre él para asesinarlo.

—¡Es una bomba! —grita Gallagher con desesperación—. Una granada, joder. Os va a hacer mil pedazos. Comeos un perro callejero. Que lo hago. Lo digo en serio. Que lo hago.

No hay reacción. Coge la anilla entre el índice y el pulgar.

No quiere matarlos. Solo quiere asegurarse de que su salida es una luz blanca y una sacudida violenta, en lugar de algo espantosamente dilatado, imposible de soportar. No le dejan opción. No le dejan ninguna opción.

—Por favor —dice.

Nada.

Y cuando llega el momento de la verdad, no es capaz de hacerlo. Si hubiera podido conseguir que comprendieran con qué los estaba amenazando, tal vez la cosa hubiera sido distinta.

Suelta el bate de béisbol y los niños salvajes se lo toman como una invitación para avanzar. Le arrancan la granada de la mano, que se aleja rodando.

—¡No quiero haceros daño! —chilla Gallagher.

Y es verdad, así que intenta no defenderse cuando lo agarran, lo muerden y lo desgarran. Son solo niños y probablemente su infancia haya sido tan asquerosa como la suya.

En un mundo perfecto, habría sido uno de ellos.

Parks está decidido a buscar, a pesar de que sabe que la probabilidad de encontrar a Gallagher es prácticamente nula. No pueden gritar y no pueden organizar nada que se parezca a un dispositivo de búsqueda, porque son solo tres: Helen Justineau, la niña y él mismo. La doctora Caldwell le ha asegurado que está demasiado débil y no llegaría muy lejos y como da la sensación de que bastaría con un grito para partirla en dos, no le ha insistido.

Pero tampoco necesitan un dispositivo. Melanie gira sobre sí misma como una veleta y olisquea el viento. Termina mirando al sur y un poquito al oeste.

—Por ahí.

—¿Estás segura? —le pregunta Parks.

Ella asiente. Sin derrochar palabras. Se pone en marcha.

Pero el rastro da vueltas y vueltas, primero por una carretera y luego por otra. Al principio avanza hacia el sur en línea más o menos recta, pero luego ni eso. Da la sensación de que Gallagher decidió dar media vuelta cuando estaba a kilómetro y medio de *Rosie*. Parks se pregunta si Melanie estará engañándolos por alguna razón. Para darse importancia, quizá, y para disfrutar de la atención de los adultos. Pero eso es una gilipollez. Puede que una niña de diez años a la que todavía le late el corazón recurriese a un truco como ese, pero Melanie tiene los pies en el suelo. Si no supiera a dónde ha ido Gallagher lo diría sin más.

Pasa algo más, y solo Justineau y ella son partícipes. Un diálogo de miradas asustadas que llega a su punto álgido en un punto en el que el rastro cruza la calle para adentrarse en un callejón.

La niña se detiene y lo mira.

—Saque el arma, el sargento —dice rápidamente, solemne.

—¿Hambrientos?

Le da igual cómo se ha enterado. Solo quiere saber con qué va a encontrarse.

—Sí.

—¿Dónde?

La niña titubea. Están en una especie de aparcamiento, detrás de unas tiendas. Hay montones de puertas en tres de los cuatro lados, la mayoría de ellas rotas o arrancadas. A un lado hay un coche oxidado, apoyado sobre unos ladrillos, probablemente inmóvil desde mucho antes de que el Colapso silenciara las carreteras. Los cubos de la basura aguardan en fila una recogida que nunca se produjo.

—Ahí —dice Melanie al fin.

La puerta que señala con la cabeza no parece distinta de las demás, a primera vista. Pero solo hay que fijarse un poco para reparar en las malas hierbas pisoteadas que hay delante de ella, incluido un enorme cardo medio arrancado que aún rezuma savia.

Parks entra en acción sin decir nada. Más vale tarde que nunca, supone. Toca a

Justineau en la mano para indicarle que será mejor que saque la pistola. Se acercan a la puerta como policías de un programa de televisión pre-Colapso TV, exageradamente furtivos a pesar del crujido y sus pisadas sobre el suelo roto.

Melanie se interpone en su camino y se vuelve.

—Suélteme —dice a Parks.

El sargento la mira.

—¿Las manos?

—Las manos y la boca.

—No hace mucho me pediste tú misma que te atara —le recuerda él.

—Lo sé. Tendré cuidado.

No necesita decir nada más. Si entran en un espacio cerrado lleno de hambrientos, probablemente la necesiten. Es indiscutible. Parks le quita las esposas y se las cuelga del cinturón. Melanie se desabrocha sola el bozal y se lo entrega.

—¿Puede guardarme esto, por favor? —le pregunta.

Parks se lo mete en el bolsillo y Melanie se adentra en la oscuridad por delante de ellos.

Pero llegan tarde a la fiesta. Sea lo que sea lo que ha pasado allí, ha terminado. Hay un amplio y aparatoso reguero de sangre que discurre entre el centro de uno de los pasillos y una esquina, al sol, que es donde los hambrientos se han llevado a Gallagher para poder devorarlo. Tiene la mirada clavada en el techo, con una expresión de paciente sufrimiento en el rostro que recuerda a las recreaciones más formales de Jesús en la cruz. Al contrario que a Jesús, lo han devorado hasta los huesos en muchos sitios. Su chaqueta ha desaparecido. No hay ni rastro de ella. Su camisa, abierta de par en par, enmarca la vacía cavidad de su torso. Sus chapas de identificación han caído entre las vértebras descarnadas. Parece que los hambrientos, de algún modo, han conseguido alimentarse de su garganta sin romper la cadena de acero, como en ese truco de magia en el que arrancas el mantel sin tocar la cubertería.

Justineau se da la vuelta y se aprieta los ojos para que no se le escapen las lágrimas, pero no hace ningún ruido. Tampoco Parks, durante un momento o dos. Lo único que puede pensar es que tenía un hombre a su cargo y lo ha dejado morir solo. La clase de pecado que te hace ganar el infierno.

—Deberíamos enterrarlo —dice Melanie.

Por un momento, el sargento dirige su rabia contra ella.

—¿Y de qué coño va a servir? —rezonga mientras la fulmina con la mirada—. Apenas han dejado nada que enterrar. Para eso lo mismo puedes recogerlo y tirarlo en un puto cubo de basura.

Melanie no se deja amilanar. Con los dientes a la vista, responde con un tono similar.

—Tenemos que enterrarlo para que no vengan los perros u otros hambrientos y se coman lo poco que queda de él. Porque entonces no quedará nada que indique donde murió. ¡A los soldados caídos hay que honrarlos, sargento!

—Que a los... ¿De dónde coño has sacado eso?

—De la guerra de Troya, más que nada —murmura Justineau. Se seca los ojos con el dorso de la mano—. Melanie, no podemos... No hay dónde. Y no tenemos tiempo. Nos convertiríamos en objetivos. Tenemos que dejarlo.

—Si no podemos enterrarlo —dice Melanie—, habrá que quemarlo.

—¿Con qué? —inquire Justineau.

—Con el líquido de los barriles —responde Melanie con impaciencia—. El de la sala del generador. Dice «inflamable» y eso quiere decir que arde.

Justineau responde. Seguramente le esté explicando las razones por las que arrastrar un bidón de ochenta litros de combustible de aviación por las calles es una idea inviable.

Pero Parks está pensando, con una especie de asombro insensibilizado, que por lo que a la niña se refiere, el mundo no se ha acabado. Le enseñaron todas esas cosas de antaño y le llenaron la cabeza de mierda inservible, y pensaron que no importaba, dado que no iba a salir nunca de su celda salvo para que la hiciesen pedacitos que luego examinarían al microscopio.

Se le hace un nudo en el estómago. Por primera vez en su carrera militar, comprende el aspecto que debe cobrar un crimen de guerra visto desde dentro. Y el criminal no es él. Ni Caldwell. Es Justineau. Y Mailer. Y ese capullo borracho, Whitaker, y los demás. Caldwell solo es una carnicera. Es Sweeney Todd, con su silla de barbero y una navaja afilada. No se ha pasado años jugando con las mentes de unos niños.

—Podemos rezar por él —está diciendo Justineau en este momento—. Pero no podemos arrastrar esos bidones hasta aquí, Melanie. Y aunque pudiéramos...

—De acuerdo —dice Parks—. Vamos a hacerlo.

Justineau lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—Esto no es ninguna broma —le dice con tono sombrío.

—¿Tengo cara de estar bromeando? Mire, la niña tiene razón. De hecho, tiene más sentido común que nosotros.

—No podemos... —repite Justineau.

Parks pierde los estribos.

—¿Y por qué no, joder? —ruge—. ¡Si quiere honrar a los muertos, pues honrémoslos, coño! Las clases han terminado, profesora. Hace días. No sé si se ha dado cuenta.

Justineau lo mira estupefacta. Está un poco pálida.

—Es mejor que no grite —murmura mientras hace gestos apaciguadores con las manos.

—¿Es que me han trasladado a su clase? —pregunta Parks—. ¿Ahora es usted mi profesora?

—Lo más probable es que los hambrientos que hicieron esto estén lo bastante cerca como para oírlo. Está delatando nuestra posición.

Parks levanta el fusil y dispara una vez, lo que hace que Justineau se encoja y suelte un chillido. El disparo abre un agujero en el techo. Varios trozos de yeso húmedo caen al suelo y uno de ellos rebota en el hombro de Parks y le deja un reguero de color blanco.

—Pues no me importaría tener una pequeña conversación con ellos —responde.

Se vuelve hacia Melanie, que asiste a todo esto con los ojos muy abiertos. Debe de ser como presenciar una pelea entre papá y mamá.

—¿Qué me dices, niña? ¿Le damos a Kieran un funeral vikingo?

Melanie no responde. Se encuentra entre la espada y la pared, porque si dice que sí se pondrá de su lado contra Justineau, y lo que siente por ella no ha cambiado.

Parks toma su silencio como un asentimiento. Rodea el mostrador en el que ha visto una caja de mecheros desechables. Aún contienen líquido, apenas unos centímetros cúbicos cada uno, pero hay como un centenar. Los lleva hasta los patéticos restos.

Como, a pesar de todo, sigue siendo un hombre práctico, coge el *walkie-talkie* del cinturón de Gallagher y se lo cuelga del suyo antes de abrir los pequeños tubos de plástico, uno a uno, y vaciar su contenido sobre el cadáver del soldado. Justineau lo contempla sacudiendo la cabeza.

—¿Y qué pasa con el humo? —pregunta.

—¿Qué pasa con él? —refunfuña Parks.

Melanie les da la espalda y se aleja por el pasillo hasta la parte delantera de la tienda. Regresa un momento después con un chubasquero amarillo envuelto en plástico.

Se arrodilla y lo coloca bajo la cabeza de Gallagher. Está sobre su sangre, que ni siquiera se ha secado aún. Cuando vuelve a levantarse tiene las rodillas y los gemelos adornados por trazos rojinegros.

Parks vacía el último mechero. Podría usarlo para encender la pira, pero no lo hace. Lo vacía igual que los demás y luego utiliza su yesquero para ello.

—Dios te bendiga, soldado —murmura mientras las llamas consumen lo poco que queda de Kieran Gallagher.

Melanie también dice algo, pero entre dientes —al cadáver, no a ellos— y Parks no alcanza a oírlo. Justineau, por respeto a ella, aguarda en silencio hasta el final, que básicamente es cuando las grasientas y apestosas llamas los obligan a salir de allí.

Hacen el viaje de regreso a *Rosie* mucho más separados que a la ida, y mucho más silenciosos. La tienda arde tras ellos y el grueso pilar de humo que expulsa se eleva y se propaga hasta formar, muy por encima de sus cabezas, un paraguas negro.

Justineau trata a Parks como si fuese una bomba a punto de explotar, y seguramente hace bien, dadas las circunstancias. Melanie camina por delante de ellos, encorvada y con la cabeza gacha. No ha pedido que le pongan de nuevo el bozal y las esposas y Parks tampoco se los ha ofrecido.

Cuando están a punto de llegar, la niña se detiene. Levanta la cabeza

bruscamente, alerta de pronto.

—¿Qué es eso? —susurra.

Parks se dispone a decir algo, pero entonces se extiende una vibración por el aire, que en cuestión de un instante se transforma en un ruido. Algo que se agita hasta despertar, huraño y peligroso, y se afirma dispuesto a librar una pelea y ganarla.

El motor de *Rosie*.

Parks echa a correr y, al doblar Finchley High Road puede ver cómo, en cuestión de segundos, el lejano puntito se transforma en un coloso.

Rosie se bambolea un poco, debido a los escombros que hay en la calle y a que la doctora Caldwell solo puede utilizar los pulgares para controlar el volante. Cada sacudida de este se transforma en un movimiento brusco del enorme vehículo.

Sin pensarlo siquiera, Parks sale a la calle. No sabe lo que está haciendo Caldwell, ni de qué podría estar huyendo, pero sí que tiene que detenerla. *Rosie* da un bandazo de borracho para no atropellarlo y embiste un coche aparcado, que arrastra durante varios metros antes de separarse de él en medio de una lluvia de óxido y cristales.

Y entonces se aleja. Se quedan mirando los faros traseros del laboratorio móvil mientras acelera en sentido contrario.

—¿Qué coño...? —exclama Justineau con tono de perplejidad.

Parks piensa lo mismo.

En cuanto Parks y Justineau salen a la calle, acompañados por el sujeto de experimentación número 1, Caroline Caldwell se dirige a la sección central de *Rosie*, abre un compartimiento lateral que hay a la altura de su cabeza y coloca en posición horizontal una palanca que hasta entonces estaba en vertical. Es el control de anulación del sistema de acceso de emergencia. A partir de ahora, nadie podrá entrar si ella no se lo permite.

A continuación se dirige a la cabina y enciende uno de los tres paneles. El generador, veinte metros más atrás, comienza a zumbar, pero no a rugir, porque Caldwell no está enviando corriente al motor. La necesita en el laboratorio, que es a donde se dirige entonces. Como va a tener que trabajar en contacto directo con el tejido infectado, se pone los guantes, las gafas y la máscara.

Enciende el microscopio electrónico, se abre camino con paciencia y puntilliosidad por las pantallas de configuración y opciones gráficas y finalmente introduce la primera de las placas que ha preparado.

Con un agradable hormigueo de impaciencia, pega el ojo al visor. Al instante aparece allí el sistema nervioso del hambriento de Wainwright House, revelado ante su mirada ávida. Como eligió el verde para esta placa, se encuentra paseando bajo un dosel de dendritas neuronales, una jungla cerebral.

La resolución es tan perfecta que la deja sin aliento. Las estructuras, sean grandes o pequeñas, aparecen recreadas con absoluta nitidez, como en la ilustración de un manual. El hecho de que el tejido cerebral sufriese tantos daños antes de que pudiera sacar su muestra se manifiesta únicamente en la presencia de materia extraña — motas de polvo, pelo humano y células bacterianas, así como los esperados micelios fúngicos— entre las neuronas, perceptible al desplazar de manera casi imperceptible la placa bajo la torreta. Las propias neuronas aparecen recreadas con emocionante completitud bajo su mirada.

Ve lo que ya han visto y comentado otros antes que ella, pero nunca había podido verificar por culpa del tosco equipo de que disponía en la base. Ve, con toda exactitud, cómo construye sus nidos el cuco *Ophiocordyceps* en la espesura del cerebro, cómo rodea las dendritas neuronales con sus finísimos micelios, igual que la hiedra alrededor de los robles. Solo que la hiedra no le susurra cantos de sirena al roble para apoderarse de él.

¿Cucos? ¿Hiedras? ¿Sirenas? «Céntrate, Caroline», se dice con ferocidad. «Mira lo que tienes delante y extrae las conclusiones adecuadas allí donde existan pruebas para sustentarlas».

Las pruebas existen. Ahora ve lo que otros han pasado por alto: las grietas en la fortaleza («¡Céntrate!»), los sitios donde se han reagrupado las inmensamente paralelas estructuras del cerebro humano, desesperadas y superadas en número, alrededor de las neuronas acogotadas por el hongo y entre ellas. De hecho, algunos

grupos de neuronas se han hecho más densos, aunque las más nuevas están hinchadas y desgarradas, rotas desde dentro por placas amiloideas de afilados bordes.

Caldwell siente que se le eriza el vello de la nuca al comprender el significado de lo que está viendo.

Ha tenido que suceder muy lentamente, se dice a sí misma. Los primeros investigadores no descubrieron esta evolución porque, justo después del Colapso no había llegado a un punto en el que pudiera verificarse de manera visual. Solo lo habrían hecho si alguien hubiera sospechado de su presencia y hubiese realizado los experimentos necesarios para encontrarla.

Caldwell levanta la cabeza y se aparta del microscopio. Le cuesta, pero es necesario. Podría pasarse horas o días enteros contemplando ese mundo verde, y seguiría encontrando maravillas en él.

Puede que luego. Aunque luego está empezando a convertirse en una palabra sin referencias para ella. Luego es un día o dos más de fiebre cada vez más alta y pérdida de funciones, seguida por una muerte dolorosa y nada digna. Cuenta con la mitad de una hipótesis viable. Ahora tiene que terminar el proyecto mientras aún está en condiciones.

En su laboratorio de la base tiene, o tenía, docenas de placas con el tejido cerebral de los sujetos de experimentación 16 (Marcia) y 22 (Liam). Si dispusiera de ellos los utilizaría. Con independencia de lo que le dijo a Justineau en un momento de desesperación sobre amasar todas las observaciones posibles con la esperanza de que apareciese un patrón, no le gusta derrochar los recursos. Ahora tiene un patrón —o al menos una hipótesis que podría someter a prueba—, pero le han arrebatado todas las muestras de los sujetos de experimentación que tenía en la base, todos los niños que gozaban de una inmunidad parcial a los efectos del *Ophiocordyceps*.

Necesita nuevas muestras. Del sujeto de experimentación número 1.

Pero sabe que Helen Justineau se resistirá a cualquier intento de diseccionar a Melanie, o incluso de tomar una simple biopsia de su cerebro. Y tanto el sargento Parks como el soldado Gallagher han desarrollado, tal como se temía ella desde el principio, unos vínculos inaceptables con el sujeto de experimentación, por culpa de una interacción constante en un entorno parcialmente normalizado. Ahora mismo no hay ninguna garantía de que, si anunciase su intención de obtener muestras de tejido cerebral de Melanie, algún otro miembro del grupo la apoyase.

Así que traza sus planes basándose en la idea de que ya ha anunciado tales intenciones y las han rechazado.

Despliega y monta la esclusa de la sección central. Su diseño, basado en una serie de elementos plegables, es tan ingenioso que, a pesar de la torpeza de sus manos, le resulta bastante sencillo abrirla. Ya no es solo el problema de las vendas: la anterior delicadeza del tejido inflamado ha dado paso a una pérdida de sensibilidad y capacidad de respuesta general. Les dice a sus dedos que hagan algo y ellos comienzan a moverse despacio y con titubeos, como un coche arrancado en invierno.

Pero persevera. Una vez extendida, la esclusa encaja en ocho acanaladuras, cuatro en el techo del vehículo y otras cuatro en el suelo. Hay que introducir un extremo en cada uno de ellas y luego anclarlos con un soporte de manguito que se aprieta con una manivela. Caldwell tiene que usar ambas manos y una llave. Mucho antes de que termine, sus manos recuperan la sensibilidad, y comienza a sentir un dolor penetrante e incesante. La agonía la hace sollozar muy a su pesar.

Las partes delantera y lateral de la esclusa están hechas de un plástico superflexible pero extremadamente resistente. Las partes superior e inferior hay que sellarlas con una solución rápida, aplicada por medio de un aparato portátil. Caldwell se ve obligada a sujetarla con el codo izquierdo y usar el pulgar de la mano derecha para apretar el botón.

Al terminar está todo hecho un desastre, pero para asegurarse de que el sello funciona a la perfección expulsa todo el aire de la esclusa y comprueba que la presión cae lentamente hasta cero.

Muy bien.

Vuelve a bombear aire fresco hasta que la esclusa recupera la presión normal. Anula el control manual de las puertas y lo redirige a su ordenador, en el laboratorio. Deja las dos puertas cerradas, pero solo la interior con llave. A continuación introduce una botella de gas fosgeno en la cámara de reserva de la esclusa. Ya había reparado en la presencia del fosgeno durante el registro inicial de los contenidos del laboratorio y entonces supuso que serviría para sintetizar polímeros orgánicos. Pero también tiene otras aplicaciones, claro, como la asfixia rápida y efectiva de especímenes de laboratorio de gran tamaño sin provocar daños importantes en los tejidos.

Entonces se dispone a esperar. Y mientras lo hace examina sus propios sentimientos con respecto a lo que va a hacer. Es reacia a pensar en los efectos del gas sobre sus compañeros humanos. El fosgeno es más humano que su pariente el cloro, pero eso tampoco es mucho decir. Caldwell espera que Melanie entre primero en la esclusa y pueda cerrar la compuerta exterior antes de que entre nadie más.

Pero sabe que es poco probable. Lo más seguro es que Helen Justineau entre con Melanie, o cualquiera de ellos preceda a la niña. Esta perspectiva no la preocupa demasiado. Incluso le parece que es de justicia, en cierto modo. Las numerosas intervenciones de Justineau han contribuido de manera muy sustancial a la absurda situación en la que se encuentran, en la que se ve obligada a conspirar para recuperar el control de su propio espécimen.

Pero espera que al menos no sea necesario asesinar a Parks o a Gallagher. Lo más probable es que los dos soldados se coloquen en retaguardia y vigilen hasta que Justineau y Melanie estén dentro de *Rosie*. Momento en el que podrá cerrar la puerta para que no entren.

No es un plan perfecto. Y no es que esté deseando cometer lo que, a fin de cuentas, equivale más o menos a un asesinato. Pero las implicaciones de su hipótesis

son tan cruciales que renunciar a ella por cuestión de escrúpulos sería un crimen contra la humanidad. Tiene un deber y un intervalo de tiempo para cumplirlo. Un intervalo que, con toda probabilidad, no se medirá en días sino en horas.

Ha arrancado los sellos de la ventana para poder ver al equipo de rescate cuando regrese. Pero el dolor de los brazos y las manos la ha dejado rendida. Muy a su pesar, la vence el agotamiento. Pierde y recobra alternativamente la consciencia. Cada vez que fuerza a sus párpados a abrirse, estos vuelven a cerrarse poquito a poco, en minúsculos incrementos.

Después de una de estas veces, de repente su mirada coincide —a distancia, a través de la ventana— con la de un niño pequeño, que se encuentra frente a la puerta, casi delante de ella.

Un hambriento, obviamente. Su edad al contraer la infección no pasaría de cinco. Está desnudo, flaco e indescritiblemente mugriento, como las víctimas de las catástrofes que antes del Colapso aparecían en los anuncios para pedir donaciones, en aquellos tiempos de inocencia en los que la muerte de unos pocos miles parecía una catástrofe.

El niño observa a Caldwell con avidez, sin parpadear. Y no está solo. Es tarde ya y las sombras alargadas ofrecen mucha cobertura. Pero, como los detalles de un rompecabezas, los demás hambrientos van saliendo uno a uno del fondo. Una niña mayor, de pelo rojo, escondida detrás de la forma voluminosa de un coche aparcado. Un niño de cabello negro, mayor aún, que se agazapa entre los restos de un escaparate con un bate de béisbol en las manos. Dos más tras ellos, en la propia tienda, con las manos y las rodillas bajo un perchero con vestidos enmohecidos y blanqueados por el sol.

¡Una manada entera! Caldwell está hipnotizada. Ya se había dado cuenta, cuando Parks y su gente le dijeron que los sujetos habían desaparecido de la campiña, que eso podía significar muchas cosas. Una posibilidad que en su momento le pareció poco plausible, pero ahora ya no tanto, era que los niños infectados poseyeran la inteligencia suficiente para darse cuenta de que el sargento y sus hombres eran una amenaza y hubieran decidido mudarse a nuevos territorios de caza.

Caldwell se fija en que el niño del pelo negro indica algo a los otros dos con un gesto de la cabeza y ellos se colocan a su altura para ver a qué se refiere. Está claro que es el líder. Además, es uno de los pocos que no está totalmente desnudo. Lleva una chaqueta de camuflaje sobre unos hombros estrechos y huesudos. En algún momento habrá matado a un soldado y habrá decidido quedarse con su pellejo además de con su carne. Su rostro es un torbellino de manchas de colores, una exhibición tribal de estatus y fuerza.

Caldwell mira cómo se mueve el grupo de niños. Igual que una manada. Les ve intercambiar señales con gestos silenciosos y expresiones faciales. Les ve coordinar sus esfuerzos contra esa cosa desconocida que ha aparecido entre ellos.

Puede que sea el sonido, el constante zumbido del generador, lo que los ha

atraído. O puede que siguieran a Justineau o a Gallagher en una de sus excursiones y lleven un rato vigilando a *Rosie*. Pero al margen de la razón, ahora la han visto.

Y no solo eso, sino que la están acechando.

A pesar de que está parapetada tras un cristal irrompible, dentro de un tanque gigantesco cuyo armamento podría reducir a escombros y polvo todos los edificios que lo rodean. A pesar de que no tienen ninguna forma evidente de llegar hasta ella o evaluar el riesgo que representa. A pesar de que, y esto es crucial, no pueden olerla desde el otro lado del acero, el cristal, los polímeros y los sellos estancos.

La identifican como presa y reaccionan de manera acorde.

Cuando Caldwell se levanta y sale lentamente del laboratorio en dirección a la compuerta central, al principio no es consciente de haber tomado la decisión. Pero es una buena decisión. Está justificada por una serie de razones.

Devuelve el control de la puerta al panel que hay junto a la propia esclusa. A continuación abre y cierra varias veces la compuerta exterior, para comprobar su capacidad de respuesta a diferentes velocidades. Bajo su atenta mirada, las válvulas hidráulicas, gruesas como antebrazos, se extienden y contraen con suavidad encima y debajo de la puerta. Incluso en el tercer nivel de velocidad —y hay otros siete más rápidos— calcula que las válvulas ejercen una presión superior a los seiscientos cincuenta newtons por metro. En cambio, la compuerta interior cuenta con servomecanismos más sencillos. Nunca se pensó que tuviera que hacer las veces de segunda jaula de contención.

Caldwell enumera una serie de factores. Es imposible saber si el sujeto de experimentación 1 volverá de la expedición. Si lo hace, no está nada claro que la emboscada que le ha preparado salga bien. E incluso en el caso de que lo haga, no hay forma de saber cómo responderán los supervivientes a la muerte de quienes queden atrapados en la esclusa.

Pero la verdad, o al menos una parte de ella, es que no puede resistirse. Esos monstruos quieren cazarla. Así que decide cazarlos a su vez y aprovecharse de sus esfuerzos en beneficio de sus propios planes.

Deja la compuerta exterior totalmente abierta y la interior en parte. Se pega a la abertura y espera.

Su cuerpo sigue empapado de sudor por los esfuerzos anteriores. Sabe que sus feromonas están propagándose desde su piel a lomos de los turbulentos gradientes del aire en proceso de enfriamiento de la tarde. Cada vez que respira, los niños hambrientos inhalan su olor. Puede que sean inteligentes, cooperativos y astutos. Pero su naturaleza es la que es, así que solo es cuestión de tiempo que respondan.

La niña de pelo rojo es la primera que se mueve. Sale de detrás del coche y avanza a campo abierto en dirección a la tentadora puerta abierta de *Rosie*.

El niño de la chaqueta de camuflaje hace un ruido semejante a un ladrido. La niña de cabello rojo se para, a regañadientes, y se vuelve hacia él.

El más pequeño de los niños del escaparate pasa corriendo por delante de ella

como un proyectil y se abalanza hacia la puerta. Es algo tan repentino y tan rápido que Caldwell, a pesar de que lo estaba esperando, apenas tiene tiempo para reaccionar.

Pulsa el interruptor con el pulgar.

El niño traspasa la puerta exterior de un salto y vuela sobre Caldwell con los brazos estirados.

Antes de que pueda alcanzarla, la compuerta interior se activa.

Caldwell ha subestimado la fuerza de los servos. La puerta se cierra como un cascanueces sobre el cuerpo del niño hambriento y le aplasta las costillas. El hambriento abre la boca para gritar, pero sus pulmones están terminal e irremisiblemente colapsados. Gritar es imposible. Ha quedado atrapado con un brazo detrás del torso, dentro de la esclusa, y el otro fuera. Y aunque sea en vano, todavía intenta alcanzar a Caldwell con los finos dedos estirados. Uno de ellos le roza la manga de la bata de laboratorio, pero la infección no se puede contraer con un arañazo, únicamente por contacto con la sangre o la saliva. Mientras lleve las gafas y la máscara no está en peligro.

Caldwell se fija en que la cabeza está totalmente intacta. Siente un torrente de entusiasmo abrumador y se echa a reír en voz alta.

Solo es media carcajada. El resto se lo traga algo que entra como una flecha desde la calle y la golpea en la mandíbula desgarrando el alambre y el papel de la máscara. Siente una agonía indescriptible. La boca se le llena de sangre mientras los trozos de sus dientes rechinan en su interior con un ruido sordo que recuerda al de un naufragio.

La piedra cae al suelo teñida de rojo por la sangre. La niña pelirroja ya está cargando otra en la tira de tela descolorida que utiliza como honda.

El cuerpo destrozado del niño mantiene la compuerta interior abierta unos ocho centímetros, mientras que la exterior sigue totalmente abierta y los hambrientos del exterior, sus camaradas, sus amigos, han echado a correr hacia ella con sus improvisadas armas en alto.

La mano de Caldwell se mueve en un acto puramente reflejo y pulsa el control de la compuerta. Comienza a cerrarse, pero se ha olvidado de subir la velocidad de tres a diez. En el último instante la punta del bate se introduce por la abertura y allí se queda, encajada. Los sistemas hidráulicos resoplan y el borde de la puerta muerde el metal del bate y comienza a partirlo. Pero entonces entran a tientas unas pequeñas manos y algunas comienzan a buscar a Caldwell mientras la mayoría lucha con la compuerta para impedir que se cierre.

No pueden llegar hasta ella. Pero tiran de la puerta con determinación al tiempo que cambian de posición para dejar que entren otras y se sumen a sus esfuerzos. Caldwell conoce la potencia de la puerta, así que cuando ve que comienza a abrirse de nuevo, el asombro provoca que su cuerpo se rebele contra su voluntad. Se lleva los puños a la boca mientras retrocede unos pasos, como si pudiera ocultarse detrás de

ellos.

El rostro pintado del niño de pelo negro aparece en el hueco de la compuerta. Le clava unos ojos feroces, inyectados en sangre, y al ver sus silenciosas muecas, Caldwell comprende que ahora se trata de algo personal.

Lo que quiere decir que se considera una persona. Y eso es algo asombroso.

Corre a la cabina y baja dos palancas más, las que activan las ruedas y las armas. No puede controlar ambas cosas a la vez, claro. Tendrá suerte si consigue recordar cómo se conduce, sin contar con otra cosa que un par de días de instrucción recibidos hace dos décadas. Durante un momento aterrador, la consola de mandos entera se le antoja extraña y carente de sentido. Tiene que sacar a su cerebro del torrente de adrenalina para recobrar su control consciente.

Lo primero es el botón de la E, que está ahí mismo, en el centro de la columna de columna de dirección. La E es de ELEVAR. Con el siseo de serpiente de los sistemas hidráulicos, el chasis de *Rosie* se levanta veinte centímetros. Caldwell ve que se dispersan algunos de los hambrientos, pero los golpes y ruidos procedentes de la sección central revelan que algunos de ellos siguen allí.

El pánico le retuerce las entrañas. Tiene que salir de aquí. Sabe que cabe la posibilidad de que se lleve al enemigo consigo, pero si se queda puede darse por muerta. Al final conseguirán abrir la compuerta y la interior los contendrá unos pocos segundos, como mucho.

Coge la palanca de dirección con las manos insensibles, empuja con fuerza hacia delante y reza. Los frenos se desactivan por sí solos. *Rosie* se sacude como un perro y se pone en movimiento, tan rápida y bruscamente que Caldwell sale despedida hacia atrás y se hunde en el asiento del conductor. Sus manos dejan de empujar la palanca un momento y el coloso derrapa y embiste una farola, que se desprende del suelo con un tintineo parecido a las campanadas que anuncian el comienzo de los combates de boxeo.

Caldwell tiene que agarrar mejor la palanca y empujar con fuerza para enderezar a *Rosie*. Grita de dolor, pero apenas alcanza a oír su voz bajo el rugido de los motores revolucionados. No tiene ni idea de lo que está pasando en la compuerta de la sección central, porque el ruido de los motores se traga también los sonidos procedentes de allí. Así que empuja con todas sus fuerzas, hasta llevar la columna al final de su recorrido. La calle se convierte en una mancha borrosa y gris.

Hay un segundo impacto y luego un tercero, pero Caldwell solo los percibe como vibraciones. *Rosie* tiene ya tanto impulso que abre el mundo a su paso como si fuese agua.

Unas figuras aparecen fugazmente en la calle, delante de ella, luego a su lado y luego detrás. ¿Más hambrientos? Una de ellas se parecía a Parks, pero es imposible verificarlo con certeza sin detenerse y eso es algo que no quiere hacer. Es más, de momento ni siquiera recuerda cómo se hace.

Sin embargo, algunas partes de la consola comienzan a parecerle más familiares.

Se da cuenta de que no tiene por qué estar ciega. *Rosie* tiene cámaras a lo largo de toda su longitud, la mayoría de las cuales se pueden girar en todas direcciones. Las enciende y mira hacia las pantallas, situadas a mano izquierda. Una de ellas está centrada en la sección central, donde dos hambrientos han logrado mantenerse agarrados al titán en movimiento. Uno de ellos es el líder, cuya chaqueta ondea en la estela de aire de *Rosie* como una bandera. El otro es la niña pelirroja.

Caldwell gira a la derecha y sube por una empinada pendiente en la que hay un cartel que indica la dirección de Highgate y Kentish Town. Espera hasta el último momento para virar y entonces tira de la palanca de dirección con todas sus fuerzas para que *Rosie* se incline bruscamente, pero la pendiente la ralentiza y el efecto no es tan espectacular como ella esperaba. Los hambrientos siguen agarrados y luchando con la puerta entreabierta.

Caldwell ha estado antes en este sitio, hace mucho tiempo. Antes del Colapso. Los recuerdos despiertan en su mente y la inundan de irreales yuxtaposiciones. Casas en las que aspiró en su día a vivir pasan fugazmente por delante de sus ojos, achaparradas y oscuras como viudas en un cementerio español, esperando pacientes la resurrección.

Al llegar a lo alto de la pendiente vuelve a girar. Calcula mal el ángulo y se lleva por delante parte de la pared de un *pub* que ocupaba la esquina. *Rosie* ni se inmuta, a pesar de que las cámaras posteriores muestran que el edificio queda en ruinas tras ella.

La calle se estrecha para doblar un recodo antes de describir un amplio y gradual giro hacia el centro de Londres. Caldwell vuelve a apoyar el cuerpo sobre la palanca de dirección y pega deliberadamente el flanco derecho de *Rosie* a la alargada fachada de lo que parece un colegio. El cartel que hay sobre la puerta reza LA SAINTE UNION. Una lluvia de ladrillo pulverizado cae sobre el parabrisas y se alza un chirrido de metal torturado aún más estruendoso que el rugido del motor. Pero *Rosie* aguanta y recompensa a Caldwell mostrándole que al menos uno de los hambrientos sale despedido en medio de la pétrea lluvia.

Grita con toda la fuerza de sus pulmones: un chillido de triunfo y desafío que parece el alarido de una *banshee*. La sangre de su boca herida salpica todo el parabrisas delante de ella.

Vuelve al centro de la calle y echa un vistazo a las cámaras. Ni rastro de los hambrientos. Tendrá que parar para examinar la presa que se ha cobrado y asegurarse de que sigue intacta. Pero los hambrientos que acaba de desalojar podrían seguir con vida. Recuerda la expresión en el rostro pintado del muchacho de pelo negro. La perseguirá mientras le respondan las piernas.

Así que continúa sin parar, más o menos en dirección sur, a través de Camden Town. Más allá se encuentra Euston y a continuación el río. Las calles siguen vacías, pero Caldwell no se fía. Antes vivían once millones de personas en esta ciudad. Algunos de ellos deben seguir detrás de las ventanas cegadas y las puertas cerradas,

atrapados a medio camino entre la vida y la muerte.

A estas alturas ya ha recordado cómo funcionan los frenos y reduce la velocidad, intimidada por los ecos que levanta el bramido de los motores de *Rosie* en estos parajes desolados. Durante un momento estremecedor, tiene la sensación de que podría ser el último ser humano que queda con vida sobre la faz de un planeta necrótico. Y de que, en realidad, tampoco sería tan grave que la raza que construyó estos mausoleos se tienda en ellos al fin, silenciosa y resignada, hasta convertirse en polvo.

«¿Quién nos echaría en falta?».

Es la depresión de su organismo tras la descarga de adrenalina provocada por la captura del espécimen y la lucha contra sus enemigos. Y la fiebre. Caldwell se estremece y de pronto pierde la visión. Frente a ella, la calle parece disolverse en una mancha grisácea. Es una disfunción repentina y espectacular. ¿Se está quedando ciega? No puede ser. Aún no. Necesita un día más. Unas pocas horas, como mínimo.

Tira de la palanca y *Rosie* frena bruscamente, con un chirrido.

Bloquea la dirección.

Se pasa una mano sobre la cara y se frota los ojos con el pulgar y el índice para aclararse la visión. Tiene la sensación de que son dos canicas ardientes alojadas en su cráneo. Pero cuando se atreve a abrirlos y mirar por el parabrisas de la cabina, comprueba que funcionan a la perfección.

Porque realmente hay un muro de color gris y casi quince metros de altura delante de ella, tendido de un lado a otro de la calle. Y por fin, tras un minuto o más de estupefacta contemplación, comprende lo que es.

Su némesis, su poderoso adversario. El *Ophiocordyceps*.

La señorita Justineau está furiosa, así que Melanie hace lo que puede por estarlo también. Pero no le resulta fácil, por varias razones.

Aún está triste por el asesinato de Kieran y es como si la tristeza impidiese que se inflamara la furia. Y el hecho de que la doctora Caldwell se haya marchado en el gran camión significa que Melanie no tendrá que volver a verlos, y cuando lo piensa le dan ganas de dar saltos y agitar los puños en el aire.

Así que mientras que el sargento Parks utiliza todos los tacos que conoce (o eso parece) y la señorita Justineau está sentada al pie de la calle con mirada triste y aturrida, lo que Melanie hace es pensar «Adiós, doctora Caldwell. Váyase muy, muy lejos, y no regrese».

Pero entonces la señorita Justineau dice:

—Se acabó. Estamos muertos.

Y eso lo cambia todo. Melanie deja de pensar en lo que siente y piensa en lo que va a pasar, y al hacerlo siente repentinamente un frío en el estómago.

Porque la señorita Justineau tiene razón.

Ya han gastado todo el inhibidor que les quedaba. Su olor es realmente intenso, hasta el punto de que le sorprende poder estar tan cerca de ellos sin sentir deseos de morderlos. De algún modo se ha acostumbrado a ello. Es como si la parte de ella que solo piensa en comer y comer estuviese encerrada en una cajita y no tuviera que abrirla si no le apetece.

Pero eso tampoco les va a servir de mucho a la señorita Justineau y al sargento Parks. Tendrán que seguir su viaje a través de la ciudad, oliendo a comida, y no pasará mucho tiempo antes de que se encuentren con alguien más que quiera devorarlos.

—Tenemos que seguirla —dice Melanie con tono de urgencia, ahora que sabe lo que está en juego—. Tenemos que volver allí dentro.

El sargento Parks le lanza una mirada intrigada.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunta—. ¿Como hiciste con Gallagher? ¿Hay un rastro?

Melanie no lo ha pensado hasta este momento, pero ahora respira hondo... y lo encuentra al instante. Hay un rastro tan fuerte que es como si fluyese un río por el aire. Tiene una parte de la doctora Caldwell y una parte de otra cosa, que podría ser un hambriento, o más de uno. Pero sobre todo es el penetrante hedor químico de los motores de *Rosie*. Podría seguirlo con los ojos vendados. Podría seguirlo mientras duerme.

Parks lo ve en su cara.

—De acuerdo —dice—. En marcha.

Justineau se lo queda mirando, estupefacta.

—¡Iba a cien por hora! —dice con la boca retorcida en una mueca de rabia—. Ha

desaparecido. Es completamente imposible que la alcancemos, por Dios.

—Eso no lo sabremos hasta que lo intentemos —replica Parks—. ¿Quiere tumbarse y morir, Helen, o intentarlo?

—Hagamos lo que hagamos acabaremos igual.

—Pues entonces muera de pie.

—¡Por favor, señorita Justineau! —suplica Melanie—. Vamos un poco, al menos. Cuando oscurezca podemos parar y buscar un sitio para ocultarnos.

Pero lo que está pensando es que tienen que salir de estas calles, donde viven y cazan los niños hambrientos que son como ella. Piensa que tal vez podría proteger a la señorita J contra hambrientos normales, pero no contra el niño de la cara pintada y su tribu feroz.

El sargento Parks extiende una mano. La señorita Justineau se la queda mirando, pero él la mantiene allí hasta que al final la acepta. La ayuda a ponerse en pie.

—¿Cuántas horas de sol nos quedan? —pregunta.

—Dos, más o menos.

—No podemos seguir en la oscuridad, Parks. Y Caroline sí. Tiene faros.

Parks lo reconoce con un seco cabeceo de asentimiento.

—Continuaremos hasta que esté demasiado oscuro. Luego nos atrincheraremos. Por la mañana, si el rastro sigue siendo claro, lo seguimos. Si no, buscamos alquitrán, o creosota o cualquier otra mierda que enmascare nuestro olor, como hacen los chatarreros, y continuamos hacia el sur.

Se vuelve hacia Melanie.

—Adelante, *Lassie* —dice—. Haz tu trabajo.

Melanie vacila.

—Creo que... —dice.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Creo que seguramente pueda correr mucho más que ustedes, sargento Parks.

Parks se echa a reír, con una carcajada breve y ronca.

—Sí, yo también lo creo —dice—. Haremos lo que podamos. Mantente a la vista, eso es todo.

Entonces se le ocurre una idea mejor y se vuelve hacia Justineau.

—Déjele el *walkie-talkie* —le dice—. Si la perdemos que nos llame y nos indique por dónde seguir.

Justineau le entrega a Melanie el aparato y el sargento Parks le enseña cómo llamar y recibir con él. Es muy fácil, aunque está diseñado para dedos mucho más grandes que los suyos. Practica hasta que consigue hacerlo bien. Entonces Parks le explica cómo colgárselo de la cinturilla de los vaqueros rosa del unicornio, donde parece ridículamente grande y aparatoso.

La señorita Justineau le ofrece una sonrisa de aliento. Pero por debajo, Melanie vislumbra todos sus miedos, su tristeza y su agotamiento. Qué poco le falta para sucumbir...

Se acerca a ella y le da un breve pero sentido abrazo.

—Todo saldrá bien —le dice—. No dejaré que le pase nada.

Es la primera vez que se abrazan así, la primera vez en que es Melanie quien ofrece el consuelo en lugar de recibirlo. Y se acuerda de que la señorita Justineau le hizo exactamente la misma promesa, aunque no sabría decir exactamente cuándo. Siente una punzada de nostalgia por aquel momento, pasara cuando pasase. Pero sabe que no se puede ser un niño eternamente, por mucho que uno quiera.

Echa a correr, cada vez más deprisa. Pero no pasa de una velocidad que puedan seguir los dos adultos. Al llegar a cada intersección aguarda a que aparezcan antes de continuar. Con *walkie-talkie* o sin él, no piensa dejarlos solos ahora que está llegando la noche. Una noche, que, bien lo sabe ella, alberga cosas espantosas.

Caroline Caldwell baja de *Rosie* usando la compuerta de la cabina en lugar de la de la sección central. Esta aún tiene la esclusa colocada, con el espécimen de hambriento atrapado en su interior.

Se adelanta una veintena de pasos. Es todo lo que puede avanzar, más o menos.

Se queda mirando el muro gris. Durante varios minutos, probablemente, aunque lo cierto es que ya no puede fiarse de su capacidad de medir el paso del tiempo. Las heridas de su boca palpitan al compás de los latidos de su corazón, pero su sistema nervioso es como un carburador inundado: el motor no arranca y las confusas señales no cristalizan en dolor.

Constata la hechura de la muralla, su altura, anchura y profundidad —en este último caso solo alcanza a estimarla— y el tiempo que ha debido de tardar en formarse. Sabe perfectamente lo que está viendo. Pero saberlo no sirve de nada. Va a morir pronto y lo hará con esta... cosa delante. Este guante arrojado por un universo desdeñoso e implacable que ha permitido que los seres humanos avanzaran a tientas hasta alcanzar el raciocinio solo para que luego, cuando los pusiera en su sitio, resultase un poco más doloroso.

Finalmente se obliga a ponerse en movimiento. Hace lo único que se le ocurre hacer. Recoge el guante.

Vuelve a *Rosie* y, tras entrar por la compuerta de la cabina, la cierra y echa los cerrojos. Atraviesa los barracones y el laboratorio para llegar hasta la sección central. Solo para un momento en el laboratorio para cambiarse la máscara, destrozada por el proyectil de la honda. Se pone unos guantes quirúrgicos y coge una sierra para huesos y una bandeja de uno de los estantes. Preferiría un cubo, pero no lo tiene.

El hambriento al que atrapó aún se mueve lenta y temblorosamente, a pesar del terrible castigo que ha infligido el mecanismo de la compuerta a los músculos y tendones de la mitad superior de su cuerpo. Desde tan cerca, el tamaño de la cabeza en relación con el cuerpo sugiere que tal vez, en el momento de la infección, fuese aún más joven de lo que había estimado inicialmente Caldwell.

Pero bueno, pronto podrá saberlo con certeza, ¿no?

El brazo derecho del hambriento está atrapado tras él, dentro del espacio de la esclusa. Caldwell inmoviliza el izquierdo cogiéndolo con un cordel de tejido plástico, cuyo otro extremo ata a un soporte de la pared. Le da tres o cuatro vueltas alrededor de su propio antebrazo y utiliza el peso del cuerpo para tensarlo, a pesar de la resistencia que ofrece el hambriento. El cordel se le hunde profundamente en el brazo, donde la carne ha pasado del rojo intenso a un tono morado más apagado. Siente muy poco dolor, lo que es un indicio muy malo en sí mismo. El daño sufrido por los nervios de la carne necrosada es irreversible y progresivo.

Luego, lo más rápidamente que puede, pero con cuidado, le sierra la cabeza al hambriento. Este gruñe e intenta alcanzarla con dentelladas durante todo el proceso.

Sacude violentamente los dos brazos, el izquierdo en movimientos circulares circunscritos al juego que tiene el cordón. Ninguno de los dos puede alcanzarla.

La frágil vértebra superior cede ante la sierra casi al instante. El músculo es lo más complicado, porque la sierra tan pronto resbala en él como se atasca. Cuando finalmente llega al otro lado de la vértebra, la cabeza del hambriento cede repentinamente hacia abajo y la apertura de la incisión saca a la luz varias protuberancias de hueso de un blanco estremecedor. Por contraste, el icor que gotea sobre la bandeja y el suelo desde la herida es sobre todo gris, aunque está sembrado de regueros rojos.

La última y fina serpentina de carne cede bajo el peso de la cabeza, que cae al suelo de pronto. Golpea el borde de la bandeja, la vuelca y se aleja rodando.

El cuerpo del hambriento sigue retorciéndose, más o menos igual que cuando aún tenía la cabeza sobre los hombros. Agita los brazos en vano y sus piernas resbalan repetidamente sobre el suelo de metal estriado de la esclusa. Las colonias de *Cordyceps* ancladas a su columna vertebral intentan aún gobernar el cadáver del niño y conseguir que se mueva en beneficio de su fúngico huésped. El movimiento se ralentiza cuando Caldwell se inclina para recoger la cabeza, pero no ha cesado del todo cuando vuelve a levantarse y se la lleva al laboratorio.

Ante todo, seguridad. Deja la cabeza un segundo o dos sobre la superficie de trabajo mientras vuelve para limpiar la esclusa y arroja el cadáver decapitado, que aún se retuerce, a la carretera. Se queda allí como un reproche, no solo a Caldwell, sino a la ciencia en general.

Caldwell se da la vuelta y cierra la puerta. Si el camino al conocimiento estuviera pavimentado de niños muertos, como ha sucedido en algunas épocas y en algunos lugares, lo recorrería igualmente y luego se absolvería a sí misma. ¿Qué otra alternativa tiene? Todo cuanto es de valor para ella se encuentra al final de ese camino.

Activa los cierres, regresa al laboratorio y se pone a trabajar.

Melanie está esperando cuando Justineau y Parks aparecen finalmente en la calle alargada que desemboca al otro extremo en la estación de Euston. Señala sin decir nada y Justineau dirige la mirada hacia allí. Sin aliento, empapada en sudor, con las piernas y el pecho encogidos de agonía, es lo único que puede hacer.

A medio camino de la amplia avenida, *Rosie* ha derrapado hasta detenerse y se encuentra en diagonal, prácticamente en contacto con los dos bordillos. Justo enfrente del vehículo, una barricada gigantesca bloquea la calle. Tiene casi quince metros de altura, lo que quiere decir que se extiende sobre los edificios de los dos lados. Bajo los rayos oblicuos del atardecer, Justineau comprueba que se extiende sobre las casas, en su interior y más allá. Al principio parece vertical, pero entonces los sutiles matices de sus tonalidades cobran definición y se da cuenta de que es una ladera, como el costado de una montaña. Es como si hubiera caído un millón de toneladas de nieve sucia sobre el sitio.

Parks llega a su altura y juntos continúan contemplándola con idéntico asombro.

—¿Alguna idea? —pregunta el sargento al cabo de un rato.

Justineau sacude la cabeza.

—¿Y usted?

—Antes prefiero analizar las pruebas. Y luego buscar a alguien más inteligente que yo para que me lo explique.

Avanzan lentamente, atentos a cualquier movimiento hostil. *Rosie* ha estado en la guerra y las consecuencias son visibles: los arañazos y abolladuras del blindaje. Las manchas de sangre y tejido alrededor de la compuerta central. El pequeño y encogido cuerpo que hay en la calle, justo al lado del vehículo.

El cadáver pertenece a un hambriento. Un niño. Varón, de cuatro o cinco años, no más. La cabeza ha desaparecido —sin dejar ni rastro— y la parte superior del cuerpo está casi aplastada, como si alguien hubiera metido su fino pecho en una prensa. Melanie se arrodilla para examinarlo detenidamente, con expresión solemne y pensativa. Justineau se acerca a ella, muda. El niño lleva un brazalete hecho de pelo, quizá el suyo, en la muñeca derecha. Como elemento de identificación no podría ser más elocuente. Era como Melanie, no como los hambrientos normales.

—Lo siento —dice Justineau.

Melanie no responde.

Un movimiento en la periferia del campo de visión de Justineau le hace volver la cabeza. Parks está mirando en la misma dirección, hacia la sección central de *Rosie*. Caldwell ha arrancado la cinta de la ventanilla del laboratorio y ha abierto las pantallas solares. Los mira fijamente, con una expresión dura e impasible.

Justineau se acerca a la ventanilla y dice, solo con los labios, «¿Qué está haciendo?».

Caldwell se encoge de hombros. No hace ademán alguno de dejarlos pasar.

Justineau aporrea la ventanilla y señala la compuerta con gestos. Caldwell desaparece un instante y vuelve con un cuaderno de notas. Lo levanta para enseñar lo que ha escrito en la primera de las hojas: «Tengo que trabajar. Estoy a punto de hacer un descubrimiento. Temo que intenten detenerme. Lo siento».

Justineau abre los brazos en dirección a la calle vacía y las alargadas sombras del crepúsculo. No tiene que hacer ni decir nada más. El mensaje está muy claro: «Vamos a morir».

Caldwell la observa un instante más y luego vuelve a cerrar las pantallas sobre la ventanilla.

Parks se ha puesto de rodillas a pocos metros de Justineau, a la izquierda. Está accionando la palanca de apertura. Pero la compuerta no se abre, a pesar de que la alienta con un torrente continuo de imprecaciones. Caldwell debe de haber anulado el sistema de acceso de emergencia.

Melanie sigue arrodillada junto al cuerpo decapitado, afligida o tan concentrada en sus pensamientos que no es consciente de momento de lo que sucede a su alrededor. Justineau siente que se le revuelve el estómago y se marea. Tanto por el esfuerzo de la carrera como por la bofetada que acaba de recibir. Camina un poco, tratando de poner distancia con las náuseas, hasta llegar al extremo de la muralla.

Pero no es una muralla, sino una avalancha, una informe extensión de materia que avanza a cámara lenta. Está hecha de zarcillos del *Ophiocordyceps*, miles de millones de micelios fúngicos entrelazados en una urdimbre más fina que cualquier tapiz. Es tal la delicadeza de las hebras que permite que su vista se adentre casi tres metros. En su interior todo está encapsulado, revestido por centenares de tentáculos idénticos. Los contornos se suavizan y los colores se atenúan, transformados en mil tonos de gris.

El mareo y las náuseas de Justineau regresan. Se sienta con lentitud y apoya la cabeza hasta que la sensación cesa. Entonces nota que Melanie pasa junto a ella, rodeando los bordes de la criatura y luego hace ademán de adentrarse en ella.

—¡No! —grita.

Melanie la mira con sorpresa.

—Pero si es como el algodón, señorita Justineau. O como una nube que hubiera bajado a tierra. No puede hacernos nada.

Y para demostrárselo, pasa una mano por la vaporosa masa. Esta se abre limpiamente dejando una imagen perfecta de la trayectoria de su mano. Las hebras que ha tocado están adheridas a su piel como telarañas.

Justineau se levanta y tira de ella, delicada, pero firmemente.

—Eso no lo sé —dice—. Puede que sí o puede que no. No quiero averiguarlo.

Pide a Melanie que se quite las hebras de las manos con la hierba que crece entre las grietas del pavimento, a poca distancia. Las briznas, que también están rodeados por las hebras y parecen casi todas muertas, son más grises que verdes.

Vuelven junto a Parks, que ha dejado en paz la compuerta central y ahora está

sentado con la espalda apoyada en una de las orugas traseras de *Rosie*. Tiene la cantimplora y la sopesa cuidadosamente entre las manos. Toma un trago mientras se acercan y luego se la ofrece a Justineau para que haga lo propio.

Al cogerla, esta se da cuenta de que está casi vacía. Se la devuelve.

—Estoy bien —miente.

—Y una mierda —dice Parks—. Eche un trago y anímese, Helen. Dentro de poco iré a echar un vistazo por esas casas. A ver si ha quedado algo en los canalones o algún cubo. Dios proveerá.

—¿Usted cree?

—Eso dicen.

Justineau apura la cantimplora, se sienta junto a él y la deja sobre su regazo. Levanta la mirada hacia el cielo, que ha empezado a oscurecerse. Anochecerá dentro de una hora, más o menos, así que seguramente Parks no diga en serio lo de buscar agua. Aparte de que podría tener vaya usted a saber qué.

Melanie se sienta en cuclillas frente a ellos y los mira.

—¿Y ahora? —pregunta Justineau.

Parks hace un gesto vago.

—Supongo que esperaremos un poco y luego elegiremos alguna de esas casas. La aseguraremos en la medida de lo posible antes de que anochezca. Habrá que levantar algún tipo de barricada, puesto que ahora mismo debemos de estar dejando un buen rastro de olor y calor corporal. Los hambrientos nos encontrarán mucho antes de que amanezca.

Justineau está desgarrada entre la desesperación y una rabia asfixiante. Prefiere la rabia porque teme que la desesperación la paralice.

—Como le ponga las manos encima a esa zorra —murmura—, le voy a sacar los sesos para poner los mejores trozos en placas de microscopio. —Y luego, movida por un reflejo atávico, añade—. Perdona, Melanie.

—No pasa nada —dice esta—. A mí tampoco me cae bien la doctora Caldwell.

Cuando el sol llega hasta el horizonte, finalmente se obligan a moverse. Para entonces las luces del laboratorio ya están encendidas y algo se cuela por entre los bordes de las pantallas, de manera que es como si alguien las hubiera dibujado sobre el costado de *Rosie* con pintura fosforescente.

El resto del mundo está a oscuras, y más cada segundo que pasa.

Parks se vuelve hacia Melanie repentinamente, como si hubiera estado reuniendo fuerzas para hacer algo.

—¿Tienes sueño, niña? —le pregunta.

Melanie sacude la cabeza.

—¿Estás asustada?

Esta tiene que pensársela, pero de nuevo responde que no.

—Por mí no —aclara—. A mí los hambrientos no me van a hacer nada. Tengo miedo por la señorita Justineau.

—Pues entonces quizá podrías hacerme un favorcillo.

Señala la masa grisácea.

—No creo que tengamos muchas probabilidades de atravesar eso. Ignoro si puede infectarnos, pero estoy convencido de que podría asfixiarnos si la respiramos el tiempo suficiente.

—¿Y? —pregunta Melanie.

—Pues que me gustaría saber si hay algún modo de rodearla. A lo mejor podrías ir a echar un vistazo cuando hayamos encontrado un escondrijo. Mañana podría ser muy importante que sepamos a dónde vamos.

—Lo haré —dice Melanie.

A Justineau no le agrada la idea, pero sabe que tienen razón. Melanie puede sobrevivir ahí fuera en la oscuridad. Parks y ella no, desde luego.

—¿Segura? —le pregunta.

Melanie lo está.

De hecho, está deseando hacerlo, porque está inquieta y triste con todo lo que ha pasado. Kieran ha muerto. Ha muerto porque su historia, su mentira, le provocó tal miedo que decidió huir. Y después la doctora Caldwell se llevó el vehículo y dejó a la señorita Justineau sin un sitio seguro para dormir. Y luego encontraron el pequeño cadáver, el cadáver de un niño mucho más pequeño que ella, con la cabeza cortada.

Piensa que tal vez sea la doctora Caldwell quien le ha cortado la cabeza, porque es la clase de cosas que suele hacer. Por debajo de la infelicidad encuentra una rabia pura y blanca. Hay que conseguir que la doctora Caldwell deje de hacer esas cosas. Alguien tiene que darle una lección.

Los niños salvajes son como ella, solo que nunca han tenido la oportunidad de dar clase con la señorita Justineau. Nadie les ha enseñado a pensar por sí mismos. Ni a portarse como personas. Pero han aprendido a ser una familia. Y entonces llega la doctora Caldwell y los mata como si fuesen animales. Y puede que empezaran ellos, pero es que no saben hacer otra cosa y la doctora Caldwell sí.

Esto le inspira una rabia tan intensa que es casi como la sensación del hambre. Y descubrir que puede sentirla le da miedo.

Así que no le importa nada ir a explorar la materia grisácea. Cree que será mucho mejor hacer algo que quedarse quieta.

El sargento Parks y la señorita Justineau encuentran un desván en una de las casas de un edificio victoriano de tres pisos que hay a tres manzanas de donde paró *Rosie*. Se accede a él por una escalera metálica, pero cuando el sargento Parks y la señorita Justineau han subido, Melanie la agarra de la parte inferior mientras los dos adultos la cogen por arriba y entre los tres logran arrancarla de los soportes de metal que la sujetan. Melanie impide que caiga y la baja con cuidado para que no haga demasiado ruido.

—Luego nos vemos —susurra desde abajo.

Coge el *walkie-talkie* del cinturón y lo levanta para que vean que no se ha olvidado de él. Podrá hablar con ellos aunque se aleje.

La señorita Justineau le susurra una respuesta. Adiós, o buena suerte, o algo así. Melanie corre ya en paralelo a las escaleras, sin que sus pies descalzos hagan el menor ruido al pisar la alfombra descompuesta y cubierta de moho.

Escoge un punto inicial al azar y desde allí continúa en paralelo al borde de la masa gris. Al principio camina, pero siente que la embarga una sensación de inquietud e urgencia, así que al cabo de un rato comienza a trotar y luego a correr. Avanza durante mucho rato, y solo se desvía cuando no le queda más remedio, aunque luego vuelve a buscar el muro en cuanto puede.

No parece tener fin. Su superficie exterior no es totalmente lisa: tiene numerosos desniveles, salientes en las calles más angostas y pequeñas depresiones en las zonas más abiertas, que ofrecen menos espacios a los que adherirse. Pero no hay ni rastro de

interrupciones y Melanie no alcanza a vislumbrar en ninguna parte lo que hay al otro lado de la barrera.

Cuando lleva corriendo más de una hora, se detiene. No para descansar —podría seguir aún un buen rato sin sentir la menor incomodidad—, sino para comprobar cómo les va a la señorita Justineau y al sargento Parks.

Pulsa el interruptor del *walkie-talkie* y saluda. Durante mucho rato le responde solo la estática, pero entonces suena la voz del sargento Parks:

—¿Cómo vas?

—He ido hacia el este —le dice Melanie—. Bastante. La muralla sigue y sigue.

—¿Has ido andando todo el tiempo?

—Corriendo.

—¿Dónde estás? ¿Puedes ver el nombre de alguna calle?

No puede, pero sigue caminando hasta llegar a otra intersección.

—Northchurch Road —dice—. Barrio de Hackney, Londres.

Oye que Parks suspira.

—¿Y aún sigue?

—Y mucho. Hasta donde llega la vista. Y la mía llega muy lejos, incluso en la oscuridad.

No lo dice para jactarse, sino porque es algo que necesita saber el sargento Parks.

—Vale. Gracias, niña. Vuelve ya. Si puedes echar otro vistazo hacia el oeste, te lo agradecería. Pero solo si te ves con fuerzas. Si te sientes cansada, vuelve aquí.

—Estoy bien —dice Melanie—. Cambio y corto.

Vuelve sobre sus pasos y repite la operación en sentido contrario, pero el resultado es exactamente el mismo. Para rodear la muralla van a tener que avanzar mucho en dirección este u oeste y no está claro cuándo podrán seguir hacia el sur.

Finalmente, Melanie se planta frente a la muralla, a pocos kilómetros del lugar donde primero toparon con ella. En este punto es tan gruesa como en cualquier otro, pero el ángulo de su caída es distinto. Hay un largo afloramiento de la masa grisácea que se extiende hasta muy lejos, justo encima de su cabeza, y al otro lado puede ver la brillante luna. Su resplandor severo y blanco es como una promesa, un estímulo. Si atraviesa la muralla, tal vez consiga llegar al otro lado antes de quedarse sin luz.

La señorita Justineau dijo que era peligroso, pero Melanie no ve por qué y no tiene miedo de hacerlo. Da un paso adelante, y luego otro. Primero, las hebras grisáceas le llegan a la altura de los tobillos y luego a la altura de las rodillas, pero siguen sin ofrecer la menor resistencia. Simplemente le provocan un ligero cosquilleo al avanzar, mientras se separan con un suspiro tan leve que prácticamente no es un sonido.

La luna sigue a Melanie como un foco móvil que va desvelando todo bajo su mirada. Rápidamente, la masa de hebras grisáceas se va haciendo más y más densa. Los objetos junto a los que pasa —cubos de basura, coches aparcados, buzones de correos, verjas y puertas— están recubiertos por infinitas capas, que los transforman

en recreaciones de sí mismos en granito.

Al cabo de seis o siete metros, se encuentra con los primeros cadáveres. Asombrada, va reduciendo el paso hasta detenerse. Los hambrientos han caído en plena calle o en la base de los muros, como los cuerpos que vieron al poco de entrar en Londres. Pero ¡aquí son muchísimos más! De sus torsos abiertos y sus cabezas reventadas han brotado tallos grisáceos de unos quince centímetros de diámetro, como troncos de árboles. Crecen rectos hasta alcanzar alturas increíbles y las hebras brotan de ellos en todos los ángulos, en incesante proliferación. Algunos de ellos se unen a los que tienen cerca y forman una tupida red que es como un millón de telarañas entrelazadas. Otros se entretejen alrededor de lo que encuentran en su trayectoria, o, si no hay nada, descienden delicadamente hasta el suelo. Allí donde las hebras tocan el suelo aparece otro tronco, pero estos son mucho más finos y cortos que los que salen de los cuerpos de los hambrientos.

Melanie se aproxima. No puede evitarlo. Los patéticos cascarones que hay en la base de cada árbol-hongo no la asustan. No queda nada de humanidad en ellos, nada que le recuerde que un día estuvieron vivos. Ahora son como la ropa que alguien hubiera dejado en el suelo después de desvestirse.

Cuando está más cerca puede ver los frutos grisáceos que cuelgan de estos árboles fantasmales. Alarga el brazo y toca uno de los esféricos brotes, que está ligeramente por encima de su cabeza. Tiene una superficie fría y coriácea, que se hunde ligerísimamente bajo el contacto de sus dedos. Una vez que retira la mano, recupera poco a poco la forma. La superficie de la esfera es elástica, parece. Melanie cuenta hasta diez y al llegar al final tiene exactamente el mismo aspecto que antes.

Sigue avanzando a través de la grisácea desolación. No parece haber otro lado, simplemente sigue y sigue. Y es cada vez más densa. Al cabo de un rato apenas queda espacio suficiente entre los troncos para que su flaco cuerpo se deslice de lado, y la luz de la luna se cuela como agua sucia a través de una celosía de hebras tan densamente entrelazadas que es casi como una masa sólida.

Su hombro tropieza con una de las esferas grisáceas, que cae al suelo con un *plop* quedo. Se inclina para recogerla. Hay un anillo de tejido ampollado en la zona donde se unía al tronco, pero el resto de su superficie sigue suave e intacta. La estruja en la mano y, al igual que antes, no tarda en recuperar la forma que tenía.

Si sigue avanzando tropezará con uno de los troncos. Toca uno de ellos y lo encuentra desagradablemente pegajoso. Retrocede un poco. Creía que serían suaves y secos, como los frutos, lo que, en su opinión, resulta mucho menos repulsivo.

Algo se mueve a su izquierda y al verlo da un brinco. Creía estar sola en este mundo crepuscular. Una extraña figura avanza dando tumbos hacia ella, perfilada bajo la apagada luz de la luna. De cuello para abajo parece un ser humano, pero no tiene hombros ni cabeza. La parte superior de su cuerpo es un tumor informe.

Se aparta de la criatura, asustada sobre todo por su peculiaridad. Pero no la está atacando. Ni siquiera parece consciente de su presencia.

Cuando pasa a su lado reconoce lo que es. Se trata de un hambriento cuyo torso ha empezado a abrirse. En su pecho afloran los primeros treinta centímetros de tronco, rodeado en su base por los fragmentos astillados de varias costillas. Una profusión de hebras nacidas de este oculta lo que queda de su cabeza, que se inclina hacia un lado en un ángulo forzado por su crecimiento inexorable.

La aparición sobresalta a Melanie, que siente una mezcla de alivio —porque el terror a lo desconocido es mayor que cualquier terror inteligible— y repugnancia ante aquella inaudita violación de la carne humana.

El hambriento pasa arrastrando los pies a su lado, con un zigzagüe dictado por los troncos con los que tropieza. Es casi más ridículo que espantoso. Melanie supone que no tardará en desplomarse, y entonces el tronco quedará de lado y tendrá que encontrar el modo de enderezarse.

El bosque entero ha crecido a partir de los destrozados restos de los muertos. Aquí es donde acaban los hambrientos, tras su fiel servicio a la infección que los transformó en lo que son.

Melanie ve su futuro y lo acepta. Pero aún no está lista para morir, con tantas cosas importantes por hacer.

Se vuelve y regresa por donde ha venido, atravesando el túnel abierto por su paso a través de los infinitos filamentos grises.

La doctora Caldwell trabaja toda la noche, febrilmente atareada. La fiebre es literal: alcanza ya los treinta y nueve grados.

La extracción del cerebro del hambriento es mucho más laboriosa sin la ayuda de la doctora Selkirk y, dado el estado de sus manos, es virtualmente imposible completarla sin dañarlo. Hace lo que puede y lo va sacando por piezas de entre dos y tres centímetros hasta que finalmente reúne el valor necesario y corta el tronco cerebral.

Cuando finalmente lo extrae, sale limpiamente a pesar del temblor de sus manos.

Enciende el microtomo y comienza a cortar las finas secciones transversales que le permitirán examinar la mayoría de las estructuras principales. Prepara los portaobjetos, asombrada por la perfección con la que el instrumento hace su trabajo. Los cortes son exquisitos, sin manchas ni daños por aplastamiento a pesar de su etérea delgadez.

Caldwell las etiqueta y luego las va examinando una a una: un *tour* virtual por el cerebro de un hambriento que comienza en su base y va avanzando hacia arriba y hacia delante.

Encuentra lo que esperaba. La hipótesis nula salta en mil pedazos. Comprende lo que son los niños, de dónde vienen, su pasado y su futuro, la naturaleza de su inmunidad parcial y la medida (casi un ciento por ciento) en que su trabajo de los siete últimos años ha sido una pérdida de tiempo.

Experimenta un momento de dicha absoluta. Si hubiera muerto ayer lo habría hecho ciega. El descubrimiento hace que todo merezca la pena, aunque sea tan desolador y absoluto.

Un ruido cercano dinamita sus pensamientos y la devuelve a la tierra al instante. Es un sonido inocuo —apenas un conjunto de chasquidos y susurros—, pero ¡procede de dentro de *Rosie*!

La doctora Caldwell no es muy dada a dejar volar la imaginación. Sabe que las puertas de *Rosie* están selladas y que cualquier cosa lo bastante potente como para abrirlas actuaría de manera ruidosa y lenta, y la habría alertado de su presencia mucho antes. Pero a pesar de todo tiembla un poco mientras avanza en pos del sonido a través de los aposentos, en dirección a la cabina.

Una sección de la consola se ha iluminado, a mano derecha, y de allí es de donde viene el ruido. De la radio. Toma asiento y se inclina para escuchar.

Pero apenas se oye nada. Estática, más que nada, chirridos, siseos y bruscos estallidos de sonido, como el caos sonoro de las antiguas radios sin hilos entre emisión y emisión. Pero en medio de esta ciénaga acústica emergen algunas palabras inteligibles:

—... días de Beacon... visto vuestra... identificar...

La voz, retorcida por el eco y la distorsión, suena hueca, inhumana.

El haz de una linterna eléctrica se mueve rápidamente sobre el escudo delantero de la cabina y luego vuelve a desaparecer. No llega ningún sonido desde el exterior, pero Caldwell ve un movimiento. Apenas una sombra, proyectada un instante por el haz de la linterna. Una figura se desplaza rápidamente por el flanco izquierdo de *Rosie*.

—... destrozado... creo que haya ninguna posibilidad...

Caldwell se dirige rápidamente a la compuerta central. A medio camino se da cuenta de que podría haber salido por la cabina. Para y se vuelve. Pero conoce mejor el mecanismo de la central. Los sonidos de la radio se van diluyendo hasta apagarse. Con un grito de alarma, Caldwell regresa corriendo a la consola y responde en el mismo canal por el que llegó la voz.

—¿Hola? —exclama—. ¿Quién es? Soy Caroline Caldwell, de la base Hotel Echo, región 6. ¿Quién es?

Solo estática.

Prueba los demás canales, uno a uno, sin obtener respuesta.

Corre de nuevo hacia la sección central. Pero al llegar allí la invade la indecisión. Lleva un día sin ponerse el inhibidor y puede oler su propio sudor. Si abre la puerta podría atraer a los hambrientos hasta ella y sus posibles salvadores.

El armario que hay junto a la esclusa contiene seis trajes de seguridad contra amenazas biológicas. Caldwell aprendió a utilizarlos cuando aún figuraba en la lista de la expedición y aunque tarda diez minutos en ponérselo, está bastante segura de que lo ha hecho correctamente. Su olor queda completamente enmascarado y su calor corporal contenido, al menos de momento.

Al abrir la puerta no ve que nada se mueva en el exterior.

—¿Hola? —dice.

Sale a la calle. No hay nadie. Pero la luz se encuentra a popa de *Rosie* y sigue moviéndose, a derecha e izquierda.

—¿Hola? —repite Caldwell.

Puede que el casco amortigüe su voz. Avanza temblorosa por el flanco del vehículo. Siente un hormigueo en la nuca. Dobla la esquina de popa. La luz enfoca en sus ojos un instante.

—Me llamo Caroline Caldwell —le dice a quienquiera que haya detrás—. Soy miembro del equipo científico de la base Hotel Echo, región 6. Estoy aquí...

La luz se aparta de ella y Caldwell se queda sin palabras. Nadie sostiene la linterna. La han sujetado con una cincha a una barra metálica de la parte trasera de *Rosie*. Es el viento quien la mueve, no las manos de una persona.

La furia que le inspira este truco infantil cede ante el terror puro que la embarga al comprender lo que pasa. Es una emboscada. Y como nadie la está atacando, el objetivo debe de ser *Rosie*. Da media vuelta y echa a correr por donde había venido, tratando de ganar la sección central del vehículo antes de que una banda de chatarreros o el sargento Parks salgan de su escondrijo (aunque, ¿dónde han podido

esconderse?) y se le adelanten.

Nada se mueve. Entra, cierra rápidamente la compuerta y activa la cerradura y los mecanismos de seguridad. Y luego, por si acaso, hace lo mismo con la esclusa. Y después cierra el mamparo que separa el puesto de armamento.

Finalmente deja de temblar. No se oye nada y no hay ni rastro de nadie. Está a salvo. Quienquiera que estuviese fuera se ha marchado dejando allí la linterna. Puede que sí fuese un equipo de rescate procedente de Beacon. Puede que los hayan devorado. Caldwell no tiene ni la menor idea, pero no volverá a salir de *Rosie* pase lo que pase. Aunque vuelva a oír el canto de sirena de una voz en la radio, o aparezcan seres humanos y les vea la cara, o llegue una banda de música y un desfile. Abre los sellos de contención del traje de seguridad mientras se dirige al laboratorio.

Melanie está sentada en su silla, delante del microscopio, leyendo sus notas. Levanta la mirada.

—Hola, doctora Caldwell —dice educadamente.

Caldwell se ha parado en seco en el umbral. Lo primero que piensa es «¿Estará sola o habrán entrado los demás con ella?». Lo segundo, «¿Qué puedo usar como arma?». La botella de gas fosgeno sigue en la cámara de alimentación de la esclusa. Y como aún lleva el traje de seguridad, estaría a salvo de sus efectos. Si pudiera llegar hasta él...

—Si se mueve —dice Melanie con el mismo tono medido y cortés— la detendré. Y también si intenta coger un arma, o cualquier cosa afilada, o intenta escapar o encerrarme de nuevo en la jaula. O si hace cualquier otra cosa que me parezca amenazante.

—¿Eras... eras tú? —pregunta Caldwell—. ¿La de la radio?

Melanie señala con un cabeceo el *walkie-talkie*, que descansa a su lado, sobre la superficie de trabajo.

—Probé en todos los canales. Ha tardado bastante en responder.

—¿Y luego... luego...?

—Me escondí debajo de la puerta. Pasó usted sobre mí. Entré en cuanto se alejó.

Caldwell se quita el casco y, con mucha delicadeza, lo deja sobre una de las superficies de trabajo. A pocos pasos de distancia se encuentra la achaparrada mole del torno del microtomo, una guillotina de exquisito diseño. Si pudiera engañar a Melanie para que se acerque a ella y la empujase sobre la zona de corte, todo terminaría en un mero instante.

Melanie frunce el ceño y sacude la cabeza, como si fuese consciente de sus intenciones.

—No quiero morderla, doctora Caldwell, pero tengo esto.

Levanta un escalpelo, uno de los que ha usado Caldwell en la disección del espécimen de hambriento y aún no había tenido tiempo de desinfectar.

—¿Sabe a qué velocidad puedo moverme?

Caldwell piensa un instante.

—Eres una buena chica, Melanie —afirma—. En realidad, no creo que me hicieras daño.

—Me ató usted a una mesa para poder cortarme en pedazos —le recuerda Melanie—. Y cortó en pedazos a Marcia y a Liam. Lo más probable es que lo haya hecho también con montones de niños. La única razón que tenía para no hacerle nada es que seguramente a la señorita Justineau y al sargento Parks no les hubiera gustado. Pero ahora no están aquí. Y aunque estuvieran, tampoco creo que les importase mucho.

Caldwell se siente inclinada a estar de acuerdo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta.

El comportamiento agitado de Melanie evidencia que quiere algo, que tiene algo en la cabeza.

—La verdad —responde la niña.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre mí y sobre los demás niños. Y sobre las razones de que seamos diferentes.

—¿Puedo quitarme el traje? —contemporiza Caldwell.

Melanie le da permiso con un gesto de la cabeza.

—Tengo que hacerlo en la esclusa —dice Caldwell.

—Entonces déjese puesto —responde Melanie.

Caldwell abandona la idea de liberar el fosgeno. Toma asiento en una de las sillas de laboratorio. En cuanto lo hace se da cuenta de lo agotada que está. Si ha podido aguantar tanto tiempo ha sido solo a base de fuerza de voluntad y obsesión pura. Pero está al borde del colapso, demasiado débil para enfrentarse a la niña monstruo y sus bravatas. Tiene que recobrar fuerzas y esperar al momento adecuado.

Espera que Melanie la interrogue, pero la niña sigue leyendo las notas, sus observaciones sobre dos muestras de tejido cerebral y el esporangio. Parece especialmente fascinada por estas últimas, que descansan sobre los diagramas etiquetados.

—¿Qué es un desencadenante ambiental? —le pregunta.

—Cualquier factor externo al órgano productor de esporas que provoque o facilite el comienzo de la producción —responde Caldwell con frialdad.

Es el mismo tono que utiliza para poner en su sitio al sargento Parks, pero a Melanie no parece importarle.

—¿Cualquier factor externo? —repite—. ¿Cualquier elemento de fuera de la vaina que deje salir las semillas de esta?

—Eso es —dice Caldwell a regañadientes.

—Como en la jungla amazónica.

—¿Perdón?

—En la jungla amazónica hay árboles que solo sueltan sus semillas después de un incendio. Es lo mismo que pasa con las secuoyas y el pino gris.

—¿Ah, sí?

El tono de Caldwell es despectivo. Pero lo cierto es que es un ejemplo perfecto.

—Sí.

Melanie deja las notas. Ha examinado cada página una sola vez y ha parado al volver a la primera.

—Me lo dijo la señorita Mailer, en la base.

Le aguanta la mirada a Caldwell con esos ojos suyos de intenso color azul que no parpadean.

—¿Por qué soy diferente? —pregunta.

—Especifica mejor la pregunta —murmura Caldwell.

—La mayoría de los hambrientos parecen animales, más que personas. No pueden pensar ni hablar. Yo sí. ¿Por qué hay dos clases de hambrientos?

—Por las estructuras cerebrales —dice Caldwell.

Pero está en conflicto consigo misma. Una parte de ella quiere guardar el secreto, no ofrecer nada más que lo que se le pida, obligar a Melanie a bucear profundamente para sacar cada perla. La otra se muere de ganas de contarlo. Caldwell anhela un público de genios, sabios vivos y muertos. Y tiene una niña que no es ninguna de las dos cosas, o que es ambas. Pero el mundo se está viniendo abajo y hay que jugar con las cartas que se tienen en la mano.

—Los hambrientos —dice—, tú incluida, están infectados por un hongo llamado *Ophiocordyceps*.

Asume que Melanie no tiene ningún conocimiento previo, porque no hay forma de saber lo que ha podido entender, o dejar de entender, al leer las notas. Así que comienza por describir la familia de los parásitos a los que pertenece, unos organismos que engañan al sistema nervioso de su huésped con neurotransmisores falsificados para hacerse con el control de su cerebro y obligarle a hacer lo que necesitan.

Melanie pregunta poco, pero cuando lo hace es con tino. Es una niña lista. Por supuesto.

—Pero ¿por qué soy diferente? —insiste—. ¿Qué tenían de especial los niños de la base?

—Ya llego a eso —dice Caldwell con irritación—. Nunca has estudiado biología ni química orgánica. Es difícil explicar todo esto en palabras que puedas entender.

—Explíquelo en palabras que pueda entender usted —sugiere Melanie en un tono muy similar—. Si no la comprendo, le pediré que lo repita.

Así que Caldwell imparte una conferencia. No a Elizabeth Blackburn, Günter Blobel o Carol Greider, sino a una niña de diez años. Lo que resulta humillante, en cierto modo. Pero solo en cierto modo. Sigue siendo Caldwell la que ha hecho todas las conexiones y descubierto lo que había que descubrir. La que se ha adentrado en la jungla y ha sacado con vida al patógeno hambriento. El *Ophiocordyceps Caldwellia*. Así es como se llamará, de ahora en adelante.

Mientras el cielo palidece en el exterior, sigue hablando y hablando. Melanie la interrumpe de vez en cuando para formular alguna pregunta pertinente, que evidencia su atención. Es un público receptivo, aunque no haya ganado un premio Nobel.

Con los recién infectados, explica Caldwell, el *Ophiocordyceps* es completamente inmisericorde. Echa la puerta abajo, irrumpe, devora y controla. Y finalmente convierte lo que queda del anfitrión en una bolsa de mantillo sobre el que crece el órgano que da los frutos.

—Pero estábamos equivocados con respecto a la velocidad a la que resulta destruido el sustrato humano. El hongo ataca las distintas áreas del cerebro con diferente rapidez y violencia. Anula las funciones superiores del pensamiento. Potencia el hambre y sus desencadenantes. Pero habíamos asumido que todos los demás impulsos, todos los comportamientos que no sirven a los planes del parásito, resultaban anulados a la vez.

»Cuando vi a esa mujer en la calle, en Stevenage, y al hombre de la clínica, me di cuenta de que no era así. Los dos seguían conservando vínculos, aunque fuesen frágiles, con sus antiguas vidas. Y realizaban acciones que carecían totalmente de sentido desde el punto de vista del parásito, como empujar un carrito, cantar o mirar fotografías viejas.

Caldwell mira a Melanie. Tiene la boca desagradablemente seca, a pesar de los chorros de sudor que le caen por el rostro.

—¿Puedo tomar un vaso de agua? —pregunta.

—Cuando termine —le promete Melanie—. Aún no.

Caldwell acepta el veredicto. No hay nada en el rostro de Melanie que induzca a pensar que hay margen para una negociación.

—Bueno —dice con voz ligeramente temblorosa—, eso me hizo pensar. En ti y en los demás niños. Puede que hubiera pasado por alto la explicación más obvia para vuestras diferencias.

—Continúe —dice Melanie.

Su voz es firme, pero sus ojos delatan el miedo y la excitación que siente. A Caldwell, en ausencia del control físico que antes ejercía sobre ella, le satisface un poco conservar al menos este modesto grado de poder.

—Me di cuenta de que tal vez hubierais nacido con la infección. Que tal vez vuestros padres estuviesen infectados cuando os concibieron. Pensábamos que era imposible, que los hambrientos carecían de impulso sexual. Pero al constatar que habían sobrevivido otros impulsos y emociones humanos, como el sentimiento maternal o la soledad, me di cuenta de que podía ser.

»Con esta idea en la cabeza, volví a examinar las pruebas citológicas. Tuve la suerte de obtener una muestra nueva de tejido cerebral...

—De un niño —dice Melanie—. Le mató y le cortó la cabeza.

—Sí, así es. Y descubrí que su cerebro era muy distinto al de un hambriento normal. Con el equipo que tenía en la base, lo máximo que podía hacer era verificar y

cartografiar la presencia del hongo. Con esto... —Señala con un gesto de la cabeza el microtomo, la centrifugadora y el microscopio electrónico— he podido analizar neuronas individuales y examinar su interacción con las células fúngicas. Este niño y el hombre de la clínica eran tan diferentes que prácticamente no tiene sentido compararlos. El hongo destroza por completo el cerebro de los hambrientos de primera generación. Lo atraviesa como una locomotora. Los compuestos químicos que segrega, los brutales desencadenantes que activan y desactivan conductas determinadas, causan terribles daños al acumularse. Y aparte, el hongo va extrayendo nutrientes del tejido cerebral. El cerebro se seca progresivamente hasta quedar totalmente vacío.

»En la segunda generación, o sea, en ti, el hongo se distribuye de manera homogénea por todo el cerebro. Se entrelaza de manera inextricable con las dendritas de sus neuronas. En algunos sitios llega a reemplazarlas. Pero no se alimenta del cerebro. Solo lo hace cuando el anfitrión come. Deja de ser un parásito para convertirse en un auténtico organismo simbiótico.

—La señorita Justineau me dijo que mi madre había muerto —objeta Melanie.

Es casi una protesta, como si una mentira de Helen Justineau fuese algo sin cabida en el mundo.

—Es lo que creíamos —dice Caldwell—. Que vuestros padres eran chatarreros u otros supervivientes que no habían llegado a Beacon y que se habían infectado al mismo tiempo que vosotros. Jamás pensamos que los hambrientos pudieran copular. Y mucho menos dar a luz, en medio de la devastación, y que los niños, de alguna manera, lograran sobrevivir. Debéis de ser mucho más resistentes y autosuficientes que los bebés humanos. Puede que os alimentarais de la carne de vuestra madre hasta alcanzar la fuerza suficiente para...

—No —replica Melanie bruscamente—. No hable así.

Pero hablar es lo único que le queda a Caldwell y no puede dejar de hacerlo. Habla sobre sus observaciones, sobre su teoría, sobre su éxito (al desentrañar el ciclo vital del patógeno) y su fracaso (la inexistencia de remedio, vacuna o cura concebibles). Le explica a Melanie dónde encontrar los portaobjetos y el resto de sus notas, y a quién deben entregárselas cuando lleguen a Beacon.

Cuando empieza a tener dificultades para hablar, Melanie se acerca y se sienta a sus pies. Aún lleva el escalpelo en las manos, pero no intenta intimidarla ni la amenaza. Se limita a escuchar. Y Caldwell se siente llena de gratitud, porque sabe lo que significa el torrente de letargo que está propagándose por todo su cuerpo.

La septicemia está entrando en su fase final. No vivirá para poner por escrito sus descubrimientos, para asombrar a las mentes científicas que quedan en la condenada retaguardia de la humanidad con el espectáculo de su lucidez y la estupidez de ellos. Solo tiene a Melanie. Melanie es el mensajero enviado por la Providencia en sus últimos instantes para llevar sus trofeos a casa.

Es una mala noche.

La habitación no contiene otra cosa que una mesa y una cisterna de metal que en su día perteneció al sistema de calefacción central de la casa. Cada movimiento provoca un estrepitoso crujido de los tablones de madera, así que Justineau y el sargento Parks permanecen sentados e inmóviles la mayor parte del tiempo.

Los primeros invitados llegan aproximadamente una hora después de que Melanie arranque la escalera. Pocos minutos después de que los llame por el *walkie-talkie* desde el yermo de Hackney. Justineau comienza a oír a unos hambrientos que merodean por la habitación de abajo, moviéndose sin descanso de acá para allá. La fuente del olor, el gradiente químico que los ha atraído, está sobre ellos, pero no pueden alcanzarla. Lo único que pueden hacer es correr de un lado a otro, impulsados por bocanadas de aire, cambios aleatorios de la intensidad de los desencadenantes químicos.

Justineau confía en que se vayan, o al menos dejen de moverse, pero esto no es como Stevenage. En Wainwright House eran los ruidos y el movimiento los que atraían a los hambrientos. Cuando cesaron, también ellos dejaron de moverse, a la espera de que el hongo de sus cerebros les diese nuevas órdenes. Aquí las órdenes llegan constantemente y los mantienen en un movimiento perpetuo e incansable.

Al principio, Parks abre la trampilla cada cierto tiempo para mirar. En la oscuridad, el haz de su linterna ilumina unos rostros flácidos y grisáceos que miran hacia arriba con los ojos lechosos abiertos de par en par y las fosas nasales dilatadas como bocas de túneles. Pero la imagen no cambia nunca y al cabo de un rato deja de hacerlo.

Más o menos una hora después, empiezan a oír unos golpes al otro lado de las paredes, procedentes de las habitaciones contiguas. Más hambrientos, que han seguido su olor o su rastro de calor con tanta diligencia como los primeros, pero, traicionados por la geografía local, han terminado en la escalera equivocada o han doblado el recodo que no era.

Están en el centro de un gran volumen, lleno de criaturas que desean devorarlos.

«No —se corrige Justineau—. En el centro no. No hay nada en el tejado. Al menos aún».

Encuentra un tragaluz y se sube a la mesa para asomarse a él. La luna del cazador ilumina una ancha alfombra de calles que se alejan hacia el río, en dirección sur. La espuma fúngica las llena a rebosar hasta donde alcanza la vista. Londres es un área prohibida, una zona de exclusión para los seres vivos. Únicamente los hambrientos pueden medrar en ella. Solo Dios sabe cuánto tendrían que alejarse en dirección este u oeste para poder rodearla.

Bueno, solamente Dios y puede que Melanie. Intentan hablar con ella por el *walkie-talkie*, pero no hay respuesta y no encuentran ni rastro de su señal. Parks cree

posible que haya cambiado de frecuencia, aunque no se le ocurre ninguna razón que lo explique.

—Debería intentar dormir —dice a Justineau.

Se ha sentado en un rincón de la habitación y está limpiando el arma bajo la linterna. La luz recae sobre la parte baja de su barbilla, sobre sus cavidades oculares y, lo que resulta más inquietante aún, sobre los surcos diagonales de su cicatriz.

—¿Como usted? —pregunta Justineau lacónicamente.

Pero baja. Está cansada de contemplar los infinitos escarpes de color gris.

Se sienta junto a él. Al cabo de un momento le toca en el brazo, cerca de la muñeca. Entonces, embargada por una leve sensación de irrealidad, le coge la mano.

—No he sido justa con usted —le dice.

Parks se ríe en voz alta.

—No es exactamente justicia lo que yo andaba buscando.

—Aun así. Nos ha traído hasta aquí, contra todo pronóstico, y durante la mayor parte del camino lo he tratado como si fuese el enemigo. Lo lamento.

Parks le coge la mano y la levanta hasta la altura de su cabeza. Ella cree que va a besársela, pero lo que hace es darle vueltas mientras la ilumina con la linterna.

—No importa —dice él—. De hecho, creo que es mejor así. Nunca podría respetar a una mujer tan poco selectiva como para acostarse conmigo.

—No tiene gracia, Parks.

—No. Supongo que no. Y, por cierto, puedes llamarme Eddie, si quieres.

—¿Seguro? Eso sería como confraternizar con el enemigo...

Esta vez es ella la que intenta provocar su risa y se siente complacida al conseguirlo.

¿Desea esto? Ni siquiera lo sabe. Está claro que desea algo. No le ha cogido la mano a Parks por una abstracta necesidad de contacto humano. Lo ha hecho para comprobar lo que le inspiraba ese contacto, si es que le inspiraba algo. Pero sus efectos son inequívocos.

La cicatriz no la molesta. Si acaso, saca la cara de Parks de la categoría de las cosas simétricas y ordenadas que engloba las caras de todos los demás. Su rostro es como unos dados lanzados. De una manera instintiva, le gusta esta arbitrariedad. Es algo hacia lo que se siente atraída.

Lo que no le gusta es la crueldad que hay en el pasado de él, y en el suyo también, sobre los que tendrá que reptar para llegar a su lado. Le gustaría no haberle dicho nunca que era una asesina. Le gustaría ser prístina en su mente, para que al tocarlo pudiera sentir que está dando a luz a una nueva versión de sí misma.

Pero si se puede renacer no es así.

Suelta la mano de Parks y luego, sosteniendo su cabeza entre las suyas, le da un beso en los labios.

Al cabo de un momento él apaga la linterna. Justineau comprende por qué y no dice nada.

En algún momento de la noche el ruido procedente de abajo cambia.

Hasta entonces ha sido aleatorio: los resbalones y golpes de hambrientos que corren de acá para allá y chocan constantemente unos con otros en una cascada browniana. Lo que oye ahora tiene un ritmo inequívoco, una persistencia. Y hay gruñidos, cloqueos y silbidos entremezclados con los ruidos del esfuerzo y los impactos. Los hambrientos no vocalizan.

Parks se zafa del pesado y soñoliento abrazo de Justineau y repta hasta la trampilla. La levanta, apunta con la linterna hacia abajo y la enciende.

El haz de luz enmarca un rostro de pesadilla. Es como si se abalanzase sobre Parks saliendo de la oscuridad. De ojos oscuros y piel clara, moteado de puntos y brochazos de color. Su ancha boca, abierta de par en par, exhibe unos dientes finos y puntiagudos como los de una piraña.

Pero entonces salta de verdad, reaccionando a la luz con una rabia instantánea y homicida. Algo borroso corta el aire con un silbido justo debajo del rostro de Parks, algo que brilla a la luz de la linterna y choca contra la boca de la trampilla con un resonante tintineo.

Parks se echa hacia atrás, pero no se aparta del todo, así que puede ver lo que está pasando detrás de su atacante. Varios pequeños, tanto niños como niñas, revolotean como un enjambre entre los hambrientos y los derriban antes de eliminarlos con un arsenal tan variado como ecléctico.

Pero no han venido por eso. Solo están despejando el terreno. No están ahí por accidente. Es el desván, y lo que contiene, lo que buscan. Los ojos oscuros se levantan una vez tras otra e intercambian miradas con Parks.

Este vuelve a cerrar la trampilla. Justineau está desperezándose, pero aun así la ayuda a levantarse deprisa.

—Tenemos que irnos —dice—. Ahora mismo. Vístase.

—¿Por qué? —inquiere Justineau—. ¿Qué...?

No termina la frase porque ha oído los sonidos procedentes de abajo. Puede que haya deducido lo que significan. En cualquier caso sabe que suponen problemas y no es tan estúpida como para pedir una explicación que podría requerir el tiempo necesario para escapar.

La trampilla no tiene cerradura, pero Parks logra volcar la cisterna de metal sobre ella. A duras penas llega a tiempo: la trampilla ha empezado a abrirse cuando el tanque se desploma sobre ella. Un chillido procedente de abajo revela que a quienquiera que hubiera trepado hasta allí no le agrada que lo arrojen violentamente contra el suelo.

Al cabo de unos segundos la trampilla comienza a estremecerse y a dar sacudidas, empujada por los niños. Parks no comprende cómo pueden llegar hasta ella. ¿Subidos unos encima de otros o sobre los cuerpos amontonados de los hambrientos a los que

acaban de matar? Tampoco importa. Son demasiado fuertes y están demasiado decididos para que la cisterna los contenga durante mucho tiempo.

Se sube a la mesa y asoma la cabeza por la ventana, que Justineau ha dejado abierta. No hay nadie en el tejado. Mete los hombros y se encarama a las tejas. Justineau lo sigue sin perder un instante y aunque le ofrece una mano para ayudarla, no la necesita.

Las curvadas tejas no están húmedas pero resbalan como si lo estuvieran. Trepan hasta la divisoria de aguas con las piernas separadas como ranas y el cuerpo pegado a la traicionera superficie.

Al llegar arriba es más fácil. Hay una hilera de ladrillos que conforma una estrecha pasarela, lo que les permite erguirse y avanzar como si fuesen trapeceistas borrachos, usando los parapetos de las chimeneas y las tuberías de los conductos de calefacción para sujetarse.

La intención de Parks es llegar al final de la fila de adosados y buscar otra terraza por la que entrar. Pero cuando todavía no están ni siquiera a medio camino, el ruido de unas zancadas y unos chillidos procedentes de atrás revelan que ya no están solos. Se vuelve. Unas figuras menudas y flexibles, claramente perfiladas a la luz de la luna, salen en tropel al tejado por la misma ventana que ellos. En lugar de subir hacia la divisoria, avanzan en diagonal hacia Parks y Justineau, como cangrejos, utilizando la ruta más corta.

Parks no saca el arma hasta llegar a la siguiente chimenea. Dispara dos veces contra el niño más cercano. El primer disparo es un impacto directo. El niño sale despedido hacia atrás, cae dando vueltas por el tejado y se precipita hacia el suelo sin poder evitarlo. El segundo disparo no da en su objetivo, pero los niños se dispersan, presas del pánico, y uno de ellos resbala y cae.

El resto se retira con rapidez. Aunque no la suficiente. Parks tiene tiempo de sobra para alcanzar a algunos más.

—¡No los mate! —grita Justineau—. ¡No, Parks! ¡Están huyendo!

Lo que están haciendo es cambiar de táctica. Pero Parks no se molesta en discutir. Más vale ahorrar balas, porque cuando lleguen al suelo las van a necesitar.

Si es que llegan.

Algo alcanza los ladrillos de la chimenea justo al lado de la cabeza de Parks y le riega la mejilla de fragmentos. Parapetados tras las chimeneas y los gabletes, los niños hambrientos contraatacan con lo que deben de ser hondas, pero cuyos proyectiles, impulsados por la velocidad cegadora de sus brazos, golpean como balazos. Uno de ellos perfora el aire tan cerca que Parks puede verlo y oír el zumbido de mosquito que emite al pasar junto a su oído.

«Basta».

Empuña el fusil y dispara dos amplias ráfagas. La primera rocía las chimeneas y obliga a los niños a buscar otro escondrijo. La segunda hace trizas las tejas y deja un amplio reguero de destrucción entre ambos. Tendrán dificultades para cruzar ese

tramo de tejado si deciden arriesgarse a hacerlo.

—No te pares —le grita a Justineau. Señala—. ¡Abajo! Abajo, por ahí. ¡Busca una ventana!

Justineau ya ha empezado a bajar por las tejas en dirección al canalón, con los brazos extendidos para frenar su descenso. Parks la sigue a cuatro patas y marcha atrás, listo para disparar contra cualquier cosa que se mueva. Pero no se mueve nada.

—Parks —dice Justineau, debajo de él—. Aquí.

Ha encontrado una ventana que no solo está abierta, sino que ha desaparecido con marco y todo. Lo único que tienen que hacer es descolgarse desde el tejado, apoyando todo el peso en los codos, y subirse al alféizar. Y entonces, en un movimiento rápido, agacharse y entrar.

Ahora cada segundo cuenta. Tienen que llegar al suelo antes que los niños. Sacarles toda la ventaja que puedan. Avanzan a tientas por la oscuridad en busca de una escalera.

Y entonces es cuando suena el *walkie-talkie*. Parks no se para —no se atreve a hacerlo—, pero lo saca de la funda que lleva al cinturón y responde.

—Parks. Cambio.

—He oído disparos —dice Melanie—. ¿Va todo bien?

—No demasiado.

Justineau lo agarra por el hombro y tira de él hacia un lado. Ha encontrado unas escaleras. Se lanzan dando tumbos hacia el hueco, negro como la tinta, y están a punto de caerse varias veces. Parks sabe que debería parar y sacar la linterna de la mochila, pero seguramente solo conseguiría que los niños los alcanzaran más deprisa.

—Unos niños hambrientos nos han encontrado —dice Parks con la respiración entrecortada—. Están armados hasta los dientes. Parecidos a ti, aunque menos razonables. Nos están siguiendo.

—¿Dónde estáis? —pregunta Melanie—. ¿Donde os dejé?

—Más allá. Al final de la calle.

—Voy a buscaros.

Buenas noticias.

—Date prisa —le sugiere.

Se dan cuenta de que han llegado al primer piso porque la puerta de la casa está abierta de par en par. Corren hacia ella, pero la luz de la luna dibuja una silueta que acaba de colocarse en el umbral. Una silueta de apenas metro veinte de estatura, con un cuchillo en cada mano, listos para cortar.

Parks dispara y la esbelta figura lo esquivo de un salto. Es la última bala del cargador, o quizá la penúltima. Derrapa agitando los brazos hasta detenerse. Justineau se estrella contra su espalda. Dan la vuelta y corren hacia la parte trasera de la casa.

Las cuevas enmohecidas se suceden. Resulta imposible determinar las funciones de las habitaciones y Parks tampoco tiene el menor interés en hacerlo. Solo está buscando la puerta de atrás. Cuando la encuentra, la abre de una patada y se

encuentra con lo que estaba pidiendo en sus oraciones: la acotada jungla de un jardín asilvestrado hace veinte años.

Se zambullen en una masa de espinos que llega por la cabeza, dejando tras de sí un tributo de tela y carne. Un ululato procedente de atrás revela que los niños les pisan los talones y no se han detenido. Parks espera que lo disfruten. La mayoría de ellos van como su madre los trajo al mundo, así que serán más vulnerables a las enormes espinas, que además crecen más densas cerca del suelo.

Se vuelve. El umbral que acaban de atravesar se ha perdido ya en la negrura, pero vislumbra vagamente algún movimiento. Dispara hacia allí y alguien chilla. Vuelve a disparar y el arma responde con un chasquido vacío. ¿Lleva otro cargador en la mochila? ¿Va a parar para recargar en la oscuridad con los encantadores pequeñuelos pegados al culo?

La tapia del jardín.

—¡Vamos! ¡Vamos! —grita.

Ayuda a Justineau a subir y luego da un salto, pero no consigue encaramarse y tiene que volver hacerlo. Al tercer intento consigue agarrarse al muro con los brazos y ella lo coge del cuello de la camisa y tira hacia arriba.

Algo lo golpea en el hombro. Algo revienta los ladrillos junto a su mano. Justineau gruñe de dolor y cae hacia atrás, derribada tan limpiamente como un blanco en un campo de tiro.

Parks se desliza sobre la parte superior del muro y salta tras ella sobre el asfalto tapizado de malas hierbas de un aparcamiento. Los restos de un cuatro por cuatro descansan junto a ellos, sin las ruedas delanteras, como un buey de rodillas, esperando a que le pongan la pistola de pistón en la cabeza. El *coup de grâce*.

Justineau está en el suelo y no se mueve. Le palpa la frente con delicadeza y siente algo húmedo en las manos.

No es ninguna sílfide, pero Parks logra cargársela al hombro. No puede llevarla con un solo brazo, así que debe optar entre luchar o huir.

Huye. Y al instante se da cuenta de su error. Media docena de figuras menudas y ágiles doblan corriendo la esquina de la casa y se abalanzan sobre él sin siquiera detenerse. Otras trepan por el muro del jardín y se dejan caer sobre el asfalto, a su lado.

Corre en la única dirección que le queda, a campo abierto, donde será un blanco fácil para las hondas. Y en efecto, al instante comienzan a disparar otra vez. Recibe otro impacto en la parte baja de la espalda, que es como si acabasen de propinarle un puñetazo en el hígado. Se tambalea y a duras penas consigue mantenerse en pie.

Y entonces lo derriba el más rápido de los niños. Se abalanza sobre él de un salto, lo agarra por la parte baja de la espalda y deja que la inercia haga su trabajo. Parks cae de bruces e intenta revolverse para amortiguar la caída de Justineau, pero en algún momento se le escapa.

En cuanto toca el suelo, el hambriento salta intentando arañarle la garganta. Le

propina un golpe en la cara con todas sus fuerzas y el niño sale despedido hacia atrás, lo que le proporciona a Parks el espacio que necesita para darle una patada. Mejor. Ahora dispone de espacio suficiente para esgrimir el fusil.

Algo embiste su hombro —el mismo que recibió el proyectil de la honda— con violencia estremecedora. Se le cae el arma de las manos, pero solo se da cuenta porque oye que rebota contra el suelo. Durante un segundo o dos no siente nada, ni siquiera dolor. Entonces el pánico se cierne sobre él como una riada y lo anega.

Cae cuan largo es, con la cabeza junto al fusil, y aunque está haciendo esfuerzos para moverse, no sirven de mucho. Tiene el brazo derecho paralizado y su costado es una maraña de complejas agonías hecho de alambre de espino. El niño de la cara pintada y la chaqueta de camuflaje está a su lado. Los demás están reuniéndose tras él, esperando mientras él se inclina hacia delante con la boca abierta. Desde tan cerca no cabe ninguna duda: se ha afilado los dientes.

Se cierran sobre el antebrazo de Parks. Es el derecho, así que no siente dolor: en esa parte de su cuerpo ya no hay sitio para más. Pero igualmente grita mientras el niño levanta la cabeza con un pedazo ensangrentado de su carne entre las fauces.

Es la señal para que dé comienzo el festín. Los demás niños acuden corriendo, como si los hubieran invitado a un *picnic*. Uno de ellos, una niña pequeña y rubia, se sienta a horcajadas sobre el pecho de Helen Justineau y la agarra del pelo para inclinarle la cabeza a un lado.

La mano izquierda de Parks encuentra la pistola que Justineau llevaba metida en el cinturón. La saca y dispara. A ciegas. La niña sale despedida hacia la oscuridad, violentamente catapultada por un proyectil de punta hueca.

Los niños hambrientos se quedan paralizados, sobresaltados por el estruendo de la deflagración en aquel espacio angosto.

Y algo irrumpe entre ellos en ese instante.

Algo ensordecedor.

Algo aterrador.

Algo que aúlla y escupe fuego como todas las huestes del infierno.

Melanie ha hecho lo que ha podido con los limitados materiales de que dispone.

Avanza de puntillas sobre los niños salvajes, tratando de parecer más alta, de aparentar hasta donde sea posible que no es una niña sino un dios o un titán. Va desnuda de cuello para abajo —revestida de cielo—, con el enorme casco de traje de protección cuyo visor polarizado oculta por completo su rostro.

Su cuerpo es de color azul brillante y reluciente, embadurnado de la cabeza a los pies con el gel desinfectante que utiliza la doctora Caldwell —o utilizaba— en sus disecciones.

Lleva en la mano izquierda la alarma personal de la señorita Justineau, que hace exactamente lo que decía. Ciento cincuenta decibelios de sonido que martillean los oídos y perforan el cerebro de todo el que está cerca e impiden pensar con claridad. También a Melanie, claro, pero al menos ella se lo esperaba.

En la mano derecha lleva la pistola de señales, y en este momento dispara con ella al muchacho de la cara pintada que se quedó con la chaqueta de Kieran Gallagher. La bengala pasa junto a su cabeza y el humo de su estela lo cubre, los cubre a todos ellos, como un chal caído del cielo.

Melanie arroja la alarma personal a los pies del muchacho, que retrocede un paso agitando los brazos en el aire como si lo estuvieran atacando.

Se abalanza sobre él. No desea hacerlo, en realidad. Desearía que huyera de ella, porque entonces los demás niños lo harían también, pero no lo hace y ahora que ha llegado junto a él se ha quedado sin ideas.

Lo alcanza bajo la barbilla con la culata de la pistola de señales, un duro golpe que le vuelve la cabeza y lo hace tambalear. Pero no llega a caer. Cambia de posición y responde con el bate con todas sus fuerzas.

Y le da. Pero se ha dejado engañar por el casco, que es demasiado grande para Melanie y descansa suelto sobre sus flacos hombros. El niño cree que es quince centímetros más alta de lo que es en realidad. El devastador golpe, que le habría reventado el cráneo de haberla alcanzado en la cabeza, impacta en la parte alta del casco y se lo arranca.

El niño parece sorprendido al ver que tiene una segunda cabeza debajo y vacila un instante, con el bate preparado para seguir golpeando. El ruido de la alarma personal sigue repicando en sus oídos. Es como si el mundo entero estuviese gritando.

Melanie gira la cámara de la pistola de señales y carga una nueva bengala. Le dispara al niño en plena cara.

Para los demás, que están mirando, debe de ser como si su rostro hubiera comenzado a arder de repente. La bengala, alojada en su cavidad ocular, brilla como un pedazo de sol caído a tierra. Al principio, el humo que sale de ella asciende en línea recta, pero entonces se transforma en una fina espiral al desplomarse el niño

hacia atrás. Suelta el bate para llevarse las manos a la cara.
Melanie lo utiliza para acabar con él.
Cuando termina, los demás niños han escapado.

Melanie va la primera, seguida por el sargento Parks, que lleva a la señorita Justineau sobre el hombro izquierdo. Su brazo derecho, flácido como un peso muerto, se balancea ligeramente al compás de sus zancadas. Parece que no es capaz de moverlo.

La señorita Justineau está inconsciente, pero aún respira, de eso no hay duda. Y no parece que la hayan mordido.

Los niños están recuperando el valor, poquito a poco. Aún no se atreven a atacar, pero de vez en cuando salen piedras de la oscuridad y golpean el suelo a los pies de Melanie. Ella sigue caminando al mismo paso, lo mismo que el sargento Parks. La niña cree que si echan a correr, los niños los perseguirán. Y tendrán que pelear otra vez.

Finalmente, al doblar una esquina, se encuentran frente a *Rosie*. Melanie aprieta un poco el paso para llegar la primera y abrir la puerta. El sargento Parks cruza el umbral con paso tambaleante y cae de rodillas. Con la ayuda de Melanie baja a la señorita Justineau al suelo. Está agotado, pero la niña no puede dejarlo descansar aún.

—Lo siento, sargento —le dice mientras cierra la puerta de una patada—. Aún tenemos que hacer otra cosa.

El sargento Parks, con un ademán de la mano izquierda, señala la herida desgarrada de su hombro. Su rostro ha empalidecido y los ojos ya están empezando a enrojecer en los bordes.

—Tengo... que salir de aquí —jadea—. No...

—Los lanzallamas, sargento —lo interrumpe Melanie con urgencia—. Le dijo a la señorita Justineau que había lanzallamas. ¿Dónde están?

Al principio, el sargento no parece entender lo que pretende. La mira a los ojos un momento, con la respiración entrecortada.

—¿El muro? —se aventura—. ¿La... materia fúngica?

—Sí.

El sargento se pone en pie y camina tambaleándose hasta los puestos de armas de popa.

—Hay que encender el generador —le dice.

—Lo hice antes de ir a buscarlos.

El sargento se limpia la cara con el dorso de la mano.

—Vale. Vale —dice con un susurro. Señala dos interruptores—. Encendido. Alimentador. Activas el encendido, levantas la tapa del alimentador y disparas. El chorro sigue inflamado hasta que sueltas este regulador.

Melanie se sube a la plataforma. Puede llegar a los controles, pero no es lo bastante alta como para alcanzar la mira, ni tan siquiera para asomarse sobre el borde inferior del parapeto. El sargento se da cuenta de que no va a poder hacerlo sola.

—Vale —dice de nuevo, rendido por el dolor y el agotamiento.

Melanie baja y él la reemplaza, aunque tropieza y está a punto de caerse de la

plataforma. Disparar el lanzallamas con una mano inutilizada parece mucho más difícil que cuando lo explicó. Melanie lo ayuda con los botones mientras él se encarga del arma propiamente dicha.

La torreta gira con un sistema de servos, que sigue el movimiento del cañón del arma, así que al menos esto no entraña dificultad. El sargento apunta a la masa grisácea del bosque de hongos. Es imposible que no la alcance, porque ocupa la mitad del horizonte.

—¿En cualquier parte? —le pregunta.

Habla con voz lenta y pastosa, como era la del señor Whitaker.

—En cualquier parte —confirma Melanie.

—Niña, esa cosa se extiende durante kilómetros. No... no va a penetrar. Hasta el final no. No podrá abrir brecha.

—Ni falta que hace —dice Melanie—. El fuego se propagará.

—Joder, eso espero.

Parks se apoya en el cañón para apuntar y aprieta el gatillo. Un chorro de fuego atraviesa el aire, en horizontal al principio aunque inclinado hacia abajo al final del arco, y siega la masa gris como una espada de veinte metros de longitud.

Los filamentos que se encuentran en la trayectoria de las llamas simplemente desaparecen. Pero en los extremos, el resto prende y el fuego se propaga. Y lo hace tan deprisa que no les da tiempo a seguirlo con la mirada. La manta fúngica está tan reseca como la yesca. Es como si quisiera arder. Ahora, a la luz de las feroces llamas, se pueden ver algunos de los troncos más cercanos, sombras de bordes rectos que se desplazan violentamente al propagarse el corazón del incendio como un animal salvaje. Como contienen más humedad que los filamentos, humean y escupen chispas durante mucho tiempo, antes de prender a su vez y pasar de ser sombra a convertirse en unas luces tan intensas que duele mirarlas.

Al cabo de un minuto, Melanie toca al sargento en el brazo.

—Con eso será suficiente —dice.

El sargento suelta el gatillo con alivio. La espada flamígera no tarda más de un segundo en retraerse al interior del cañón del lanzallamas.

El sargento baja de la plataforma con paso tembloroso.

—Tienes que dejarme salir —murmura—. Empiezo a ser un peligro. Me... siento como si se me estuviera abriendo la puta cabeza. Por el amor de Dios, niña, abre la puerta.

Parece incapaz de encontrarla solo. Se vuelve en una dirección y luego en otra, parpadeando, con los ojos inyectados en sangre y el rostro encogido como si le hiciese daño la luz. Melanie lo coge de la mano ilesa y lo lleva hasta la puerta.

La señorita Justineau se ha sentado, pero no parece reparar en su presencia cuando pasan a su lado. Hay un charco de vómito a sus pies y tiene la cabeza entre las rodillas.

Melanie se detiene para darle un beso muy suave en lo alto de la cabeza.

—Ahora vuelvo —dice—. Me ocuparé de usted.

La señorita Justineau no responde.

El sargento tiene una mano en la manija de la compuerta exterior, pero Melanie se la sujeta con delicadeza, tratando de no hacerle daño, para que no la abra.

—Tenemos que esperar —le explica.

Activa la esclusa siguiendo las instrucciones que hay en la pared, junto a los controles. El sargento Parks la observa, estupefacto. Cuando la luz roja se convierte en verde, Melanie abre la compuerta.

Al salir se encuentran con una neblina tan fina que es como si alguien hubiera cubierto el mundo con una cortina de encaje. El aire huele igual que siempre, pero sienten algo parecido a una fina arenilla en la boca. Melanie no hace más que pasarse la lengua por los labios para quitarse una capa de algo parecido a la escarcha que se deposita sobre ellos y ve que Parks hace lo propio.

—¿Hay algún sitio donde pueda sentarme? —pregunta el sargento.

Parpadea constantemente y le acaba de salir una lágrima roja del ojo.

Melanie coge un cubo de plástico negro con ruedas y lo vuelca. Ayuda a Parks a sentarse sobre él. Se sienta a su lado.

—¿Qué hemos hecho?

La voz del sargento es ronca y mira a su alrededor con gesto de urgencia, como si hubiera perdido algo pero no recordase lo que es.

—¿Qué hemos hecho, niña?

—Quemar la materia gris. Quemarla toda.

—Eso —dice Parks—. ¿Helen... está...?

—La ha salvado —lo tranquiliza Melanie—. La ha llevado dentro y ahora está a salvo. No la han mordido ni nada. La ha salvado, sargento.

—Bien —dice este.

Pasan un rato en silencio.

—Oye —dice al fin—. ¿Podrías...? Oye, niña, ¿podrías hacerme un favor?

—¿De qué se trata? —pregunta Melanie.

El sargento desenfunda la pistola. Tiene que extender el brazo izquierdo sobre el cuerpo para poder hacerlo. Saca el cargador vacío y busca a tientas en su cinturón hasta encontrar uno entero, que introduce en el arma. Le enseña a Melanie dónde poner los dedos y cómo quitar el seguro. Mete una bala en la recámara.

—Quiero... —dice.

Y vuelve a callarse.

—¿Qué quiere? —le pregunta Melanie.

Empuña la enorme arma con sus diminutas manos, porque en realidad ya sabe cuál es la respuesta. Pero tiene que decírselo él para que esté segura de que es eso.

—Los conozco lo bastante como para saber... que no quiero eso —dice el sargento—. O sea... —Traga saliva ruidosamente—. No quiero acabar así. No te ofendas.

—No me ofendo, sargento.

—No puedo disparar con la mano izquierda. Lo siento. Sé que es mucho pedir.

—No pasa nada.

—Si pudiera hacerlo con la izquierda...

—No se preocupe, sargento. Yo lo haré. No lo dejaré solo hasta que acabemos.

Permanecen allí sentados, juntos, mientras amanece y el cielo se va iluminando a pasitos tan cortos que no hay forma de saber cuándo acaba la noche y cuándo comienza el día.

—¿Lo hemos quemado? —pregunta el sargento.

—Sí.

Parks suspira. El sonido arrastra una líquida resaca.

—Mierda —rezonga—. Esto que hay en el aire... es el hongo, ¿verdad? ¿Qué hemos hecho, niña? Dímelo, porque si no te quito el arma y te mando a la cama.

Melanie se resigna. Preferiría no cargarlo con esto mientras agoniza, pero no le va a mentir después de que le haya pedido la verdad.

—Hay unas vainas —dice señalando el sitio donde continúa ardiendo el muro fúngico—. Ahí dentro. Vainas llenas de semillas. Según la doctora Caldwell, esta es la forma madura del hongo y las vainas deben abrirse y soltar las semillas para que se las lleve el viento. Pero las vainas son muy duras y no se abren solas. La doctora Caldwell dijo que necesitaban que algo les diese un empujoncito. Lo llamó un desencadenante ambiental. Y me acordé de unos árboles de la jungla tropical que necesitan que haya incendios para que crezcan las semillas. Tenía una fotografía de ellos en la pared de mi celda, en la base.

Parks enmudece de horror ante lo que acaba de hacer. Melanie le acaricia la mano, contrita.

—Por eso no quería decírselo —dice—. Sabía que le haría entristecer.

—Pero...

Parks sacude la cabeza. Por mucho que le haya costado a ella contarle, más le cuesta a él comprenderlo. Melanie se da cuenta de que le cuesta hasta formar las palabras. El *Ophiocordyceps* está demoliendo las partes de su mente que no necesita y cada vez dispone de menos recursos para pensar. Finalmente, lo único que puede decir es:

—¿Por qué?

Por la guerra, le explica Melanie. Y por los niños. Los niños como ella, la segunda generación. No hay cura para la plaga de los hambrientos, pero al final la plaga se convierte en su propia cura. Es algo terrible para la gente que la contrae primero, pero los niños se pondrán bien y serán ellos los que vivan, crezcan, tengan sus propios hijos y levanten el nuevo mundo.

—Pero solo si ustedes se lo permiten —termina Melanie—. Si siguen disparándoles, cortándolos en pedazos y tirándolos en pozos, no quedará nadie para levantar el nuevo mundo. Los chatarreros y ustedes se matarán entre sí y ambos

matarán a los hambrientos allá donde los encuentren, y al final el mundo quedará desierto. Así es mejor. Todo el mundo se convierte en hambriento a la vez, lo que quiere decir que morirán todos, cosa que es una pena. Pero entonces crecerán los niños y no serán como la gente de antes, pero tampoco como los hambrientos. Serán distintos. Como yo y los demás niños de la clase.

»Serán las nuevas personas. Las que arreglen las cosas.

No sabe cuánto de lo que ha dicho ha oído el sargento. Sus movimientos están cambiando. Su rostro tan pronto queda flácido como se crispa, y sus manos se agitan bruscamente, como las de un títere mal controlado. Murmura «vale» varias veces y Melanie piensa que igual esto significa que entiende lo que le ha dicho. Que lo acepta. O puede que solo signifique que se acuerda de que ella está hablándole y quiere hacerle saber que aún la está escuchando.

—Era rubia —dice el sargento de repente.

—¿Cómo?

—Marie. Era... rubia. Como tú. Así que si hubiéramos tenido una hija...

Sus manos orbitan la una alrededor de la otra, en busca de un concepto que las elude. Al cabo de un rato se queda muy quieto, pero entonces el canto de un pájaro posado en un cable eléctrico hace que se incorpore repentinamente y gire la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, en busca del origen del sonido.

Melanie aprieta el gatillo. El proyectil de cabeza blanda entra en la cabeza del sargento y no vuelve a salir.

Helen Justineau recupera la consciencia como alguien que regresara a casa tras una excursión de treinta kilómetros. Es un proceso lento y agotador. No deja de ver cosas que le resultan familiares y de creer que prácticamente ha llegado, pero entonces vuelve a perderse y tiene que seguir deambulando entre sus propios pensamientos fragmentarios, reviviendo los sucesos de la noche pasada en un centenar de reelaboraciones aleatorias.

Finalmente comprende dónde está. Dentro de *Rosie*, sentada sobre una rejilla metálica, junto a la sección central, en un charco de su propio vómito.

El esfuerzo de incorporarse le hace vomitar un poco más. Atraviesa los distintos compartimientos en busca de Parks, Caldwell y Melanie. Encuentra solo a una de ellos. El cuerpo de la doctora, tieso y frío, yace sobre el suelo del laboratorio, encogido en una marca de interrogación *post mortem*. Tiene un poco de sangre seca en la cara, procedente de una herida reciente, pero no parece que sea eso lo que le ha costado la vida. Claro que por lo que dijo Parks estaba agonizando por la septicemia que le provocaron las heridas de sus manos.

Sobre una de las superficies de trabajo del laboratorio hay una cabeza de niño a la que le han levantado la tapa del cráneo. Hay trozos de hueso y tejido ensangrentado en un cuenco, junto a la cabeza, al lado de un par de guantes quirúrgicos con sangre seca incrustada.

Ni rastro de Melanie o Parks.

Al asomarse por la ventana, Justineau se da cuenta de que está nevando. Una nieve gris. Copos diminutos que parecen una nube de polvo, pero que caen del cielo sin cesar.

Cuando comprende qué es lo que está viendo se echa a llorar.

Pasan las horas. El sol asciende por el cielo. Justineau se imagina que su luz se atenúa un poco, como si las grisáceas semillas estuvieran formando una cortina en la atmósfera.

Melanie regresa a *Rosie* en medio de las polvorientas ventoleras del fin del mundo. Saluda a Justineau a través de la ventana y luego señala a la puerta. Va a entrar.

Por la esclusa. La máquina ejecuta el ciclo con lentitud, mientras Melanie se embadurna el cuerpo, cubierto ya de desinfectante, con una capa de fungicida líquido.

«Ahora vuelvo. Me ocuparé de usted».

Justineau comprende ahora lo que quería decir. Cómo va a vivir y lo que va a ser. Y se ríe, entre la asfixia de las lágrimas, porque es completamente justo. Nada se olvida y todo se paga.

Y aunque pudiera, tampoco regatearía con el precio.

La compuerta interior de la esclusa se abre. Melanie corre hacia ella y la abraza. Le ofrece su cariño sin titubeos ni límites, lo merezca o no... y, al mismo tiempo,

anuncia su veredicto.

—Vístase —dice alegremente—. Venga a conocerlos.

Los niños. Huraños e incómodos, sentados de cuclillas en el suelo, silenciados por las feroces miradas de Melanie. Justineau apenas conserva un vago recuerdo de la noche anterior, pero puede ver el asombro con que miran a Melanie mientras camina entre ellos, acallándolos con su severidad.

Justineau combate una mareante punzada de claustrofobia. El traje de seguridad le da mucho calor y ya empieza a tener sed, a pesar de que acaba de beberse el equivalente a la mitad de su propio peso en agua de los tanques de filtración de *Rosie*.

Se sienta en el umbral de la compuerta de la sección central. Lleva un rotulador en la mano. La propia *Rosie* será su pizarra.

—Buenos días, señorita Justineau —dice Melanie.

Algunos de los demás niños —más de la mitad— tratan de imitarla con un murmullo que sube y baja.

—Buenas noches, Melanie —responde Justineau. Y añade—: Buenos días, clase.

En el costado del tanque dibuja una «A» mayúscula y una «a» minúscula. Los mitos griegos y las ecuaciones de segundo grado llegarán más adelante.